

NICOLÁS OBREGÓN
LA LUZ AZUL
DE YOKOHAMA



NICOLÁS OBREGÓN

LA LUZ AZUL
DE YOKOHAMA



CONTENIDO

PORTADA

CONTENIDO

DEDICATORIA

LEMA

1996

QUINCE AÑOS DESPUÉS

1. CAJAS

2. DA MUCHA HAMBRE

3. ESTOY AQUÍ

4. IRIS

5. UN MILLÓN DE CIUDADES

6. LOS AMANTES NO VEN

7. EL ELOGIO DE LA SOMBRA

8. MIEL

9. GÁLATAS 6:9

10. UN TIBURÓN BLANCO

11. EL REMOLINO

12. NARANJA

13. MANCHA NEGRA

14. MONTONES DE PAPEL

15. JUEGOS

16. OTROS LUGARES

17. FAVORES

18. APARECIÓ EN EL MAR

19. SI ES QUE SE TRATA DE UN HOMBRE

20. UN PROMONTORIO SOLITARIO

21. ES EL TRABAJO, TENGO MUCHO TRABAJO

22. MUERTE ACCIDENTAL

23. UNA PARTIDA DE AJEDREZ EN LA OSCURIDAD

24. UNA BUENA METÁFORA

25. SI QUIERES SABER CUÁNTO TE QUIERO

26. CARNE EN MOVIMIENTO, NADA MÁS

27. QUE LA OTRA VIDA COMPENSE ÉSTA

28. IRREGULARIDADES

29. KÉTCHUP

30. EL MISMO DEMONIO

31. NUBES CON FORMA DE ELEFANTE

32. PERSONAS QUE BUSCAN LA VERDAD

33. DIOS NUNCA TIENE PRISA

34. A PUNTO

35. PRESENTACIONES

36. SOLOS. JUNTOS

37. CUANDO UN CIERVO OYE UN DISPARO

38. LA NUEVA VÍA

39. LA LUZ AZUL DE YOKOHAMA

40. PABELLONES DEL SOL

NOTA DEL AUTOR. LA HISTORIA DE LA HISTORIA DE *LA LUZ
AZUL DE YOKOHAMA*

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

A mi madre, a Lela. Hasta el cielo de la calle

A los pies del faro, reina la oscuridad.

PROVERBIO

1996

La cabina partió hacia el ocaso con el último pasaje de turistas. Esa tarde cálida, el funicular se elevó sobre la bahía y el litoral que se extendía a sus pies. Al este, Hideo Akashi vio las dársenas del puerto mugriento: estaban cargando microchips, pescado y lejía en camiones cuyo destino era la ciudad. El hambre de las urbes de Japón era insaciable.

Akashi se volvió hacia Yumi, su esposa, que tenía los ojos cerrados y escondía los labios entre los dientes. Él le tomó la mano y le dio un leve apretón.

—No me gustan las alturas —susurró ella.

—Ya lo sé. Enseguida llegamos.

A su alrededor, unos turistas mayores se admiraban ante el panorama. Una pareja de recién casados se hacía fotografías. El revisor iba recitando con alegría un dato tras otro sobre la altura a la que viajaban y la ciudad que sobrevolaban. Akashi besó el hombro pecoso de Yumi y, al hacerlo, vio a la mujer. Estaba sentada en la parte trasera, sola y en silencio. La ropa roñosa que llevaba era demasiado gruesa para la época del año y ella no prestaba atención a las vistas ni hacía fotos. Se limitaba a mirar al suelo. Tenía a una niña cerca que tal vez fuese su hija, pero sus ademanes no eran nada maternos. Su rostro demacrado tenía un gesto apático que enervaba y fascinaba a Akashi. Debajo de aquella fachada juvenil, se intuía una cualidad que le impedía apartar la mirada.

—Hideo —susurró Yumi.

—Dime.

—Me haces daño en la mano.

—Ay, perdona.

Akashi se obligó a mirar hacia otro lado y cogió la cámara. Dio un paso atrás y encuadró el rostro de su esposa. Yumi le sonrió con los ojos entornados por la puesta de sol.

Clic.

Estaba a punto de hacer otra foto cuando se distrajo. Algo ocurría al fondo de la cabina, algo malo. El revisor tendía las manos enguantadas de blanco con actitud suplicante.

—Señora, por favor, apártese de la puerta.

Delante de él estaba la mujer vestida con ropa de abrigo.

Se oyó un ruido sordo.

Después, un líquido salpicó el suelo, y la mujer alzó una mano delicada, brillante de sangre hasta la muñeca. Sostenía un cuchillo en alto y, a sus pies, el revisor se retorció gimoteando como un bebé. Temblorosa, dirigió el arma hacia los pasajeros. Y le clavó la mirada a Akashi.

—Aléjate de mí.

Los presentes se apartaron y se amontonaron a un lado de la cabina; parecían un rebaño asustado. La mujer se limpió la sangre en el abrigo y, al hacerlo, pintó figuras rojas en la tela con la palma y el dorso de la mano. Con el mango del cuchillo rompió el panel de vidrio del botón de parada de emergencia; los cables crujieron, luego chirriaron y, al final, la cabina se detuvo con una sacudida. El sol se ponía en el oeste, que se tragó el día para siempre.

El sistema de megafonía emitió un mensaje automático.

Damas y caballeros, hemos detectado un leve fallo técnico. Por favor, mantengan la calma. Hemos avisado a los ingenieros. Para su seguridad, permanezcan en la cabina.

Se hizo un silencio frágil. El revisor ya no articulaba ningún sonido, había palidecido. La mujer pasó por encima de su cadáver y se plantó delante de la puerta. Cerró los ojos, se aferró a la palanca y tomó aire. El instinto de Hideo Akashi emergió por fin. Yumi intentó agarrarlo, pero llegó tarde; él luchaba ya por abrirse paso entre los torsos.

—¡Policía! ¡Apártense!

La mujer tiró de la palanca, las puertas se abrieron de golpe y una corriente de aire ensordecedora irrumpió con rabia en la cabina. Akashi se acercó a ella a trompicones, con la sensación de que le temblaban las rodillas. Tenía demasiada saliva en la boca y estaba muy saturado para pensar. La mujer se quitó los zapatos, lanzó la chaqueta y dijo algo que Akashi no alcanzó a entender por culpa del viento. Él apartó a la niña de un empujón y estiró el brazo.

Entonces la mujer desapareció.

Un instante de silencio.

Sin esa oleada de imágenes de toda una vida, sólo silencio.

Akashi sacó el brazo de la cabina y la atrapó por la muñeca. Cuando el peso lo derribó, sintió un dolor abrumador. La sensación le llegó antes de darse cuenta de lo que ocurría. Sujetaba a la mujer sobre el abismo por la mano ensangrentada mientras a ella le revoloteaba el pelo alrededor de la cara. El vacío bostezaba ante ellos, azul e infinito.

La joven levantó la cabeza y parpadeó. Abrió la boca y de dentro cayeron unas palabras frágiles: las últimas gotas de un grifo que se cierra.

—Veo nubes con forma de elefante...

Akashi bramó, pero sus músculos no aguantaban. Se le acumulaba la bilis en la garganta; se le rompía el brazo. Entonces lo vio; el tatuaje en la muñeca manchada de sangre. Dibujado con una tinta oscurísima: un sol grande y negro.

El policía lo miró, y éste le devolvió la mirada. Hideo Akashi la soltó.

QUINCE AÑOS DESPUÉS

CAJAS

Iwata se despertó; había soñado de nuevo con la caída. Jadeante y empapado de sudor, se acercó a la ventana. El paisaje urbano de Tokio se extendía ante él; ciudades dentro de ciudades, ángulos incontables. Treinta y cinco millones de vidas embutidas en ritmos circadianos de hormigón y de cables. Una infraestructura inmensa, redes interminables, cada una de ellas tan delicada como el latido del corazón de un colibrí.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Iwata cruzó el apartamento medio vacío y se sirvió un vaso de agua en la minúscula cocina americana. Vio las cajas grandes que había en un rincón y miró hacia otro lado. Se enrolló una manta alrededor del cuerpo, se sentó al lado del equipo de música y se puso los cascos. Cerró los ojos; las notas iniciales del *Impromptu número 3 en sol bemol mayor, opus 90*, de Schubert empezaron a llenar su intranquilidad y la pesadilla se disolvió en la música.

La neblina gris ya se había colado por entre las lamas de la persiana cuando Iwata decidió marcharse. Bebió café en silencio, se dio una ducha rigurosa y se puso unos vaqueros y un jersey grueso de cachemira gris. Cogió un periódico que estaba a nombre del anterior inquilino, bajó en el ascensor hasta el aparcamiento y abrió el Isuzu 117 Coupé de 1979. De debajo del limpiaparabrisas sacó una nota donde le ofrecían dinero en metálico por el coche, la arrugó y se la guardó en el bolsillo. La tapicería de cuero estaba agrietada y el vehículo casi siempre había estado en la calle, pero prácticamente todas las semanas se encontraba notas como ésta en el parabrisas. Era obvio que tenía un vecino que miraba el coche con deseo.

Lo puso en marcha sin encender la radio y disfrutó de esa tranquilidad tan poco común en las calles de Tokio. En la entrada sur de la estación de Shibuya se habían congregado los primeros vendedores ambulantes, y conspiraban mientras compartían cucuruchos de cacahuets picantes y termos

de té. Las tiendas de préstamos y las franquicias de móviles subían las persianas. En la azotea de unos grandes almacenes, una pantalla led gigante retransmitía las noticias. Habían hallado muerta a Mina Fong, una actriz famosa, en su apartamento. Una heredera célebre había roto con un lanzador de los Yomiuri Giants que tenía un futuro prometedor. Un programa de cocina muy popular había sido cancelado. Y había un nuevo número uno en las listas de música pop. La emisión terminó con el eslogan de una compañía de seguros:

ASÍ DEBERÍA SER JAPÓN

Iwata dejó atrás las calles principales y encontró aparcamiento en una parcela rodeada de edificios, detrás de una galería. Metió las manos en los bolsillos y echó a caminar por las frías callejuelas. No es que ese año la primavera llegase tarde, más bien parecía que se había dado por vencida.

Entró en unos grandes almacenes y estuvo una hora comprando rotuladores fosforescentes, cuadernos y separadores de plástico. En la cafetería pidió un café con jarabe de goma y una macedonia. No había wifi, pero le gustaban las vistas. Se tomó el café contemplando la calle, sentado entre trabajadores del turno de noche agotados. Shibuya era un hervidero de estudiantes con cara de sueño y gente que se apresuraba en llegar al trabajo. Los guardias gesticulaban con frenesí a los coches atrapados en el tráfico, y los peatones se sobresaltaban con las luces rojas de los semáforos.

Iwata abrió el periódico directamente por la sección de anuncios por palabras. No se fijó en las ofertas disfrazadas de masajes discretos ni en las de mujeres de mediana edad que hacían de acompañante para cenas ni en las de clases de francés. Se detuvo en los anuncios de trasteros y de guardamuebles, y los leyó todos con atención. Al cabo de unos minutos trazó un círculo alrededor de uno, dobló el diario, se lo guardó debajo del brazo y se marchó.

En la calle, la niebla se había despejado de manera provisional, y el cielo reaparecía de un azul frío y exquisito. Se montó en el coche y marcó el número del anuncio. Contestó una voz somnolienta.

—Matsumoto, dígame. —El hombre tosió y encendió un cigarrillo—. Sus problemas de almacenamiento son mi pasión.

Iwata se mostró interesado, y Matsumoto le recitó la dirección con la promesa de encontrarse con él al cabo de una hora.

Fue en coche hacia el norte, más allá de Harajuku, y aparcó cerca de la parada de metro. Recorrió la calle Takeshita, con sus camisetas y artículos falsificados de Hello Kitty y la última moda en artilugios de plástico. Los turistas admiraban boquiabiertos los rótulos de neón de supuesta modernidad y la alegría artificial del lugar. Hasta el último rincón estaba cubierto de pósteres con las bandas manufacturadas del momento. De los altavoces baratos salían canciones pop de lo más animadas, y los adolescentes que se habían saltado las clases comparaban precios. Iwata aborrecía el lugar, pero se había aficionado al *tamagoyaki* que servía a la hora del desayuno un local de comida rápida de la zona. Aunque el restaurante acostumbraba a estar medio vacío, ese día, por el motivo que fuese, había atraído a una larga hilera de trabajadores asalariados que esperaban fumando. Iwata renegó y regresó al coche.

Se dirigió al sureste por Omotesandō, una gran avenida flanqueada por árboles, donde las amas de casa adineradas recorrían las tiendas de marcas italianas. Dobló en Aoyama-dori y, quince minutos más tarde, salió a Meguro-dori, donde encontró aparcamiento en un solar vacío que había entre dos casas. Al bajar del coche, miró el cielo. Esa noche iba a llover.

En un local diminuto, compró una ración de *gyozas* de gambas y verduras que le sirvieron en un plato de papel. El anciano cocinero se quejaba del partido de la noche anterior, e Iwata le daba la razón asintiendo con la cabeza mientras comía. Cuando acabó, le prometió que volvería en otra ocasión.

Al final de la calle, un hombre bajo, gordo y con coleta esperaba delante de un negocio venido a menos con el escaparate cubierto con hojas de periódico. Fumaba con ansia y miraba hacia ambos extremos de la calle. Al ver a Iwata, sostuvo el cigarrillo entre los labios y le ofreció la mano.

—¿Viene a verme?

El cigarrillo se movió con sus palabras.

Iwata asintió y se dieron un apretón de manos.

—Entonces vamos a abrir esto.

Matsumoto esquivó el montón de propaganda del suelo. La sala era estrecha, pero a Iwata le gustaba la penumbra. Las paredes estaban cubiertas de taquillas de distintos tamaños y al fondo había varias cajas de seguridad.

—¿Qué le parece, jefe? ¿Le gusta?

—Me parece bien.

—¿Para qué piensa usarlo?

—Tengo unas cajas. Son dieciséis, más o menos; así de anchas e igual de altas.

Colocó las palmas de las manos a cincuenta centímetros de distancia entre ellas.

Matsumoto soltó un silbido.

—Puedo ofrecerle toda la trastienda, pero le costará lo suyo.

—¿Cuánto?

El tipo lo miró de reojo.

—Caballero, si no le importa que se lo pregunte, ¿por qué no las guarda en casa?

—Sí me importa que me lo pregunte. ¿Cuánto quiere?

—De acuerdo. Son treinta y cinco mil al mes.

Iwata negó con la cabeza.

—Voy a hacerle una oferta: ochenta mil por tres meses. Y como usted es flexible, le pagaré por adelantado.

—Ochenta.

Matsumoto sopló una nube de humo y guiñó un ojo.

—Por adelantado.

—Exacto.

—¿Quién es usted, un prestamista o algo así?

—Necesito un lugar donde dejar las cajas, nada más.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no las lleva a una de esas empresas más grandes, que cobran menos?

—No me gustan los formularios.

Matsumoto se encogió de hombros.

—A tomar por el culo. Trato hecho.

En el banco, el cajero le recordó el poco dinero que quedaba del seguro, pero él no le hizo caso. Una vez fuera, Matsumoto guardó el sobre grueso en el bolsillo y, a cambio, le lanzó un juego de llaves.

—Supongo que nos vemos dentro de tres meses —dijo Matsumoto, y le guiñó el ojo.

Dio media vuelta y se marchó calle abajo seguido del vaivén de su coleta. Iwata volvió al coche y oyó un trueno en la distancia.

La estación de Shinjuku era un laberinto del tamaño de un aeropuerto, e Iwata llegó poco después de la una del mediodía. Compró un billete para el tren bala a Nagano y subió al Asama 573. Los asientos estaban limpios y la

temperatura era óptima; el personal hacía reverencias siempre que algún pasajero subía o bajaba del vagón. En el «coche silencioso» el silencio era total.

El tren partió e Iwata contempló cómo se alejaba Tokio. Pasaron volando por los complejos de nueva construcción y los lagos artificiales de las ciudades dormitorio. Allí vivían jóvenes profesionales que seguían una dieta sana y hacían ejercicio. Tiempo atrás, Iwata había sido como ellos, cuando no debía hacer ese viaje. Aunque tampoco recordaba la última vez que se había subido a ese tren. Ni quería.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Cuando por fin se acabó el hormigón de los suburbios de Tokio, no hubo más que campos secos y torres de alta tensión. A lo lejos, colinas verdes henchidas como un suspiro de amor.

Al llegar a la estación de Nagano, Iwata compró el periódico de la tarde y un *bento* que no sabía a nada. Ninguno de los dos le despertó el apetito. Se subió a un tren viejo, demasiado feo para llamarlo antiguo, rumbo a las montañas. A su ritmo, el expreso regional hacía lo que podía para atravesar las llanuras verdes y, más adelante, los bosques de las laderas.

Iwata observaba por la ventana detalles mundanos de poblaciones mundanas. Una mujer que esperaba en un semáforo se rascó el codo. Los alumnos de una escuela pintaban un muro para tapar los grafitis. Una anciana contemplaba desde un banco el movimiento de un envoltorio de celofán arrastrado por la brisa. Una abeja perdida hacía morse contra el escaparate de una farmacia cerrada. Un coche solo en un arrozal, con las luces de emergencia parpadeando sin necesidad.

Poco antes de las cinco, Iwata llegó a su destino: un pueblo cualquiera, cerca del lago Nojiri. Se subió al único taxi que había en la estación y pidió que lo llevase al Instituto Nakamura. Pasaron frente a fábricas abandonadas y negocios que habían quebrado hacía mucho y esperaban los equipos de demolición. Los últimos borrones de la vieja escuela. El conductor estaba escuchando un programa de radio en el que se hablaba de una compañía dedicada a la perforación de pozos de agua que había defraudado a un banco pequeño. Sus guantes blancos apenas se movían en el volante.

Por el techo solar, Iwata observó el ocaso, cada vez más oscuro. A lo lejos, las grúas permanecían inmóviles mientras un futuro provechoso esperaba a ser construido. Alcanzó a distinguir un eslogan:

JUNTOS CREAMOS EL MAÑANA

Se detuvo en la única tienda que había cerca de la institución y compró fruta fresca y varios pares de calcetines gruesos. La anciana de la caja le sonrió.

—¿Está de visita?

Iwata asintió con la cabeza y se marchó. El camino que conducía al instituto era largo y empinado. A pesar del frío, al llegar a la entrada principal estaba sudando. La recepcionista lo reconoció y lo saludó con una reverencia. Mientras ella lo guiaba por el pasillo de la zona exclusiva para residentes, no apartaba la vista del suelo desinfectado.

—Siento tener que mencionarlo, pero al parecer lleva siete semanas de retraso en el pago.

—Discúlpeme, debo de haber cometido un error horrible de cálculo. Lo enmendaré en cuanto regrese a Tokio.

La enfermera se disculpó con una inclinación de la cabeza.

—Está fuera, contemplando la puesta de sol. Por aquí, por favor.

Iwata le dio las gracias y salió a un jardín grande muy bien cuidado. Al fondo había pacientes plantando flores. Los flamencos y los elefantes de papel maché se mecían en la brisa; había molinetes de colores dando vueltas. Una mujer cantaba escalas junto a una ventana abierta. Iwata vio a Cleo en el otro extremo del jardín, cerca de la arboleda. Estaba tumbada en una hamaca, tapada con una manta.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Siempre que la veía se le hacía un nudo en el estómago, y esa vez no fue la excepción. Le ocurría desde el principio, pero en las últimas ocasiones el nudo era diferente.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

Cogió una silla blanca de plástico y se sentó a su lado. Cleo tenía la misma edad que él, unos treinta y cinco; era rubia y desde hacía poco llevaba una media melena de corte irregular. Estaba más pálida de lo que él recordaba y su mirada azul oscuro se perdía en la distancia.

—Hola —la saludó en inglés.

En la penumbra de las ramas, revoloteó el canto de un pájaro.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

Él estiró el brazo y le agarró la mano con timidez y con los labios

temblorosos. Tenía la mano pequeña y su tacto era frío, como el de una piedra desenterrada en una playa.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

Se dio cuenta de que debía de estar lastimándola y la soltó.

—Te he traído algo de fruta. Y unos calcetines. Los tuyos siempre los pierden.

Le dejó la bolsa al lado, pero ella no reaccionó.

—Voy a pedirles que borden tu nombre por dentro, así no se confundirán.

Ella continuó contemplando el horizonte como si hubiese decidido dedicarse a hacer sólo eso el resto de su vida.

—Parece que estás más fuerte, Cleo. Te veo... bien.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

Iwata se cubrió la cara con las manos y sollozó.

—Hija de puta. Hija de puta. Hija de puta.

Cuando Iwata llegó a su apartamento de Motoyoyogicho ya era la una de la madrugada. En el pasillo tuvo que esquivar triciclos, montones de periódicos y fregonas tiradas por el suelo. El reloj del microondas bañaba la estancia de un resplandor verde tenue. Distinguió las cajas en el rincón y miró hacia otra parte. Tenía que moverlas pronto. Pero no al día siguiente.

Hizo abdominales mientras veía en televisión un programa de lengua inglesa en el que una presentadora de jovialidad exagerada felicitaba a sus invitados por su mala pronunciación. La palabra del día apareció sobreimpresa en la pantalla en un amarillo chillón:

INESPERADO

Iwata apagó el televisor y preparó el futón barato. Se acostó y descorrió la cortina unos centímetros. Ante él, la aurora de neón de Tokio. Iniciativas y actividad sin fin. Hasta el último metro cuadrado tenía fecha para su expansión y reurbanización. Había una capa gruesa de nubes bajas, pero no acertaba a describir el color. Cerró los ojos tratando de no pensar en Cleo y deseó pasar una noche sin sueños.

DA MUCHA HAMBRE

—Sólo digo que, en cualquier otro país, tener cuatro presidentes en cuatro años provocaría una crisis.

—Todavía no se ha ido.

—Bueno, es cuestión de tiempo. Pero por triste que parezca, lo cierto es que en Japón eso no desembocará en una crisis. Será una dimisión más, y la máquina política seguirá avanzando como una locomotora vieja sin combustible. ¿Y a quién le importa?

—¿Está hablando de apatía política?

—Exacto, a eso me refiero. El porcentaje de participación en las últimas elecciones no llegó al cincuenta por ciento. ¿Cómo vamos a cambiar las cosas si a la mitad de la población de Japón no le importa nada?

—Quizá tampoco haya mucho que hacer, al margen de si la apatía es real o no.

Mientras contemplaba el amanecer nublado entre las lamas de la persiana, Iwata imaginó a todos los ciudadanos de Tokio bajando el volumen de la radio. No porque los presentadores no trataran cuestiones de interés de vez en cuando, sino porque lo irritaba lo pagados que estaban de sí mismos. Uno de ellos estaba casi chillando al otro, furioso porque no le daba la razón, aunque estuviese todo pactado de antemano.

—¿Cómo van a interesarse por las cosas? Mire los niños en edad escolar, por ejemplo. No les enseñan a cuestionarse nada ni a discrepar ni a aprender mediante el debate. Les enseñan a tragárselo todo y a encajarlo. ¿Y qué pasa con los que no son así? Pues directos al equipo de béisbol, así se enterarán de cuál es el lugar que les corresponde. Tarde o temprano, todos los japoneses acaban aprendiendo que deben aceptar las cosas porque sí.

Iwata sintonizó una emisora local.

... son las cinco de la mañana y el tema del día, para aquellos que acaban

de encender la radio, es Theta: una organización religiosa japonesa que crece a velocidad de vértigo. Hay algunos que la ven como una forma de vida nueva y enriquecedora, mientras que para otros es un fraude sacacuartos. Los hay que incluso la consideran una secta. ¿Qué piensan nuestros oyentes? ¿Tienen alguna pregunta para el debate de hoy? ¡Llámenos! Nos encantaría oír...

Iwata fue cambiando de emisora hasta encontrar una de información ininterrumpida.

... esta noche pasada, en los andenes de todas las estaciones de la línea Yamanote de Tokio, se ha llevado a cabo la instalación de luces led de color azul diseñadas para combatir las cifras crecientes de suicidios entre los pasajeros de la red de trenes. A pesar de que apenas se dispone de pruebas científicas que avalen que la iluminación azul pueda revertir este fenómeno tan preocupante, muchos expertos en cromoterapia opinan que el color azul tiene un efecto calmante. Un reportaje de Sumiko Shimosaka.

Se oyó el bramido de una bocina de tren seguido de las pisadas de los viajeros y los anuncios estridentes del sistema de megafonía. A Iwata le gustó el esfuerzo que habían hecho con la producción.

El clima económico de los últimos años ha incrementado la ya vertiginosa cifra anual de suicidios en Japón. —La voz de Shimosaka era infantil pero desafiante—. Por desgracia, se trata de un suceso habitual en los concurridos andenes de la línea Yamanote de Tokio. ¿Y cuál es la reacción de la East Japan Railway Company? Según el profesor Hiroyuki Harada del Instituto Nacional de Investigación, que ha participado en el proyecto, la luz azul se asocia al cielo y al océano y produce un efecto calmante en aquellos que sufren de agitación. No obstante, dadas las pocas evidencias que respaldan esta tesis y el elevado coste de la instalación, ¿qué posibilidades hay de que funcionen? Esta mañana he hablado con el portavoz de JR East.

Hubo un corte en ese punto de la entrevista.

—Lo cierto es, señor Tadokoro, que no hay pruebas que indiquen que las luces vayan a servir de algo. Teniendo en cuenta que el coste del proyecto es de quince millones de yenes, ¿le preocupa que la iluminación azul se entienda como una mera estrategia publicitaria?

Se oyeron varias risas nerviosas.

—Es muy sencillo: hay gente muriendo, y nos corresponde hacer algo al respecto. Por eso hemos desplegado el sistema de iluminación en las

veintinueve estaciones de la línea Yamanote. Pero esto es sólo el principio. Quince millones de yenes es un precio muy bajo si con eso podemos mejorar la situación.

Shimosaka intervino de nuevo.

—Veo que usted acata la política de la empresa. Pero a medida que se acerca el final del ejercicio fiscal, los tokiesitas deben afrontar la realidad y las pérdidas. Quizá no sea casual que, históricamente, marzo sea el mes con mayor número de suicidios, y tampoco que las predicciones apunten a que este 2011 será el decimocuarto año consecutivo en que se superen los treinta mil, de acuerdo con las cifras preliminares de la Agencia Nacional de Policía. Respecto a la iluminación azul, queda por ver qué efecto tendrá en los pasajeros de Tokio. Sumiko Shimosaka, informando desde...

Iwata apagó la radio. Se duchó, se afeitó deprisa y se puso un traje oscuro. Se colgó del cuello una vieja corbata de color negro y salió del apartamento.

Embutido en el 51, se pasó el viaje observando a los demás pasajeros mientras ellos jugaban a videojuegos con el móvil. Se apeó una parada antes de llegar a la estación de Shibuya y cruzó un canal sin nombre escondido detrás de un bloque de viviendas carísimas encajadas como latas de sardinas. En esas callejuelas, varios restaurantes al borde de la quiebra sobrevivían gracias a los almuerzos solitarios de los asalariados de las oficinas circundantes. Las paredes estaban salpicadas de grafitis y carteles medio podridos que anunciaban cosas con muy poca concreción:

DVD
MENÚ DEL DÍA
REMEDIOS

La lluvia de Tokio hacía emerger el olor de la alcantarilla. Más allá de eso, sólo se percibía salsa de soja y gases de los tubos de escape.

Iwata salió a Meiji-dori y ante él apareció la comisaría de Shibuya del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio. Un edificio beis de quince plantas, construido en forma de uve, que parecía la sede central de una multinacional de seguros más que una comisaría. Junto con una oleada de peatones, Iwata cruzó la calzada que la lluvia había convertido en una pista de patinaje y subió deprisa los escalones de la entrada principal.

En el interior, varios tokiesitas impasibles parpadeaban en la sala de espera. Padres mordiéndose las uñas, jóvenes que denunciaban a algún pervertido

que les había metido mano, trabajadores dando parte de una bicicleta robada: el pan nuestro de cada día en el Departamento de Policía Metropolitana de Tokio. Iwata se saltó la cola, se acercó al mostrador y se identificó. Un agente calvo le entregó un pase temporal.

—Suba por el ascensor del fondo. Duodécima planta.

La cabina estaba empapelada de arriba abajo con fotos de sospechosos y de desaparecidos. No había hilo musical. Un cartel grande para turistas detallaba los pasos a seguir para llamar al número de emergencias.

1. DIGA LO QUE HA OCURRIDO:

– HAY UN LADRÓN = *dorobo desu*.

– HA HABIDO UN ACCIDENTE DE TRÁFICO = *kotsu jiko desu*.

2. INDIQUE SU UBICACIÓN.

3. DIGA SU NOMBRE Y DIRECCIÓN.

La puerta se abrió a un gran espacio diáfano sumido en una nube de humo de tabaco y conversaciones telefónicas. Los paneles halógenos bañaban los rostros de una palidez desagradable; al fondo, ocupando toda una pared, un plano digital enorme de Tokio, con luces que se encendían en los lugares donde se había producido algún incidente. La ciudad era negra; las alarmas, rojas. Debajo, varias hileras de monitores de luz verdosa parpadeaban como ojos cansados. Iwata notó el ambientador, que fracasaba en su pobre intento de disimular el hedor corporal con aroma de flor de olivo dulce.

Allí todos estaban enfrascados en alguna tarea. En el centro de la sala se hallaba la única excepción: un grupo de hombres con trajes de mala factura que examinaban fotografías del escenario de un crimen. El más alto frunció los labios con las manos en los bolsillos y soltó un resoplido.

—Joder, no mientas, Horibe —protestó con voz gangosa y serena—. Si se te pusiera a tiro, lo harías.

Los demás prorrumpieron en carcajadas mientras Horibe les seguía la broma. Iwata pasó de largo y se detuvo ante una puerta del fondo de la sala. En el scartel de encima se leía:

INSPECTOR JEFE ISAO SHINDO

Llamó con decisión y entró. El despacho era un cubo sin ninguna decoración; la persiana veneciana estaba bajada. Shindo era un hombre alto y calvo que sobrepasaba los cincuenta. Era obvio que llevaba varios días sin ducharse, varias semanas sin afeitarse y varios años sin pisar un gimnasio.

Iwata lo saludó con una reverencia y movió un montón de papeles de encima de una de las sillas. Shindo se frotó la vieja fractura de la nariz y examinó al recién llegado. Iwata fingió no darse cuenta y miró alrededor de la estancia.

No había objetos personales: ni fotografías ni condecoraciones ni dibujos infantiles. Sólo archivadores, carpetas de casos y manchas de café. Iwata sentía respeto por ese estilo.

—Bueno —empezó Shindo con voz seca y cansada—, eres mi nuevo inspector, ¿no?

—Sí, señor.

—Iwata, ¿verdad?

Sacó el expediente de Recursos Humanos y le echó un vistazo.

—Eso es.

—¿Has estudiado en Estados Unidos?

—Ciencias Políticas en la Universidad de California, en Los Ángeles. Después hice la formación policial en el Miramar College de San Diego.

—Puede que eso baste allí, pero ¿tienes algún título que sirva de algo aquí?

—Cursé los estudios y obtuve la cualificación de la Agencia Nacional de Policía en Fuchu.

—¿No tienes más títulos japoneses?

—Aparte del instituto, no, señor. Está todo en el expediente.

—Sé leer, Iwata. Pero ahora estamos hablando.

—Sí, señor.

—Dime una cosa: ¿te consideras japonés?

—Nací aquí, señor. Igual que mis padres. Mi pasaporte tiene una flor de crisantemo en la portada, como el suyo. Soy japonés independientemente de lo que yo considere.

Shindo respondió con un gruñido y se recostó en la silla.

—¿Experiencia como policía?

—Cuatro años, en la prefectura de Chiba, Departamento de Policía de Chōshi.

—Qué tranquilo se vive junto al mar, ¿verdad?

—Pasé tres años en Homicidios, señor.

—¿Y llegaste a investigar alguno en ese periodo? No me refiero a suicidios ni a accidentes de tráfico.

—Varios. Incluyendo los asesinatos del lago Hinuma.

—Vaya, ¿ese caso era tuyo?

Iwata asintió con la cabeza.

—Sí, creo que leí algo sobre él. Salió en uno o dos periódicos.

Shindo lo comprobó en el expediente, que hojeó hasta el final.

—Has estado de baja durante... ¿catorce meses?

—Sí, señor.

—No es asunto mío, pero sí que lo es; lo comprendes, ¿verdad?

Iwata respondió que sí con la cabeza, y Shindo cerró la carpeta. Ya había visto suficiente.

—Bueno, tengo que preguntártelo: ¿crees que estás preparado para Tokio? Hay que estar hecho de cierta pasta para aguantar en la Primera División de Investigaciones Criminales. Esto no sería volver al cuerpo; sería subir dos o tres niveles de golpe, ¿lo entiendes?

—Estoy listo, señor. Se lo aseguro.

Shindo tamborileó un ritmo silencioso con los labios.

—Bueno, voy a ser sincero: no me gusta mucho que nos transfieran a gente. Cualquiera que se ofrezca a batear para la Primera División tiene que conocer el campo, no basta con tener buena técnica con el bate. —Shindo se encogió de hombros—. Pero tu formación es adecuada. Cuentas con buenas referencias del Departamento de Policía de Chōshi. Y hablas inglés. Has resuelto casos. Todo eso cuenta, digo yo.

Iwata lanzó una mirada breve a la montaña de gruesos expedientes de casos que había sobre la mesa. Shindo había acumulado un fajo de servilletas en un recipiente de plástico. La única pieza de cubertería a la vista era un cuchillo.

—Bueno, pues vale —dijo Shindo, en realidad hablando solo, y cogió el teléfono—. ¿Sakai? Sí, ven a mi despacho.

Colgó y emitió un suspiro que Iwata interpretó como de comprador arrepentido.

Se oyó un par de golpes en la puerta y entró una mujer de entre veinticinco y treinta años. Vestía un traje gris y una blusa blanca bien planchada, y tenía un aura de belleza vana. Sonreía con indiferencia. Medía tan sólo unos centímetros menos que Iwata y llevaba un collar fino de oro en forma de mariposa. Hizo una reverencia brusca, pero Shindo desestimó las formalidades con un gesto.

—Siéntate.

En ese momento, Iwata alcanzó a percibir un retazo de su perfume. Sin

notas florales, era muy funcional.

—Sakai, él es el inspector Iwata. Acabo de nombrarlo. Va a ocuparse de esta investigación y tú serás su ayudante. Bienvenidos a Homicidios, muchachos.

Ella miró a Iwata de reojo. Si la elección le había parecido bien, no lo exteriorizó.

—¿Qué pasa con el caso de Takara Matsuu, señor?

La voz de contralto sorprendió a Iwata.

—Acabo de licenciarte en Desaparecidos. Ese mal bicho aparecerá en la orilla del río tarde o temprano. ¿Algo más, Sakai?

El tono de Shindo dejaba claro que se trataba de una pregunta retórica.

—No, señor. Nada más. Gracias por la oportunidad.

Shindo cogió una carpeta de la parte superior de la pila, marcada con una etiqueta grande y escueta:

ASESINATOS DE LA FAMILIA KANESHIRO

Antes de entregársela, los señaló a ambos con el plátano podrido que tenía por dedo.

—Quiero que os andéis con ojo. Los dos. Este caso era de Hideo Akashi hasta hace cuatro días, cuando se tiró de un puto puente. Ese hombre era toda una institución en el departamento; lo digo para que sepáis el hueco que vais a cubrir. Para colmo, con lo de Mina Fong nos ha caído una carretada de mierda encima. De momento, seguimos enfocándolo como muerte accidental o suicidio, al fin y al cabo era actriz. Pero la prensa ya se huele que hay gato encerrado. Bueno, vamos a lo importante: hacedlo lo mejor que podáis, pero no esperéis apoyo de otros departamentos. La familia era coreana, digamos que no es material de primera plana. Sobre todo cuando una *sex symbol* aparece muerta en su apartamento.

Lanzó la carpeta por encima de la mesa e Iwata echó un vistazo al expediente. Estuvo leyendo un momento y alzó la mirada.

—¿Toda la familia?

Shindo sonrió enseñando la dentadura desgastada.

—Ya te lo he dicho, hijo: dos o tres niveles. Venga, ya podéis marcharos. Los mataron durante la noche de San Valentín, así que el caso empieza a atufar.

Iwata y Sakai se levantaron y se despidieron con una reverencia.

—¡Nos esforzaremos al máximo, señor! —ladró Sakai.

—Eso espero.

Sakai abrió la puerta y cruzó la oficina sin mirar a su nuevo compañero, que caminaba tras ella. Marchó confiada hacia el ascensor sin hacer caso de lo que Iwata supuso que eran las miradas habituales que le llegaban desde las distintas mesas. Los tipos reunidos alrededor de la fuente de agua se quedaron callados a su paso. Unos metros más allá, una goma elástica pasó silbando junto al oído de Iwata y rebotó en la espalda de Sakai. Ella no frenó el paso, pero él se dio cuenta de que se le ensombrecían las mejillas. Se volvió y vio que el más alto de todos sonreía. Tenía la cara amarillenta, el pelo recién cortado a lo militar y los labios oscuros y húmedos. Al ver a Iwata, le dedicó otra sonrisa. Presagio o picardía. Bajo los labios, una dentadura canina.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?»

—¡Que tengas un día muy productivo! —voceó el tipo.

Iwata apartó la mirada.

Sakai lo esperaba junto al ascensor con los brazos cruzados. Se abrió la puerta e Iwata la siguió. En el aparcamiento de la comisaría, Sakai se acercó a la garita de seguridad, mostró la placa e hizo el papeleo para sacar un Toyota Crown de color granate.

—Está a tu nombre —le advirtió, y le lanzó las llaves—. Más te vale que conduzcas bien.

Justo cuando salían a Meiji-dori, cayó un chaparrón que los sepultó. Sakai pulsó un botón y el puente de luces inundó la calle de azul. La sirena ululó y se abrió un espacio en el tráfico. Iwata dobló hacia el oeste, en dirección a Setagaya.

Aunque era uno de los distritos más populosos de Tokio, Setagaya estaba tranquilo. Sólo se oía el repiquetear de las gotas entre las hojas de zelkova. El aguacero había vaciado las calles. A lo lejos, un tren marchaba a paso lento hacia la ciudad.

Iwata y Sakai salieron del coche. El aparcamiento era un espacio al aire libre, encajonado entre el río Tama y una hilera de árboles que hacía de límite del campus universitario. Estaba casi vacío. Sakai se subió la cremallera del impermeable negro y empezó a bajar los escalones de hormigón que conducían a la margen del río. Iwata se detuvo.

—Sakai.

—¿Qué pasa?

—Aquí tendría que haber algún agente para acordonar la zona y buscar testigos. Hay que comprobar estos coches.

—Ya. ¿Te acuerdas de lo que ha dicho Shindo sobre los recursos?

Iwata sacó la libreta nueva y anotó las matrículas de los tres vehículos. Al acabar, siguieron el curso del río hacia el sur; la superficie estaba salpicada de flores de cerezo prematuras. Después de unos cientos de metros, llegaron a una escalera que llevaba a la entrada de un complejo privado.

Había un agente de policía con cara de pocos amigos intentando refugiarse de la lluvia. De debajo de su gorro salían nubes blancas de vaho.

—La prensa no pasa, lo siento.

Sakai le ofreció una sonrisa tibia y sacó la placa. El agente se disculpó, levantó la cinta policial y les abrió la verja. Al otro lado, el complejo de viviendas era un pantanal de balsas de malaquita. Los cascotes de obra abandonados acumulaban agua de lluvia. La maquinaria de construcción estaba inmóvil, como dormida. En un cartel grande se leía:

CONSTRUCCIÓN VIVUS: LA BUENA VIDA

Del complejo quedaba bastante poco. El equipo de demolición había dado cuenta de todas las viviendas a excepción de la del fondo. Sakai cruzó el lodo entre reniegos, pero evitó frenar el paso.

—¡Vamos —gritó por encima del hombro—. No te entretengas!

Salvo por su tamaño, el hogar de los Kaneshiro era un edificio normal y corriente, de hormigón y dos plantas, rodeado por una valla provisional que había instalado la compañía de derribos. Estaba bien cuidado y tenía un garaje y un balcón pequeño en el piso superior. Aunque en otra época tal vez fuese una zona muy solicitada, la distancia de la calle y la hilera de árboles altos de la parte de atrás le conferían soledad e intimidad. Las cortinas estaban corridas y las ventanas cerradas. A excepción de una.

Debajo del toldo había dos agentes con chalecos reflectantes hojeando un reportaje escabroso sobre la muerte de Mina Fong.

¿SUICIDIO O ALGO MÁS SINIESTRO?

¡DETALLES SENSACIONALES EN EL INTERIOR!

El más alto de los dos era flaco y no tenía barbilla, mientras que el bajo

lucía el pelo teñido de naranja y un lunar justo encima de la ceja. El lunar se elevó en cuanto vio a Sakai.

—¿Quiénes sois?

Ella mostró la placa y comprobó si se había salpicado los pantalones de barro.

—Abre la puerta —ordenó sin más.

El que no tenía barbilla le dedicó una sonrisa burlona y continuó leyendo el periódico. El del lunar lo vio y se sonrojó. Se pasó la lengua por los labios antes de contestar.

—¿Vosotros dos sois los investigadores?

Sakai miró a Lunar por primera vez, y él se dio cuenta de su error de inmediato.

—¿Qué crees, gilipollas, que hemos venido a traer una pizza?

—No, es que...

—¿Cómo te llamas?

—Hatanaka, pero...

—Mira, Hatanaka: te he pedido que abrieses la puerta, pero por algún motivo todavía estamos manteniendo una conversación al respecto. Así que voy a pasar a amenazarte. Y quiero ser muy clara: mi amenaza no tiene nada que ver con el protocolo policial. Tiene que ver con tu culo gordo y asqueroso, una celda llena de maricones y pañales de adulto para tu futuro más próximo. Espero que me hayas entendido, porque la verdad es que no sé si habrá de tu talla.

Hatanaka asintió, pálido. Sakai se dirigió al alto y de un manotazo le arrancó el periódico de las manos.

—Tú vas a acordonar el aparcamiento y vas a aprenderte los nombres de los propietarios de los vehículos antes de que yo acabe ahí dentro, o te juro que te dejo parálítico. Conozco a muchos hombres malos que te partirán la columna con una maza si se lo pido por favor. ¿Ha quedado claro?

Ambos respondieron con una reverencia exagerada.

—De perlas. Muchas gracias, agentes. Ahora, a tomar por el culo.

Sin Barbilla se apresuró hacia el aparcamiento mientras se colocaba bien la radio, y Hatanaka buscó las llaves de la casa en los bolsillos. Iwata se mordió las mejillas por dentro para reprimir una sonrisa y señaló la puerta.

—¿Estaba cerrado cuando descubrieron el asesinato?

—Sí, señor.

—¿Quién encontró los cadáveres?

—La madre de la esposa.

—¿Dónde están ahora?

—En el depósito del Instituto de Medicina Legal, señor.

Hatanaka abrió la puerta y Sakai, que entró sin dudarlo, se limitó a seguir el camino que marcaba la cinta azul del suelo. Dentro flotaba un olor a incienso que al principio era suave, pero el tufo terroso enseguida abrumó a Iwata como si hubiera arrancado un trozo de musgo del bosque y hubiera enterrado la nariz en el aroma secreto de las raíces.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

—Inspector.

Hatanaka fruncía el ceño, vacilante.

—¿Qué?

—Le he preguntado si necesita algo más.

Iwata carraspeó y se centró.

—Primero, dame tu número. Luego necesito que hables con los vecinos de la zona. Quiero que averigües si la familia tenía alguna disputa, deudas, enemigos o cualquier cosa por el estilo. No te olvides de buscar motivos pasionales. Los asesinatos se produjeron el día de San Valentín: aventuras, antiguos amantes; ya sabes a qué me refiero.

—Sí, señor.

Hatanaka escribió el número en un pedazo de papel, hizo una reverencia y cerró la puerta al salir. El pasillo estaba en silencio y en penumbra. En el *genkan* no cabían más zapatos. En las paredes habían colgado fotografías. Un hogar familiar normal.

«El hombre feliz es aquel que, siendo rey o campesino, encuentra la paz en su hogar.»

Iwata esperó en la entrada junto a Sakai, que hojeaba el expediente del caso.

—¿Listo? —preguntó ella.

—Sí.

—Bueno, vamos allá. A Pedro Picapiedra lo encontraron arriba, en el dormitorio de matrimonio. Los demás estaban aquí abajo.

Señaló el salón con la cabeza.

—Hatanaka ha confirmado que la puerta estaba cerrada con llave —apuntó Iwata.

—Quizá el asesino tuviera una copia. O tal vez los conocía.

—La ventana de arriba está abierta y el informe dice que en la puerta principal no hay huellas.

—O sea, que tiene un par de guantes. Anda, ya tenemos una pista. ¿Vamos?

—Sí, señora.

—Las mujeres y los niños primero.

Sakai mantuvo abierta la puerta del salón.

Iwata cerró los ojos un instante, respiró hondo y entró.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

La estancia estaba iluminada con unos focos muy potentes. Habían retirado los cadáveres de la familia, pero en el aire aún se percibía un hedor pegajoso. Iwata lo conocía a la perfección: hidratos de carbono, proteínas y ácidos grasos descompuestos por microbios. Los gases que emitían los cuerpos. Tejido conectivo en estado de descomposición, y a medida que éste avanzaba, los intestinos empezaban el proceso de licuefacción. El pan nuestro de cada día en la Primera División.

—Qué bonitas salpicaduras de sangre.

Sakai señaló con la barbilla la cordillera roja de la pared.

—Esto es un auténtico Picasso.

—Querrás decir un Pollock.

—¿Quién es ése?

—Da igual.

Iwata esquivó unos deberes ensangrentados. La modelo sonriente de la portada de un ejemplar de *Good Housekeeping* tenía un manchurrón rojo en la nariz. En el alféizar de la ventana, un bonsái se había quedado sin hojas y se moría poco a poco. Sakai indicó los tres lagos de sangre oscura de la moqueta.

—Te presento a Vilma, Pebbles y Bam-Bam.

Le tendió varias fotografías que sacó de la carpeta. La madre estaba tendida en el suelo con los brazos abiertos y las piernas estiradas; el asesino la había destripado y le había rebanado la garganta. El hijo adolescente había muerto pegado a la pared; tenía un corte profundo en el oblicuo y la cuenca del ojo derecho destrozada. Por último, a la más pequeña, la hija, la habían asesinado en un rincón. Tenía los hombros encorvados, como si la muerte la desconcertase.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

—La cosa fue así. —Sakai hizo crujir los nudillos—. El asesino amenaza a los niños, y la madre no opone resistencia. La mata aquí mismo, al momento. El hijo se abalanza para defenderla; es un chico grande, fuerte, y seguro que le soltó unos cuantos puñetazos. Por eso la primera puñalada que recibe es una agresión defensiva. Luego el asesino le corta el cuello a la niña, que ha estado agachada todo el rato.

Iwata asintió. Los niños muertos y la carne en estado de descomposición formaban parte del trabajo. Igual que esperar en los semáforos y redactar informes.

—Tienes buen ojo, Sakai.

Ella no hizo caso del cumplido y continuó leyendo el informe.

—Aquí Picasso tampoco dejó ninguna huella dactilar.

—Continuemos.

Registraron la planta baja y no encontraron nada fuera de lugar. Cuando hubieron acabado, Sakai encabezó la comitiva hacia la primera planta. Allí se detuvieron delante de la puerta del cuarto de baño. La ventana que había sobre el retrete estaba abierta y por ella entraba una corriente suave de aire. Iwata bajó la tapa de la taza y descubrieron parte de una huella de barro.

—Esto no figura en el informe, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Pues ya sabemos por dónde entró.

Salieron al pasillo y comprobaron los dormitorios de los hijos. El expediente no contenía información sobre ninguna de las dos habitaciones, y en ellas no vieron nada fuera de lo común. A continuación, revisaron el balcón y el garaje. Por lo visto, los Kaneshiro no disponían de vehículo, aunque encontraron alguna mancha de grasa en el suelo y una botella vieja de anticongelante.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Sakai.

—Hace mucho que no lo meten aquí.

—¿Lo habrán vendido?

—Un segundo.

Iwata marcó el número de Hatanaka.

—Sí, soy yo. Una cosa más: necesito que compruebes si los Kaneshiro tienen algún vehículo registrado a su nombre. Si su situación financiera no era muy holgada, tal vez lo vendiesen. O puede que denunciaran un robo.

Cuando lo averigües, me avisas.

Iwata colgó, y Sakai le guiñó el ojo.

—Buena idea.

—¿Qué nos queda? —preguntó él.

—El despacho y el dormitorio principal, nada más.

—De acuerdo: en ese orden.

Volvieron a la planta de arriba. La puerta del despacho estaba abierta de par en par; el ordenador de la familia estaba encendido y junto al teclado había una tarrina de helado de menta abierta y con los restos derretidos.

—Qué raro —musitó Iwata.

—Podría ser él. Asesinar da mucha hambre.

—No hay cuchara.

Sakai le entregó el expediente, se sentó al escritorio y se puso un guante de látex. A continuación, abrió el historial del navegador.

—Fíjate: el tipo pasó horas navegando por internet.

—¿Seguro que es él?

—Es mucho después de la hora certificada de muerte. Consultó grupos de teatro, noticias de béisbol y al final se puso a buscar vuelos a Corea. En el informe no dice nada de registros informáticos, pero estoy segura de que podemos encargar a los del servicio técnico que le dediquen veinte minutos a esto.

Iwata negó con la cabeza.

—No tiene sentido, Sakai. Mata a toda una familia sin dejar ni rastro: ni una sola huella dactilar ni una pista, ¿y luego nos deja el historial de navegación?

—¿Quieres decir que es un acto deliberado?

El inspector se encogió de hombros.

—Así es como ha hecho todo lo demás.

Sakai lo meditó.

—Puede ser. Pero entonces el Picasso este se pasa de listo.

Iwata hojeó el expediente.

—Sakai, ¿no te parece que la carpeta es demasiado fina? El informe es muy vago.

—No me sorprende, dadas las circunstancias que rodeaban al inspector Akashi. Vamos, nos falta una habitación.

Salieron del despacho y se detuvieron ante la salpicadura de sangre que

había fuera del dormitorio.

—Bueno: Pedro está en la cama, porque se encuentra mal o lo que sea — dijo Sakai señalando la puerta del dormitorio—. Oye un ruido que viene del baño y sale a ver qué pasa. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué no supone que es su mujer cagando?

—A lo mejor el ruido es muy fuerte. La huella está borrosa, ¿no? Es posible que resbalase y se cayera.

—Sí, eso tendría sentido. En cualquier caso, el marido sale, ve a Picasso y se enfrentan. El asesino lo reduce y al hacerlo elimina la amenaza principal y gana tiempo para ocuparse de los demás.

Iwata se agachó junto al charco de sangre.

—El padre estaba bastante malherido, pero sabemos que murió en su cuarto.

—¿Y...?

—Que si cuando estaba aquí todavía conservaba la consciencia, puede que oyese cómo su agresor asesinaba a su familia en la planta baja.

—Dios, cómo me gusta mi trabajo. —Sakai se rascó la nariz—. ¿Listo?

Iwata respondió que sí con la cabeza. Ella abrió la puerta del dormitorio y vieron la sangre de Tsunemasa Kaneshiro.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Iwata conocía los aspectos prácticos de un asesinato. Y los aspectos prácticos de la muerte. Harían falta noventa minutos para incinerar al padre. Para el hijo, Seiji, más o menos lo mismo. La esposa, Takako, tardaría unos tres cuartos de hora. Hana, la niña de seis años, poco más de veinte minutos. Un turno de tarde en el crematorio.

Iwata vio una puesta de sol en un acantilado. Vio rocas a sus pies. Por un instante, sintió vértigo.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

—¿Estás bien, Iwata?

—Bien, bien. —Había recuperado el control—. Necesitamos luz.

Sakai echó un vistazo al charco de sangre de la cama. Iwata descorrió las cortinas y una luz intensa bañó la estancia.

Entonces lo vio.

Sakai no se había percatado todavía; estaba absorta en una fotografía del padre muerto.

—Es obvio que este asesinato es el más brutal. Puñaladas por todas partes,

además de la herida que recibió en el pasillo. Creo que Pedro era la musa de Picasso.

En la fotografía se apreciaba un agujero enorme que se abría por debajo de las costillas del señor Kaneshiro.

—Le sacó el corazón —musitó Iwata sin apartar la vista del techo—. Son asesinatos rituales, Sakai. Que le haya quitado el corazón significa algo. ¿Te das cuenta de que tan sólo se llevó el del padre? A los demás los dejó en paz.

—¿Un asesinato ritual? ¿No crees que exageras un poco? Puede que el asesino buscase dinero, o que fuera una venganza. O a lo mejor estamos ante un psicópata que vio una ventana abierta e improvisó. No dices nada, ¿qué te pasa?

Iwata respondió señalando el techo. Sakai se tapó la boca.

—Me cago en Dios.

Dibujado con trazos borrosos de hollín, había un sol de bordes recortados.

ESTOY AQUÍ

A la hora de comer, el café Doutor estaba lleno. Amas de casa chismorreando con los labios pegados al borde de la taza y oficinistas solitarios que masticaban donuts con aire ausente. Sakai negaba con la cabeza al tiempo que sorbía chocolate caliente. Tenían el historial de navegación del ordenador de los Kaneshiro imprimido y esparcido por toda la mesa.

—Que no comprara los billetes de avión mientras estaba en la casa no significa que no lo hiciese más tarde. O quizá los consiguió por teléfono. ¿De verdad crees que este imbécil se pasaría veinte minutos buscando vuelos a Seúl si no tuviera intención de ir?

—Sí, eso creo.

Iwata se mordía una uña y daba golpecitos con el pie mientras contemplaba el esbozo del sol negro que él mismo había hecho.

—¿Por qué?

—Quizá sepa que si nos proporciona una pista lógica, lo normal es que la sigamos.

Sakai se rió.

—O sea, que es cierto: éste no es tu primer trabajo de policía.

—Reservar un vuelo usando el ordenador de los Kaneshiro significaría revelar su nombre. Y eso es una sentencia de muerte.

Ella se lamió el chocolate del labio superior.

—Pero también puede ser que después de masacrar a toda la familia no estuviese muy centrado. ¿Y si se largó porque alguien o algo lo asustó?

Iwata respondió que no con la cabeza.

—Los mató alrededor de las diez de la noche y a las ocho de la mañana se había comido lo que encontró en la nevera, había hecho el sudoku del periódico, había escuchado sus cedés y había buscado vuelos a Corea en su ordenador. ¿Crees que un tío capaz de matar a una niña a puñaladas y de

sacarle el corazón a un hombre va a asustarse por un portazo?

Sakai lo meditó y llamó la atención del camarero para pedirle otro chocolate a la taza. Iwata negó con la cabeza.

—A lo mejor fue porque la abuela no paraba de llamar por teléfono — apuntó ella.

—Puede ser. Pero ten en cuenta que salió de la casa a plena luz del día. Estaba tan tranquilo, convencido de que si alguien lo veía, no lo reconocería.

—Mira, sólo digo una cosa: que se pusiera guantes y dibujase un símbolo en el techo no lo convierte en un genio.

Le sirvieron el chocolate, y ella desmigó unas galletas de mantequilla para echarlas dentro.

—Se te caerán los dientes, Sakai.

La agente bebió un sorbo y entornó los ojos con perverso placer.

—A ver: según tú, ¿por qué es tan lumbreras?

—Las estadísticas dicen que sólo hay un genio malvado entre un millón. Aun así, es posible que la suya sea una inteligencia superior a la media.

—Pues que se joda: no parece que tú tengas ningún defecto mental y yo soy más lista que el hambre.

—No es su coeficiente intelectual lo que me preocupa. Lo que más me inquieta es que, hasta donde puedo ver, el asesino no ha dejado una sola pista útil. Obsesión, planificación meticulosa y una disposición despiadada a la hora de hacer realidad una fantasía, sin importarle los efectos colaterales. Cuenta con todas las características de un asesino en serie bien organizado.

—¿Asesino en serie! ¿Y en qué te basas para decir eso? Aparte de en los asesinatos de la familia, claro.

—Según el FBI, un asesino en serie es alguien que cuenta con cuatro o más víctimas. Así que él ya entra en esa definición.

—¿Has estado en el FBI?

—No, pero es una definición estándar. Allí se imparte en cualquier curso de formación policial.

—¿Por qué estás tan seguro de que no ha terminado?

—Por el símbolo. No lo dibujó por diversión; significa algo. Representa su trabajo o su mundo o su manifiesto. Tú lo llamas Picasso, ¿no? Cuando un artista firma un cuadro no lo hace porque piense pintar sólo ése y dejarlo después.

—De acuerdo. Entonces ¿qué significa?

—No tengo ni idea, pero sé qué quiere decir para nosotros.

—¿Qué?

—Estoy aquí. No he terminado.

Sakai se acabó el chocolate de un trago y con la cucharilla pescó las últimas migas de galleta del fondo. Iwata bebió el café que le quedaba, pagó la cuenta y guardó el recibo para las dietas. Esperaba poder reclamar el gasto pronto. Fuera, la lluvia se había convertido en llovizna, pero de todos modos Sakai se apresuró hacia el coche. Con Iwata al volante, se dirigieron hacia el depósito de cadáveres. Mientras iban hacia la autovía, Sakai repasó el expediente una vez más; al cabo de unos minutos, le sonó el móvil y contestó la llamada sin decir nada.

—De acuerdo, gracias. —Cerró el móvil de golpe y negó con la cabeza—. Eran los de la novena planta. Dicen que es imposible conseguir muestras de ADN del helado. Y la huella del baño estaba demasiado borrosa para servir de algo. Lo único que saben es que el asesino tenía los pies grandes. Veintiocho centímetros.

Iwata la miró.

—¿Veintiocho?

—Estamos buscando a un gigante —dijo, y sonrió de oreja a oreja.

El Instituto de Medicina Legal de Tokio era uno de los edificios más grandes de Bunkyō, una gran construcción blanca en forma de ele que arrojaba sombra sobre el parque infantil del otro lado de la calle. En las paredes del vestíbulo se exhibían con orgullo varias estadísticas.

TODOS LOS AÑOS RECIBIMOS AL 20 % DE LOS FALLECIDOS DE TOKIO. LLEVAMOS A CABO MÁS DE 13.000 CHEQUEOS MÉDICOS Y MÁS DE 2.650 PRUEBAS TANATOLÓGICAS

Iwata sabía que esa misma mañana habían hecho cuatro más.

Sakai enseñó la placa en el mostrador y la recepcionista pulsó el botón de las puertas de seguridad para dejarlos pasar. Bajaron al sótano en ascensor y, al abrirse la puerta, vieron a una mujer de mediana edad y estatura baja con una bata blanca. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tenía notas escritas en el dorso de ambas manos, y las yemas de los dedos amarillas de la nicotina. Los esperaba silbando *Greensleeves*.

—Soy la doctora Eguchi. Han venido por la familia, ¿correcto? —preguntó con voz de fumadora.

—Eso es. Yo soy Sakai, y él, Iwata.

—Llegan pronto. Aunque para la mayoría de los que recibimos aquí ya es tarde.

Los detectives se miraron.

—No me hagan caso. Es humor forense.

Echó a caminar, y la siguieron.

—Los trajeron hace tres o cuatro días. Empezaba a pensar que no vendría nadie a por ellos.

—Hubo un cambio en el personal asignado al caso y eso ha provocado retrasos.

Eguchi enarcó la ceja, pero no dijo nada.

Los condujo a una sala de autopsias enorme y reluciente de paredes beis. Había cinco mesas de metal.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Los paneles halógenos se encendieron con un parpadeo. La iluminación de la sala era intensa y el acero inoxidable de todas las superficies relucía impoluto.

Cuatro de las mesas para autopsias estaban ocupadas por los cadáveres de los miembros de la familia Kaneshiro.

—Bueno... —comenzó Eguchi—, creo que podemos calificarlo de homicidio múltiple sin miedo a equivocarnos. Todos murieron por herida de arma blanca. En unos casos, el apuñalamiento es más concienzudo que en otros.

Los miró y esbozó una sonrisa esperanzada.

—Su predecesor tenía más sentido del humor.

Eguchi señaló a Tsunemasa y a Seiji Kaneshiro como si indicase la ubicación de los enchufes en un piso que pretendiera alquilar.

—El padre y el hijo forcejearon con el agresor, pero ninguno de los dos lo hizo sangrar. No tienen nada debajo de las uñas.

Se parecían bastante, aunque el primero había recibido un castigo más severo. Estaba abierto en canal como un pescado; debajo de la última costilla tenía un tajo enorme por el que el asesino había accedido al corazón. Le había arrancado los párpados. De la frente sobresalían fragmentos puntiagudos del cráneo de color crema.

—Las lesiones muestran que el asesino es zurdo. Además, teniendo en cuenta el daño provocado a los huesos y la manera en que le extirpó el corazón, diría que vuestro asesino tiene una fuerza descomunal.

Eguchi pasó la mano por encima de la madre y de la niña; era evidente que le interesaban menos.

—Debo añadir que ninguna de las víctimas sufrió agresiones sexuales.

La niña tenía las pestañas largas y la boca abierta; las mejillas se le habían tornado de un amarillo céreo. Debajo de la barbilla menuda, un corte largo y profundo le abarcaba toda la garganta como una sonrisa gatuna.

—Doctora, ¿tienen información sobre el arma homicida? —preguntó Iwata, y apartó la vista de los restos pálidos de la niña.

Eguchi sonrió enigmática.

—Ésa es una cuestión interesante, inspector. Solemos ser capaces de estimar con bastante exactitud el tipo de hoja, la clase de cuchillo o lo que sea. Cada cuchillo o bisturí deja imperfecciones o marcas delatorias.

—¿Y éste no es el caso?

—Tenemos una base de datos muy extensa, pero, a decir verdad, a esta familia la han matado con algo que nunca había visto.

—Disculpe, doctora, ¿a qué se refiere exactamente?

—A que a todos los apuñalaron, pero no con un cuchillo que se pueda comprar en Japón. Los cortes son demasiado perfectos, demasiado afilados.

—¿Cree que podría tratarse de algún tipo de bisturí? —preguntó Iwata.

—Las laceraciones son demasiado grandes para un bisturí. Cuadran más con algún tipo de machete. Quizá una espada pequeña.

Iwata y Sakai se miraron.

La doctora continuó mientras la agente empezaba a tomar notas.

—El resultado de los análisis de muestras de sangre, de orina y del contenido de los estómagos estarán a su disposición mañana por la mañana. Otro detalle es que los cuatro cadáveres tenían restos de una especie de hollín, sobre todo el padre. De hecho, él tenía el índice izquierdo manchado del mismo polvo, a pesar de ser diestro. Puede que lo obligase a tocarlo.

—El sol negro —musitó Iwata—. Obligó a Kaneshiro a dibujar el símbolo.

La doctora Eguchi los llevó fuera de la sala.

—No sé cómo decirlo con delicadeza... ¿Los cadáveres...?

—La abuela se encargará de los preparativos —respondió Sakai—. Deberían llevárselos antes de mañana por la tarde.

—De acuerdo. Abrimos a las ocho y media; mañana a esa hora tendremos los resultados.

—Éste es mi número de móvil.

Iwata arrancó una página del cuaderno y se la entregó.

Los dos detectives se despidieron con una reverencia y salieron del edificio. Cuando llegaban al coche, a Sakai le sonó el teléfono.

—Ah, eres tú. ¿Sí? Eso está bien. ¿Tienes el nombre? —Sujetó el aparato con el hombro y apuntó algo—. Vale, ¿qué más? ¿2010? De acuerdo, muy bien. ¿Y qué me dices de tu novio? ¿Ha conseguido las matrículas de los vehículos del aparcamiento? Bueno, eso no me interesa. Mira, son las dos. A las cinco te llamaré de nuevo: quiero los nombres. Acabas de heredar el recado, ¿entendido?

Iwata alcanzó a ver una fugaz sonrisa de placer en sus labios.

—Oye, Hatanaka, ¿te acuerdas de lo que te he dicho antes? Que no se te olvide que soy una mujer de palabra.

Colgó.

—Era el policía capullo, el del lunar.

—Hatanaka.

—Ese mismo. Dos cosas: primero, la familia sí tenía coche. Un Honda Odyssey de 2010. No hay datos sobre si lo habían vendido o habían sido víctimas de un robo.

—Pues merece la pena hablar con quienquiera que lo tenga ahora.

—Yo también lo creo. Lo segundo: Hatanaka ha conseguido un nombre. Se lo han dado los vecinos del barrio.

Alzó el cuaderno.

—¿Kodai Kiyota? —leyó Iwata en voz alta.

—Los vecinos dicen que allí todo el mundo sabía que estaba enemistado con la familia. Al parecer, tiene algún vínculo con la constructora que llevó a cabo el derribo de las casas circundantes.

—¿Él quería que se marchasen, y ellos se negaban?

—Es muy posible. —Sakai se encogió de hombros—. Pero no te lo pierdas: fue soldado de la yakuza. Y para colmo, en la ficha policial dice que mide metro ochenta y ocho.

—En ese caso, quiero que lo encuentren, Sakai. Te llevo a la comisaría de Setagaya, y cuando deis con él, me llamas.

—¿Adónde vas?

—El padre trabajaba en un centro de atención al cliente de Keiō-Tamagawa, y la madre en una facultad cercana. Voy a hablar con sus compañeros, a ver qué averiguo.

Sakai bostezó y miró a Iwata.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De Miyama. En el campo. No queda muy lejos de Kioto.

—Me habían dicho que eras estadounidense.

—Pasé allí una temporada de joven, nada más. Es donde estudié. ¿Y tú?

—En Kanazawa.

Iwata se echó a reír.

—¿Te hace gracia?

—Es que no te imagino contemplando las flores desde el puente mirador del jardín de Kenroku-en. Así que eres de allí...

—No, allí es donde conseguí la placa.

Iwata la miró. Le dio la sensación de que ella se mordía la lengua antes de volverse y mirar por la ventana. Hoteles de cadenas de bajo coste y corporaciones anónimas flanqueaban el asfalto gris de la autovía. Hoteles del amor y bloques de pisos carísimos llenos de manchas de contaminación tras años de exposición al tráfico se amontonaban en la segunda fila.

«Contigo soy feliz.»

—¿Quién era el de esta mañana de camino al ascensor? —preguntó Iwata.

—¿Quién? —contestó ella con aire ausente, sin dejar de mirar por la ventanilla.

—El que te ha lanzado la goma elástica.

Ella se volvió hacia él y antes de contestar lo miró a los ojos un instante.

—Se llama Moroto.

—¿De qué va?

—Moroto es... Mira, mejor evítalo.

Al ver la señal verde que indicaba el centro de Setagaya, Iwata salió de la autovía.

—Bueno, ya sabes lo que dicen de las primeras impresiones, pero me ha parecido un gilipollas.

Sakai continuó mirando por la ventanilla.

—¿Sabes qué, Iwata? Para ser de la región de Kansai, no eres tan capullo.

Se sonrieron por primera vez. El resto del viaje hasta la comisaría de Setagaya transcurrió en silencio.

Happy Cloud Communications estaba en la segunda planta de un edificio bajo y ancho que vivía a la sombra de un aparcamiento de varios pisos. Ya solo, Iwata pasó por delante de un restaurante coreano y de la diminuta

consulta de un dentista hasta que al final encontró la entrada lateral. Pulsó el timbre y le abrió la puerta un hombre con sobrepeso y un cárdigan sucio. El inspector le mostró la placa.

—Supongo que viene por lo de Kaneshiro.

Iwata asintió con la cabeza.

—Soy Niwa, el encargado. Lo acompaño a su puesto de trabajo.

Iwata lo siguió hasta una habitación sin ventanas. Las paredes eran amarillas, y las plantas, de plástico. Había unos treinta empleados sentados cada uno delante de su terminal, enfrascados en animadas conversaciones telefónicas. Un joven de pelo largo y cara juvenil lo miró y apartó la vista de inmediato. Después se levantó y salió de la oficina.

—Señor Niwa, ¿sabe si el señor Kaneshiro tenía problemas con algún empleado?

Niwa se rió por encima de la caspa del hombro.

—¿Problemas? Casi no abría la boca para hablar con nadie. Se ocupaba de la informática y apenas se relacionaba con los trabajadores. Tal vez «hola» y «adiós», pero no mucho más. Éste era su despacho.

Niwa llamó a la puerta con ademán sarcástico.

—No hay nadie.

—Puede continuar con sus asuntos, señor Niwa.

Iwata observó el espacio estrecho e hizo varias notas mentales. Estaba algo apartado de la sala principal y conectaba con el despacho de Niwa a través de una puerta. La persiana de lamas de la ventana que daba al callejón estaba bajada. Allí abajo Iwata no vio más que basura, un gato merodeando y, como dato curioso, un megáfono viejo y sucio tirado en el suelo.

Se puso un guante y desbloqueó el ordenador de Kaneshiro. Estuvo unos veinte minutos revisando su correo, pero no encontró nada que tuviera la más remota conexión con disputas de ninguna clase y mucho menos con el asesinato de una familia. Hizo una búsqueda en el disco duro y no encontró más que trabajo. Lo bloqueó de nuevo y vio el retrato familiar del escritorio. Cuatro sonrisas ante una puesta del sol; el pícnic, devorado.

«Por favor, deja que te oiga.»

Comprobó los cajones, pero no encontró nada interesante. Debajo de las ruedas de la silla giratoria había una gota de sangre seca y desvaída.

«Una hemorragia nasal, o podría ser otra cosa.»

Del gancho de detrás de la puerta sólo colgaba un impermeable con los

bolsillos vacíos. En la pared había un calendario pequeño de un restaurante coreano de la zona. Iwata fue pasando las semanas sin ver nada más que las típicas citas, reuniones escolares y compromisos familiares. Volvió al inicio del año y entonces descubrió algo que le llamó la atención. El 4 de enero, Kaneshiro había reservado una hora con una nota: «Reunión con I.»

Iwata salió del despacho de Kaneshiro, dio las gracias a Niwa y se fue del centro de llamadas. Entró en un 7-Eleven del otro lado de la calle y compró dos *onigiri* y una bebida con gelatina de plátano. Regresó al Toyota, devoró el almuerzo y llamó a Sakai.

—Dime.

Sonaba impaciente.

—Sakai, soy yo. Estoy en la oficina del padre. Escucha, seguramente no será nada, pero necesito que compruebes una cosa.

—Un segundo. —Iwata la oyó rebuscar en el bolso—. Dime.

—El 4 de enero de este año, Tsunemasa Kaneshiro quedó con alguien llamado «I».

—¿Nada más?

—Kiyota es una buena apuesta para los asesinatos, pero quiero que haya más de un caballo en la carrera. Haz que Hatanaka siga llamando a las puertas del barrio y si sale cualquier cosa de un tal «I», me avisas.

Sakai suspiró.

—Hablando de Kiyota, de momento no lo ubicamos; parece que ha desaparecido de la faz de la tierra. Pero esto te gustará más: tiene varias condenas por crímenes violentos relacionados con la yakuza. Y no sólo eso, sino que además tiene lazos con Nippon Kumiai. ¿Te suenan?

—Sí, es un partido nacionalista o algo así.

—Exacto. Parece que Kiyota quería forjarse una carrera como activista. Ay, casi se me olvida: uno de los obreros de Vivus dice que la mañana posterior a los asesinatos vio a un hombre rondando la casa. Un tipo cojo que al parecer hablaba solo.

—Me gusta. Escucha, necesito una cosa más. Tienes que conseguir los movimientos de la cuenta del señor Kaneshiro desde principios de año. En el expediente no hay nada, y me extraña. Bueno, ya sabes: cualquier cosa rara, me avisas.

—¿Qué había dicho de que no eras tan capullo? He hablado antes de tiempo.

—Nos vemos en Setagaya dentro de una hora.

Iwata colgó.

Estaba a punto de arrancar el coche cuando alguien lo sobresaltó dando unos golpecitos en el cristal de la ventanilla. El empleado de pelo largo estaba fuera. Iwata bajó la ventanilla.

—¿Sí?

—¿Es usted policía? ¿Ha venido por lo de Tsunemasa Kaneshiro?

Iwata respondió que sí con la cabeza.

El joven miró a ambos lados.

—Niwa le ha dicho que no tenía problemas en el trabajo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Había una chica... muy joven. No sé cómo se llama. Pero tenía alguna rencilla con Kaneshiro. Solía pasarse horas debajo de su ventana gritándole obscenidades por un megáfono. Le chillaba: «Cucarachas, cucarachas. Muerte a las cucarachas.»

—¿Por qué?

—Sabía que Kaneshiro era coreano. Casi todos los insultos eran racistas. La verdad, creo que nunca había visto a nadie tan... enfurecido. Llamaron a la policía un par de veces, pero ella siempre regresaba. Y hace unas semanas, Niwa ordenó a Kaneshiro que bajase y solucionase el problema con ella de una vez por todas. Al cabo de unos minutos, él volvió con un corte en el brazo.

—¿Dices que parecía joven?

—No debía de tener más de dieciocho. Diría que dieciséis. Poco más de metro cincuenta, pelo teñido.

—Nombre y número, por favor. —Iwata arrancó una página del cuaderno —. Puede que me ponga en contacto contigo.

El joven escribió los datos deprisa y miró de nuevo a ambos lados de la calle.

—Kaneshiro era un buen hombre.

Le pasó el pedazo de papel. Y se marchó.

Iwata aparcó cerca del antiguo estadio olímpico y se dirigió al campus principal de la Universidad de Komazawa. Eran las tres y media de la tarde. El viejo monolito de la entrada en el que aparecía el nombre de la institución grabado en piedra era de la década de 1590. Debajo se leía el lema:

VERDAD. SINCERIDAD. RESPETO. AMOR

El equipo de rugby estaba entrenando en el campo con la mascota de la universidad estampada en el pecho: una urraca.

Le vino a la cabeza la canción infantil: «Una (urraca) es un disgusto.»

Al llegar a la recepción, explicó que estaba investigando el asesinato de la señora Takako Kaneshiro, y de inmediato la recepcionista mandó llamar al jefe de mantenimiento. Pasaron tan sólo unos segundos antes de que apareciese un anciano rechoncho vestido con uniforme de trabajo. Iwata le mostró la placa, y el hombre respondió con una larga reverencia.

—Soy el jefe de mantenimiento; ¿en qué puedo ayudarlo, inspector?

—La señora Kaneshiro trabajaba para usted, ¿correcto?

—Así es, limpiando. Solía trabajar en las facultades de Radiología y de Administración de Empresas.

—¿Tenía una mesa de trabajo o algo así?

—No, señor. Sólo una taquilla.

—Muéstremela, por favor.

El jefe de mantenimiento llevó a Iwata por una serie de pasillos de suelos relucientes, y descendieron varias plantas hasta llegar a los vestuarios del personal. Allí le señaló una taquilla con una corona de flores a los pies, situada al fondo de la sala deslucida que usaban las trabajadoras.

«Dos, una alegría.»

Estaba cerrada con un candado el doble de grande que los que vio en las

demás puertas.

—¿Había tenido algún problema?

—No, señor. Era una empleada modélica; jamás llegaba tarde ni se ponía enferma. Era una trabajadora maravillosa, una persona maravillosa. Lo que ha ocurrido es... terrible.

—Discúlpeme, caballero. Si no tenía problemas con nadie, ¿le importaría decirme por qué usaba un candado tan grande?

—Bueno, hubo un... incidente a principios de año. Takako se quejó de que alguien había forzado el que tenía antes.

Las cañerías del techo se estremecieron y se oyó un gemido.

—¿Qué se llevaron?

—Eso es lo extraño: sólo le desapareció el uniforme de trabajo. No tiene sentido, porque los proporciona la universidad. Es un uniforme barato y se reemplaza a menudo.

—Entonces ¿usted no recuerda que Takako tuviese a nadie en su contra?

—Era una mujer muy discreta, no me la imagino enemistándose con nadie. ¿Quién sería capaz de odiar a alguien como ella?

—¿Tiene la llave de la taquilla?

—Un momento, por favor.

Rebuscó entre todas las que llevaba colgando de una anilla grande hasta que dio con el duplicado y la sacó. Iwata la hizo girar en el candado y la puerta se abrió con un leve chirrido. La taquilla estaba vacía.

«Tres, será un niño.

»Cuatro, una niña.»

—Dice que la señora Kaneshiro informó del robo a principios de año, ¿verdad?

—Así es.

—¿Podría decirme la fecha exacta?

—Tengo los documentos en el despacho.

Iwata lo acompañó por un pasillo sin iluminación queapestaba a desinfectante y oyó algo que correteaba en la oscuridad casi sin hacer ruido. En el despacho había poco más que un escritorio, una silla y unas estanterías cargadas de archivadores. El anciano alcanzó el correspondiente con un leve gruñido de esfuerzo.

—Vamos a ver.

Sacó una hoja con fecha de enero de 2011. Iwata leyó el encabezamiento.

El inspector anotó la fecha.

—¿Avisaron a la policía?

—No, señor. Lo resolvimos como asunto interno.

—¿Descubrieron a la persona responsable?

—Despedimos a una joven iraní que trabajaba aquí desde hacía poco.

—¿Ella admitió haber robado el uniforme?

El jefe de mantenimiento soltó una risa nerviosa.

—El proceso fue mucho más... informal, inspector.

—¿Perdió el empleo de manera informal?

—Varias de sus compañeras habían expresado falta de confianza en ella, y la joven en cuestión aceptó sin muchas protestas.

Iwata asintió.

—¿No le parece bastante improbable que una inmigrante iraní fuera la responsable?

El jefe de mantenimiento se sonrojó.

—Inspector, le aseguro que...

Iwata lo interrumpió con un gesto de la mano.

—¿Cómo se llamaba? No necesito más.

—Saman Gilani. No sé si ésa es la pronunciación correcta.

Iwata recorrió la página con el dedo mientras memorizaba los caracteres.

—¿Tiene algún empleado con antecedentes penales?

El anciano lo pensó.

—Creo que es muy posible. Yo sólo trato con los empleados de menor rango, como se puede imaginar. Y ya no hacemos esa clase de comprobaciones; hoy en día se ocupa una empresa externa.

—De acuerdo. Bueno, muchas gracias por su ayuda.

El señor respondió con una reverencia y lo acompañó hasta la puerta del despacho. Iwata recorrió el pasillo oscuro solo; el temblor y los chirridos de las cañerías y los suspiros del vapor habían sustituido el correteo de antes.

Al llegar a la escalera, llamó a Sakai.

—¿Qué pasa ahora? —contestó ella de mala gana.

—Creo que tengo un par de caballos más. ¿Estás delante de un ordenador?

—Sí, dime uno de los nombres.

—En primer lugar, Saman Gilani, aunque no tengo muchas esperanzas

puestas en ella.

Iwata deletreó el nombre y hubo una pausa.

«Cinco es plata.»

—Vale: ciudadana iraní, la deportaron hace un par de semanas. Llegó después del acuerdo de empleo de los noventa y, por lo que veo, no regresó. Tiene un hijo con un ciudadano japonés. Parece que está con una familia de acogida. ¿Qué tiene que ver esta mujer?

—Nada. Ahora busca en la base de datos de penales y dime si hay alguien de la lista que esté trabajando en la Universidad de Komazawa.

Iwata la oyó teclear y chasquear la lengua.

—Vale, salen dos. Un tipo acusado de varios delitos hará unos diez años, aunque desde entonces no tiene más que multas de aparcamiento. Y también está Masaharu Ezawa. Mira, él tiene una lista la mar de bonita: acoso sexual y robo de ropa interior. Y también le gustaba espiar en los baños de señoras. No consta ninguna dirección en los últimos tres años.

«Seis, oro.»

Iwata ya había echado a correr hacia el despacho del jefe de mantenimiento; abrió la puerta de golpe, y el hombre dio un respingo.

—Masaharu Ezawa: ¿trabaja aquí?

—Sí.

—Dirección.

—Bueno...

—La necesito ahora.

El hombre abrió una funda de plástico y le entregó una hoja donde aparecía el domicilio de Masaharu Ezawa, su número de la seguridad social y sus turnos. Iwata levantó la vista.

—¿Está de servicio ahora mismo?

El jefe asintió con la cabeza y una expresión de preocupación en el rostro.

—Lléveme con él.

Caminando más deprisa que en toda su vida, el anciano lo guió hasta la calle mientras el inspector lo impelía a base de reniegos. Acortaron por el césped y cruzando varios edificios hasta que al final el viejo señaló. El dedo apuntaba hacia un hombre agachado en una pequeña arboleda. En un rincón tranquilo, Masaharu Ezawa cuidaba de un parterre de iris sin prisa pero con diligencia.

Al verlos, se levantó. Era un hombre de baja estatura con una cabellera

fina, larga y femenina que le ocultaba un ojo. Arrastraba el holgado uniforme de trabajo, como un niño con la ropa de su padre. Tenía los labios gruesos, los dientes pequeños y la nariz chata y respingona. Parecía un chico haciendo el trabajo de un hombre.

Iwata le indicó al jefe de mantenimiento que los dejase solos.

—Señor Ezawa.

—¿Quién es usted?

Su voz era suave pero tensa.

Iwata respondió enseñándole la placa, y Ezawa miró las flores de inmediato.

—Ay...

A tres pasos de distancia, Iwata bajó la mirada mientras guardaba la identificación. Al levantar la vista, alcanzó a ver que Ezawa metía la mano en el bolsillo.

—Oiga...

Recibió una pedrada en la cara. La piedra estaba cubierta de barro y, mientras se tambaleaba hacia atrás, intentó limpiarse la tierra de los ojos. Ezawa gruñó y le estampó el desplantador en la cabeza.

—¡Joder!

Ezawa había echado a correr y se alejaba tan rápido como podía, pero le pasaba algo. Sus zancadas eran penosas y tenía los tobillos torcidos. Iwata se levantó profiriendo toda clase de reniegos y sangrando, y enseguida alcanzó el paso renqueante y débil del jardinero.

—¡Alto!

Ezawa miró por encima del hombro con desesperación.

Iwata lo derribó con un placaje duro.

«Siete es un secreto que jamás revelarás.»

En la séptima planta de la comisaría de Setagaya, Iwata esperaba sentado delante de las salas de interrogatorios mientras se presionaba la herida de la cabeza con una gasa. A través del espejo falso, observaba a Ezawa, que estaba solo ante una mesa metálica.

—Tienes que cambiarte la gasa —le advirtió Sakai.

Se sentó a su lado y le dio un café de la máquina.

—Estoy bien. Este café tiene más peligro que ese tipo.

—Un arresto y un enano que te da una paliza, todo en tu primer día. Debe de ser un récord.

—Vete a casa, Sakai.

Ella se rió mientras bebía café.

—Tengo una novedad que te animará.

—No me digas.

—No pareces muy convencido.

Iwata apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—Gajes del oficio. ¿Has encontrado a Kiyota?

—No, pero ¿te acuerdas de la nota del calendario? Pues quizá tengamos al tal «I». Un tipo que se llama Ijiri, un prestamista de la zona.

—¿Le hizo algún préstamo al señor Kaneshiro?

—Bueno, se ha negado a hablar con nosotros, así que me lo he traído acusado de obstrucción.

Sakai señaló la segunda sala de interrogatorios con el café. Un hombre corpulento y barbudo que vestía un traje rojo daba vueltas en el interior mientras fumaba con ademán impaciente.

—Parece un tipo encantador.

—Me gustan los hombres con garbo. ¿Vamos?

Iwata soltó un quejido. Sakai lanzó el café a la papelera y se levantó. Le hizo una señal al guardia con la cabeza y la puerta se abrió. Iwata la observó mientras entraba: la blusa blanca era lo único limpio que había allí dentro. Vio que Ijiri esbozaba una sonrisa torcida al darse cuenta de que tenía a una mujer delante.

—Ya verás qué sorpresa que te llevas... —musitó Iwata.

Cerró los ojos y esperó a que se le pasase la punzada de dolor que le atravesaba el cráneo. Miró dentro del vaso de plástico y se vio reflejado en el círculo negro de café.

—A tomar por el culo.

Tiró el vaso y la gasa roja y amarillenta a la basura, y le hizo un gesto al guardia que esperaba fuera de la sala donde aguardaba Ezawa. La puerta se abrió con un ruido sordo y el calor le azotó el rostro. Ezawa no levantó la cabeza; se abrazaba el torso como un mimo triste en una celda. Se mecía adelante y atrás en la silla.

Iwata puso en marcha el magnetófono y dijo su nombre, la fecha y el nombre del sospechoso. Se sentó delante de él y apoyó las manos abiertas en la mesa. Esperó un poco antes de hablar; no se oía más que a Ezawa mordiéndose los labios.

—¿Un café?

Ezawa respondió que no con la cabeza.

—¿Un cigarrillo?

Ezawa repitió la contestación.

—Muy bien, señor Ezawa; tengo que hacerle unas preguntas y necesito que sea sincero. Es muy importante. ¿Me comprende?

Ezawa mantuvo la mirada fija en la mesa.

—Comprendo.

Iwata asintió.

—Muy bien. Me gustaría que me ayudase a entender por qué motivo antes ha huido de mí. ¿Se ha dejado llevar por el pánico?

Ezawa lo miró.

—No lo conozco.

—Me ha visto la placa.

—No la he visto bien. Me he asustado.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Iwata se recostó en la silla y se pinzó el puente de la nariz.

—Ha tenido problemas antes, ¿verdad?

El detenido se estremeció y empezó a respirar fuerte por la nariz. La viva imagen de un niño aguantando una regañina.

—Sí... Pero eso no...

—Ezawa, usted ha echado a correr porque creía que iba a arrestarlo.

—No he hecho nada malo.

A Iwata le palpitaba la cabeza de dolor.

—Usted conocía a Takako Kaneshiro, ¿verdad?

Ezawa apartó la mirada como si, en lugar de mencionar el nombre, el inspector acabase de colocar una pieza de fruta podrida en la mesa.

—Todos la conocíamos.

—Está al tanto de lo que le ha ocurrido, ¿correcto?

Ezawa hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Y a pesar de eso, usted ha visto a un policía y ha dado por sentado que iba a arrestarlo.

No hubo respuesta.

—Supongo que se da cuenta de que eso levanta sospechas.

Ezawa se encogió de hombros.

—Dígame una cosa: ¿su jefe conoce su pasado?

El interrogado se mordió los labios con furia y negó con la cabeza.

—Pues dígame otra cosa: ¿conocía usted a la mujer iraní, a Saman Gilani?

—No mucho.

—¿Sabía que tiene un hijo?

Ezawa miró hacia otro lado.

—Perdió el empleo. Y al no tener trabajo, la deportaron. El crío sigue aquí, los servicios sociales se han hecho cargo de él. Imagínese las consecuencias de criarse sin una madre. ¿Lo entiende?

Ezawa había empezado a mecerse de nuevo, pero con mayor violencia.

Iwata dio una palmada fuerte en la mesa.

—Conteste, Ezawa. ¿Entiende lo que le ha hecho a ese niño? Dígame por qué perdió el empleo la trabajadora iraní.

—No lo sé.

—No me mienta. A mí no. Ahora dígame por qué la despidieron.

—Por robar —musitó.

—Sí.

Iwata se recostó de nuevo en la silla y contempló las aspas del ventilador. Removían el aire caliente como si fueran un tiovivo vacío. Había recuperado la compostura.

—Por robar.

—¿Puedo marcharme, por favor?

—Ezawa, ha huido de mí porque fue usted el que robó en la taquilla de Takako. Ésa es la verdad, ¿no? Tiene unas braguitas suyas, ¿a que sí? Por eso ha salido corriendo. Dígame la verdad.

Ezawa tenía los ojos cerrados y los labios húmedos; temblaba de pies a cabeza.

—Dímelo, Masaharu, para que pueda quitarte de la lista de sospechosos. Acepta la responsabilidad de lo que les hiciste a tu compañera iraní y a su hijo. Dime que fuiste tú el que se llevó la ropa de Takako. Fuiste tú, ¿verdad?

El sospechoso respondió con un asentimiento leve de cabeza, como un niño.

—Ahora cuéntame por qué lo hiciste. ¿Por qué le robaste la ropa interior? ¿Pensabas hacerte una paja con ella?

Ezawa lo miró con la cara roja y la misma rabia disimulada de antes.

—¡No!

—Entonces ¿por qué?

—Sólo... Yo sólo quería tener algo suyo. Pero ella era muy cuidadosa, no se olvidaba nada. No era como las demás.

—¿Las demás qué? ¿Las demás mujeres que te gustaban?

—¡No!

—No, ella era más que eso, ¿verdad? Masaharu, sincérate: la querías, ¿no? Estabas enamorado de Takako.

Ezawa apartó la mirada y su gesto torcido delató su dolor.

—Por eso la mataste. Ya no te bastaba con olerle las bragas. Tenías que hacer realidad tu fantasía con Takako, sólo que no salió como esperabas. Te rechazó porque eres un enano feo, un tullido, y su aversión te destruyó. Quisiste vengarte de ella y de su familia. Por eso le dedicaste toda tu atención a su marido. ¿No es por eso?

Ezawa se había levantado y lloraba.

—¡No! —chilló—. ¡No!

—Siéntate.

Ezawa obedeció con cara de repugnancia.

—¿Dónde estabas la noche del 14 de febrero?

—Trabajando o en casa. No me acuerdo.

—¿No te acuerdas de dónde estabas hace unos días? Masaharu, tenemos un testigo que afirma haber visto a un hombre con una cojera igual que la tuya saliendo del escenario del crimen. Tienes un móvil, careces de coartada y sabemos que si registramos tu casa encontraremos pruebas de otros crímenes relacionados con una de las víctimas. Puedo salir de aquí ahora mismo y lavarme las manos, olvidarme de ti. ¿Cómo crees que te irán las cosas?

Iwata se agarró la corbata y tiró de ella hacia arriba para imitar un ahorcamiento. Ezawa lo miró con odio, tembloroso.

—Yo no le hubiese hecho daño. Jamás lastimaría a nadie.

—Ya, igual que a mí.

Iwata se acercó para mostrarle la herida de la coronilla.

Ezawa lloraba en silencio, con los brazos colgando a los costados, como pétalos marchitos por el calor.

El inspector enderezó la espalda y posó las palmas de las manos en la mesa.

—Has atacado a un policía, chico. Has intentado huir. En casa tienes

objetos que pertenecían a una mujer muerta.

—Yo no la toqué...

—Si no la has matado, ¿qué has hecho?

Iwata se inclinó hacia delante de nuevo y le acarició la cabeza sudada a Ezawa. El joven cerró los ojos con asco, o con gratitud.

—Masaharu —susurró el inspector—, dímelo. ¿Qué has hecho?

—Le hice fotos. Joder..., le hice fotos.

—¿Dónde? ¿Dónde se las hacías, Masaharu?

—En la universidad. Alguna vez en el gimnasio. O fuera de su casa.

Iwata se recostó en la silla y miró la hora.

—¿Y no la mataste? ¿No le hiciste nada a la familia Kaneshiro?

A Ezawa, arrodillado en el suelo, le caía un hilo de mucosidad por la barbilla.

—Nunca, nunca. Jamás le haría daño a Takako.

Iwata estiró el brazo y paró la grabación.

—Muy bien, Masaharu. Aún te queda alguna pregunta por contestar y tendrás que enfrentarte a las consecuencias de tus actos, pero por esto te doy un pase —dijo, y se señaló la cabeza.

Aún de rodillas, Ezawa repetía el nombre de Takako una y otra vez, entre dientes, sollozando.

—Hoy debe de ser tu día de suerte —afirmó Iwata, y se levantó.

UN MILLÓN DE CIUDADES

Fuera de la comisaría, Sakai fumaba con los ojos entornados mientras contemplaba la silueta de los edificios en el ocaso. Iwata salió por la puerta principal y siguió su rastro púrpura hasta que ella lo miró de soslayo y luego continuó observando la luna.

—Vaya aspecto de mierda tienes, jefe.

—Tienes buen ojo, inspectora Sakai.

—No es la primera vez que me lo dices. ¿Ha cantado?

—Alto y claro. Pero él no es el asesino. ¿Qué tal con Ijiri?

—No es un novato de las comisarías, eso seguro. Pero aun así le he apretado bien las tuercas.

—No me cabe duda. Seguro que no contaba con tus suaves maneras.

Ella frunció las comisuras de los labios para sonreír, soltó una nube de humo y le ofreció el paquete de tabaco. Iwata cogió un cigarrillo y lo encendió con el de ella. El humo de ambos se mezcló al elevarse en la noche fría.

—Dice que conoce el apellido, que hace unos años el padre llegó a preguntar por sus servicios, pero que no les había prestado ni un yen.

—¿Te ha convencido?

—Creo que sí. Lo tiene todo detallado en la contabilidad; podemos echarle un vistazo si conseguimos los permisos. De todos modos, hace un rato he podido ver la cuenta de Kaneshiro. Resulta que el 5 de enero ingresó más de un millón y medio de yenes en la cuenta.

—El día siguiente de ver a «I». Interesante.

—Es mucho dinero. ¿Crees que vendió el coche?

—Puede ser.

—Es lo suficiente para mantener a la constructora alejada una temporada, eso seguro.

—¿Y para matar a una familia?

Sakai se encogió de hombros y apagó el cigarrillo.

—Vamos. —Iwata también tiró el suyo al suelo—. Te llevo a casa.

—¿Puedes conducir?

—No ganaría en Suzuka, pero puedo acercarte.

—En ese caso, tira hacia Nishi-Azabu.

Iwata se sentó al volante y se dirigió hacia el este sin prisa, siguiendo las señales que indicaban la autovía metropolitana número 3.

—Por cierto, que no se me olvide —dijo Sakai, y reclinó el asiento—: he hablado con Shindo. Quería un informe, porque están llegando chismes desde Setagaya. Parece que se ha quedado contento con lo que le he dicho.

—¿Shindo se ha quedado contento?

—Bueno, más bien no parecía cabreado todavía. Dice que vayas mañana a por la cartera con la placa y el carnet permanente, y a por el arma. Por lo visto, todavía no quiere ponerte de patitas en la calle.

—Oye, que esa placa me ha costado sangre.

A Sakai se le escapó una risa cansada.

—Ya, claro. Un tío más flaco que una gamba te ha atacado con un desplantador.

Cerró los ojos, e Iwata encendió la radio. Ninguno de los dos quería seguir conversando.

Casi una semana después de la muerte de la actriz Mina Fong, el incidente continúa envuelto en un halo de misterio. Son pocos los detalles que han salido a la luz, y ha trascendido que su agente ha pedido intimidad para la familia. Durante las semanas precedentes, en las columnas de sociedad habían proliferado los rumores sobre un supuesto abuso de drogas y un posible incumplimiento del contrato en relación a su papel en la popular serie Cherry Generation. Su pareja e ídolo de masas, Riki Noda, de quien se había separado hacía muy poco, ha descrito el fallecimiento de Fong como «una tragedia espantosa». Sus restos mortales serán incinerados y enterrados el próximo viernes en el cementerio católico de Fuchu.

Después de eso, las noticias se centraron en la posible —y cada vez más probable— dimisión del primer ministro y en lo bajas que eran las temperaturas para la época del año.

—Oye, Sakai, ¿quién lleva el caso de Mina Fong?

—Moroto.

—Así que es un pez gordo.

—Algo así. El heredero natural de Akashi. Los de arriba están enamoraditos de él.

Eran las nueve de la noche y sorprendía que el tráfico fuese tan ligero a esa hora. El coche surcaba sin impedimentos las cuestas de la autovía. Las salidas y los enlaces viarios describían curvas a derecha e izquierda como tentáculos grises iluminados por hileras de luces rojas y blancas. A ambos lados de la carretera, ondas indistintas de cristal y hormigón. Incontables vallas publicitarias, innumerables ventanas, incalculables escaleras de incendios; un Tokio inabarcable.

—¿Has oído lo que dice la gente de esta ciudad? —murmuró Sakai—. Dicen que Tokio es un millón de ciudades en una.

—Ya.

—¿Y nunca te preguntas si algunas de esas ciudades son buenas y otras malas?

—Puede ser. ¿Me permites una pregunta, Sakai?

—Ajá.

—¿Qué le ocurrió al inspector Akashi?

Sakai abrió los ojos y miró a Iwata con expresión seria.

—Saltó del puente del Arcoíris. ¿Qué más quieres que te diga?

—¿Lo conocías mucho?

Ella miró por la ventana.

—Lo conocía. Ya está.

Él le lanzó una mirada breve.

—¿Qué?

—Nada.

—Entonces ¿por qué me miras?

—No te miro.

—¿Y esa curiosidad por Akashi?

—Es que tengo la sensación de que quizá él viese algo. Algo que a nosotros nos ha pasado por alto. No me lo quito de la cabeza.

—Digo yo que todo lo que él sabía estará en el expediente.

Iwata recorrió Gaien-nishi-dori en silencio y dobló a la izquierda justo antes del cruce de Nishi-Azabu. Pasaron por delante de varias embajadas de países que tenían selvas y albergaban a dictadores. Las calles estaban flanqueadas por bares minúsculos y puestos aún más pequeños de *ramen* y

soba. Se habían formado las primeras colas para entrar en las discotecas, las prostitutas se lo pensaban dos veces antes de encender un cigarrillo y un grupo de turistas se agolpaba a las puertas de un restaurante que había salido en una película de Tarantino.

Iwata detuvo el coche delante de un bloque de apartamentos blanco de seis plantas. Tenía más aspecto de hotel de playa barato que del lugar donde podía vivir la inspectora. Pero era cierto que imaginar el hogar de Sakai era como topar con un extraterrestre e imaginar su planeta de origen basándose sólo en su dirección. Ella se apeó y se agachó para mirarlo por la ventanilla. Los faros iluminaban la lluvia que silbaba a su alrededor. Daba la sensación de que se despedían con alivio después de una cita decepcionante.

—Bueno, duerme un poco, Iwata.

Y se marchó haciendo clic con los tacones manchados de barro.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

A Iwata lo despertó otro sueño de la caída. Había dejado la ventana abierta por la noche, y la lluvia había entrado. El cielo gris amenazaba con más agua. El dolor ya no era una bocina dando alaridos dentro de su cabeza, pero aun así lo obligó a enseñar los dientes al levantarse. Se acercó al espejo y se apartó el pelo para descubrir un tajo hondo y oscuro. Entonces se vio las primeras canas.

Cleo invadió su pensamiento; perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse al lavamanos.

«Ella le pasa los dedos por el pelo y le roza el cuero cabelludo con las uñas: “Qué pelo tan oscuro.”»

Iwata se propinó una bofetada, escupió en el lavamanos y controló la respiración. Del armario medio vacío sacó una camisa blanca y un traje gris. Se vistió, se hizo un café solo y leyó la prensa matutina buscando algún artículo sobre el asesinato de la familia Kaneshiro. Había dos noticias que acaparaban todas las portadas: los comentarios desafiantes del primer ministro sobre su situación y el asesinato de Mina Fong. No obstante, en la sección de sucesos dio con un artículo breve sobre los Kaneshiro. Sólo nombraba a Tsunemasa y se habían equivocado con las edades de los hijos. La noticia carecía de rabia y de urgencia, no era más que un recital mecánico de los hechos, como si el periodista hablase de una subida en el precio del atún y no de la masacre de una familia. Cerró el diario justo cuando le sonó el móvil.

—Inspector, soy la doctora Eguchi.

Miró la hora: las 8.32 h de la mañana.

—Sí, por supuesto, doctora. Gracias por llamarme.

—Los resultados de las muestras de sangre, de orina y del contenido de los estómagos son normales, no hay nada fuera de lo habitual. Ningún rastro de sustancias ajenas al organismo, aunque parte de la sangre que había en el cadáver del padre era de pavo.

—¿Sangre de pavo?

—¡Eso es!

—Parece emocionada, doctora.

—Bueno, es como un rompecabezas, ¿no?

—¿Alguna cosa más?

—Sí. Todas las víctimas habían inhalado una especie de humo o de incienso.

—Interesante.

—¿Se acuerda del hollín del que le hablé, el que tenía el padre en los dedos? No es más que carbón normal y corriente. Tendrá que comprobarlo con el laboratorio forense, pero supongo que se trata de la misma sustancia que había en el techo del escenario del crimen.

—Gracias, doctora.

—Inspector, una cosa más. De hecho, no sé si merece la pena mencionarlo. El padre tenía una laceración de quince centímetros en el antebrazo izquierdo que no cuadra con el resto. En el momento de su muerte, ya se le estaba curando.

—Creo que tengo la respuesta a eso: hablé con un compañero de Tsunemasa Kaneshiro que me explicó que una joven le guardaba cierto rencor. Al parecer, tuvieron un altercado hace unas semanas y cuando regresó a la oficina, tenía un corte en el brazo.

—De acuerdo, eso encaja. La herida es de hace dos o tres semanas y es evidente que no se la infligieron ni mucho menos usando la misma fuerza bruta que en los asesinatos. Aun así, me parece raro. ¿Quién no denuncia una agresión así a la policía? ¿No le resulta sospechoso, inspector?

—No si la policía te trata como a una mierda pinchada en un palo.

—Ya. Bueno, eso es lo que hay, inspector.

—Me ha sido de gran ayuda. Muchas gracias.

—Buena suerte.

Su voz contenía notas alegres.

Iwata colgó y cogió las llaves. Tenía el Toyota aparcado detrás del complejo de viviendas. En cuanto arrancó el motor, llamó a Sakai.

—Iwata, veo que sigues vivo.

—Y hace una mañana preciosa.

—Todos los días en la Policía Metropolitana de Tokio son una maravilla.

Iwata le contó las novedades: el incienso, la sangre de pavo y el carbón.

—Vale —contestó ella con un resoplido—, es oficial: Picasso es un tío raro.

—Pero eso no es todo, Sakai. El padre tenía una herida de arma blanca en el brazo y era de hace tres semanas.

—Mierda. ¿Crees que es nuestro hombre? Tiene que serlo, ¿no?

—Eguchi cree que no. Y yo tampoco. Un compañero del señor Kaneshiro me contó que una chica tenía algún tipo de problema con él. Puede que con los coreanos en general. Al parecer, lo atacó hace unas semanas. Eso también habrá que investigarlo.

Sakai soltó una risa amarga.

—Un gigante y una niña: vaya caso nos ha caído encima, joder. Escucha, ya tenemos la información sobre las matrículas de los vehículos del vecindario. No hay nada interesante; son todo gente agradable con buenas coartadas. Pero esto te gustará más: esta mañana los del banco me han puesto en contacto con alguien un poco más competente. Resulta que Tsunemasa Kaneshiro había pedido presupuesto a varios bufetes de abogados y no sólo eso: había recibido una factura de uno de los mejores abogados inmobiliarios de la ciudad.

—O sea, que tenía dinero.

—He llamado al abogado y me ha dejado bien claro que no tiene intención de hablar con nosotros. Aunque me ha dado una pista.

—¿Que Tsunemasa no pensaba vender Vivus?

—Bingo.

—Buen trabajo, Sakai. Voy para allá.

El chirrido automatizado de los limpiaparabrisas le daba dolor de cabeza y cada vez que tenía que parar en alguno de los abundantes semáforos en rojo, soltaba algún reniego. El trayecto hasta la comisaría de Shibuya le llevó mucho más tiempo del que debería.

Al entrar en el aparcamiento subterráneo, mostró el pase temporal. El

hombre de la garita le hizo firmar y le abrió la puerta de seguridad, que daba paso a un corredor estrecho de paredes color azul eléctrico con infinidad de carteles descoloridos con fotos, descripciones y avisos. Iwata recorrió aquel ventrículo angosto hacia el interior de la comisaría. Pasó por delante de ascensores, baños y vestuarios. No hizo caso de las risotadas obscenas que salían de estos últimos, sino que siguió el rastro de la música de Beethoven. Al otro extremo de ese largo pasillo, estaba en la armería. Tras el cristal de seguridad, un hombre mayor de pelo cano y rostro curtido levantó la vista del periódico.

—¿Es Iwata?

—Eso es. ¿La *Sinfonía número 7*?

El señor esbozó una sonrisa sin prisa.

—Un hombre con cultura. Soy Nakata. Espere un momento.

El viejo policía fue a la trastienda y tardó un instante en regresar. Abrió la ventanilla corredera y le pasó la cartera de cuero con la placa, unas esposas, una funda sobaquera y una pequeña SIG Sauer P232 de color negro. Iwata se colgó la pistolera y sopesó el arma en la mano.

—La capacidad es de siete balas —le dijo Nakata—, tiene buen tamaño.

—La próxima vez que alguien me ataque con un desplantador estaré preparado.

—¿Un desplantador?

—No quiera saberlo...

Iwata introdujo el arma en la pistolera, debajo de la chaqueta. Era como tener la voz de Dios de su parte, pero no sintió más que un peso muy agradable.

—¿Ha disparado alguna vez?

—Sólo durante la formación.

—Dígame, inspector, ¿de dónde es su acento? ¿También viene usted de Kioto?

—Soy de Miyama, un pueblo pequeño no muy lejos de Kioto.

—Buenos paseos, ¿verdad? ¿Iba de pesca?

Iwata vio literas, campos secos y cuervos apostados en las líneas de alta tensión. Y en lo más profundo del bosque, el susurro de un remolino.

—Es que... hace mucho que no voy por allí.

Nakata respondió con una sonrisa cortés y señaló con la barbilla la pistola que Iwata llevaba debajo de la americana.

—Bueno, avísame si se porta mal por el motivo que sea.

—Gracias, lo haré.

—Una cosa más: no se deje deprimir por estos gilipollas de Kantō.

Iwata sonrió y se despidió con una reverencia. Nakata continuó leyendo el periódico y escuchando a Beethoven, e Iwata fue hasta el ascensor y pulsó el botón. Mientras esperaba, abrió la cartera de cuero: en un lado, su nombre, su rango y su fotografía; en el otro, una placa reluciente: el emblema plateado rodeado de la corona de laurel de oro y dos barras doradas. El símbolo de los inspectores del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio. La marca de la justicia.

Cuando sonó el timbre del ascensor, oyó unos gritos que provenían del vestuario que tenía a su espalda.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Entre todo el alboroto, reconoció la voz de Sakai. El instinto lo hizo salir corriendo por el pasillo y abrir de golpe la puerta de la sala. Del interior escapó un hedor a orina y a sudor. Horibe y el resto de los esbirros de Moroto rodeaban a Sakai, mientras Moroto sostenía en alto la bolsa de la ayudante de inspector. Sakai estaba roja de furia.

Iwata avanzó un paso.

—Devuélvele la bolsa.

—¿Y a ti qué coño te importa, Mickey Mouse?

Moroto sonrió y su voz cortante y contundente rebotó en el espacio reducido del vestuario.

Iwata avanzó otro paso.

—Devuélvele la bolsa.

Moroto miró a su cohorte con cara de ofendido.

—La señorita Sakai está jugando con sus compañeros, amiguito. ¿Por qué no vas a arrestar a alguien?

—Iwata, pasa de él.

Su voz contenía una súplica. Iwata tenía la nariz pegada a la barbilla de Moroto.

—Devuélvele la bolsa. Es la última vez que te lo digo.

Moroto le dedicó una sonrisa burlona que se propagó entre los demás.

—La última vez que lo dice... Y con ese acento pijo de Kioto y todo. ¿Sabes qué es lo que me gusta de ti, yanqui?

Iwata le dio un puñetazo en el estómago. Moroto se dobló con los ojos a

punto de salirse de las cuencas. El aire de sus pulmones hizo implosión. Con un solo movimiento, Iwata le arrebató la bolsa y lo empujó al suelo con fuerza. De pronto se vio rodeado por los otros tres: Tatsuno, Yoshida y Horibe, paralizados por la confusión. Este último, el primero en defender a su líder, dio un paso adelante. Iwata lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

Horibe se detuvo en seco. Iwata le entregó la bolsa a Sakai y se arrodilló junto al agente derribado, que respiraba con dificultad.

—Escúchame, Moroto —dijo, y sus palabras no contenían ninguna pompa—. No vuelvas a acercarte a ella. Espero que lo hayas entendido.

Moroto tosió con incredulidad, sin apartar las manos del estómago.

—No sabes con quién estás jugando.

Iwata le dio un golpecito en la sien y notó el pinchazo del pelo negro que le crecía de punta.

—Sí que lo sé, Moroto. Estoy jugando contigo.

Iwata se irguió y miró a cada uno de los tres esbirros de arriba abajo. Entonces salió de allí seguido de Sakai. El ascensor no tardó, y la subida hasta la duodécima planta transcurrió en silencio. La puerta se abrió y le mostró una escena idéntica a la del día anterior: conversaciones telefónicas a voces, luz mortecina, el batiburrillo de columnas de humo que se formaba en el techo bajo. Sakai se detuvo a la puerta del baño.

—Iwata.

—Dime.

—No deberías haberlo hecho.

—¿Con eso quieres decir que me lo agradeces?

Ella suspiró y soltó la puerta. Iwata cruzó la oficina, llamó a la oficina de Shindo y entró. El jefe estaba contemplando el borrón gris de la ventana con una mueca en la cara.

—Adelante, inspector.

Iwata apartó de la silla un nuevo montón de documentos y la ocupó.

—Chico, acabo de hablar con el superintendente de Setagaya. Dice que van a soltar al prestamista, pero que se quedan con el tal Ezawa unos días más. ¿Qué opinas?

—No creo que Ijiri esté conectado de ningún modo con el caso. Por su parte, Ezawa es culpable de una serie de delitos. No tiene nada que le sirva de coartada, además de que hay varias cosas que podrían constituir un motivo vago. En general, el tipo apesta. Y a pesar de que todo eso es cierto, estoy

seguro de que él no mató a la familia.

—¿Y qué pasa con el testigo que vio a alguien renqueando por la zona?

—La cojera no prueba nada. Lo que sí es definitivo es que Ezawa no tiene la fuerza necesaria para asesinar a cuatro personas. Y si la tuviera, le falta la inteligencia necesaria para llevarlo a cabo sin dejar una sola pista, la verdad.

—De acuerdo. Podemos tenerlo detenido veintidós días más sin presentar cargos. ¿Qué te parece si lo mantenemos aquí unos días, por precaución?

—No tengo inconveniente.

Sakai abrió la puerta e hizo una reverencia. Llevaba un traje de chaqueta con pantalón de color azul marino y una blusa azul claro, y el pelo recogido en una coleta hecha con prisas.

—Siéntate, Sakai. Tu compañero estaba contándome que el prestamista y Ezawa son inocentes de los asesinatos, por muy pintorescos que sean. ¿Estás de acuerdo con él?

—Sí, señor.

—¿Hay algún otro dato del que yo deba estar al corriente?

Iwata asintió con la cabeza.

—Un compañero de trabajo de Tsunemasa Kaneshiro me informó de que una chica joven había estado acosando a la víctima en el trabajo; insultándolo por un megáfono y cosas así. Al parecer, hace unas semanas hubo una confrontación entre ambos y Kaneshiro volvió al despacho sangrando. Eso explica la herida secundaria. Pero la descripción que tenemos de la chica es muy vaga. Me gustaría pedir al agente Hatanaka que la investigue, si puede ser.

—¿El chaval de Setagaya al que tienes medio loco con tus recados?

—Ese mismo.

Shindo dio su aprobación con un gesto resignado de los hombros.

—Entonces, doy por supuesto que los dos queréis continuar buscando a Kiyota.

Sakai asintió.

—Todavía no hemos dado con él, señor. Pero anoche hablé con un funcionario de la Agencia de Aviación Civil y le describí al sospechoso: un hombre alto con pies de veintiocho centímetros, que podría haber viajado solo y que quizá sufra cojera. Me han informado de que en un periodo de dos o tres días podría haber hasta setenta y cinco vuelos a Seúl y Bangkok.

Shindo silbó.

—Bueno, Iwata: ¿qué propones ahora?

—Tenemos a agentes de Setagaya peinando el vecindario de los Kaneshiro, y creo que deberían continuar así, hablando con los vecinos de la zona. Tal como yo lo veo, lo mejor que puede hacer la Primera División es ir a por Kiyota. Está relacionado con Nippon Kumiai, así que empezaremos por ahí. Si alguien sabe dónde está, apuesto a que son ellos. Por lo que he visto, la inspectora ayudante Sakai es muy capaz de ocuparse de esa tarea.

Sakai lo miró con desagrado.

—Señor...

Shindo la mandó callar con un gesto de la mano.

—¿Y tú, Iwata? —preguntó.

—Voy a ir a la Universidad de Kioto: allí tengo un contacto. Un viejo amigo que sabe mucho de símbolos.

El jefe formó un rombo con los dedos debajo de la barbilla.

—¿Por qué?

—Se trata de asesinatos rituales, señor. El sol negro que el culpable dejó en casa de los Kaneshiro respalda el acto. Estoy casi seguro.

—Esto no es Hollywood, inspector. Ya te he advertido de la falta de recursos.

—Esta mañana he hablado con la médico forense: uno de los cadáveres tenía manchas de sangre de pavo; todos habían inhalado algún tipo de incienso. Además encontramos un símbolo en el escenario del crimen, y al padre le extirparon el corazón. Todo eso apunta a un asesino ritual. Podría ser un asesino en serie. Cuanto antes comprendamos sus motivos y cómo escoge a las víctimas, antes podremos formarnos una idea más clara de su identidad. Si le digo la verdad, lo primero que tendría que haber hecho es desentrañar el significado del símbolo.

Shindo miró por la ventana y se frotó la vieja fractura de la nariz.

—Estate aquí mañana por la mañana. Y nada de pasarnos los gastos.

—Gracias, señor.

—Sakai, que dos agentes de uniforme te acompañen a Nippon Kumiai. A ver qué les parece a esos capullos el color azul.

—Sí, señor.

Le temblaba un poco la voz.

Iwata y Sakai salieron del despacho de Shindo; no había rastro de Moroto y sus compinches. Atravesaron la Primera División y llamaron al ascensor.

En cuanto entraron y se cerraron las puertas, ella se volvió hacia él dando bufidos.

—Podrías haber enviado a cualquier gilipollas a llamar a las puertas. ¿Me destierras después de sólo un día? ¿Acaso no te he conseguido todo lo que necesitabas?

—Claro que sí. Pero los gilipollas no se fijan en los detalles, Sakai. En cambio, tú, a diferencia de muchos, tienes buen ojo y la lengua afilada. Por eso quiero que seas la que busque a Kiyota.

—Y una mierda.

Extendió el brazo pidiendo las llaves del coche, e Iwata se las entregó. Al llegar al aparcamiento, se dirigió al Toyota sin decir una palabra, mientras que Iwata subió la escalera que conducía a la planta baja, salió afuera, cruzó la calle y bajó la escalera del metro.

LOS AMANTES NO VEN

Las oficinas de Nippon Kumiai estaban ubicadas en una calle estrecha de Takadanobaba, en un edificio sencillo de tres plantas que tanto podría haber sido una agencia de viajes como una academia de idiomas. Sakai les dijo a los agentes que la acompañaban que la esperasen fuera, le mostró la placa al joven de la recepción y, sin hacer caso de sus protestas, se dirigió hacia el despacho que había al fondo. Llamó una vez a la puerta, la abrió y se encontró en una sala con las paredes sembradas de marcos con fotografías en blanco y negro. Olía a humo de puro, a loción para después del afeitado y a pies. En un buró demasiado grande para él, estaba sentado un hombre menudo y sonriente de unos cincuenta años y pelo negro engominado. Las gafas eran demasiado estrechas para su rostro ancho de moneda.

—¿Sí?

Su voz era inquisitiva, pero delataba una sorpresa agradecida por la presencia de la mujer. Cuando Sakai se identificó, su expresión no cambió.

—Ayudante de inspector Sakai, Primera División.

—Me llamo Gorō Onaga. Siéntese, por favor.

Sobre el escritorio y vueltos hacia las visitas, había retratos con dedicatorias de Jean-Marie Le Pen y de Saddam Hussein. En otra fotografía, Onaga aparecía fundido en un cálido abrazo con el ex ministro de Seguridad. Detrás de la silla, un retrato enorme de Yukio Mishima, musculoso y atractivo, contemplaba a Sakai. Debajo de los brazos cruzados del autor había una cita escrita en letra negra y seria:

ALCANZAR LA PERFECCIÓN DE LA PUREZA ES POSIBLE CONVIRTIENDO LA VIDA EN
UN VERSO ESCRITO CON SANGRE

Onaga carraspeó.

—¿Primera División?

—Unidad de Homicidios, señor Onaga.

El hombre abrió los ojos con ademán dramático y se recostó en la silla.

—¿Y qué puedo hacer yo por usted, ayudante de inspector?

Sakai señaló el despacho.

—¿Qué es lo que hacen aquí?

—Nippon Kumiai preserva el carácter esencial de nuestra nación.

—Vaya.

Sakai posó la vista en la estantería larga del rincón, donde había camisetas y anoraks de todas las tallas. Las prendas llevaban el logo de Nippon Kumiai.

—¿Por eso ha venido, a hacerme esa pregunta?

—Creo que ya sabe la respuesta, señor Onaga. Siento curiosidad por su... organización, eso es todo. He oído rumores.

El hombre se echó hacia delante sonriendo de oreja a oreja.

—¿Me permite que le pregunte cuáles son esos rumores?

—Que su cometido es justificar el papel de Japón en la Segunda Guerra Mundial. Que rechaza la veracidad de los crímenes de guerra.

—Lo que yo rechazo es que nos odiamos a nosotros mismos. Rechazo la manera en que nuestros hijos aprenden a flagelarse desde la escuela. Rechazo la constitución pacifista que nos endilgaron los estadounidenses. Rechazo la falta de patriotismo de nuestra juventud afeminada. Y no soy el único que pone en tela de juicio la «sabiduría convencional» cuando hablamos de nuestra historia.

—Ya veo.

—No parece muy convencida, inspectora.

—Son gajes del oficio.

Onaga se rió, pero un tic en el ojo delataba que la ocurrencia de la agente no le había hecho gracia.

—Entre en cualquier librería del país y encontrará una gran variedad de libros a los que todo el mundo puede acceder y que cuestionan nuestro papel en la guerra y nuestros supuestos crímenes. En Occidente esto sería escandaloso, incluso inaceptable. Pero Occidente nos considera invisibles; por lo tanto, ¿de qué sirve rebajarnos? ¿Por qué debemos permitir que sean otros los que nos definan? Espero que me lo perdone, pero soy libre de juzgar el carácter de mi nación como me plazca.

Sakai se inclinó hacia delante, cogió una de las fotos enmarcadas y la examinó. Era de un grupo numeroso de miembros de Nippon Kumiai sonriendo delante de un campo de béisbol. Era evidente que se trataba de un

ejercicio para fomentar el espíritu de equipo.

—Es interesante, señor Onaga, que la misma constitución que usted acaba de desestimar con tanta facilidad sea la misma que protege su ideología.

Onaga emitió una risa desagradable; como si mezclase canicas en un saco.

—Vivimos en un estado títere, inspectora Sakai. Un títere del que mi grupo pide la independencia. El error de la democracia de posguerra es imperdonable.

—Si cree que puede conseguir algo así, es un necio.

Onaga soltó una carcajada divertida.

—Inspectora, ¿se da cuenta de que las bases de mi grupo ya superan los quince mil miembros? Sólo en el último año hemos organizado más de cien manifestaciones en todo el país, y hay muchos muchos más que participan en la red. Japón está en un cruce de caminos, inspectora. Y yo moriré habiendo visto al país recuperar las viejas costumbres.

Sakai sacó un cuaderno y eso señaló el fin del debate.

—Lo que va a hacer es muy sencillo, señor Onaga. —La agente le dio la vuelta a la foto y señaló el rostro alargado de Kodai Kiyota—. Va a decirme dónde está este hombre.

Por primera vez desde que ella había entrado en el despacho, Onaga dejó de sonreír.

—¿Por qué me pregunta por él?

—¿Cree que me pagan para darle respuestas a usted? Le he preguntado que dónde está Kodai Kiyota. Nada más.

La expresión de Onaga se ensombreció.

—No sé dónde para. Además, ya no pertenece a nuestra organización.

—¿Por qué no?

—Porque se marchó.

—¿Por qué?

Onaga lo meditó. Sakai estaba acostumbrada a pausas como ésa, a la búsqueda de las palabras adecuadas, de respuestas limpias.

—El señor Kiyota era un miembro muy prometedor de la organización, y yo pensaba que sus logros serían muy importantes. Tenía una gran capacidad para... conseguir que la gente lo escuchase. Pero al final las cosas no salieron como yo esperaba.

Sakai dejó de anotar y lo miró. Onaga suspiró y se recostó en la silla.

—Supongo que viene por la muerte de los coreanos. Mire, esa familia

había adoptado una postura muy terca frente a la promotora de las nuevas viviendas y se había convertido en un asunto peliagudo para el barrio. El proyecto Vivus traerá empleo, infraestructuras y riqueza a Setagaya. Pero esta familia era demasiado obstinada y egoísta como para preocuparse por eso.

Sakai desestimó la idea con un gesto.

—Vamos al grano: ¿qué tiene que ver esto con Kiyota?

—Hacia poco que el señor Kiyota estaba con nosotros y sus resultados eran buenos. Me pidió si podía tratar él mismo con los Kaneshiro. Ni que decir tiene que yo especificué que sólo podía hacerlo de forma pacífica y legal.

—Pero ellos no dieron su brazo a torcer.

—Se embarcaron en una demanda judicial que nos habría costado una fortuna. Entonces le dejé muy clara al señor Kiyota la necesidad de escoger bien nuestras batallas, pero él no hizo caso. Se generó tensión en el grupo. Y en esa época varios miembros de confianza me señalaron su... Sus gustos cuestionables.

—No sea tímido. Continúe.

—Bebía sin control y su pasado delictivo empezaba a ser un incordio. Nos asociaba a una serie de cosas negativas. La prensa de la izquierda cada vez tenía más porquería con la que atacarnos.

—De Kiyota, hábleme de Kiyota. Dice que era un bebedor con antecedentes penales; ¿qué más? Ha hablado de gustos cuestionables.

Onaga la miró a los ojos.

—Tenía una novia. Pero ella era... muy joven.

—Su nombre, por favor.

—Era una compañera de Nippon Kumiai, puedo pedir que le den sus datos cuando se marche.

—Me gustaría verlos ahora, por favor.

Hubo una pausa larga antes de que Onaga cogiese el teléfono y solicitase el expediente.

—Enseguida lo traen, inspectora.

—Gracias.

—Debo decirle que ustedes cuentan con mi más absoluto respeto. Me refiero a la policía. Es una tarea noble, aunque no necesariamente en este caso, si me lo permite. Creo que en esta ocasión usted pierde el tiempo, pero en general, su trabajo es de lo más encomiable.

—¿Cree que el asesinato de una familia coreana no merece una investigación?

Él sonrió.

—No he dicho eso. Me refiero a que venir aquí es malgastar el tiempo. Por otro lado, tal vez haya sido providencial y vuelva en otra ocasión. Para continuar hablando.

—Yo me dedico a los homicidios, señor. Nada más. A decir verdad, creo que aquí el único que pierde el tiempo es usted.

La sonrisa de Onaga se tornó en una mueca torcida.

—Inspectora, hay más de un millón de cucarachas como éstas viviendo en mi país. Usted dice que se ocupa de las muertes, ¿verdad? Pues permítame que sea franco: Nippon Kumiai se dedica al odio. A nada más. Nadie hace nada por acabar con esta injusticia. Pero en cuanto al odio... El odio de la gente no tiene límites.

—Sí, es una charla muy enardecedora, pero he venido a hablar de Kodai Kiyota.

—No le sé decir dónde está ni qué cosas ha hecho o ha dejado de hacer. Si tiene algo que ver con los asesinatos, es obvio que lo censuro. Pero deje que le diga una cosa, inspectora Sakai: quien haya matado a esa familia debía de tener motivos.

El recepcionista entró con el expediente en la mano. Sakai se lo arrebató y lo abrió. Contenía una única página escrita a máquina con datos de una mujer llamada Asako Ozaki. En mitad de la hoja había una palabra estampada con tinta roja.

EXPULSIÓN

Onaga movió la cabeza con aire serio.

—Su padre se suicidó cuando ella era pequeña; lo habían obligado a abandonar la lavandería que él mismo había abierto. Adivine quién se hizo cargo del negocio y se llevó a los clientes cobrándoles la mitad. Su madre se casó con otro hombre, y Asako se quedó más o menos sola. No olvidó a los coreanos que los habían echado. Y cuando nos encontró, su actitud era más virulenta que la de muchos de nuestros miembros más activos. La verdad es que era lo que todo relaciones públicas podría desear, y me dio pena verla marcharse. Se dedicaba en cuerpo y alma. Pero ¿qué quiere que le diga? El amor es ciego y los amantes no ven.

—¿Por qué la expulsaron, señor Onaga?

—Se negaba a cumplir el código de conducta. Siempre tenía algún asunto pendiente con las autoridades y la relación con Kiyota fue la gota que colmó el vaso. Tuvimos que pedirle que se marchara.

Sakai recorrió la página con el dedo.

«¿Eres la chica de la que habla Iwata?»

—Usted cree que somos simples racistas, ¿verdad, inspectora? Es evidente que sí. Sin embargo, esa palabra no nos hace justicia. Considerarnos racistas sin más nos despoja de nuestra lógica y de nuestra integridad. Implica un miedo o una repulsión irracional. No es la palabra adecuada. Nosotros preferimos combatir esta minoría, pequeña pero poderosa, de forma lógica. Y si eso nos convierte en racistas, que así sea. Si implica que los medios de comunicación de izquierdas nos rechacen, que así sea. Nuestras batallas son mayores y más insidiosas que éstas.

Sin hacer caso de lo que decía el hombre, Sakai llegó hasta el final de la página. Asako Ozaki vivía en Shin-Ōkubo. Tenía catorce años.

La agente se levantó.

—Señor Onaga, espero que nuestros caminos se crucen de nuevo, de verdad.

Onaga se puso en pie sonriendo y le ofreció la mano.

—Sí, inspectora, ha sido un placer.

—No, creo que no me ha entendido bien.

Sakai salió del despacho.

EL ELOGIO DE LA SOMBRA

Iwata pasea sin rumbo fijo por el ocaso californiano. En la playa hay gente acurrucada debajo de una manta, arropada por las estrellas que van saliendo. Las copas de las esbeltas palmeras se mecen en la brisa. Las olas de color negro y naranja lamen la orilla vidriosa y dejan burbujas que parpadean entre los guijarros. A lo lejos, el mar refleja la luz titilante de las atracciones del muelle de Santa Mónica mientras la noria gira despacio. Iwata oye música triste pero desafiante.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Se aleja de la playa siguiendo la melodía.

«Contigo soy feliz.»

La puerta de la tiendecita de la esquina está abierta; la música se derrama desde el interior para el deleite de los transeúntes.

«Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

Iwata entra y la ve.

—Hola —lo saluda ella.

—Hola —responde él.

La mujer sonríe.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

—Esta canción me suena —comenta él.

—Es muy bonita. ¿Sabes lo que dice?

Iwata asiente con la cabeza.

—¿Qué dice?

—Cosas tristes.

Se contemplan un instante.

—Me llamo Cleo.

Tiene un bronceado suave y los brazaletes de la amistad algo deshilachados.

«Oigo tus pasos que se acercan. Dame otro beso tierno.»

Pronto estarán desnudos en la cama rota de la mujer, rodeados de humedad, música y flores recién cogidas. Ella lo corregirá cuando él dice algo mal en inglés y preparará huevos casi todas las mañanas; siempre dormirá de lado. Justo antes del amanecer, Iwata le recorrerá las costillas con los dedos, brisa sobre las dunas.

«¿Cómo te encontré?»

En la calidez de la duermevela, él sólo podrá contestarse con un susurro: «Fue un milagro.»

Los días se transformarán en años; viajes en coche, problemas, fines de semana enteros en la cama. Cleo pondrá discos y quemará las tostadas. Por las mañanas alentará a su coche viejo en voz baja y por las noches gritará viendo las noticias en la tele. Nadie más que ella puede incumplir las normas que impone. Se convierte en la única autoridad presente en la vida de Iwata. Paseos junto al mar lanzando palos a un perro imaginario.

«Orgullo, arrogancia.»

Cleo, con el cabello en llamas por la puesta de sol, lo mira por encima del hombro y sonríe.

—Qué lugar tan bonito.

Un sol diferente, un país distinto y, en lo alto, de un blanco cegador, el faro. El faro que arroja una sombra interminable.

Iwata se detuvo en el arcén y abrió la puerta de golpe. Saltó el quitamiedos de la autovía, corrió hacia el árbol más cercano y vomitó. Parpadeó para contener las lágrimas e intentó coger aire.

—Hija de puta. Hija de la gran puta. Hija de puta.

Entonces la emprendió a patadas y puñetazos con el árbol y no paró hasta que dejó de sentirse las manos ensangrentadas. Las efímeras flores de cerezo le aterrizaron un instante en los hombros antes de flotar hasta la tierra.

—La Universidad de Kioto es una de las más antiguas y prestigiosas de toda Asia. —El señor mayor que trabajaba como guardia de seguridad lo guió a través de una puerta de gran belleza con las manos sujetas detrás de la espalda y sonriendo con orgullo, como si él mismo hubiera colocado los ladrillos—. Ocho premios Nobel, dos medallas Fields y un premio Gauss. Además de veintidós mil estudiantes por año académico —continuó, y le señaló el panel de información—. Aquí estamos. Usted busca el departamento de Psicología.

Iwata le dio las gracias y cruzó el césped del campus. Esa tarde hacía sol y había grupos de alumnos sentados en la hierba. El viejo alcanforero, emblema de la universidad, se alzaba a la sombra de la torre del reloj del Centennial Hall, construido con ladrillos rojos. La terraza de la cafetería estaba llena de estudiantes que tomaban té con hielo y chismorreaban al sol.

Iwata esquivó al equipo de salto a la comba que había salido a entrenar y se dirigió al edificio de ocho plantas que había detrás del principal. Estaba a punto de entrar cuando algo le llamó la atención. Desde allí oía un golpeteo sordo y una especie de gruñidos. Siguió el sonido y echó un vistazo a la vuelta de la esquina: en una franja sombría de césped que había detrás de la facultad, dos hombres practicaban boxeo. El más joven de los dos, más musculoso y bajo, sostenía un par de almohadillas, mientras que el otro tenía unos cuarenta años, era alto y fuerte, y estaba repartiendo una lluvia de golpes con precisión y economía. Al joven le costaba esfuerzo mantener las almohadillas en alto, como si intentase parar el chorro de un cañón de agua con un periódico.

Iwata se concentró en los golpes y vio que el mayor de los dos era zurdo. Acabaron enseguida.

El joven se rió, con el rostro enrojecido.

—Profesor Igarashi —jadeó—, ese *jab cross* es brutal.

El profesor le rodeó los hombros con un ademán paternal.

—Ya no es lo que era.

—¡Más me vale no entregar tarde los trabajos de su asignatura!

Igarashi se rió.

—Venga, te debo una cerveza.

Iwata se alejó antes de que lo viesan. Entró en el edificio, subió a la tercera planta por la escalera y llamó a la puerta donde se leía:

PSICOLOGÍA FORENSE / SEMIÓTICA

—¡Adelante! —respondió una mujer.

Iwata entró en una sala estrecha donde había cuatro mesas y unas macetas con plantas marchitas. Una mujer que debía de tener la misma edad que él apartó la vista de sus apuntes para mirarlo. Tenía la melena por debajo de los hombros y el flequillo largo. El rostro con forma de corazón y la mandíbula fuerte. Llevaba pendientes de botón de plata y turquesa y un cárdigan ancho de color verde.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Era una voz serena y cálida.

—Busco al profesor Schultz.

—No está, pero volverá enseguida. ¿Quién lo busca?

Iwata le mostró la placa, y ella enarcó las cejas.

—Cuando viene la policía, suele ser buscándome a mí, no a David.

—¿Ah, sí?

La mujer señaló la placa que tenía en la mesa:

DRA. EMI HAYASHI - PSICOLOGÍA CRIMINAL

—En otra ocasión, quizá —respondió Iwata.

—Siéntese, por favor.

Cuando le señaló el asiento, Iwata se fijó en el reloj de Mickey Mouse que llevaba la mujer. Ella se dio cuenta, pero él apartó la vista enseguida y miró por la ventana. El césped donde hacía un momento Igarashi estaba boxeando ahora se veía desierto.

—¿Le apetece un café mientras espera, inspector?

—No, gracias.

—¿Está seguro? Tengo una máquina de expreso de las buenas en la sala de profesores.

—No, no me apetece, gracias.

—David regresará en cualquier momento.

Iwata reconoció a su amigo en el caos de papeles y libros que había esparcidos por la mesa. Había una banderola de los Pittsburgh Steelers pegada al monitor con masilla adhesiva y, junto al teléfono, una fotografía enmarcada de una mujer esbelta y pelirroja. Sostenía a un bebé en brazos.

La puerta se abrió de par en par y David Schultz irrumpió resoplando con un fajo grueso de papeles. Llevaba una camisa de cuadros blancos y rojos oscurecida por el sudor y unos vaqueros dos tallas por debajo de la suya.

—Hostia, ¿Kosuke?

Se abrazaron.

—Has engordado —lo saludó Iwata en inglés.

—Vete a la mierda. Estoy haciendo la dieta japonesa.

La doctora Hayashi recogió sus papeles y se levantó.

—No, Emi, quédate. Ya volveré un poco más tarde —dijo Schultz.

Ella esbozó una sonrisa comedida y continuó trabajando. Schultz sacó la

cartera del cajón del escritorio y llevó a Iwata a la cafetería de la terraza que había junto a la torre del reloj. Allí saludó a varios alumnos con afecto y un japonés casi perfecto y escogió una mesa tranquila y algo apartada. Pidió dos cafés y enseguida se pusieron a hablar del trabajo de Schultz, de su reciente divorcio y de cómo era ser padre a distancia.

En cuanto la conversación perdió ímpetu, Schultz miró el cielo oscurecido y se puso serio. Se hizo un silencio de pájaros cantando y jóvenes riendo.

—Iwata, ya sé que no nos vemos desde... bueno, desde lo ocurrido. Quería decirte que lo siento. Joder, lo siento muchísimo. Creo que no se puede decir nada más que eso.

Le dio una palmada en el hombro con su ancha mano, apartó la mirada y se fijó en las columnas de luz dorada que se colaban entre las ramas del alcanforero. Una chica leía un libro a la sombra del árbol, balanceando los pies descalzos en la brisa con ademán distraído.

—No hace falta que hablemos del tema, Dave.

Schultz asintió con vigor.

—No, no, claro que no. Me alegro mucho de verte, Kos.

Iwata abrió la bolsa que llevaba, dejó una carpeta de plástico sobre la mesa y esperó a que la camarera les sirviese los cafés antes de abrirla. Schultz lo miró horrorizado.

—No me digas que has vuelto al trabajo.

—Quiero pedirte un favor.

—Ya sabía yo que no habías venido hasta aquí sólo para ver a un viejo amigo.

—Es que eres muy listo.

La sonrisa de Schultz perdió lustre.

—Ahora en serio, ¿estás seguro de que estás preparado para esto? Quizá deberías tomarte un tiempo antes de...

Iwata alzó la fotografía y el sol negro silenció a Schultz. Se dio cuenta de que la fascinación lo devoraba.

—Qué cabrón.

Iwata sonrió de oreja a oreja. La imagen encuadraba los trazos irregulares del sol negro del techo con un flash intenso. El contorno circundante estaba oscuro.

—¿Con qué está dibujado?

—Con carbón. El asesino obligó a la víctima a dibujarlo con el dedo antes

de arrancarle el corazón. También mató a su esposa e hijos. Tengo más fotos que me gustaría enseñarte.

Schultz suspiró y miró el cielo, que estaba inyectado en sangre.

—¿Qué quieres saber?

—Uno: ¿es un símbolo o una señal? Dos: ¿qué significa?

Schultz entornó los ojos con incredulidad.

—Kos, soy experto en semiótica, no el puto Hércules Poirot.

—Mira, tengo muy poco tiempo y me la he jugado viniendo hasta aquí. Necesito regresar con algo, Dave.

—No me cargues el muerto.

Schultz miró la foto un instante y negó con la cabeza mostrando su derrota.

—De acuerdo.

—Tú sí que eres bueno, David.

—Te diría que eres un capullo cruel, pero así es tu raza. Lo lleváis en la sangre.

En lo alto de las laderas de colores verdes y rojos, Iwata y David Schultz se sentaron en un banco. A sus pies, Kioto titilaba como si desprendiese calor.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

—Me gusta este sitio —dijo Iwata.

—Cuando necesito despejar la cabeza, suelo venir aquí.

—¿Te funciona?

—A veces.

—¿Mejor que Pittsburgh?

Schultz se rió.

—Oye, ¿has leído algo de Jun'ichirō Tanizaki?

Iwata respondió con un cabeceo afirmativo.

—Emi me prestó uno de sus libros y hay una frase que no consigo olvidar: «La belleza no reside en los objetos, sino en el juego de luces y sombras que éstos crean.»

—*El elogio de la sombra* —apuntó Iwata.

—No me la quito de la cabeza, no sé por qué.

—Te entiendo.

Schultz esbozó una sonrisa frágil y le tendió la mano.

—Venga, va. Enséñame las putas fotos.

Iwata abrió la bolsa y le pasó la carpeta de plástico. Schultz ojeó las

imágenes despacio, sin reaccionar más que con un leve gesto nervioso. Tenía delante el sol negro y estaba observándolo desde diferentes ángulos, estudiando su posición en relación con el cadáver destrozado de Tsunemasa Kaneshiro.

Al final guardó las fotografías en la funda de plástico y se las devolvió con cautela.

—¿Cómo se acostumbra uno a ver cosas así?

—Yo dejo que sean mis ojos los que lo ven.

—Kos, todo esto... —Señaló la carnicería de las imágenes—. ¿Estás seguro de que puedes soportarlo? Lo que te ocurrió es...

Iwata alzó la mano.

—Dave, por favor. Basta.

Schultz asintió.

—De acuerdo. —Soltó aire—. Lo que tú digas.

—Gracias.

—Me has preguntado si es un símbolo o una señal. Yo diría que es un símbolo.

Apuntó hacia el cartel de peligro que alertaba de un desnivel pronunciado y la consiguiente caída a las rocas de abajo.

—Una señal significa algo: para, sigue, camina, etcétera. Piensa por ti, es una orden. Por el contrario, un símbolo representa una idea, un proceso o una entidad física. En este caso, el concepto importante es que representa algo. Otra cosa. Una idea que va más allá de lo que tú estás viendo. Por otro lado, la señal significa sólo eso, lo que tienes delante. El crucifijo cristiano no alude sólo a un tío muerto en una cruz, sino que representa el sacrificio, la fe, la esperanza o lo que sea. En definitiva, toda una religión. La señal piensa por ti, pero el símbolo requiere que pienses tú. Es lo abstracto frente a lo literal. Supongo que ésa sería una manera de explicarlo.

—O sea, que tú no crees que el sol negro sea una orden directa ni una advertencia.

—Bueno, estamos haciendo suposiciones, pero no: yo creo que son los asesinatos en sí los que significan algo. Sea cual sea el objetivo de esta persona, cabe la posibilidad de que la muerte de esta familia no fuese el fin propiamente dicho. El símbolo podría significar que los asesinatos no son el producto final, sino que quieren decir algo, otra cosa.

—¿Te refieres a que los asesinatos están... supeditados al sol?

—Kos, creo que los asesinatos le pertenecen. Tal vez el asesino también. Nunca se sabe, tío. Realidad para sobrevivir, fantasía para vivir.

No quedaba ni rastro del atardecer; sólo una noche fría y una uña fina suspendida en el cielo.

—También me has preguntado qué es. Ésa es la pregunta del millón, ¿no?

Schultz vació el aire de las mejillas con un fuerte resoplido.

—Joder, es como preguntarle a un matemático qué importancia tiene el cero. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde tenga sentido.

—Vale. Me imagino que buscas a un asesino. Uno que podría estar obsesionado con ese símbolo oscuro. Digamos que una de las interpretaciones es que es la ausencia de luz lo guía y lo espolea: el sol negro como culminación de toda la vida, la oscuridad eterna, Satanás y todo ese rollo. El ocultismo está plagado de soles negros, por no mencionar su vertiente nazi.

—¿Hay un ocultismo nazi?

—Deberíamos haber ido a algún sitio donde hubiera cerveza. Oye, no sé cuánto quieres profundizar, pero más o menos estamos hablando de una interpretación mística y semirreligiosa del nazismo que empezó a mediados del siglo xx. El sol negro se entendía como una especie de fuente de energía mística capaz de regenerar la raza aria. Hay una tradición literaria muy extensa que conecta a la raza aria con el sol negro o sol místico. La teosofía de Helena Blavatsky habla de un «sol central». Tule, o Hiperbórea, era para los griegos antiguos el lugar donde vivía «la gente de más allá del viento del norte». Otras interpretaciones lo ven como la cuna ancestral de los arios originales. Y no te lo pierdas: Himmler era muy partidario del *Oera Linda*, texto al que a veces llaman la biblia nórdica y que se cita con frecuencia en discusiones acerca de esoterismo y literatura sobre la Atlántida. El caso es que se dice que Himmler había encargado un «símbolo ario» antiguo para el castillo de Wewelsburg. Y ya te puedes imaginar qué escogió. Ni que decir tiene que todo esto es académico.

Schultz se abrochó el último botón del abrigo y contempló el horizonte sin pestañear.

—Has mencionado que la familia era zainichi, de origen coreano. Debes de haber sopesado el factor del odio racial o el complejo de pureza, ¿no? Yo no puedo decirte con exactitud qué conexión tiene con el sol negro, pero no me

cabe duda de que si lo relacionas con el nazismo, merece la pena investigarlo. Dicho esto, tu asesino podría ser cualquier pirado satánico o un fundamentalista. —El profesor se rascó la barba antes de continuar—: Pero todo esto, Kos, hace referencia sólo al último siglo. Debes saber que el símbolo del sol negro aparece en casi todas las civilizaciones antiguas del mundo, y casi te diría que desde el día uno de la historia. Egipcios, sumerios, aztecas... Es un símbolo sagrado relacionado con las fábulas de la creación, con las leyendas apocalípticas y todo eso. Pero si quieres tirar por ahí, necesitarás historiadores. Eso es todo lo que yo puedo decirte, aunque para la próxima puedo prepararme un poco mejor.

—David Schultz, me has iluminado.

Regresaron al coche y serpentearon cuesta abajo en la penumbra, la mayor parte del tiempo en silencio, escuchando sólo en parte un reportaje radiofónico sobre el auge del sector geriátrico en Japón y la reducción de la tasa de natalidad. Iwata conducía a velocidad lánguida, con la mente enredada en símbolos oscuros. Al llegar a la entrada del campus, Schultz abrió la puerta y la luz del interior se encendió.

—Si se me ocurre cualquier otra cosa, te llamo, ¿vale? La próxima vez no traigas cadáveres.

Se dieron un abrazo breve. Schultz salió del coche, dio media vuelta y se inclinó para que Iwata lo viese.

—Max Weber dijo que «el hombre es un animal suspendido en las redes de significado que él mismo ha tejido». ¿Quieres que te diga lo que yo creo? La persona a la que buscas está suspendida en ese sol negro. No es una tarjeta de visita; creo que es una red. Vive en ella, la respira.

Schultz dio unas palmaditas en el techo del vehículo y cuando cerró la puerta se oyó un golpeteo metálico.

Iwata dejó atrás la autopista Meishin y continuó hacia Tokio por la Tomei con la vista fija en su carril, sin mirar más allá de los conos de luz que flanqueaban la calzada. A pesar de que le dolía mucho la cabeza y necesitaba dormir, presintió un cambio. Encendió la radio y oyó la risa modesta de un hombre joven.

—No, claro que no me veo así. Ni siquiera me considero especialmente digno. Lo único que me interesa es el crecimiento personal. Y si he puesto en marcha un movimiento que ayuda a la gente a alcanzar su potencial, me alegro mucho por ello. Pero en cuanto a si me creo un gurú: no, en absoluto. Como hombre, soy consciente del vacío que invade a las personas. La incertidumbre que nos corroe. Las dudas que nos aplastan. Y me interesa hablar de todo eso. Me interesan el bienestar y la claridad. Y, sobre todo, me interesan las personas.

—Si acaba de sintonizar nuestra emisora, el invitado de esta noche es Akira Anzai, líder interino de Theta, un controvertido colectivo espiritual del que se está hablando mucho. Como de costumbre, queremos conocer las opiniones de los oyentes. El señor Anzai ha accedido a responder a sus preguntas y nuestro número es...

Iwata apagó la radio y, siguiendo un impulso, marcó el número de la armería de Shibuya. Al cabo de un buen rato, una voz de persona mayor respondió con tono dubitativo.

—¿Dígame?

—Señor Nakata, soy Iwata. Nos hemos visto esta mañana.

—Sí, lo recuerdo. Aquí no llaman mucho.

—Me preguntaba si podía pedirle un favor. Necesito la dirección de un compañero.

—Tengo acceso a la base de datos. ¿A quién busca?

—Al inspector Akashi.

Pronunció el nombre como si tal cosa.

Nakata se quedó callado e Iwata oyó una melodía de Mahler a lo lejos.

—¿Hideo Akashi?

—Eso es.

—Un momento, por favor.

Iwata oyó el cajón metálico de un archivador antes de que el anciano se pusiera de nuevo al teléfono.

—¿Tiene bolígrafo?

El inspector apuntó la dirección y le dio las gracias con efusividad. Introdujo la dirección en el navegador por satélite y vio que Akashi vivía a casi una hora de Tokio, en Chiba.

Cambió de sentido tan pronto como pudo, y muy poco después le sonó el móvil.

—¿Estás en casa?

—No, voy en coche, Sakai.

—¿Adónde?

—Por ahí, a dar una vuelta.

—Una vuelta, claro... Sin rumbo fijo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te sientes sola o algo así?

—De ilusiones también se vive, capullo. Y ya tengo a un hombre en mi vida.

Iwata se echó hacia delante.

—¿A Kiyota?

—El mismo. Bueno, más bien es una pista fiable. Los de Nippon Kumiai no saben nada de él desde hace semanas, pero el gilipollas sale con una cría de catorce años: Asako Ozaki. Me la juego a que es la chica que estaba acosando a Tsunemasa Kaneshiro, según su compañero. Si la encontramos a ella, daremos con él.

—Buen trabajo, Sakai.

—¡No me digas! ¡Gracias!

Un día lóbrego empezaba a despuntar entre la niebla cuando Iwata llegó a Chiba. El GPS lo había conducido hasta un solar amplio y sin construir, lleno de basura. Las obras que se veían en la distancia estaban abandonadas y el tramo sin acabar de una autovía elevada se dirigía hacia el sur. Al este se alzaban en soledad varios edificios en ruinas. Una corriente de aire atravesaba

un salón de *pachinko* que estaba en silencio. Un edificio de oficinas se caía a pedazos y las hierbas engullían cualquier vivienda que hubiera quedado sin vender. Alguien había sembrado las semillas de la vida en aquel lugar, pero no habían echado raíces. Al norte, a unos kilómetros de distancia, Iwata vio el ferrocarril oxidado. El terreno era llano, de tierra marrón; de una extensión prosaica. Una bandada de cuervos aleteó en el barro y desapareció en la niebla densa.

Iwata comprobó la dirección. Salió del coche y descubrió un camino de tierra que se alejaba de la calle y llevaba al centro de un descampado. Entornó los ojos escudriñando la niebla y entrevió una silueta irregular. Caminó hacia allí vacilante y, al final del camino, la niebla se disipó e Iwata descubrió los restos calcinados de una casa pequeña. Los cimientos de ladrillo permanecían en pie, pero las llamas habían devorado la madera y las paredes de yeso. Sólo quedaba un esqueleto endeble y negro como una colección de huesos chamuscados. Percibió el olor a quemado, un hedor que jamás desaparecería. La policía local había colocado una señal para avisar a los transeúntes, y con eso supo que lo habían considerado un simple delito.

Pasó por el lugar donde habría estado la puerta, y la casa recobró el aliento.

Columnas de luz punzaban el techo derruido y el agua de lluvia se deslizaba por las paredes. Abrasados, muchos de los objetos domésticos temblaban a su paso. El más mínimo roce provocaba nubecitas de cenizas. El suelo estaba compuesto de artículos extraños, cuerpos retorcidos y distorsionados que habían perdido la forma tratando de escapar de las llamas.

Por improbable que fuese, Iwata buscó posibles focos de ignición en la puerta y a lo largo de los muros exteriores. Comprobó los enchufes y olisqueó las superficies buscando restos de líquido inflamable, pero no consiguió determinar el origen del incendio. Quiso encontrar indicios de uso de drogas, pero fue en vano.

«El hombre feliz es aquel que, siendo rey o campesino, encuentra la paz en su hogar.»

Los restos emanaban cierta tristeza. La casa crujía con la brisa, en paz, satisfecha de haber sido pasto de las llamas. Iwata imaginó un hogar, quiso entrever la vida del lugar. Entre lo abandonado, lo residual y las cosas a medio formar. Pero no veía a Hideo Akashi viviendo allí, debajo del paso elevado de la autovía, en una casucha vieja construida en un descampado zarriento. Trató de intuir el estado de ánimo del agente hacia el final.

«¿Se te colaba la niebla a través de estas paredes tan finas? ¿Permeaba toda la casa y te empapaba la mente durante los días anteriores a tu muerte? ¿Hacías lo que tocaba cuando tocaba y decías lo que tenías que decir? ¿Sentiste alivio al saltar?»

Iwata percibió la soledad del fallecido y una empatía cortante. Necesitó agacharse para recuperar el aliento.

«Aquel que se deleita en la soledad es una bestia salvaje o un dios.»

Llenó los pulmones con decisión y se puso en pie. Entonces vio algo enterrado entre las cenizas. Debajo de unos clavos encorvados, de la madera quemada y de material plástico retorcido, un destello le llamó la atención. Hundió el brazo entre los desechos y lo sacó. Era un glóbulo vítreo y pequeño de ámbar, como una gota de miel endurecida. Sopló las cenizas de la superficie y lo alzó a la luz. En el interior habían quedado atrapadas varias burbujas doradas; termitas minúsculas y motas de polvo preservadas para la eternidad.

—¿Qué haces aquí?

Iwata cerró los ojos. Oyó que algo se aproximaba.

«Cuando los malvados avanzan contra mí para devorar mis carnes, cuando mis enemigos y adversarios me atacan, son ellos los que tropiezan y caen.»

Se guardó el ámbar en el bolsillo y salió a los remolinos de niebla gris del exterior. Un sonido sordo parecía cada vez más cercano.

Iwata avanzó varios pasos y oyó un chirrido.

«El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme?»

De pronto la neblina se volvió rosada y un par de faros penetraron la bruma. Un coche negro apareció de la nada; circulaba muy deprisa, lo tenía casi encima. Iwata reaccionó y a punto estuvo de perder el equilibrio corriendo hacia la casa. El vehículo estaba a un brazo de distancia, pero logró saltar por el hueco de una de las ventanas. Al mismo tiempo, oyó el crujido metálico contra los ladrillos.

«Parpadea.»

«Parpadea.»

«Parpadea.»

Estaba tendido en el suelo y de la herida de la cabeza le brotaba sangre fresca que le entraba en los ojos. Tenía el extremo recortado de una cañería clavado en las costillas. Se levantó como pudo, pero se desplomó de golpe con un dolor agudo en el tobillo que le arrancó de la garganta un alarido. Se

obligó a erguir la cabeza y vio que el coche se había estrellado contra el muro de ladrillo de la casa. Un hilo de sangre de la nariz le goteó en los pantalones. Sonaba como un aplauso. La luz intensa de los faros inundaba las ruinas de la casa y el humo del tubo de escape se mezclaba con la niebla. Un coche tratando de entrar en una casa: resultaba casi cómico. La caja de marchas chirrió con violencia. Iwata desenfundó el arma y se obligó a permanecer en pie. Forzó la vista a través del humo acre, intentando ver al conductor.

—¡Sal del coche de espaldas a mí, con las manos en alto!

Un momento de quietud y un temblor. Una silueta observaba a Iwata desde la niebla.

Entonces el coche salió disparado marcha atrás y los faros desaparecieron en la masa gris. Iwata emergió de entre los escombros y se alejó cojeando de los restos de la casa. Notaba cómo le corría la sangre por las costillas y por la cara, y el tobillo le palpitaba de dolor. La distancia hasta el Isuzu era interminable y una breve secuencia de desvanecimientos puntuó el trayecto hasta allí. Ya en el asiento de atrás, se las vio con el teléfono. Marcó el número de Sakai con dificultad, pero ella no contestó. Tomando bocanadas desesperadas de aire, consiguió llamar al número de emergencias y les dio su identificación.

—Un Honda Odyssey negro de 2010... Desperfectos en la parte trasera...

—¿Hola? ¿Inspector? ¿Hola?

—Acaba de intentar atropellar a un inspector de policía...

—¿Hola? ¿Inspector? ¿Hola? ¿Está ahí, Iwata?

Iwata no veía más que el reloj del salpicadero, la oscuridad y las luciérnagas que se paseaban por su campo de visión.

Su respiración entrecortada se ralentizó.

Se le cerraron los ojos.

Atomización.

GÁLATAS 6:9

Frío.

El primer día de 1986.

La estación de autobuses es grande y hay mucho ajetreo.

La esfera del reloj marca las ocho y veinte de la mañana, que es una hora fácil de leer.

Kosuke sujeta con fuerza la mano de su madre, aunque no puede seguirle el ritmo.

Ella mira en todas las direcciones y el sudor le perla la frente.

Es la primera vez que Kosuke la ve así.

Él también mira a su alrededor, aunque no sabe qué busca.

—¿Qué buscas? Yo te ayudo a encontrarlo —le dice él a la masa enmarañada que es su pelo negro.

Ella no lo oye.

Mueve la mandíbula y le rechinan los dientes.

Kosuke sabe que cuando ella está así, debe tener cuidado; sabe que no debe hacer preguntas. Los autobuses entran y salen de la estación.

Hay familias esperando a reunirse con las piezas que les faltan.

Kosuke sabe que a él no le falta ninguna.

Su madre lo lleva al fondo, donde aparcan los autobuses.

Huele mucho a gasolina.

Lo sienta en un banco junto a una máquina expendedora de bebidas que no funciona.

Deja la mochila de Oliver y Benji a su lado.

Mira a su alrededor, mueve los ojos deprisa.

Las diminutas marcas rosa de los rabillos brillan húmedas.

—Kosuke, tu madre tiene que irse para hacer una cosa, ¿lo entiendes?

La madre de Kosuke nunca dice «yo».

Él responde que sí con la cabeza, y se siente muy mal sin saber por qué.

—Vigila la mochila, ¿me oyes?

Kosuke asiente.

Su madre da media vuelta para marcharse.

Se detiene.

Se vuelve.

Regresa.

Se agacha delante de él, y él percibe el olor a sudor que emana.

—Kosuke, quédate donde te vean. ¿Te acuerdas de la canción?

Kosuke asiente de nuevo.

—Venga.

—*Una es un disgusto; dos, una alegría.*

—Muy bien, cariño. Sigue.

Ella sonríe y se muerde el labio a la vez.

Es muy guapa y Kosuke ya se ha dado cuenta de que a la gente le cuesta apartar la mirada de ella.

Igual que cuando ven un accidente de tráfico.

O a una persona loca en la calle.

Se saca unos billetes del sujetador y los guarda en el bolsillo de atrás de los vaqueros de Kosuke.

—Haz cosas buenas. Cosas buenas.

Luego se levanta y se aleja con la cabeza gacha.

Él la observa mezclarse con el gentío, hasta que ya no la ve.

Juega con la cremallera de la mochila, que hace ruido: zip, zip, zip.

Mira dentro y encuentra sándwiches y ropa.

Balancea los pies adelante y atrás, de lado a lado, y espera a que su madre regrese.

Han tenido que levantarse pronto y Kosuke está cansado.

Cuando ella lo ha despertado, aún era de noche.

—*Tres, será un niño; cuatro, una niña.*

Se frota los ojos y apoya la cabeza en la mochila.

No puede evitar quedarse dormido.

Cuando se despierta, sabe que ocurre algo.

Ha pasado demasiado tiempo y al otro lado de la estación de autobuses apenas quedan familias.

Su madre le ha dicho que se quede donde lo vea la gente.

Y allí no lo ve nadie.

Kosuke coge la mochila y camina hacia el otro extremo de la estación.

La gente lo mira y sonríe, pero él intenta no fijarse en ellos.

Fuera est  oscureciendo aunque el reloj dice que sólo son las cuatro.

Hace mucho frío y Kosuke se arrepiente de no haber cogido los mitones.

Un hombre que lleva una chaqueta larga y oscura se agacha delante de él.

—Hola —lo saluda, y le da unas palmaditas en la cabeza—. Tienes cara de estar hambriento.  Te gustan las ciruelas?

Kosuke no mira al hombre ni le dice nada.

Su madre ya lo ha advertido de eso.

El hombre mira a su alrededor y se marcha.

Kosuke vuelve al banco.

Tal vez no debería haberse movido del sitio.

 Y si su madre ha regresado mientras él estaba por ahí?

Kosuke sabe que debe ser cuidadoso con ella.

Ahora que se ha dado cuenta del frío que hace, no puede dejar de pensarlo.

Recuesta la cabeza en la mochila otra vez y cierra los ojos.

Al cabo de mucho rato, un hombre le da un toque en el brazo.

Es alto y viejo y lleva uniforme.

Es un policía.

Kosuke siempre ha confiado en los agentes de policía, pero ahora que tiene a uno delante lo único que ve es un hombre.

— C mo te llamas?

Kosuke murmura su nombre.

—Te has perdido,  verdad?

—Mi madre me ha dicho que espere aquí.

— Cu ndo te lo ha dicho?

—A las ocho y veinte.

Durante un instante los labios del policía desaparecen.

— Cu ntos años tienes?

—Diez.

— De verdad?

Kosuke no responde.

— Alguna vez has ido en coche patrulla?

Kosuke niega con la cabeza.

El agente lo coge de la mano y lo lleva fuera de la estación.

El coche patrulla huele a limón y a tabaco.

El agente le abrocha el cinturón de seguridad y realiza una llamada por radio.

Hace frío, y el agente enciende la calefacción.

El aire caliente sale de los conductos con un lamento insistente.

Kosuke mira por el retrovisor; la estación se hace más pequeña a medida que toman velocidad.

Apenas hay luz en las carreteras y el haz de los faros blanquea los árboles al pasar.

Están subiendo la ladera de una montaña.

Se oye el chasquido de la radio y una voz eléctrica habla demasiado deprisa.

Entonces el agente agarra el micro y dice: «Entendido.» Nada más.

Kosuke contempla el océano de ramas desnudas que forra la colina.

El baile rápido de árboles le da sueño.

Tiene las mejillas enrojecidas de la calefacción.

Después de un buen rato, el coche patrulla se detiene delante de una casa pequeña al borde de un bosque empinado.

El agente le abre la puerta y le pone la mano en el hombro.

—Esta noche te quedas aquí. Mañana ya veremos.

Los escalones del porche suspiran, los insectos dan vueltas alrededor de una bombilla desnuda.

El agente cuelga la gorra de un gancho.

—Espera aquí.

Desaparece unos instantes; mientras tanto, Kosuke huele los aromas de una casa ajena. El policía regresa con unos edredones y lo lleva a una salita.

Coloca la ropa de cama en un rincón.

Le da unas palmaditas en la cabeza, y Kosuke percibe un olor a madera y a humo.

Lo deja solo.

Kosuke ya no tiene sueño.

Recita entre susurros:

—*Cinco es plata; seis, oro.*

Se sienta en el lecho y juega con la cremallera.

Zip. Zip. Zip.

A la mañana siguiente hace un día gris y húmedo.

Kosuke se da cuenta de que en la montaña los días son mucho más cortos que en la ciudad.

La puerta de la habitación se abre; en el quicio hay una anciana con cara de pocos amigos y el pelo cano alborotado.

Cierra la puerta, y Kosuke oye sus pasos decididos, cada vez más tenues.

No tarda en oír también al policía hablando despacio en voz baja y triste.

—Es muy pequeño.

La mujer susurra, pero muy alto.

Su voz suena como ruedas sobre gravilla.

—Pues dime, Eiji, ¿cuánto tiempo?

Kosuke no alcanza a oír la respuesta del agente. La mujer lo interrumpe.

—Tendrá que comer de todos modos, ¿verdad? Necesitará ropa. Necesitará cosas, Eiji. Eres demasiado generoso. Nadie te pagará por cuidar de él, ¿a que no? Es una crueldad, eso es lo que es. Tú crees que estás haciendo una buena obra, pero es todo lo contrario.

La puerta se desliza a un lado y entra una niña mofletuda algo mayor que Kosuke.

Cierra la puerta y se sienta delante del televisor.

—Es mi abuela —le dice por encima del hombro—. No para de quejarse.

La niña enciende una SEGA Mark III y aparece el logo azul en la oscuridad.

De inmediato, Kosuke se sienta detrás de ella.

La niña salta el menú de opciones y la introducción, pero Kosuke ya se la sabe.

Es *Puño de acero 2*.

La paz reinaba en Metro City hasta que un día... un malvado sindicato criminal, liderado por el misterioso Señor Z, llegó a la ciudad y se hizo con el control. Envuelta en una violenta oleada de crímenes, la ciudad se ha sumido en el caos y la policía ha cedido a la corrupción. No queda nadie más a quien recurrir. Sólo tú puedes salvar Metro City... a puñetazo limpio.

La niña escoge a Flame —el experto en judo— y empieza la primera ronda.

Se le da bien; apenas le aumenta el marcador de daños mientras no para de noquear una oleada tras otra de tipos malos.

Tiene las mejillas azules a causa del resplandor del televisor.

Kosuke pasa el día entero viéndola aporrear los botones y recuperar el control de Metro City gamberro a gamberro.

Hasta bien entrada la tarde, no vuelve a ver al policía.
Hace mucho que la abuela y él han dejado de discutir en el pasillo.
El policía aparece en la puerta con la gorra puesta.
Kosuke recoge la mochila y dice adiós a la niña con la mano.
—Adiós —responde ella sin apartar la mirada de la pantalla.
El policía lo sienta en el coche patrulla y le abrocha el cinturón de seguridad.
Emprenden el viaje hacia abajo.
—¿Ahora vamos a buscar a mi madre?
El agente lo mira por el espejo retrovisor, pero no contesta.
Sigue conduciendo, nada más.
El único sonido que se oye es el de la calefacción.
Kosuke espera no haberse portado mal, pero hace una reverencia, por si acaso.
Los últimos rayos de sol se esconden detrás de las montañas.
Le gustaría poder comerse una seta y crecer hasta el doble de su tamaño.
Le gustaría comerse una flor de energía y lanzar fuego con las manos.
Le gustaría poder seguir viendo a la niña jugar con la SEGA para siempre.
El viaje se le hace largo y, cuando el policía detiene el vehículo, ya es noche cerrada.

Detrás de una tapia alta, hay un edificio de ventanas estilizadas en mitad de un campo.

En un cartel se lee:

ORFANATO CRISTIANO SAKUZA
DISTRITO DE KITAKUWADA

—¿Dónde estamos?

—El pueblo más cercano es Miyama. Espera aquí, hijo.

Cuando el policía se vuelve para apearse del coche patrulla, el cuero chirría.

Pasa por delante de los faros y se ilumina como el logo de SEGA.

Entra en el edificio y desaparece.

Kosuke espera y espera, y se da cuenta de que está muy hambriento.

Saca los sándwiches de la mochila y se pone a comer.

Tiene sed y necesita ir al baño.

Piensa en su madre, pero eso lo hace sentir tan mal que prefiere mirar el

edificio.

Detrás del caserón, una montaña se alza como una ola en pausa.

Un bosque se extiende a su alrededor.

El agente regresa con una mujer vestida con un uniforme de color blanco y negro.

Lleva una capucha negra y, cuando camina, una cruz larga de plata le rebota en el vientre.

El policía abre la puerta y Kosuke nota el frío de fuera.

—Vamos, hijo.

Kosuke baja del coche y se cuelga la mochila. Desde algún lugar cercano le llega el rumor de un río.

—Gracias, agente Tamura.

La voz de la mujer es muy extraña.

Es alta y tiene la piel muy pálida.

El policía asiente con la cabeza y sube al coche sin mediar palabra.

Va marcha atrás mirando por encima del hombro.

Cuando la oscuridad se traga el vehículo, la mujer le coge la mano.

—Soy la hermana Mary Josephine. Soy la superiora. Debes de estar muy cansado.

Lo guía por la hierba mojada hacia el edificio grande.

Una vez dentro, le sonrío y cierra con llave.

Kosuke tiene una sensación rara en el estómago, como si dentro tuviera un animal escarbando para escapar.

Por todo el pasillo hay imágenes de un hombre moribundo.

En algunos de los cuadros lleva un *yukata* azul muy bonito.

En otros está casi desnudo, con el cuerpo ensangrentado y los ojos en blanco.

En la penumbra, el suelo brilla como un río congelado.

Sus pasos hacen mucho ruido.

La mujer se aclara la garganta con cuidado.

—Debes de estar muy cansado, Kosuke.

Pero Kosuke no sabe si está cansado o no.

Ella lo conduce por una escalera cuyos peldaños crujen.

Cada vez que pasan por delante de una de las ventanas, la luna ilumina el rostro pálido de la mujer.

No mira a Kosuke, tiene la vista fija al frente.

Y una sonrisa leve en los labios.
Kosuke no le ve el pelo ni los pies.
Parece una sombra con rostro de mujer.
Al final del pasillo, ella se detiene y saca unas llaves.
Conduce a Kosuke a un dormitorio lleno de pies apestosos, mocos secos y
sueño frágil.
Le señala una litera vacía, y él se quita los zapatos.
Guarda la mochila debajo de la almohada y se mete en la cama.
La monja se vuelve para marcharse y, en ese instante, Kosuke se da cuenta
de que su madre lo ha abandonado.
Se da cuenta de que su madre no regresará.
Se da cuenta de que el policía no la está buscando.
Kosuke chilla.
Varias caras salen de su letargo; algunos ríen, otros se enfadan.
Son borrones grises bañados de luz lechosa.
Kosuke sostiene con ambas manos el dinero que le ha dado su madre.
Lo sostiene como si fuera un tesoro.
—¡No, por favor! ¡No, por favor! ¡No te vayas!
Le cuesta respirar.
El miedo lo devora.
Se oyen voces en el pasillo.
Alguien enciende las luces.
Kosuke se aferra a los tobillos de la monja.
—Suelta, niño.
Kosuke no es capaz de soltarla.
—¡No tuve suficiente cuidado! ¡No tuve cuidado! ¡Lo siento! ¡Lo siento!
Los demás niños se abalanzan sobre el pequeño fajo de dinero que le ha
dado su madre.
La monja trata de apartarlos con puntapiés rabiosos.
Alguien ha empezado a repartir los sándwiches.
La luna le dedica una sonrisa burlona, escondida tras unos dedos de nube.
El señor Uesugi merodea entre los bancos barriando las pequeñas
coronillas con la mirada.
Kosuke siente el frío y la dureza de la piedra en las rodillas.
Junta las manos como hacen los demás.
Empiezan las palabras, así que cierra los ojos.

Son versos extraños.

Si cierras los ojos, parecen magia.

—¡No nos cansemos!

La voz del señor Uesugi retumba.

Sus pasos resuenan con fuerza por toda la iglesia, y Kosuke echa un vistazo furtivo a sus zapatones.

Brillan como un par de berenjenas.

—No nos cansemos, pues, de hacer el bien.

El señor Uesugi comprueba que los niños están bien arrodillados, con la espalda recta y las manos bien colocadas.

A los que no, los endereza de un puntapié.

—Que, a su tiempo cosecharemos —dice, empapando las palabras en repugnancia—, si no desfallecemos. Gálatas 6:9.

Los pasos del señor Uesugi se detienen junto a Kosuke.

Posa la palma de la mano en su cabeza pequeña.

—Niños —suspira feliz—, mirad por la ventana.

Y todos se vuelven hacia fuera.

—Mirad lo que nos da el Señor. Recordad estas palabras, chicos: «Nuestra gloria flota entre la tierra y el cielo como unas nubes que nos recuerdan a los pabellones del sol.»

Sopla un viento frío y las paredes de madera de la iglesia se tensan.

Kosuke imagina entonces que el viento los contempla desde arriba.

Una cajita pintada entre la nieve y la hierba, rodeada de bosque.

—¡Y recordad! —Mira la vidriera con la imagen de Jesucristo y le sonrío de oreja a oreja—. Aquí estamos todos juntos. Estamos juntos y eso nos llena de dicha. Porque como dijo Aristóteles, «aquel que se deleita en la soledad es una bestia salvaje o un dios».

El señor Uesugi mira a los niños arrodillados en silencio con el pelo recién cortado, quietos como piedras en el fondo de un pozo.

Por las noches, Kosuke llora.

Los demás niños están acostumbrados a no hacer caso de las lágrimas y a taparse los oídos.

Así que cuando unas noches después de su llegada aparecen un par de pies ante sus ojos, Kosuke no se lo espera.

Un niño que se llama Kei salta al suelo y aterriza como un gato.

Kosuke se queda helado y trata de ahogar los sollozos en la almohada.

Kei da unas palmaditas sobre el colchón y Kosuke se vuelve hacia la pared.

Siente un par de brazos cálidos alrededor de los hombros.

Intenta apartarse, pero Kei no se lo permite; es demasiado fuerte.

—No hagas ruido.

Kosuke calla y coge bocanadas de aire de tres en tres.

Luego de dos en dos.

Y al final respira con normalidad.

UN TIBURÓN BLANCO

Iwata no podía respirar por la nariz.

Abrió los ojos.

Una habitación de hospital.

«¿Dónde estoy?»

Bajó la mirada y descubrió el brazalete identificativo que llevaba en la muñeca: Hospital Universitario de Chiba.

Junto a la ventana había pétalos marchitos de flores ya desaparecidas. Al otro lado, la curva marrón del canal viraba hacia el este. Llovía.

—Levanta, levanta, que los pajarillos cantan, inspector.

Sakai estaba sentada delante de la cama con un montón de papeles esparcidos a su alrededor.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Veinticuatro horas. Pérdida de sangre. Torcedura de tobillo. Nariz rota. Un par de puntos para hacerlo todo más ameno. ¿Quieres contarme en pos de qué ha sido todo esto?

—¿Encontrasteis el Honda negro?

—No ha aparecido nada.

Iwata percibió algo entre líneas.

—¿Qué pasa, Sakai?

Ella miró las páginas que tenía a su alrededor.

—Ha habido otro.

—¿Ha sido él?

—Tiene toda la pinta.

Iwata bajó los pies de la cama de golpe. Tenía la cabeza como una campana recién tañida y el tobillo de porcelana agrietada.

Sakai lanzó a la cama una bolsa de plástico que contenía una muda y ropa barata de supermercado.

—La tuya estaba destrozada. Lo he tirado todo menos la chaqueta.

Iwata renqueó hasta un biombo y se cambió. Cuando acabó, Sakai abrió la puerta y se oyó el repiqueteo fuerte de sus tacones en el pasillo. Se afanó por alcanzarla.

—Hay algo que no está bien —musitó.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que alguien intentó matarme a plena luz del día.

Ella se detuvo en mitad del pasillo y se volvió hacia él.

—Alguien. En un Honda Odyssey negro.

—No entiendo por qué lo dices con ese tono de sospecha, Sakai.

Ella lo esquivó y continuó caminando.

—Iwata, es obvio que últimamente no comes ni duermes lo necesario. El otro día te dieron un buen golpe en la cabeza...

Él la interrumpió con una carcajada desagradable.

—Eres un sol, pero sé lo que vi, Sakai. De haber tardado medio segundo más, ahora tendría problemas más importantes que este desorden en mi patrón de sueño.

Llegaron al ascensor, y Sakai pulsó el botón con rabia.

—¿Viste al conductor? ¿Apuntaste la matrícula?

—No.

—Pues entonces podría haber sido cualquiera.

—Sakai, sabes tan bien como yo quién estaba al volante.

—Crees que era el asesino, pero no puedes demostrarlo. No puedes asegurar que no fuese un borracho, un tío cualquiera que iba tan ciego que ni siquiera te vio.

—¿Marcha atrás? ¿En un descampado desierto? ¿Qué hacía allí?

—Eso mismo pensaba preguntarte a ti.

Se miraron hasta que se abrió la puerta.

—Lo que tú digas, Iwata. Pero que sepas que Shindo está bastante cabreado. ¿Creías que no se enteraría de que en lugar de trabajar en el caso estabas husmeando en la casa de un compañero muerto? Estoy segura de que luego le soltarás cualquier mierda, pero no hay motivos para que me lo ocultes a mí.

Pulsó el botón y el ascensor inició el descenso.

—De acuerdo, a tomar por el culo: creo que Akashi quizá sabía más de lo que dice el expediente del caso.

Sakai negó con la cabeza como un marido cansado de las mismas quejas.

—Y aunque eso fuera verdad, ¿qué más da ahora?

—Piénsalo, Sakai. ¿Por qué se suicidó de repente? ¿Por qué está su casa reducida a cenizas? ¿Por qué intentó alguien matarme cuando estaba echando un vistazo?

—En la comisaría de Chiba dicen que los delincuentes de la zona van allí a drogarse. Es la causa más probable del incendio. En cuanto al atropello y posterior fuga, dan por sentado que se trata de la misma banda.

Llegaron al aparcamiento, y Sakai lo guió hasta el Isuzu.

—¿Te importa conducir?

Iwata se señaló el tobillo con la cabeza.

—No. Total, tú conduces como una abuelita.

—Sakai, registré la casa de arriba abajo: no había ni rastro de drogas ni de la parafernalia relacionada. Y «delincuente» es una palabra muy conveniente que le ahorra mucho trabajo a la gente. Pero alguien prendió fuego a la casa a propósito. Y alguien fue a por mí cuando yo estaba husmeando por allí.

Sakai recorrió la rampa en espiral del aparcamiento hasta la calle y esperó a que se abriese un hueco en el tráfico.

—De acuerdo, digamos que Akashi sabía más de lo que figura en el expediente. ¿Qué probaría eso? Es evidente que no estaba bien. Un tío que está en sus cabales no salta desde el puente del Arcoíris.

—O sí.

—¿Qué quieres decir?

Iwata se encogió de hombros y miró por la ventanilla. La lluvia empezó a tamborilear en el techo y avanzaron un rato en silencio. Él con los ojos cerrados, tratando de no prestar atención al dolor.

—¿Hacia dónde vamos?

—A la bahía de Sagami —contestó ella—. La víctima es una tal Yuko Ohba. Una viuda de casi ochenta años. No tiene hijos ni familia conocida. Le han extirpado el corazón, igual que a Tsunemasa Kaneshiro. La policía de Kanagawa ya nos ha acordonado la zona.

—¿Han determinado la hora de la muerte?

—Hace dos noches. Pero de momento no hay ni rastro de Kiyota, si eso es lo que estás pensando.

Sakai se desvió para incorporarse a la autovía.

Se dirigió hacia el sur bordeando Yokohama rumbo a la punta de la

península de Miura. La bahía de Sagami, la península de Bōsō, el canal de Uraga. Iwata recordaba los nombres de aquellos lugares de las clases de historia. Un siglo antes, el gran terremoto de Kantō había despertado algo más al sur, debajo de la isla de Izu Ōshima, para devorar Tokio, Yokohama y las prefecturas circundantes. Fallecieron unas cien mil personas.

En cambio, ese día el mar era una extensión en calma de gris mercurio. La hierba se mecía en la costa. En las pendientes arenosas que se adentraban en el agua crecían crinos como estrellas blancas. Siguiendo la costa, los pinos negros montaban guardia junto a los nidos de los cormoranes, que graznaban al entrar y salir del agua fría y se apiñaban cuando soplaba el viento.

Más allá de los pinos, rodeado casi por completo de arbustos y de hiedra trepadora, estaba su destino: 6082 Misakimachi Moroiso. Las ventanas tenían una capa de polvo y la pintura de las fachadas se había desconchado y pelado. La línea telefónica se había convertido en un emparrado y había montañas de basura y muebles viejos esparcidos a ambos lados. La casa habría disfrutado de maravillosas vistas al mar si no fuese porque llevaban años sin podar las zarzas. El trayecto hasta la propiedad vecina, una construcción blanca y moderna, no era largo, pero los arbustos espinosos y la basura acentuaban el aislamiento. Ese día, el acceso desde la carretera estaba acordonado.

Sakai aparcó, bajó del coche y entornó los ojos al recibir la bofetada de brisa marina. Iwata se apeó a la pata coja y se abrochó la chaqueta hasta arriba. Un policía corpulento de unos cincuenta años se separó del grupo de agentes y se acercó a ellos.

—Cualquier cosa que les haga falta, me ocupo yo.

—Sargento, soy Iwata. Ella es la ayudante de inspector Sakai. Primera División. —Señaló la casa con la cabeza—. Supongo que no hay testigos, ¿verdad?

—Lo siento, pero no los hay.

—¿Han hablado con los vecinos? —intervino Sakai.

El sargento dio muestras de sorpresa por el tono, pero respondió que sí con la cabeza.

—Han llegado esta mañana para pasar el fin de semana; llevan diez años pasando las vacaciones aquí y nunca habían visto a la víctima. Pensaban que la casa estaba abandonada.

—¿Hay indicios de allanamiento?

—No, señora. Pero la ventana de la cocina da a la parte de atrás y estaba

abierta.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—El repartidor. Él era el único contacto que la víctima mantenía con el exterior. Y según dice, ni siquiera él la veía a menudo. La señora dejaba el dinero preparado, el chico traía la compra y se llevaba la basura.

—¿El chico? —preguntó Iwata mientras echaba un vistazo a la vivienda.

—Tiene quince años.

—¿Y una coartada? —preguntó Sakai.

El sargento les dedicó una sonrisa exagerada pensando que la pregunta era una broma. Pero reconoció su error de inmediato y carraspeó.

—Estuvo en casa toda la noche. Con sus padres.

Al llegar a la puerta de la vivienda, Sakai se despidió del agente con un «gracias» muy cortante. El hombre se mostró contrariado, pero obedeció y se marchó. Iwata suspiró y se agachó para pasar por debajo de la cinta policial. Unos focos grandes iluminaban un pasillo oscuro lleno de periódicos polvorientos, listines telefónicos y envoltorios del supermercado. A mano izquierda, la abertura de la puerta *shōji* dejaba a la vista una habitación vacía donde sólo había un altar *butsudan* muy ornamentado, situado en un rincón. A su lado, una fotografía vieja en blanco y negro de un hombre de pelo blanco y bolsas descomunales en los ojos. Llevaba una toga negra y el cuello blanco que distinguía a los jueces. En la muñeca, un reloj caro de oro con la esfera de zafiro.

Iwata notó olor a incienso, pero no era el mismo aroma que en la casa de los Kaneshiro; era demasiado dulce y floral. Sakai dobló a la izquierda para entrar en la cocina y reprimió una arcada: allí dentro hacía mucho tiempo que la suciedad y la porquería habían ganado la batalla.

—Sakai, ¿estás bien?

Ella contestó tapándose la boca.

—Creo que sólo es comida podrida.

Iwata renqueó escaleras arriba. De las paredes colgaban incontables retratos de la pareja. Tanto la calidad como los telones de fondo variaban mucho, y los rostros iban envejeciendo a medida que pasaba el tiempo.

Iwata vio que la puerta del dormitorio principal estaba abierta. El hueco enmarcaba dos piernas desnudas. La piel era un papiro translúcido surcado de máculas despigmentadas y de venas moradas, y un poco por encima de los muslos, la luz plateada de la ventana en voladizo inundaba la escena. Iwata

olió heces y, por encima del hedor, reconoció la fragancia ahumada, cítrica y terrosa que había perdurado en la vivienda de los Kaneshiro.

«Eres tú de nuevo.»

De pie en el umbral, visualizó la escena. La mujer estaba tendida en el centro de la habitación, con los brazos y las piernas estirados; la ropa de cama de debajo demostraba que la había arrastrado por el suelo. Tenía la mirada fija en el mar, dos canicas viejas; el mismo túnel abierto hacia el corazón. También el polvo negro en los dedos de la mano izquierda. En la pared de detrás, había un símbolo del sol negro tan alto como Iwata.

Oyó el tictac suave del reloj de oro que había visto en la fotografía. La señora Ohba lo guardaba en la mesita de noche.

—Vaya, qué elegante; me encanta lo que ha hecho con el papel de las paredes.

Sakai apareció a su lado y le dio un par de guantes de látex. Él esquivó las salpicaduras de sangre del suelo y apoyó una mano para agacharse junto al cadáver. Echó un vistazo a la cavidad que se abría bajo las costillas de la anciana, sacó la linterna e iluminó el agujero ensangrentado.

—El corazón no está.

Se levantó y examinó con atención el símbolo de la pared.

—El tamaño y la forma son distintos. Si la anciana estaba temblando, eso podría explicar las diferencias, pero es el mismo símbolo.

Se acercó y olisqueó el aire.

—Diría que usó carbón.

Sakai acudió a su lado y olió el polvo negro.

—Es otra cosa —murmuró.

Miraron el suelo. Había una urna funeraria volcada y los contenidos formaban una pequeña duna gris.

—¿Qué te apuestas a que lo de la pared es el difunto señor Ohba? —preguntó Iwata.

Sakai arrugó la nariz y se agachó junto al cadáver. Con mucha delicadeza, le levantó el dedo índice. La mancha era del mismo gris que el montón de cenizas.

—La obligó a dibujar el símbolo con los restos de su marido. —Sakai se mordisqueó el labio—. Y después le extirpó el corazón. Igual que con Tsunemasa Kaneshiro. Pero ¿por qué no se lo hizo a los demás?

—Había ido a por el padre; a por su corazón. El resto de la familia tenían

que morir, pero sólo porque estorbaban.

Sakai cruzó los brazos.

—Vale. En ese caso, ¿qué conexión hay entre Tsunemasa Kaneshiro y la señora Ohba?

—No te olvides del señor Ohba —respondió Iwata con una sonrisa.

—¿No querrás incluir a un hombre muerto en la lista de víctimas del asesinato?

—Lo estoy incluyendo en la lista de personas relacionadas con el caso. Él forma parte del rito.

Sakai se dio unos golpecitos en la mejilla con el bolígrafo y chasqueó la lengua.

—Qué odio le tengo a este tío, joder.

—Sakai, habrá que engatusar a los de la comisaría local, y asegúrate de que han revisado hasta el último detalle de su historial y de su pasado. Y lo mismo con el marido; si era juez, se nos abre un abanico de posibles motivos de venganza.

Sakai sonrió.

—O sea, que el autor del delito sale después de treinta años a la sombra y quiere desquitarse con el capullo que lo enchironó. Cuando se entera de que el viejo ha muerto, se ensaña con la esposa.

—Pero ¿cómo encajan los Kaneshiro?

—¿Como testigos en el juicio?

Iwata respondió en aquel momento con un cabeceo indefinido.

—Ve a la Administración de Justicia de Tokio y averigua si podemos recuperar esa clase de información. Después métete en todas las bases de datos.

—¿Qué buscas?

—Respuestas. ¿Los Kaneshiro y los Ohba han compartido vecindario? ¿Ciudad? ¿Compraban los coches en el mismo concesionario? ¿Tenían el mismo médico? ¿Alguna vez han comprado en el mismo supermercado? ¿El banco? Comprueba las líneas telefónicas. Cualquier cosa que se te ocurra.

Sakai asintió.

—¿Qué pasa, Iwata? ¿Por qué pones esa cara?

—Porque no tiene sentido. Esta mujer no salía de su casa desde hacía diez años: ¿cómo sabía el asesino que existía? No pueden haber sido amigos.

Sakai se encogió de hombros.

—Quizá no lo supiera. Igual pensó que la casa estaba vacía, y ella acabó muerta.

Iwata negó con la cabeza.

—Y entonces ¿a qué viene él aquí?

—A por dinero.

Iwata señaló la mesita con el mentón.

—¿Y se deja el reloj antiguo de oro y no se fija en la casa enorme que hay algo más allá? No: él sabía que la señora vivía aquí, igual que con los Kaneshiro.

Sakai asintió despacio.

—Dos casas apartadas...

—Obligó tanto al padre como a la señora Ohba a dibujar un sol negro. A los dos les sacó el corazón, pero ¿por qué? Si conseguimos conectarlos, ya habremos dado un paso.

Sakai miró por la ventana. Fuera se había formado un grupo de gente.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llegar Shindo.

—Vete, Sakai. Luego te llamo.

Ella inclinó la cabeza buscando qué decir, pero al final salió de la habitación emitiendo tan sólo un suspiro. Iwata la oyó saludar a Shindo a la entrada de la vivienda, pero no hubo respuesta. Las fuertes pisadas se tragaron los escalones, y los dos policías se encontraron cara a cara en la penumbra del pasillo. No se oía más que a Shindo respirando por la nariz.

—¿La víctima está aquí?

—Sí.

Shindo pasó de largo el dormitorio y abrió la puerta que daba a un estudio pequeño y abarrotado. Los manuales de derecho, la documentación académica y los recortes de periódico atestiguaban que aquél era el antiguo despacho del señor Ohba, aunque su esposa se había hecho con un rincón: había revistas de sudokus ordenadas en pilas y una bufanda a medio tejer colocada sobre los ovillos como si fuera un animal destripado. Shindo señaló un asiento viejo de piel e Iwata obedeció sentándose mientras su superior cerraba la puerta y se dirigía a él en voz baja.

—¿Has visto que la prensa local está ahí fuera?

—No.

Shindo dio un puñetazo a la pared por encima de la cabeza de Iwata y les llovió yeso a ambos.

—Están ahí fuera con la polla en la mano, como locos con el primer suceso que ocurre en este puto agujero desde 1923. Y por si no te habías dado cuenta, la noticia no tardará en extenderse.

—De momento ni siquiera tienen los detalles.

—¿Detalles? —Shindo empezó a dar vueltas por el despacho—. Deja que te cuente los detalles. Ayer por la mañana me llamó un listillo hijo de puta desde uno de los nacionales y me amenazó con publicar un artículo sobre ineptitud policial esta misma noche si no le echo un poco de chicha al plato. Como comprenderás, respondí con un «que te follen» y le colgué; me sentía seguro porque Iwata, el inspector cerebral, estaba al mando del caso. Pero debo admitir que la llamada me dejó algo alterado. Así que para tranquilizarme un poco, llamo a Sakai, la responsable ayudante de inspector. Imagina la sorpresa que me llevé cuando me dice que en lugar de hacer lo que le pedí, que es no perder el tiempo y organizar una investigación, Iwata se ha ido a visitar a un viejo amigo y se las ha apañado para tener un accidente de tráfico. Bueno, me digo, debe de haber algo detrás de este comportamiento tan extraño. Y luego me entero de que un malentendido ha acabado con una agresión a uno de mis inspectores con más años de servicio. Y ¿quién es el agresor sino el mismísimo...?

Iwata se movió.

—Shindo, espere un momento.

—Así que de pronto me encuentro con una duda muy seria. Y me pregunto qué ha conseguido el cuerpo a cambio de confiar en este tipo. La lista no es muy larga: un perverso retrasado con esposas, un borracho desaparecido y un puto grafiti en una pared.

Durante un instante, el silencio vibró entre ambos.

—No puedo cerrar un caso como éste en una semana. En cuanto a Moroto, le ha mentado.

—A tomar por culo, Moroto. Es un gilipollas. Pero tú... Bueno, tú te mereces todas las condecoraciones. Bravo, joder.

—Jefe, ¿qué quiere que haga?

—Hace dos horas me ha llamado el mismo capullo del periódico para decirme que le han hablado de un homicidio truculento en la bahía de Sagami. El rumor ha corrido por todas partes. ¿Tú sabes quién es Fujimura?

Iwata hizo un gesto con el dedo índice que significaba «arriba».

—Eso es, el superintendente Fujimura. Que me ha mandado subir para charlar un rato. Se pregunta cuánto tardará la prensa en relacionar a la esposa del juez con la familia coreana. Le gustaría saber mi opinión sobre qué deberíamos hacer para mejorar la situación, teniendo en cuenta que el asesinato de Mina Fong ya ha llegado a la prensa internacional y nosotros no hemos encontrado una puta pista. Así que de repente estoy sentado ahí, delante de él, pensando que a lo mejor todo esto es culpa del inspector Iwata. Se me ocurre que a lo mejor no es tan sabihondo como parece. Y la solución parece obvia: debería despedirlo.

Iwata alzó la mano; tenía un dolor espantoso en la cabeza y las vías respiratorias tapadas.

—Hay presión, Shindo; lo pillo. Pero siempre existirán los titulares.

La carcajada del jefe fue de incredulidad.

—¿Esto lo dices en serio?

Iwata temblaba.

—Shindo, escúcheme, por favor. El asesino del Sol Negro ha matado a cinco personas en cinco días sin dejar ningún rastro que no fuera intencionado. Es un tiburón blanco, Shindo. Es más grande que lo de Mina Fong y que cualquier atención que pueda acaparar la prensa. Tiene que darme la oportunidad de atraparlo.

Shindo señaló el dormitorio de al lado.

—¿Y conseguir un par más como ella? ¿A eso te refieres? No, Iwata, a la mierda tú y tu labia. Conque tiburones... Pues yo tengo una oficina llena de ellos y están sedientos de trabajo.

—Puedo detenerlo.

Shindo suspiró y se despegó las motas de yeso de los nudillos.

—Si este gilipollas es tan especial, dime un solo motivo para convencerme de que tú puedes con él.

Iwata se pinzó el puente de la nariz. Intentó contener la quemazón de la frente y el revoltijo que sentía en el estómago vacío. Shindo le dio un toque en el hombro con el dedo.

—Uno.

—El asesino trabaja deprisa. —Iwata soltó un hilo de aire trémulo; sabía que estaba contra las cuerdas—. Eso significa que el rastro no se enfriará. Pero también que no nos tiene miedo. Eso es evidente, aunque no deja de ser

una debilidad. Significa que tarde o temprano tendrá un desliz. Shindo, tengo la inteligencia y la rapidez necesarias. Deme una oportunidad.

Shindo se pasó los dedos por la barba de varios días. Estuvo así un buen rato hasta que al final se apoyó en el escritorio y negó con la cabeza.

—Chico, he venido a despedirte.

—Por favor.

—No es nada personal. No hay resentimientos ni lo contrario.

Iwata se sujetó la cabeza entre las manos.

—Lo necesito.

—¿Qué?

—¡Lo necesito! —le gritó.

Shindo observó a su subordinado. Estaba débil y pasándolo mal. Pero continuaba alerta. Exhaló y maldijo al inspector.

—De acuerdo. Sólo voy a decirte una cosa: encuéntralo, Iwata. Encuéntralo. Quiero que me des parte de los avances a diario.

—Gracias —respondió Iwata en voz baja.

—Debo de estar mal de la cabeza.

Shindo se levantó y se sopló los restos de yeso y pintura que aún le quedaban en la mano.

—Escucha una cosa: en el departamento hay gente a quien le incomoda tu... tu manera de abordar las cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Hazme un favor —dijo, y suspiró—: ve con cuidado.

—¿A qué se refiere?

Shindo salió del despacho, e Iwata escuchó el crujido de los peldaños mientras su jefe bajaba la escalera. Oyó que había empezado a llover. Justo delante, algo más arriba, tenía una fotografía de los Ohba de vacaciones en Pompeya. Sonriendo entre las ruinas. Sakai se asomó a la puerta.

—¿Todo bien?

Iwata asintió.

—Bueno, alégrate, que por fin tenemos buenas noticias. —Sakai sonrió de oreja a oreja—. Han encontrado a la chica que buscabas: Asako Ozaki.

EL REMOLINO

La comisaría de Tsukuba-Kita estaba en un tramo solitario de la carretera nacional 125, a la sombra de la montaña. Junto al aparcamiento había una rana azul enorme que hacía de mascota. En el tejado ondeaba la bandera de Japón. De no ser por los coches patrulla de fuera, habría sido fácil confundirlo con un concesionario de segunda mano. Detrás de la comisaría, los arrozales se extendían hacia el horizonte sin más interrupción que alguna torre de alta tensión.

En lo más profundo de las celdas, Kodai Kiyota estaba encogido en un rincón, agarrándose la cabeza con manos como garfios. Tenía la cara larga, de caballo, los pómulos prominentes. Cuando se estremecía, sus dientes grandes y cuadrados quedaban al descubierto. En las sienes, venas como lombrices intentaban salir a la superficie. Kiyota estaba demasiado flaco para un hombre de su constitución.

Era la segunda noche que pasaba en la celda y todavía no le habían dicho el motivo. Se levantó con la respiración entrecortada por el dolor y se cubrió con la manta empapada. Desde los barrotes de la ventana vio el cartel de la carretera.

MONTE TSUKUBA: HIJO PREDILECTO DE IBARAKI

Cerró los ojos y trató de recordar los mitos que su abuelo le contaba de niño.

«Hace miles de años, un dios bajó del cielo y pidió al monte Fuji que le concediera un lugar donde pasar la noche a cambio de su bendición. De gran cima y con forma de cono casi perfecto, el orgulloso monte Fuji rechazó la oferta. Entonces el dios se lo pidió a nuestro monte Tsukuba, que con mucha humildad lo recibió como invitado de honor y le ofreció agua y comida. Hoy en día el monte Fuji es un lugar solitario y yermo, mientras que nuestra

montaña tiene vegetación abundante y cambia de color con las estaciones.»

Kiyota tuvo un arranque violento de vómito que fue a parar al váter. Al oírlo, los agentes de fuera golpearon la puerta con las porras. Cuando acabó, Kiyota reprimió el llanto.

«Te avisamos de que acabarías aquí de nuevo.»

«Nos alegramos de verte después de tanto tiempo.»

«Bienvenido a casa.»

El primer tranvía del día retumbó por las calles de Setagaya. Las panaderías arrojaban una luz cálida sobre los pavimentos anegados. Los paraguas proliferaban como anémonas de mar. Hatanaka esperaba fuera de la comisaría de Setagaya con rostro huraño. Alcanzó a ver su propio reflejo en un charco y apartó la mirada.

—¡Mira quién está aquí! —voceó Iwata.

Hatanaka saludó a los detectives sin levantar la vista del suelo.

—¿Dónde encontraste a la chica? —preguntó Sakai.

—Fuera de la casa de los Kaneshiro —respondió Hatanaka sin alzar la voz—. Estaba pintando las paredes con un spray. Insultos racistas y cosas así.

Iwata y Sakai se miraron.

—¿Llamó alguien a la policía? —quiso saber Iwata.

Hatanaka negó con la cabeza.

—He regresado unas cuantas veces. Me dio por ahí y supongo que tuve suerte.

—¿Dónde está? —preguntó Sakai.

—En el comedor. No quería meterla en el calabozo.

Sakai pasó rozándolo, pero Iwata le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, Hatanaka.

Incluso a esa hora tan temprana, la cantina estaba sumida en un barullo de platos y cubiertos salpicado de risotadas, y en el techo había una nube de humo de tabaco. Agentes a punto de empezar su turno bebían café y leían el periódico. A ninguno le extrañaba que entre ellos hubiera una niña de catorce años.

En un rincón, Asako Ozaki no despegaba la mirada del suelo. Llevaba sombra de ojos de color rosa, lentes de contacto de un verde llamativo, una camiseta de Babymetal que le quedaba varias tallas demasiado grande y calcetines de cuadros escoceses. Las Converse medio destrozadas que calzaba eran el único elemento de su indumentaria que parecía infantil y vulnerable.

Por lo demás, su aspecto rozaba el paroxismo anticursi. Se sentaron cada uno a un costado de la joven, y Sakai dejó un vaso de chocolate con leche en la mesa.

—Asako —dijo, y carraspeó—. Sé que no quieres hablar con nosotros, así que nos quedan dos opciones: podemos ponernos de acuerdo en que la hazaña de anoche fue un caso de delincuencia juvenil y así saldrás de aquí dentro de diez minutos, o podemos llamarlo «delito de odio» que, como ya sabrás, acarrea consecuencias. Depende de ti, pero piénsatelo. Una ultranacionalista muy mona de catorce años profana el hogar de una familia asesinada. Si tiramos por ahí, las cadenas de noticias se te echarán encima. No será divertido. Cualquier secreto que hayas tenido se convertirá en propiedad pública. Créeme, Asako, no quiero tener que provocar eso. Prefiero que hables con nosotros.

Asako Ozaki parpadeó.

—¿Sobre qué?

—Sobre Kodai Kiyota.

La chica se cruzó de brazos.

—«Hablar de una felicidad que no requiere palabras es un asunto arriesgado.»

Iwata soltó un resoplido.

—No vas a impresionarnos citando a Mishima. Si crees que jugar a las casitas con alguien que podría ser tu padre es el paraíso, me parece bien. Pero no vas a protegerlo por no hablar con nosotros. Sólo conseguirás perjudicarte a ti misma.

Sakai lo fulminó con la mirada.

—Lo único que queremos es hablar con él —dijo ella—, para aclarar unas cosas.

Ozaki soltó una risa amarga.

—Claro que sí. Yo no sé nada de familias asesinadas.

—¿De verdad? —Iwata enarcó las cejas—. ¿No conoces a los Kaneshiro?

—Sí, los conozco. ¿Qué pasa?

—No irás a decirme que no atacaste a Tsunemasa Kaneshiro, ¿verdad?

Ozaki lo miró con desprecio.

—Esa puta cucaracha humilló a Kodai, por eso él tuvo que marcharse de Tokio. ¿Creéis que iba a dejar que saliera indemne? Puede que yo no parezca gran cosa, pero ese cerdo zainichi me subestimó. Kodai no tuvo nada que ver.

Iwata negó con la cabeza.

—Disculpa, pero ¿esperas que nos creamos que tú asesinaste a toda una familia?

—¿Quién está hablando de asesinato? Eso sólo lo has dicho tú; yo le di un navajazo, nada más.

—¿Quieres decir que no sabías que han asesinado a la familia Kaneshiro? ¿No lees los periódicos?

Ozaki miró a Sakai.

—No lo sabía. Pensaba que se habían mudado por fin.

—¿Dónde lo agrediste? ¿Cuándo lo hiciste? —la presionó Iwata.

—Fuera de su oficina, hace unas semanas. Parece que eso ya lo sabías.

Sakai intervino.

—Dices que Kiyota se ha ido, pero ¿adónde?

El viraje de Sakai irritó a Iwata.

—A Ibaraki. Sus padres viven cerca del monte Tsukuba. Id a buscarlo, me da igual. Se me han abierto los ojos. Y cuando él se muera, se dará cuenta de que no debería haberse deshecho de mí de esa manera. ¿Sabes qué? Me he dado cuenta de cuál es la única diferencia entre ellos y nosotras. —Ozaki señaló a Iwata con el mentón—. Somos igual de gilipollas, pero ellos pierden menos el tiempo sintiendo lástima de sí mismos. Así que por mí Kodai puede irse a la mierda; espero que se caiga en un pozo. Pero él no mató a nadie, eso sí lo sé.

Al arrodillarse para abrirle las esposas, Sakai se mordió el carrillo para disimular una sonrisa. Mientras la joven se recolocaba las pulseras de plástico para ocultar las marcas rojas, Sakai se puso en pie a su lado.

—Si me has mentado, me cabrearé.

Ozaki sonrió de oreja a oreja.

—Me da la sensación de que más me vale no estar presente si eso ocurre.

—Venga, fuera de aquí. Y basta ya de hacer el tonto.

Asako Ozaki se marchó como si saliese de una clase aburrida y fuera rumbo a otra.

Sakai bebió un sorbo del chocolate que Asako no había tocado.

—Me estás mirando.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Iwata.

—Establecer prioridades.

—Querrás decir sentimentalismo.

—Que te den, Iwata. Nos ha dicho lo que necesitábamos saber.

—Ha admitido que odiaba a nuestras víctimas. Ha admitido que intentó apuñalar al padre. Forma parte de un grupo ultranacionalista. ¿Crees que el único peligro que representa es que hace grafitis?

—Vale: tú ve a decirle a Shindo que tu sospechosa tiene catorce años, y yo voy a buscar a Kiyota.

Iwata renegó entre dientes y se levantó. Siguió a Sakai hasta su automóvil y se sentó en el asiento del copiloto. Sin hacer caso de los silbidos de su compañera, reclinó el respaldo y se quedó dormido en cuestión de segundos.

Después de la oración, Kosuke tiene la tarde libre. Es domingo. Los demás chicos están fuera jugando al ping pong, o en el salón, jugando a cartas por dinero, pero él está en el dormitorio, tumbado en la litera, leyendo. Lleva allí más de dos años.

Kei entra silbando con las manos en los bolsillos.

—¿Quieres ver una cosa?

—¿El qué?

—¿Quieres o no?

Kosuke esconde el libro debajo de la almohada y lo sigue. Al llegar al muro bajo de ladrillo que marca el límite de la propiedad, lo saltan y corren hacia el bosque.

Una vez que encuentran cobijo entre los árboles, están a salvo. Eso es lo que dice Kei, y Kosuke confía en él. Los demás chicos no hablan con Kei, pero a Kosuke no le importa.

Observa a Kei mientras recorre con destreza un tronco caído, brazos en cruz, como un funámbulo.

—¿Por qué no te dejan venir al bosque?

—¿A quién, a mí? —Kei le sonrío por encima del hombro y baja de un salto—. Querrás decir por qué no nos dejan, Iwata.

—Vale, ¿por qué no nos dejan?

—Es por el oso. Al menos eso es lo que dicen.

—¿Un oso?

Kei le muestra los incisivos. Las ramas más finas crujen bajo el peso de la nevada de la noche anterior. La loma está alfombrada de hojas marrones y de piedras. Su aliento blanco deja telarañas a su paso y sus mejillas se han convertido en setas de un rojo brillante. Se oye el rumor de un riachuelo cercano.

—Kei, ¿tú crees que lo del oso es verdad?

—Puede que sí —responde, y levanta un hombro—. Pero si esa puta monja no para de hablar de él, lo hace sólo para que no nos desmadremos.

Llegan a la cima de la colina, donde el descenso hasta la corriente plateada del río es una caída abrupta. A tanta altura, Kosuke siente que se le aflojan las piernas; imagina cuánto le dolería caer allí abajo.

Continúan por el risco, siguiendo el curso del agua. Kei va por delante, provocando avalanchas de hojas muertas que sisean loma abajo. Kosuke sigue sus pasos y huele el perfume que emana el barro. El cielo se oscurece y la llovizna empieza a filtrarse entre las hojas.

—Quizá deberíamos regresar —dice Kosuke en voz alta.

Kei da media vuelta con las manos detrás de la espalda y describe un círculo marchando a grandes zancadas. La imitación del señor Uesugi es burda pero innegable.

—¡El Señor es mi luz y mi revelación! ¿A quién temeré?

Da patadas al aire con expresión demente.

—El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme?

Kosuke se echa a reír y se arranca a dar zancadas en su propio círculo de rectitud.

—Cuando los malvados avanzan contra mí para devorar mis carnes, cuando mis enemigos y adversarios me atacan, son ellos los que tropiezan y caen —aporta Kosuke con júbilo.

Kei se sube a una roca y mira a su alrededor como si el bosque fuera su templo.

—¡No tengamos miedo del oso! Pues aquel que confía en el Señor no podrá ser devorado por un oso pagano.

Kosuke se deja caer contra el tronco de un árbol abrazándose las costillas de la risa.

Nunca había visto a nadie con la altura y la expresión de orgullo de Kei.

Luego se acurrucan bajo un saliente en la roca y esperan en silencio a que deje de llover.

Cuando para, queda muy poco del día.

Continúan por el risco, que se ha estrechado y su amplitud apenas es la mitad que antes.

Kei va agarrándose a las ramas.

En esa zona tan profunda del bosque siempre hace frío y nunca hay mucha

luz.

Kosuke oye un ruido extraño que va aumentando cada vez más: olas rompiendo con un murmullo por debajo.

Glu.

Glu.

Glu.

—¿Kei? —lo llama Kosuke.

Kei no se da la vuelta para mirarlo.

—Ya estamos llegando —responde.

El extremo del risco es muy angosto, tienen el espacio justo para caminar el uno al lado del otro.

Kei se detiene. Señala hacia abajo, y Kosuke mira por encima del hombro.

El ojo del remolino les hace un guiño.

Iwata quiere salir corriendo para no regresar jamás.

Kei lo contempla embelesado.

—A veces —susurra— sueño con él.

Gira.

Y gira.

Y les sonrío.

NARANJA

Iwata y Sakai llegaron a la comisaría de Tsukuba-Kita a las seis de la tarde. El agente que estaba en el mostrador levantó la mirada del manga.

—Shibuya, Primera División —anunció Iwata—. Necesitamos la dirección de los familiares de Kodai Kiyota.

—No hace falta que los molestéis: lo tenemos abajo. Lo arrestamos por causar un altercado en casa de sus padres.

Iwata y Sakai se miraron y en sus rostros se dibujó una sonrisa.

En una minúscula sala subterránea de interrogatorios, Kiyota temblaba con violencia. Perlas grises de sudor se aferraban a la barba de varios días. Estaba esposado. Sakai recorrió la habitación como un jaguar hambriento mientras que Iwata, el guardián cansado del zoo, se sentó ante él y encendió un cigarrillo. Después pulsó el botón de grabar del magnetófono.

—Viernes 25 de febrero de 2011, 18.09 horas. El interrogado es Kodai Kiyota, de cuarenta y cinco años de edad. Sin presencia de su abogado.

A partir de ahí, sólo se oyó el crujido del papel mientras Iwata fumaba. Kiyota estaba encorvado, con la cabeza entre las manos.

—¿Está bien, señor? —preguntó Sakai.

—Bien —gimió apretando los dientes.

—Es que tiene usted pinta de estar hecho una mierda.

—Señor Kiyota. —Iwata le dedicó una sonrisa gélida—. ¿Qué hace en Ibaraki?

—Soy de aquí.

—Pero vive en Tokio.

—He venido a ver a mis padres, a disfrutar del paisaje. ¿Piensa decirme qué cojones pasa?

Sakai dio un puntapié fuerte a una de las patas de la silla de Kiyota, y éste se sobresaltó.

—Como si no lo supiera, el cabrón —resopló ella.

Kiyota se volvió para mirarla con los ojos inyectados en sangre.

Iwata chasqueó los dedos.

—No la mire; míreme a mí.

—¿Qué le pasa a ésta, joder?

—Kiyota, no me hagas repetirlo. Estábamos teniendo una conversación correcta y educada. Háblame de Nippon Kumiai.

Kiyota desdeñó el nombre con un gesto de la mano.

—Ya no estoy con ellos. No valen una mierda.

—¿Por qué?

—Mucho hablar y poco hacer. Hay que acordarlo todo de antemano. Los fondos desaparecen por un agujero negro. Es una puta pérdida de tiempo.

Sakai resopló.

—Lo mismo han dicho ellos de ti. Con el añadido de que eres un puto inútil borracho y un perverso.

Kiyota se puso tenso, pero no contestó.

Iwata carraspeó.

—¿Conoces a Yuko Ohba? ¿A su marido, Terai Ohba?

—No.

—¿Conoces a la familia Kaneshiro?

—Sí, los zainichi. ¿Qué les pasa?

Sakai lanzó la placa a la mesa.

—Léeme lo que dice ahí.

Kiyota abrió la cartera negra.

—Noriko Sakai, ayudante de inspector. ¿Y qué?

—¿Qué dice debajo?

—Departamento de Policía Metropolitana de Tokio.

—Eso es: Departamento de Policía Metropolitana de Tokio. Que da la casualidad de que es un anagrama de «A KIYOTA LE VAN A DAR POR EL CULO».

—Deja que te lo deletree.

Iwata le arrebató la placa y le sacó brillo deprisa con la manga antes de entregársela a la inspectora.

—Significa que podemos presentar cargos de obstrucción a la justicia, cosa que implicaría otros veintitrés días aquí...

—No estoy obstru...

—Eso sin contar los veintiún días que todavía pueden retenerte aquí por

alteración del orden en casa de tus padres. Vamos, que ni siquiera un tipo normal querría algo así. Pero, tú, ¿con esos temblores...?

Kiyota le dio un puntapié a la pata de la mesa.

—¡No estoy obstruyendo una puta mierda! Decídmelo lo que necesitáis.

Sakai se sentó sobre la mesa.

—Venga ya, Kiyota. —Sonrió de oreja a oreja—. Cuéntanoslo.

—¿Que os cuente el qué?

—Los has matado tú, ¿verdad?

Kiyota soltó una carcajada.

—¿A quién? ¿A esa puta familia? Sí, los corté en pedacitos. Encerradme y tirad la llave al río.

Iwata apagó el cigarrillo.

—La noticia de que estén muertos no parece sorprenderte. Pero no tienes pinta de leer el periódico.

—Sois de Homicidios y venís preguntando por ellos. No soy un puto retrasado.

—¿Niegas tener algo que ver con sus asesinatos?

—Claro que lo niego, joder.

Sakai bajó de la mesa de un brinco y empezó a dar vueltas a su alrededor.

—Deja que te cuente una historia, Kiyota. A veces, cuando interrogamos a un mentiroso, le proponemos hacer la prueba del polígrafo. El aparato tiene un aspecto muy oficial, con todos esos cables, el técnico y todo ese rollo. Pero ¿sabes qué delata a los mentirosos?

Kiyota no contestó.

—La mentira que les contamos nosotros. Les decimos que el sudor interfiere con los sensores y les pedimos que vayan a lavarse las manos. Entonces todos corremos a la sala de monitores del sistema de circuito cerrado a echarnos unas risas: el mentiroso abre el grifo, se pone delante del secador y todo eso, ya sabes. Hace mucho teatro. Pero ni que decir tiene que no llega a lavarse las manos. Así que lo que te quiero decir es que, joder, nosotros sabemos distinguir a los que no dicen la verdad. Nos dedicamos a descubrirlos. Y tú apestas a mentira.

Una oleada de odio cruzó el rostro de Kiyota, que se esforzó por controlar la voz.

—No me conocéis.

—¿No?

La sonrisa de Sakai era muy bonita.

—A los diecinueve años te trajeron a esta misma comisaría acusado de delitos menores. Ésa fue la primera de cuatro ocasiones; la última, te acusaron de violación. Cumpliste una condena de ocho años, cosa que me parece un poco severa. Al salir, te mudaste a Tokio y conseguiste buscarte la vida en Shinjuku a pesar de ser un puto paleta de campo. Hiciste un montón de amigos entre las mafias y desapareciste de la faz de la tierra durante toda una década. La siguiente vez que te dejaste ver, llevabas traje y un megáfono en la mano. Te habías dado cuenta de que la política te permitía aprovechar tu talento y también cambiar las cosas. Además, siempre has estado orgulloso de ser nacionalista; ¿por qué no intentar paliar la situación con esos putos extranjeros? Fuiste saltando de grupo en grupo hasta que acabaste en Nippon Kumiai, que, comparado con el resto, es respetable. En la misma época se anunció el proyecto de urbanización de Vivus en Setagaya, y resulta que tú vivías allí con tu mujer. Perdón, con tu ex mujer. El proyecto tendrá un efecto positivo en el comercio local, para el barrio, para Japón. Pero, como siempre, los putos zainichi tenían que tocar las narices: la familia Kaneshiro no quería vender su casa. Nippon Kumiai necesitaba actuar con firmeza, así que te ofreciste para ocuparte del tema. Tu reputación dependía de ello. «El bueno de Kodai Kiyota es de fiar. Él se las arreglará para asustar a esos cabrones y que se marchen de Setagaya.» Sólo que no se amedrentaron. Ni vendieron la propiedad. Hasta el punto de que tú empezaste a parecer un gilipollas. ¿Quién dice que haber pertenecido a la yakuza cuenta? Las cosas se pusieron feas en Nippon Kumiai y en casa, ¿verdad? Fue muy vergonzoso. Sobre todo cuando tu mujer se enteró de que estabas follándote a una adolescente. ¿Me equivoco?

Kiyota se volvió hacia Iwata.

—No tengo por qué escuchar todo esto.

—Quizá ése fue el momento en que decidiste tomarte la justicia por tu cuenta. Sólo que ese cabrón tan testarudo no te hizo ni caso. A lo mejor fue entonces cuando toda tu impotencia y tu frustración pudieron más que tú y asesinaste al tipo, sólo porque quería defender su hogar, y a su familia; el puto ciudadano modélico.

Kiyota movió la cabeza con incredulidad.

—Está loca, joder.

Iwata dio unos golpecitos en la mesa para llamarles la atención, como un

director de orquesta.

—Kiyota, ¿conocías al señor Terai Ohba y a la señora Yuko Ohba?

—¡Ya he dicho que no!

Iwata sacó del bolsillo interior de la chaqueta un recorte viejo del periódico local.

JOVEN RESIDENTE CONDENADO POR VIOLACIÓN

A un lado del artículo había una fotografía granulosa del juez Terai Ohba. Iwata se inclinó hacia delante.

—¿Verdad que ahora sí te acuerdas de él?

—No recordaba el nombre del juez, ya ves. No podéis retenerme aquí sin... Sakai le dio otro puntapié a la silla, y Kiyota se sobresaltó.

—¡Basta!

—Pararé cuando hables.

—¿Qué queréis saber?

—Ocho años por violación. Supongo que te pareció un poco exagerado. Muy exagerado. Una condena como ésa puede cambiar a un hombre.

Kiyota estaba a punto de echarse a llorar de la rabia.

—¿De qué va esta mierda, tío? ¿Qué tiene que ver?

—Todo, querido. Porque a lo mejor, cuando ya te habías despachado a gusto con los Kaneshiro, te pusiste a pensar en lo distinto que habría sido todo si hubieras tenido un trato más justo desde el principio. Y llegados a este punto, ¿qué tienes que perder? Se te ocurre que podrías vengarte, hacer tu propio juicio. Pero entonces te das cuenta de que has esperado demasiado y el viejo cabrón ya está muerto. Sólo queda la anciana viuda. Y estás muy cabreado. Al fin y al cabo, has ido hasta allí y piensas vengarte. La venganza es lo único que te quedaba, ¿verdad, Kiyota?

—Y una mierda.

—Asesinaste a los miembros de la familia Kaneshiro. Disfrutaste matándolos. Entonces, libre de toda inhibición, viajaste hasta la bahía de Sagami y asesinaste a la señora Ohba. Un puto violador, un pederasta y un gánster. Y para rematar, asesino. Por eso has acabado aquí; por eso has vuelto a tus orígenes, a beber hasta perder el conocimiento. Por eso has regresado a la casilla de salida. Porque no te queda nada ni tienes adónde ir. ¿No es ésa la verdad?

Kiyota se secó una lágrima sucia de resentimiento con el hombro. Le

temblaban los labios de la rabia. Iwata miró a Sakai un instante.

—Como ves, Kiyota, no tenías razón. —Al acabar la frase, se apoyó en la pared—. Sí que te conozco. Y he tardado exactamente dos minutos en comprender el puto desastre que es tu despreciable vida.

Iwata habló en voz baja.

—¿Dónde estabas la noche del 14 al 15 de febrero?

Kiyota alzó la mirada.

—¡Me alegro! ¡Me alegro de que estén muertos, joder!

Forcejeó con las esposas y escupió al suelo.

—¿Los mataste tú?

—¡No he matado a nadie!

—Entonces ¿a qué viene la celebración, Kiyota? —preguntó Sakai con una sonrisa burlona.

—Porque estoy muriéndome, ¿vale? Estoy muriéndome, hija de puta.

Ella miró a Iwata, y Kiyota se dio cuenta.

—Llamad a mi oncólogo, a ver si es mentira o no.

Se volvió hacia Iwata.

—Hazme un favor cuando encuentres a quienquiera que haya cometido los asesinatos: asegúrate de que alguien le da unas palmaditas en la espalda de mi parte.

Iwata detuvo la grabación, y Sakai parpadeó como si acabase de salir de un estado hipnótico.

Llamó al guardia para que abriese la puerta. Él abrió, soltó las esposas que encadenaban a Kiyota a la mesa y se lo llevó.

Se había hecho de noche. Las nubes frías de lluvia habían envuelto la montaña, que parecía un Saturno lúgubre. De vez en cuando, un coche iluminaba la larga carretera, una mano protegiendo la llama de una vela en un pasillo interminable.

«La belleza no reside en los objetos, sino en el juego de luces y sombras que éstos crean.»

Iwata y Sakai estaban sentados a la barra de un solitario restaurante de *ramen*, enfrente de la comisaría de Tsukuba-Kita. Encorvados sobre el cuenco, sorbían *soba* en silencio. La camarera les rellenó los vasos de plástico con té verde y continuó viendo un concurso a pesar del parpadeo del televisor. Iwata se acabó el caldo y miró a su alrededor. No vio más que policías y conductores; todos solos, todos de paso y ninguno por decisión

propia.

—Por un momento —dijo Iwata— casi me convences.

—Muchas de las cosas que he dicho encajan —respondió Sakai, y apartó el cuenco—. Y otras muchas no. No hay pruebas que ubiquen a Kiyota en ninguno de los escenarios del crimen. Y además es diestro.

—Tiene el físico necesario para perpetrar los asesinatos y no sería la primera vez que comete actos de violencia. Aún cabe la posibilidad de hallar pistas en los escenarios. Mientras tanto, llamaré al oncólogo para confirmar la historia. Podría habérselo inventado.

Sakai pagó, guardó el recibo y se marcharon. Cruzaron deprisa la carretera en dirección al aparcamiento de la comisaría.

—Tienes que lavarlo —sugirió Sakai al ponerse al volante del Isuzu—. De hecho, tienes que comprarte un coche nuevo. Éste es una mierda, Iwata.

—Pero si es un clásico...

—Eso no es más que otra manera de decir que te aferras al pasado.

Él miró por la ventanilla y observó cómo se alejaban las montañas hasta que éstas adquirieron un aspecto lacado.

Hoy Kosuke cumple trece años. Está sentado en el banco de la entrada con su mejor atuendo y no aparta la mirada de la montaña. Su madre ha llamado por teléfono y quiere llevarlo a pasar el día fuera.

—¿Tienes ganas de verme?

—Sí.

—Por tu voz no lo parece.

—Tengo ganas.

—Ha pasado mucho tiempo. Si te sientes extraño, lo entiendo.

—¿Dónde vives?

—Ya hablaremos de eso. Tu nuevo padre también vendrá. Es un hombre maravilloso, muy respetado. Es estadounidense.

—¿Estadounidense?

—Debes ponerte elegante, Kosuke. ¿Me oyes?

Tiene mariposas en el estómago, pero debajo gira una espiral de miedo.

Hace un día precioso y el polen flota sobre los campos como si fueran hadas. Hasta ahora, Kosuke no ha hecho caso de los días de visitas; sus compañeros tampoco, porque siempre acaban igual: el niño llorando desconsolado, el adulto saliendo despavorido y Uesugi persiguiéndolo con una protesta en la boca. En el orfanato Sakuza, nadie piensa en el «antes».

Estás aquí ahora y ya está.

Una piedra se estrella contra la pared detrás de Kosuke, y él alza la vista. Kei está haciendo equilibrios con los brazos en cruz sobre la tapia del orfanato como si caminase por la cuerda floja.

—Quería verlo con mis propios ojos —dice, y señala a Kosuke, que lleva un traje que no le queda bien.

Kei se tambalea, recobra el equilibrio y baja de un salto. Se sienta junto a Kosuke, parte una naranja y le entrega una de las mitades.

—¿Cómo te has librado de ir a clase?

Kosuke farfulla las palabras al tiempo que mastica. Un hilillo de zumo le recorre la barbilla. Kei entorna los ojos por la luz del sol. Traga, sonrío y se encoge de hombros.

—¿Cómo es tu madre? —le pregunta.

Kosuke se lame los dedos y toquetea la cáscara de la fruta.

—Diría que es normal. Pero también es verdad que dejó a su hijo en una estación de autobuses.

Kei sonrío y lanza la piel.

—Yo también te habría abandonado.

Observan el avance de las nubes, cómo éstas se despliegan y se disgregan en el panorama azul que contemplan. Las moscas despegan y aterrizan sobre las palas rojas de ping pong que hay sobre la mesa.

—¿Y la tuya? —pregunta Kosuke.

—Murió. Conservo algún recuerdo, pero no los distingo, ¿sabes? Son como fotos. Creo que era agradable.

Kosuke no sabe qué decir, así que mira el reloj. Su madre llega una hora tarde.

—¿Qué te ha dicho Uesugi? —pregunta Kei mientras balancea el zapato en la punta del dedo gordo.

—No mucho.

—Bueno, si te lleva a la ciudad, más te vale que compartas el contrabando, gilipollas.

Kei se levanta.

Kosuke asiente con la cabeza y continúa mirando la carretera. Quiere ver a su madre antes de que ella lo vea a él.

—¡Vendrá! —grita Kei antes de desaparecer hacia el interior del orfanato.

Sopla el viento.

Horas después, la hermana Mary Josephine llama a Kosuke para que entre y lo envuelve en sus brazos. No deja de decirle que no se preocupe, que, naturalmente, habrá una explicación razonable. Pero Kosuke no muestra ninguna emoción.

Ella lo lleva a la iglesia y le pide que recite el salmo 27. Él se arrodilla y las palabras le salen de la boca sin esfuerzo.

—El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme? Cuando los malvados avanzan contra mí para devorar mis carnes, cuando mis enemigos y adversarios me atacan, son ellos los que tropiezan y caen. Aun cuando un ejército me asedie, no temerá mi corazón; aun cuando una guerra estalle contra mí, yo mantendré la confianza. Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá en sus brazos. Guíame, Señor, por tu camino; dirígeme por la senda de la rectitud, a causa de los que me acechan. No me entregues al capricho de mis adversarios, pues contra mí se levantan falsos testigos que respiran violencia. Pon tu esperanza en el Señor; ten valor; cobra ánimo; ¡pon tu esperanza en el Señor!

La monja le posa la mano en la coronilla.

—Muy bien —dice con afecto—. En el futuro, estas palabras te permitirán continuar.

Kosuke tiene la certeza total de que esas palabras no significan nada en absoluto.

MANCHA NEGRA

Iwata, de pie junto a su ventana, tomaba café mirando a la calle. La noche había caído en Motoyoyogicho como un borracho dando traspiés. Los israelíes vendían relojes falsificados. Una prostituta miraba la hora como si esperase a alguien en particular. Los únicos que caminaban con prisas eran los ejecutivos más desesperados, aquellos que habían perdido el último tren. Iwata los observaba mover los labios, farfullar excusas entre dientes, como poniendo a prueba su autenticidad.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Se volvió, miró el espacio donde antes habían estado apiladas las cajas de cartón y llevó la taza al fregadero. Se alegraba de haberlas sacado de allí. El zumbido del frigorífico en la oscuridad le recordó a un monje en su santuario.

«Contigo soy feliz.»

Tratando de no despertar al dragón de sus heridas, se quitó la ropa que le había comprado Sakai y la imaginó buscando entre los expositores de la tienda, calculando cuál sería su talla. ¿Era un gesto de afecto? ¿De atracción? ¿Mero sentido práctico? Sabía que Sakai era una mujer de las que amaban con acciones, no con palabras. Si ella quería a un hombre, Iwata no dudaba que lo llevaría a término de manera pragmática e impersonal. Pensó en su belleza, una composición sencilla hecha de líneas suaves y de otras brutales. Se preguntó si a ella su atractivo le había supuesto un inconveniente a lo largo de la vida, o si era algo con lo que había aprendido a convivir y, con el tiempo, a aprovechar. Se preguntó también qué la había transformado en lo que era. Entreveía una rabia enterrada que parecía ser lo que le daba fuerzas. Le proporcionaba convicción y la convertía en alguien dispuesto a sufrir y a causar sufrimiento con tal de conseguir sus objetivos. Él había visto desbordarse esa rabia y, hasta cierto punto, lo había asustado. Jamás averiguaría qué la hacía ser como era; tampoco lo necesitaba.

«Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

Se quitó el calzado y los pantalones. Lanzó la chaqueta a la silla del rincón, y ésta quedó colgando de un extremo del respaldo. Se dejó caer en el futón y estiró los brazos y las piernas uno a uno. Ni se había planteado hacer abdominales, pero era consciente de que el dolor se había vuelto soportable. Sólo necesitaba dormir.

Cerró los ojos y oyó un ruido sordo y suave.

En la periferia de sus sentidos alcanzó a darse cuenta de qué lo había causado. Entonces se obligó a levantarse: la chaqueta había caído al suelo. Rebuscó en los bolsillos y sacó la piedra de ámbar. Se desplomó de nuevo en la cama y la sostuvo entre el índice y el pulgar, dándole vueltas. En la oscuridad no se distinguía el color. Imaginó el sol negro de la pared girando, siseando. Pensó en el coche envuelto en la niebla, que se había tragado las luces rojas de freno y las había hecho desaparecer. Encerró el ámbar entre los dedos.

—Voy a por ti.

A la mañana siguiente, Iwata examinó con atención sus lesiones. Tenía los cortes inflamados, la nariz hinchada y debajo del ojo izquierdo le había salido un cardenal de color verde. Le dolía todo, pero se encontraba más o menos en condiciones.

Se limpió la sangre seca como pudo y reemplazó los vendajes de forma aceptable. Se vio las canas con mayor claridad. Descubrió que tenía la piel de los nudillos levantada y llena de cortes, aunque no recordaba el motivo.

Mientras se cepillaba los dientes, alguien llamó a la puerta. Se oyó una voz sorda que provenía de fuera.

—¡Inspector!

Iwata esperó un momento. Le sonó el móvil y dejó que el buzón de voz respondiese la llamada.

Inspector Iwata, ¿está en casa? Soy el inspector Yoji Yamada, de la división de Cultos y Grupos Religiosos. Estoy delante de su puerta.

A pesar de que hablaba con voz alegre, era evidente que se sentía incómodo.

Lo llamo porque ha llegado a mis manos una copia del expediente sobre el asesino del Sol Negro. —Suspiró—. Me gustaría ofrecerle mi ayuda, por si el caso tiene algún aspecto relacionado con sectas o con características ritualistas. Creo que puedo ofrecerle información relevante. Me encontrará

en el sótano de la comisaría central de Tokio, o llamando a este número. Que pase un buen día.

Una tarjeta de visita se deslizó por debajo de la puerta. El mensaje terminó, e Iwata oyó unos pasos que se alejaban.

—Ayuda —repitió—. Claro que sí.

Borró el mensaje, tiró la tarjeta y llamó a su compañera.

—Sakai, soy yo. Acaba de venir a la puerta de mi casa un tipo llamado Yamada que dice que es de la división de Cultos. ¿Lo conoces?

—Sí, claro. Es la oveja negra de la comisaría.

—¿Crees que podría estar relacionado con Moroto y los demás?

—Es muy improbable, es inofensivo. Si te digo la verdad, siempre le he tenido un poco de cariño.

—No sabía que eras capaz de sentir cariño, Sakai.

—No hay mucha gente que lo merezca.

—*Touché*. Bueno, quiero que continúes buscando vínculos entre los Ohba y los Kaneshiro.

—Supongo que eso significa que mi teoría de la venganza de Kiyota no te convence.

—Terai Ohba condenó a miles de hombres mientras ejercía, y Kiyota no me parece el típico que busque venganza. Cometió un delito, cumplió condena y al salir empezó una nueva vida. ¿Qué sentido tendría vengarse al cabo de tanto tiempo? Por no mencionar un pequeño detalle: no tenemos el menor indicio de pruebas contra él.

—Pues me esperan las emociones trepidantes del mundo de los archivos públicos —suspiró—. ¿Adónde irás tú?

Levantó la piedra de ámbar para atrapar la luz matutina y la olió con cuidado.

—Voy a hacer caso a mi olfato.

Iwata se puso unos vaqueros, un jersey gris y una chaqueta de ante. En la cocina, revolvió el contenido de un cajón hasta dar con una libreta vieja de direcciones.

—Vamos a ver.

Encontró la página que buscaba y dio unos golpecitos con el dedo sobre la letra pequeña e inclinada de Cleo.

Iwata arrancó la dirección, cogió las llaves y salió del apartamento. Una vez al volante del Isuzu, probó a pisar los pedales: el dolor era tolerable.

El trayecto en coche hasta Aoyama duraba tan sólo diez minutos, pero el tráfico de la mañana tenía pereza y poca prisa. En el tapiz de nubes bajas que abarcaba todo el horizonte se habían abierto huecos, e Iwata alcanzó a ver pedazos de cielo azul por primera vez desde hacía demasiado tiempo.

A las nueve y diez de la mañana, estacionó en un pequeño aparcamiento que había en una esquina. Un discreto cartel de madera anunciaba INCIENSOS HYUGA desde una puerta pequeña. La cubierta del edificio era de aquellas tejas vidriadas de color azul de las que quedaban tan pocas en Tokio. En el interior, todas las estanterías de madera contenían pequeños ornamentos o plantas, y el mostrador de cristal estaba lleno de cajas de incienso de colores llamativos. Textos caligrafiados enmarcados y acuarelas de paisajes tradicionales japoneses decoraban las paredes. Un gato de la suerte movía el brazo sonriente y a un ritmo constante. Iwata percibió un perfume delicado y arbóreo en el aire.

—¿Puedo ayudarlo, caballero?

Iwata le enseñó la placa a la joven que le había hablado desde el mostrador. Conocía a varios policías que disfrutaban con esa irrupción repentina en la vida de la gente común, con el revuelo que provocaba esa manifestación de un propósito más importante. Pero él no era así.

—Policía. ¿Está el señor Hyuga?

—Un momento, por favor.

La chica cogió el teléfono y anunció su llegada.

—Pase, por favor.

Iwata entró en un despacho de dimensiones sorprendentes, un zoológico de fragancias suspendidas en el aire. Sentado detrás del escritorio, lo miró un anciano delicado de ojos brillantes. El bigote blanco y desigual se curvó con la sonrisa. Iwata mostró la placa de nuevo, y cuando Hyuga se lo ofreció, tomó asiento delante de él.

—Señor Hyuga, soy el inspector Iwata, de Homicidios, comisaría de Shibuya. Necesito que me ayude.

—Haré lo que esté en mi mano.

Iwata sacó el pedazo de ámbar y lo deslizó sobre la mesa como una pieza de ajedrez.

—¿Le importa? —preguntó Hyuga.

Se colocó unas gafas viejas sobre la nariz, encendió la lámpara y entornó los ojos dejando que la luz empapase las entrañas resinosas de la muestra. Estudió la piedra durante unos segundos y asintió.

—Supongo que pertenece a alguna investigación.

—Correcto.

—Vaya, vaya... Llevo más de cincuenta años en este negocio, pero es la primera vez que lo veo.

—¿Es ámbar?

—No, es copal. Y del barato. La variedad más cara tiene un color blanco lechoso. A veces lo llaman «incienso mexicano» o «ámbar joven», pero es fácil distinguirlos gracias al color más claro y cetrino del ámbar. Además, con una gota de cloroformo o de acetona, la superficie se vuelve pegajosa.

—Continúe, por favor.

—Verá: es una resina vegetal que utilizaban las culturas precolombinas y mesoamericanas. Más adelante se usó a modo de barniz, y era muy efectivo; vagones de tren occidentales, retratos caros y cosas así.

—¿Dónde se encuentra?

—En Japón, para empezar. Pero también en Nueva Zelanda, Centroamérica, África oriental, Sudamérica... Estoy seguro de que lo hay en más lugares.

—Señor Hyuga, en los escenarios del crimen se percibía un olor acre y terroso. ¿Cree usted que podría ser el resultado de quemar copal?

—Inspector, si usted ha olido copal, es difícil que lo confunda con otra cosa. No cabe duda de que lo que describe parece la misma sustancia. Puedo demostrárselo si lo desea, pero la llama destruirá la muestra.

—Adelante, por favor. Me será de ayuda.

Hyuga colocó el copal en un quemador, sobre unas pastillas de carbón mezcladas con arena. Al contacto con la llama, el pedazo se ablandó, se gelificó y acabó convirtiéndose en una baba dorada y translúcida. En cuestión de segundos, reconoció el aroma del asesino del Sol Negro.

—Gracias, señor Hyuga. ¿En cuántos sitios cree que se puede comprar copal en Japón?

El anciano apagó la llama y se encogió de hombros.

—En un puñado. Supongo que en no más de tres o cuatro. Es obvio que también está internet, pero le adelanto que no es un artículo con mucha demanda en este país. El olor es demasiado intenso para el olfato japonés.

Se rió.

—¿Alguna vez lo ha tenido usted a la venta?

—Eso creo, pero hace muchos años.

—¿Lleva un registro de compradores al por mayor, de clientes habituales, etcétera?

—Lo siento, pero no.

Iwata se levantó y le ofreció la mano. Hyuga se la estrechó con una firmeza sorprendente.

—¿Nos hemos visto en alguna parte, inspector? Me da la impresión de que lo conozco de algo.

—Mi esposa tenía una cuenta en su tienda.

—Ah. —Hyuga se rió con la satisfacción de haber resuelto el misterio—. Es estadounidense, ¿verdad? Si no recuerdo mal, venía desde Chōshi.

—Eso es.

—Habla japonés de maravilla. ¿Está bien?

—Sí, gracias. Le daré recuerdos de su parte.

—Sus pedidos siempre estaban muy bien hechos. Y era una delicia conversar con ella.

—Gracias por su ayuda, señor Hyuga.

Se estrecharon la mano de nuevo y el anciano se dio un golpecito en la cabeza.

—Acabo de acordarme de una cosa. Había un caballero que a veces venía a buscar copal. Sí, eso es. Me encontraba con él en las ferias y en las convenciones. Según me dijo, estaba especializado en las culturas antiguas de Sudamérica. O en algo por el estilo.

—¿Sabe cómo se llama?

Hyuga estiró el dedo índice, buscó en los cajones del escritorio y al final levantó la cabeza con una tarjeta de visita en la mano.

—Quédesela. Mis tiempos de buscar contactos ya pasaron.

—Gracias.

—¿Me permite un consejo, inspector? —preguntó, y sonrió—. Déjese llevar por el olfato, la nariz no miente.

Fuera hacía una mañana luminosa, pero el viento estaba a punto de hacerla mudar. Iwata se subió al coche y olió el aroma de copal que le quedaba en los dedos mientras echaba un vistazo a la tarjeta que le había dado Hyuga. Contuvo la respiración. Reconocía el nombre; lo conocía de oídas.

Salió derrapando del aparcamiento y marcó el número de Sakai con el estómago atenazado por los nervios y la excitación.

—Sakai, necesito que vayas a ver a los de vigilancia. Tenemos que echarle el ojo a alguien.

—¿Y ese alguien tiene nombre?

Iwata miró la tarjeta de nuevo. El texto en negro era simple, la fuente elegante.

PROFESOR YOHEI IGARASHI
CONSERVADOR
EXPERTO EN CIVILIZACIONES ANTIGUAS

Iwata se aproximó al parque Ueno desde el sur por Chuo-dori. Dejó el coche en un aparcamiento subterráneo enfrente del estanque Shinobazu e intentó contener el instinto que le decía que estaba acorralando al asesino.

Un asesino que no había dejado ninguna pista. Un asesino que sabía en qué se fijaría la policía. Un asesino que tenía cubiertos todos los escenarios posibles. Pero no había hombre tan listo como para contrarrestar la mera suerte.

Aun así, Iwata tuvo que reprimir su certeza. No podía permitirse transmitírsela a Igarashi; no quería alterar las costumbres del profesor. Su visita tenía que parecer una entrevista rutinaria para recabar información; Igarashi, poco más que otro ciudadano que tachar de la lista. Sin embargo, Iwata pensaba hacerse con la rutina de Igarashi. Como si fueran las frases de un guión que un actor debe memorizar, el inspector estudiaría su existencia de forma minuciosa buscando fallos. Si el profesor era el asesino, no le quedaba esperanza alguna: su oportunidad de salir indemne había sido su anonimato. Pero una vez que Iwata husmeaba el rastro, no cejaba en su empeño.

Le vibró el teléfono.

—Dame buenas noticias, Sakai.

—Todavía no tengo nada que relacione a los Kaneshiro con los Ohba, pero un par de agentes de civil están apostados ya delante de casa de Igarashi y un par más van de camino al museo. Nos han concedido cuatro días. He contactado con el departamento legal y están con los registros telefónicos y el extracto bancario. Deberíamos tener la información esta noche. Pero, sin pruebas contra él ni una acusación formal, no podemos aspirar a mucho más.

—Eres una *crack*.

—Estás pensando en la nota que había en el calendario de Kaneshiro, ¿verdad? «Reunión con I.» Igarashi.

—Sí, se me ha pasado por la cabeza.

—¿Necesitas que me acerque?

—No, no te preocupes.

—Iwata, no soy una puta secretaria. Sabes que puedo ayudarte.

—Mira, estoy a punto de entrar. Te llamo cuando salga.

—Espero que no te equivoques con ese hombre. No nos queda mucho tiempo.

Iwata colgó y cerró el Isuzu. En la esquina noreste del parque Ueno, el Museo Nacional de Tokio se alzaba sobre una hilera de árboles como una gran arca. Los autocares de turistas avanzaban a empujones por la calle que daba al museo, barcas de arrastre tratando de vender la pesca. Fue directo al inicio de la cola y le mostró la placa al guardia de la garita de seguridad. Sin hacer caso de su reflejo en el estanque gris que había delante del museo, se apresuró hacia la entrada.

El vestíbulo estaba tallado en mármol de color crema y en el centro había una escalinata ancha que se bifurcaba en la parte superior. Se dirigió a la izquierda y en lugar de guardar cola, fue directo al mostrador de información. El joven que atendía estuvo a punto de protestar, pero Iwata le enseñó la identificación como si nada y preguntó por el profesor Igarashi. El joven asintió y cogió el teléfono, pero Iwata se lo impidió con una sonrisa vaga.

—De hecho, somos viejos amigos. Preferiría darle una sorpresa.

El hombre le imprimió un pase y le dio indicaciones para llegar a la galería azteca y maya de la tercera planta, donde había una exposición temporal.

Iwata no se fijó en los tesoros nacionales, en el arte greco-budista ni en las civilizaciones perdidas siglos atrás. Ese día estaba buscando a una persona viva. Buscaba a un hombre alto de constitución robusta que calzaba zapatos de veintiocho centímetros de largo y podría ser zurdo. Y le daba la sensación de que era el mismo que había visto propinando una lluvia de golpes a su oponente en la Universidad de Kioto.

Llegó a una puerta donde se leía una única palabra:

CONSERVADOR

Debajo alguien había pegado la tarjeta de visita de Igarashi. Iwata se

preparó y repasó mentalmente una sucesión de imágenes: los hijos de la familia Kaneshiro en las mesas de autopsia, las piernas pálidas de la viuda, el sol negro en los dormitorios en penumbra. Eran ondas de radio embrolladas.

«Tienen que proceder de este despacho.»

Iwata llamó una vez con los nudillos y giró el pomo, pero éste no se movió. Oyó pisadas fuertes. De pronto la puerta se abrió de golpe e Igarashi miró a Iwata desde las alturas.

—¿Quién es usted?

Iwata alzó la placa y se fijó en si reaccionaba con algún tic o gesto facial. Igarashi mostró sorpresa, tal vez interés incluso, pero el inspector no detectó miedo. Tenía los ojos muy separados y la nariz larga, pero su rostro era bastante agradable. Lucía un corte de longitud media y hacía muy poco que había pasado por la peluquería. Las pestañas gruesas conferían a su expresión una dulzura en la que Iwata no confiaba. Notó el olor sutil de su loción de afeitado. Llevaba limón, quizá. Piel de cítrico. Especias. Era opulenta.

—¿Es usted el profesor Yohei Igarashi?

Los labios del hombre esbozaron una sonrisa desconcertada.

—Correcto.

—¿Me permite pasar?

Igarashi se hizo a un lado y ofreció a Iwata asiento en los sofás del rincón. Era un despacho amplio y luminoso, con las paredes forradas de libros. Una ventana grande enmarcaba el parque Ueno. Sobre el elegante escritorio blanco había pilas ordenadas de documentos, un diccionario español-japonés y fotografías de Igarashi en alguna jungla del mundo. Debajo de la mesa, una maleta abierta contenía ropa bien doblada y carpetas de plástico.

—Tiene usted un despacho muy agradable —observó Iwata—. Mucho mejor que la mesa que ocupó yo en Shibuya.

Igarashi se rió, al parecer sin reaccionar a la mención de la comisaría.

—Le ofrecería un té, pero siento decirle que tengo algo de prisa. Le pido disculpas.

Señaló la maleta con la cabeza.

—No se preocupe, no tardaremos mucho.

—Sí, por supuesto. Me alegra poder ayudar. Inspector, ¿nos conocemos de algo?

—De la Universidad de Kioto, si no me equivoco. Estuve allí hace poco, visitando a un viejo amigo.

Igarashi sonrió de oreja a oreja.

—Eso es, lo vi paseando con David.

—De hecho, yo también lo vi a usted. Estaba entrenando, boxeo. Menudo gancho de izquierda tiene debajo de todo ese *tweed*, profesor.

Igarashi desestimó el cumplido con un gesto de la mano.

—Mucho más débil que el derecho.

Iwata sacó el cuaderno, aunque no pensaba anotar gran cosa. Igarashi posó la mirada en la portada un instante.

—¿Así que no es zurdo?

—No. —Igarashi se rió—. Me sorprende que no le haya resultado obvio.

Iwata imitó la risa, pero se fijó en la tensión del rostro de su interlocutor. A simple vista no se adivinaba la fuerza bruta que escondía el traje de corte inglés.

—En absoluto.

—Es muy amable. ¿Qué me dice de usted, inspector? ¿También boxea?

—No desde que salí de la academia.

—¿Y todo eso?

Igarashi le señaló el ojo morado y las heridas de los nudillos.

—Trabajo.

Intercambiaron una sonrisa y por la ventana se coló el canto de un pájaro.

—Profesor, tengo algunas preguntas y no quiero robarle demasiado tiempo.

—Discúlpeme, me he ido por las ramas ¿En qué puedo ayudarlo?

—Copal —respondió Iwata de forma repentina.

Igarashi lo miró a los ojos y el inspector los estudió. Eran grandes y de aspecto inteligente. No obstante, hasta entonces Iwata sólo había detectado curiosidad, pero no engaño.

—¿Copal?

—Eso es, profesor. Estaba indagando sobre la sustancia y me han dado su nombre.

—Yo solía quemar copal para dar cierta autenticidad a las exposiciones, pero creo que los visitantes no prestaban mucha atención. No más allá de preguntarse qué era ese olor extraño, claro.

—Voy a ser sincero con usted: estoy investigando una serie de asesinatos en cuyos escenarios se ha quemado copal.

Igarashi tensó los labios. Iwata continuó.

—A las víctimas les extirparon el corazón. Se hallaron restos de sangre de pavo. Las lesiones las provocó una cuchilla increíblemente afilada. Esperaba que usted pudiera informarme sobre el uso del copal.

Igarashi miró un instante por la ventana y torció el gesto con incomodidad. Sus ojos se convirtieron en un par de pozas oscuras. Enseñó los dientes.

—¿Está bien, profesor?

Igarashi dejó pasar unos segundos y asintió con la cabeza.

—Sí, muy bien. Disculpe, es que tengo problemas digestivos, eso es todo. Pero vamos a ver: el copal. Se usaba sobre todo en las civilizaciones mexicanas y precolombinas para purificar. A veces lo usaban como remedio, o para conseguir que una ofrenda fuese apta para el sacrificio.

—¿Para un sacrificio?

—Lo que usted ha descrito recuerda a un sacrificio, aunque algo burdo. La sangre de pavo, los corazones, el copal: todo eso suena a una imitación de los sacrificios humanos de las antiguas civilizaciones precolombinas.

—¿Qué motivo puede tener alguien para hacer eso?

—¿Hoy en día? Ni idea. Sin embargo, en un contexto histórico, los sacrificios humanos estuvieron extendidos durante una época muy larga. En general se hacían como tributo a los dioses, para evitar plagas y desastres naturales. También sacrificaban animales y, cómo no, se hacían sangrías.

—Es decir, que se trataba de una especie de expiación.

—Sí, podría llamarse así. La leyenda azteca de los cinco soles dice que los dioses se sacrificaron para que la humanidad viviese; así que, hasta cierto punto, la vida sólo puede existir alimentada por la muerte. Entre los pueblos de Mesoamérica existía la creencia generalizada de que el universo se sostiene mediante un gran sacrificio continuo. Todo es *tonacayotl*: una especie de encarnación espiritual en la tierra. Y la tierra, las cosechas, la luna, las estrellas y todas las personas, es decir, todo, fue engendrado a partir del sacrificio de los dioses. La misma humanidad es *macehualli*: «Los que merecían regresar a la vida gracias a la penitencia.»

—Así que vivían para satisfacer la deuda, ¿no?

—Resumiendo, sí. Era habitual que se usase como metáfora para el sacrificio humano. La víctima del sacrificio era alguien que ofrecía un servicio.

—¿Y si no se pagaba la deuda?

—El sol se volvería negro y llegaría el fin del mundo. Pero no estoy seguro

de que esto sea relevante para su investigación, inspec...

—Tiene gracia que lo diga. —Iwata abrió la bolsa y sacó las fotografías del sol negro del escenario del crimen—. Porque al parecer sí es relevante.

Igarashi observó los símbolos con los ojos entrecerrados.

—Vaya, un sol negro. O es posible que sea alguna clase de eclipse.

—Los dibujó el autor de los asesinatos.

—Qué extraño. —Igarashi miró la hora—. Inspector, debo irme ya si no quiero perder el vuelo.

—Sí, claro. ¿Va a algún lugar exótico?

—A Pekín. Tengo una serie de charlas, pero sólo estaré fuera unos días. Cuando regrese, seguro que podemos vernos de nuevo para continuar hablando del tema.

—Se lo agradecería mucho. ¿Piensa ir en coche al aeropuerto?

—He pedido un taxi.

—Lo acompaño.

Igarashi cerró la maleta y salió del despacho con Iwata. Atravesaron el museo juntos, caminando el uno al lado del otro, esquivando grupos de alumnos y de turistas.

—Profesor, ¿podría decirme qué tipo de cuchillo se usaba en estos rituales?

—Solían usar cuchillos con una hoja de obsidiana.

—¿Obsidiana?

—El corte es de una precisión increíble. De hecho, hoy en día hay cirujanos que han empezado a usar bisturíes de ese material. A falta de una palabra mejor, su afilado es perfecto.

Iwata le dio vueltas a la idea.

—¿No le parece que es demasiado sofisticado para una cultura tan primitiva?

La expresión de Igarashi se ensombreció un instante y le brillaron los ojos como en señal de algo malo.

—Las culturas mesoamericanas no eran primitivas, inspector. —Carraspeó y recuperó la ligereza de ánimo—. A decir verdad, en muchos aspectos estaban muy avanzadas. Con todo, la metalurgia no era uno de sus fuertes, más que nada por la abundancia de obsidiana en todo el territorio mexicano y guatemalteco. La usaban en muchos aspectos de la vida diaria: como herramienta, en la guerra, para decorar...

—Y para arrancar corazones.

Igarashi le dedicó una sonrisa amplia.

—Eso también.

Se detuvieron al llegar a la escalinata de mármol del vestíbulo.

—Profesor, ¿cree que es posible que el asesino se haya fabricado un cuchillo de obsidiana? ¿Es factible?

El profesor sacó el labio inferior y empezó a bajar los escalones al son de sus enormes mocasines.

—Supongo que sí. Pero el tipo de obsidiana que se necesita para las herramientas de corte existe sólo en los yacimientos de México, Guatemala, Armenia...

Al salir al exterior, llovía. Los autocares volcaban su contenido a la calle principal: una marea de polos, cámaras y grasa. Igarashi alzó la mano para avisar a su taxista, que se acercó de inmediato y abrió la puerta de atrás de forma automática. Antes de subir, el profesor se detuvo un instante.

—Inspector, debo decir que me cuesta creer que por las calles de Tokio haya un psicópata suelto arrancando el corazón a la gente con una hoja de obsidiana.

Iwata esbozó media sonrisa con un lado de la boca.

—Buen viaje, profesor.

Igarashi le ofreció su mano enorme, y el inspector se la estrechó con gusto. En cuanto el taxi se confundió con el resto de las luces rojas, Iwata alzó la vista para mirar el cielo tiznado. De pronto notó algo extraño en la palma. Se la miró. Tenía una mancha negra en el centro.

MONTONES DE PAPEL

La Fleur era una cafetería sofisticada de Nishi-Azabu frecuentada por amas de casa adineradas y por *gaijin*. A las cinco de la tarde solía estar mucho más concurrida, pero el chaparrón había hecho mucho por evitarlo. De fondo sonaban viejas canciones de amor francesas. Iwata y Sakai estaban en un rincón, junto a una ventana empañada. Él le daba sorbos a su primer capuchino, y ella caladas a su segundo cigarrillo.

—No entiendo su lógica. —Se llenó los pulmones de humo—. Si es el asesino, ¿qué sentido tiene ser tan amable y ayudarte? ¿Es para desviar las sospechas?

—Sabe que no tenemos pruebas contra él. Puede que lo hiciese por diversión —suspiró Iwata—. Creo que no he revelado nada, pero me daba la sensación de que él también estaba escrutándome.

—Qué curioso.

Sakai miró por la ventana.

—Bueno, los chicos de vigilancia han confirmado que ha volado a Pekín —continuó—. Todavía estoy echándole un vistazo a su pasado, pero de momento está limpio.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—No es fácil sorprenderte, Iwata.

—No me digas. ¿Tanto me conoces?

—No quieras que intente interpretarte.

—Venga, hazlo. Ahora tengo curiosidad.

—De acuerdo. Bueno, estás divorciado, ¿no? Tienes que estarlo, casi lo llevas escrito en la frente. ¿Qué pasó? ¿Otra mujer? No, seguro que fue otro hombre. Te dejó ella, ¿verdad? Jornadas muy largas, manchas de sangre, muros emocionales. Y es evidente que no te quedaste con los críos. Mudándote a Tokio te has aislado todavía más y no es que estés en un sector

en el que puedas llevar a tus jefes a tomar algo al karaoke. No. Yo diría que estás solo. Salir con mujeres tampoco es una opción: no tienes nada que ofrecer, nada que aportar. Creo que eres la clase de persona que prefiere decepcionarse a sí misma que permitir que la vida la decepcione. Tampoco puedes dejarlo todo y ponerte a trabajar en una oficina, ¿verdad que no? La tuya no es precisamente la personalidad sosa y obediente que hace falta para eso. Tú odias tu trabajo, pero lo necesitas más que el aire. Si tuviera que apostar por algo, diría que la persona que Iwata era antes de llegar a Homicidios dejó de existir hace tiempo.

Iwata se acabó el capuchino de un trago y asintió.

—Esos ojitos se fijan en todo, ¿eh?

—Lo has preguntado tú.

—Cierto. ¿Siempre eres tan agradable con tus compañeros?

—No —contestó, y se rió—. No suelo ser tan sociable.

—Hace tiempo tenía una compañera, era un poco como tú; una gran policía. Pero un poco más..., no sé.

—Venga, di. ¿Un poco más qué?

—Eso, sociable, supongo.

Sonrieron hasta que se acabó la canción de amor, y Sakai apagó el cigarrillo.

—Bueno —empezó a decir, expulsando una nube de humo—, ¿qué quieres que hagamos con el profesor Igarashi?

—Quiero su paradero a la hora de ambos asesinatos. Tiene la capacidad de llevarlos a cabo y una conexión con el aspecto ritual.

—De acuerdo.

—Y si conseguimos una pista, por pequeña que sea, aunque no sea más que un vínculo tenue, lo arresto.

Sakai abrió el bolso de cuero verde y sacó su cuaderno.

—Hablando de pistas, los de la comisaría de Kanagawa me han enviado la información fiscal. Resulta que la señora Ohba era rica, más o menos. Podría haber vivido hasta los trescientos sin dejar de pedir comida para llevar. Pero, a diferencia de los Kaneshiro, en su cuenta no había inyecciones de capital. En cuanto a retiradas de efectivo, tampoco hay nada significativo.

—Vaya. Puede que el asesino del Sol Negro supiese que la señora Ohba no se interesaría por el dinero igual que los Kaneshiro.

—Supongo que es uno de esos misterios... Iwata, ¿por qué no te vas a

casa? Estás hecho una mierda.

—A ti te parece que todo el mundo está hecho una mierda.

—¿No decías que tengo buen ojo?

Iwata se dio cuenta de que Sakai llevaba un perfume distinto al de otros días: una fragancia floral, de madreselva. Era la primera vez que la veía con los labios pintados de rojo y una leve sombra morada en los párpados. Vestía unos vaqueros estrechos y desteñidos, y un jersey ancho de color negro que dejaba un hombro al descubierto. En el brazo de la silla había una chaqueta de cuero doblada.

—Sí, es verdad, creo que mejor me voy a casa. ¿Qué vas a hacer tú, Sakai?

—He quedado con un amigo.

—Pues márchate si quieres. Ya pago yo.

Sakai le dijo adiós moviendo los dedos y salió con prisas de la cafetería. Iwata la observó mientras abría el paraguas y se marchaba a buen paso. Apartó la taza vacía de café y sacó el tabaco antes de ver la señal de prohibido fumar. Guardó el paquete de nuevo y sintió un vacío intenso. Deseó que su compañera no se hubiera ido, a pesar de ser incapaz de desentrañar lo que sentía por ella: un apetito vago, curiosidad; cierto recelo, quizá. Todos esos impulsos emergían cada vez que pensaba en ella, pero ninguno permanecía de una forma fiable.

Esa incapacidad para identificar qué le suscitaba Sakai no lo preocupaba. En cambio, darse cuenta de que no quería estar solo lo impactó. Pensó en las personas a las que había conocido a lo largo de la vida y entre ellas buscó algún nombre importante, alguien para quien él significase algo, cualquier cosa. Pero no se le ocurrió nadie.

Pagó y se marchó.

En Waseda-dori, que discurre por detrás de la estación de Iidabashi, Sakai bordeó los abedules desnudos. Se detuvo delante de un edificio polivalente de color marrón. Encima de un FamilyMart, un cartel viejo decía:

GIMNASIO OSHINO DE BOXEO

Subiendo las escaleras, Sakai ya oía la percusión de los sacos de arena, el vapuleo constante del cuero y la red de nailon. El gimnasio era luminoso y en el aire se percibían restos de amoniaco. Los chicos más jóvenes, situados a la izquierda, hacían estiramientos y saltaban a la comba. En el centro, el ring estaba ocupado por dos hombres practicando golpes. Nadie prestó mucha

atención a Sakai. Junto al cuadrilátero colgaba enmarcada una cita en inglés:

NUNCA ABANDONES. SUFRE AHORA
Y VIVE EL RESTO DE LA VIDA COMO UN CAMPEÓN

Al fondo se abrió una puerta y de ella salió un hombre alto y musculoso de pelo muy corto y con mariposas tatuadas en los brazos. Saludó a unas cuantas personas con entusiasmo, hasta que vio a Sakai. Entonces se detuvo en seco. Y una sonrisa acendrada brotó entre las cicatrices de sus labios.

—¿Noriko?

Ella esbozó media sonrisa.

—¡Oshino! —gritó—. ¡He aquí el campeón!

Algunos de los más jóvenes se rieron y rompieron a aplaudir, otros silbaron. Oshino se sonrojó y le hizo señales para que lo siguiese. De camino, Sakai admiró su constitución fuerte y resistió la tentación de agarrarle las nalgas. Entraron en un despacho pequeño y ordenado donde Oshino disfrutaba de vistas al parque Koraku hacia el este y al río Kanda hacia el sur. Se sentaron a la mesa y estuvieron un rato sonriéndose, fascinados por la composición de cambios y de constantes, por la encarnación del paso del tiempo. Qué habían perdido, qué habían ganado.

—Cuánto tiempo... —dijo él en voz baja y grave.

—Veo que te va muy bien, Oshino.

Él apartó la mirada con timidez.

—Gracias.

—Con tu experiencia, apuesto a que puedes cobrar lo que quieras.

—Hoy en día casi nunca cobro. Ya tengo suficiente para vivir.

—Nunca te has preocupado mucho por el dinero.

—¿Y tú? ¿Te graduaste en la academia?

Sakai sacó la placa y se la entregó. Oshino la tomó con respeto, tratando de no tocar mucho la piel.

—¿Homicidios?

Enarcó las cejas con orgullo.

Ella se rió.

—¿Te sorprende?

—No.

—Pues lo parece.

—No es por eso; sabía que llegarías lejos.

—Entonces ¿qué te sorprende?

La sonrisa de Oshino se desvaneció.

—Es que... no creía que fuésemos a vernos de nuevo.

Sakai se levantó de inmediato y le dio la espalda. Inspeccionó las fotografías que colgaban en la pared: una versión más joven de él bañado en sudor, maltrecho pero victorioso. Ella no aparecía en las fotos, pero esas noches estaba presente. Recordaba las peleas, los olores y la música, el sudor caliente que salpicaba la primera fila. Recordaba cómo se henchía de orgullo.

—Campeón nacional —dijo con aire reverencial.

—Campeón nacional juvenil —la corrigió él—. Y la mitad de los chavales que hay ahí fuera son mejores de lo que era yo.

—Cuanto más viejo, más modesto.

—No, soy honesto, nada más. Da igual, ya pasó.

Sakai, de espaldas a él, sonrió con tristeza.

—Sí, ya pasó —murmuró.

—¿Qué te trae por aquí?

—Necesito que me ayudes, Oshino.

—Me alegra que hayas pensado en mí. Lo que te haga falta, ya lo sabes.

—¿Sigues en contacto con tus amigos?

—Pues... no he tratado con ellos desde hace años. —La miró con gesto serio—. Pero dime lo que necesitas y haré lo que pueda.

—Estoy buscando a alguien. Necesito su certificado de nacimiento, expediente escolar... Todo eso. Ahora tendrá mi edad, más o menos.

Sakai escribió con caracteres pulcros un nombre en el vade.

—¿No sería más fácil que buscases tú en las bases de datos de la policía?

—Esas búsquedas dejan rastro. Los rastros despiertan la curiosidad. Además, dudo que tenga algún antecedente criminal.

—¿Se trata de trabajo o de placer? —preguntó Oshino.

—¿Qué diferencia hay?

Se sonrieron. Entonces Sakai sacó un fajo pequeño de billetes y su tarjeta de visita.

—¿Será suficiente para tus amigos?

—Más que suficiente. Te llamo cuando me respondan.

—¿Y tú qué, Oshino? ¿Qué quieres tú?

Él se pasó la lengua por los labios y miró el suelo.

—¿Qué me preguntas exactamente?

—Hablo de dinero.
—Tú misma lo has dicho: nunca me ha preocupado.
Sakai se rió.
—Entonces ya peleabas por encima de tu categoría.
—Contigo eso le pasaría a cualquiera.
—Toma. Con esto debería bastar.
Desplegó unos cuantos billetes más y se los entregó.
—¿Para qué?
—¿Para qué va a ser?
Él se rió y se sentó.
—Pero no hay otra como tú.
—Qué más da una tía que otra, Oshino.
Abrió la puerta y le guiñó el ojo.
—Asegúrate de conseguirme lo que necesito.
Él miró el vade.

Midori Anzai

Pasó el dedo por encima de los caracteres y la tinta se corrió por el papel.

Pasaron varios días sin pena ni gloria. Iwata habló con conocidos de los Kaneshiro y de los Ohba con la esperanza de descubrir alguna pista o algún detalle que le hubiera pasado por alto, pero lo recibían con cortesía y empatía: dos monedas que no podía convertir en nada. Cuando investigó al profesor Igarashi, no encontró nada fuera de lo normal y tampoco conexión alguna con las víctimas. Por su parte, Sakai se quedó sin bases de datos, registros, archivos y posibles fuentes de información en las que seguir indagando, y la búsqueda de vínculos entre las víctimas no surtió efecto alguno.

Iwata miró por encima del hombro desde un escritorio temporal en la Primera División y la llamó.

—Tiene que haber algo, Sakai. Me niego a creer que el asesino del Sol Negro diese con esta gente por casualidad. Todo lo que sabemos de él indica que es metódico.

Sakai parecía cansada.

—Sí, por lo poco que sabemos de él. Pero tú me has enviado a una biblioteca a buscar dos puntos finales del mismo tamaño, Iwata.

—Sigue buscando.

Colgó con un golpe y se frotó los ojos. Cuando alzó la mirada, al otro lado de la sala vio a Moroto con una sonrisa irónica en la cara.

—Ay, Mickey Mouse está triste —se burló—. Que alguien le traiga un perrito caliente.

Una ola de risitas recorrió la Primera División.

La mañana del 2 de marzo, dos semanas después de los primeros asesinatos, Iwata viajó en coche a la ciudad jardín de Den-en-chōfu, treinta minutos al sur de Shibuya. No tenía nada más que hacer ni otro lugar al que ir. Las calles, flanqueadas por árboles, estaban tranquilas y las casas eran grandes y de diversos estilos. Además de los clásicos ricos, en la zona residían expatriados, estrellas del béisbol, cantantes, artistas de manga y políticos.

La dirección que el equipo de vigilancia le había proporcionado era una calle tranquila cerca del parque Tamagawadai. Se puso una gorra de béisbol y gafas de sol, y en un puesto compró un café solo con sirope de agave. Enfrente de la casa de Igarashi, Iwata identificó de inmediato a los dos agentes de paisano que esperaban en un sedán gris: uno leyendo la sección de deportes, y el otro durmiendo. Sujeta al menor escrutinio, la situación resultaría sospechosa al instante, pero Iwata esperaba que el profesor no fuera de talante observador.

Pasó por delante de la casa bebiendo café como si nada y echó un vistazo. Era evidente que estaba vacía. Sección de deportes lo miró un momento, pero no se dio cuenta de nada y continuó leyendo.

Iwata dio unas pasadas más a la casa antes de volver al coche. Aunque todavía no estaba en condiciones óptimas, al menos el tobillo ya no le palpitaba de dolor. Lanzó una mirada breve al sedán gris y sintió cierto afecto por el par de policías que estaban vigilando: formaban parte de un sistema que él comandaba. Limitados pero leales; eran sus perros, sólo tenía que ordenarles que buscasen.

Iwata se quitó la gorra y las gafas antes de marcar el número de Igarashi por impulso.

—¿Sí?

Era el mismo tono impaciente de cuando le había abierto la puerta del despacho.

—Profesor, soy el inspector Iwata.

—Qué oportuno. Acabo de pasar el control de pasaportes en Narita.
Oír la voz calmada y grave de Igarashi le provocó una euforia extraña.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—No ha sido tan productivo como hubiese querido. ¿Ustedes han avanzado?

—De eso quería hablar. Si mañana está en el museo, ¿le importa que vaya y le haga algunas preguntas más?

—Estaré allí a partir de las doce.

—Hasta entonces, profesor.

—Esta vez tendré café preparado.

Iwata colgó como si el botón fuese una cerilla y la llama se le hubiera acercado demasiado al dedo. Miró el móvil.

«Café.»

—Hasta entonces, listillo cabrón.

Levantó la mirada y vio que ocurría algo. Sección de deportes y Dormilón estaban quitándose los auriculares y guardando las cámaras. El segundo se bajó del coche con una bolsa llena de basura. Antes de llegar a la papelera, Iwata lo había agarrado del cuello desde atrás.

—¡Oye! ¿Adónde crees que vas?

El agente dio media vuelta enseñando los dientes.

—Cuidado con cómo me...

Iwata le plantó la placa en la cara.

—¡No os he dado ninguna orden! ¡Ninguna! Métete en el coche y vigílalo, ¿te enteras?

El policía miraba la placa con el ceño fruncido mientras intentaba sacudirse de encima al hombre pálido y renqueante que la sostenía.

—¿Qué...?

—¡Vigílalo!

Dormilón parpadeó. Las palabras que había impresas en la identificación y la autoridad que conferían no se correspondían con el hombre frenético y enfermo que tenía delante.

—Cálmese, señor.

—Me calmaré cuando hagáis vuestro puto trabajo.

—Acaba de llamarnos el jefe de división. La prensa... ¿No lo ha visto?

Iwata pestañeó y un aspersionero cercano siseó una risa ahogada.

—¿Qué prensa?

Sección de deportes, que estaba saliendo del vehículo, les lanzó el periódico. Éste aterrizó a los pies de Iwata como una bofetada de realidad.

TOKIO INMERSO EN UN FRENESÍ DE ASESINATOS:
PRIMERO LA SUPERESTRELLA Y AHORA LA VIUDA

La introducción del artículo hablaba de asesinos enloquecidos que asediaban las calles de la ciudad y de la incompetencia de la Policía Metropolitana. El nuevo ministro de Justicia estaba considerando recortar el presupuesto policial y racionalizar el sistema. La fotografía principal era de una Mina Fong sonriente, llena de amor y de afecto por su público. Debajo había una imagen granulada de Iwata entrando en la casa de la señora Ohba.

—Será mejor que me vaya —dijo Dormilón.

Iwata señaló la vivienda de Igarashi.

—Este hombre matará de nuevo.

—Yo voy a donde me mandan. Ya sabe cómo son las cosas.

El policía se estiró la chaqueta y se pasó la mano por el pelo de camino al coche.

—¡Él no ha acabado! —voceó Iwata.

El motor del sedán cobró vida y el vehículo salió de la plaza de aparcamiento casi sin ruido, dejando atrás una pequeña nube de humo. La voz de Iwata había perdido la rabia.

—Aunque nosotros sí lo estemos.

Oyó el zureo de una bandada de palomas en lo alto de un árbol; los vecinos lo espían detrás de sus cortinas caras y ventanas de doble acristalamiento. Iwata se subió al coche respirando con fuerza por la nariz. Cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio mientras esperaba que la furia pasase rápido. Necesitaba silencio, pero le sonó el teléfono.

—Iwata. ¿Estás ahí?

La voz de Shindo era impasible y hablaba despacio.

—Sí.

—Ya sabes por qué te llamo.

Iwata se pellizcó el puente de la nariz y trató de controlar la voz.

—Me prometió tiempo.

—Nadie puede prometer eso. Necesito que estés aquí dentro de treinta minutos. Han retirado todos los recursos.

Iwata colgó e intentó recuperar la compostura.

«¿Nunca te preguntas si algunas de esas ciudades son buenas y otras malas?»

Se imaginó el rostro pálido de la pequeña Hana Kaneshiro.

Reprimió las lágrimas con una mueca de rabia y le propinó varios puñetazos al volante. El claxon se quejó en el gris aislado de aquella calle tranquila. La mañana fría pasó sin hacer ruido.

El despacho de Shindo conservaba el hedor agrio, pero a su alrededor el mundo había cambiado. El inspector jefe entró en la habitación sudando y estresado, y alzó la mano de inmediato.

—Ni una puta palabra, Iwata.

La puerta se cerró con estrépito, Shindo se dejó caer en la silla y sus ruedas chirriaron bajo el peso. Le mostró los distintos periódicos, uno tras otro. Las palabras «homicidio», «histeria» y «horror» aparecían en negrita.

—No íbamos a mantener el asesinato de Fong en secreto mucho tiempo, pero deberíamos haber podido controlar lo de la viuda. La verdad es que no sé cómo ha salido a la luz: los de la comisaría de Kanagawa juran que no han sido ellos. Aunque tampoco importa.

Shindo señaló el montón de diarios como si fuese un excremento de perro que hubiera que esquivar.

—Después de este último par de semanas de mierda, esta mañana el superintendente Fujimura ha recibido una llamada de Satsuki Eda. Te hablo del puto Satsuki Eda, joder. Del puto ministro de Justicia. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Que van a apretarle las clavijas.

Iwata se cubrió los ojos con la palma de la mano.

—Correcto. Las clavijas, eso es. Y eso se traduce en problemas. Y los problemas implican puestos, el trabajo de varias personas.

Shindo se humedeció los labios buscando las palabras adecuadas, pero fue en vano.

—Mira, Iwata: en realidad ya da igual, pero he pedido, muy a mi pesar, que te den otra oportunidad con el caso. Lo he intentado. Pero Fujimura...

—Ahórreme el numerito del buen samaritano. ¿Para qué me ha mandado venir?

—De acuerdo, vamos a ello. Se ha presentado una queja formal contra ti. Es un problema, Iwata. Todavía estás en periodo de prueba y tu puesto se revisará muy pronto. Mientras tanto, vas a estar con sueldo de vacaciones.

Para que quede claro, es tu conducta lo que está pendiente de evaluación, no cómo llevas los casos. Si superas la revisión, conservarás la autorización para liderar investigaciones.

—Shindo, ¿qué pasa con mi caso?

—El asesinato de los Kaneshiro se ha resuelto, lo hemos cerrado. Pero esta evaluación no es de sentido único: estás en tu derecho de...

—¿Qué?

Shindo soltó aire y apartó la mirada.

—Iwata, no puedo defenderte. No en estas circunstancias. Ya había ciertas dudas que pesaban sobre ti cuando llegaste; tu ausencia, tu pasado. Tienes que pensar en...

—¿Qué quiere decir con que se ha resuelto?

El corazón de Iwata palpitaba con violencia.

—Ese chaval cojo, Masaharu Ezawa. Lo han acusado de los asesinatos.

—No lo entiendo: ¿cómo pueden acusarlo de algo que no ha hecho?

—Iwata, tienes que concentrarte en tus propios problemas.

—¿En qué narices se basan?

—Durante el registro de su domicilio aparecieron varios objetos que pertenecían a la víctima. También tenía grabaciones de ella.

Iwata apartó la contestación de un manotazo.

—Todo eso lo admitió en la grabación del interrogatorio. Es secundario.

Shindo levantó la mano.

—Iwata, el chico ha confesado.

—Y una mierda.

—Ayer por la mañana. Confesó.

Iwata colocó la cabeza entre las piernas como si su avión estuviera cayendo en picado. Cerró los ojos, apretó los puños y las costras de los nudillos se le resquebrajaron.

—Esto es una farsa, Shindo. Ni siquiera tiene la capacidad física necesaria.

—Es lo que es.

Iwata dio un puñetazo en la mesa. Fuera varias siluetas se volvieron para mirar.

—Muchacho, no estás haciéndote ningún favor.

—¿Cómo explica que Ezawa asesinase a la señora Ohba si llevaba días en los calabozos de Setagaya?

—Ese caso ya no está relacionado con el de los Kaneshiro. La

investigación está pendiente.

—¿Quién se ha hecho cargo?

—Iwata...

—¿De quién es el caso?

—De Horibe.

Iwata se apretó las cuencas de los ojos con los puños hasta que le dolieron. Negaba con la cabeza, estaba perdiendo el control. Necesitaba un bar. Necesitaba su calor. Siempre había estado ahí y ya no cabía fingir lo contrario.

—Escúchame, deberías centrarte en ti mismo.

—No. Voy a hablar con Ezawa. Todavía está a tiempo de retractarse.

—No puedes.

—¿No? Ya lo veremos. Joder, usted mismo sabe que no fue Ezawa. Lo sabe.

—Lo que yo sepa no cambia nada, hijo. En lo que a Fujimura concierne, tuviste tu oportunidad y erraste el tiro.

—Y entonces ¿ahorcamos al chico? No, Shindo, que te den. Puede que Ezawa esté loco, pero no admitirá algo que no ha hecho. No en su sano juicio.

Shindo apartó la mirada.

—Está muerto. Se colgó en su apartamento cuando lo soltaron bajo fianza.

Iwata se levantó como activado por un resorte y se quedó sin aliento. La verdad lo abofeteó como una ola. Ezawa se había convertido en el criminal ideal: un criminal muerto. El sistema había funcionado a la perfección y tras el crimen se había hecho justicia. Si soplaba el viento, las briznas de hierba se doblegaban.

Iwata abrió la puerta de un tirón negando con la cabeza y los ruidos de la Primera División inundaron el despacho.

—¿Quién lo interrogó?

—Pendes de un hilo, chico. Tienes que olvidarte de este tema.

—¿Quién?

Shindo suspiró.

—Moroto. Obedeciendo las órdenes de Fujimura.

—¿Y qué hizo usted al respecto? —le espetó Iwata.

—¿Al respecto de qué?

—De todo.

—¿Qué iba a hacer?

—Montones de papel. —Iwata movió la cabeza con repulsión—. Eso es usted, Shindo. Nada más que montones de papel.

Se marchó sin mirar atrás. Mientras cruzaba la Primera División a grandes zancadas en dirección a los ascensores, echó un vistazo breve al despacho de Fujimura. Por un hueco entre las lamas de la persiana, alcanzó a ver cómo el par de ojos acuosos del anciano lo seguían.

JUEGOS

Iwata frenó en seco delante del Instituto de Medicina Legal y las ruedas del vehículo chirriaron. Pese a las protestas del hombre del mostrador, atravesó la recepción a paso marcial sin detenerse a enseñar su identificación. Bajó al sótano llevado por una furia simple y silenciosa: un cable electrificado, totalmente inmóvil.

Las puertas se abrieron y vio a la doctora Eguchi encorvada sobre unos documentos en el despacho de la derecha. Ella alzó la mirada, reparó en él y levantó un dedo («Un momento, por favor»). Sin hacer caso de la petición, Iwata se dirigió hacia la puerta de la izquierda e irrumpió en la penumbra desinfectada.

La pared estaba compuesta por grandes cajones de metal: archivadores para muertos. El inspector se puso a abrirllos uno a uno, sin prestar atención a los cadáveres que no le pertenecían.

—¡Inspector!

—¿Qué?

—¿Qué diablos hace?

El rostro pequeño e infantil de Ezawa apareció en el azul verdoso de la penumbra.

—Dígame qué le ocurrió —le ordenó Iwata con voz tensa.

—Inspector, este comportamiento es inaceptable. No puede entrar aquí y...

Iwata la agarró por los hombros y le enseñó los dientes.

—¡Dígame, joder!

Eguchi ahogó un grito, y él la soltó. Parpadeó.

—Lo siento. Le pido disculpas. Si me lo cuenta, tardaré dos minutos en marcharme.

Eguchi miró el rostro pálido de Ezawa y suspiró. Salió de la estancia y regresó al cabo de tan sólo unos segundos con un pijama sanitario, un

protector facial, una mascarilla y un par de cubrezapatos. Encendió las luces, sacó la bandeja metálica y el cuerpo menudo de Ezawa quedó a la vista.

Con el meñique, señaló los surcos oscuros que tenía alrededor de la garganta y los capilares rotos.

—Un caso claro de autoasfixia. ¿Ve la marca de la cuerda? Pero también hay esto.

Retiró la sábana y descubrió el cadáver hasta la cintura. La pequeña extensión del pecho estaba amoratada. Tenía dos dedos de la mano izquierda rotos. Ambas muñecas presentaban cortes profundos de forcejear con las ataduras.

—No es lo que lo mató, pero le dieron una buena paliza. Es evidente que antes de ahorcarse estaba en muy mal estado.

Eguchi rodeó el cadáver haciendo ruido con los patucos y usó el meñique para señalar de nuevo.

—Es obvio que las marcas de las ligaduras explican la ausencia de las lesiones defensivas que es habitual encontrar aquí y aquí. Por cierto, llegó con esto dentro de la boca.

Eguchi señaló una bolsa grande y transparente que contenía varias prendas de ropa interior de mujer, acartonadas por la saliva. Iwata ya había salido de allí.

—¿Inspector?

No quedaba más que el silencio de los difuntos. Eguchi esperó un momento y cubrió a Ezawa con cuidado antes de deslizarlo hacia el interior oscuro para no volver a ser visto jamás.

Dos manzanas al sur de la comisaría central de la Policía Metropolitana de Tokio, encajonada entre un *sex shop* y un puesto de bolsos de saldo, había una vieja sala de juegos de cinco plantas. El letrero de neón de la entrada proclamaba una única palabra:

JUEGOS

La puerta automática se abrió e Iwata oteó el interior. Vio empleados de oficina, parejas y adolescentes con la mochila del instituto a los pies. Todos absortos en las pantallas, devotos ante sus altares preferidos. Una nube de humo de tabaco se aferraba al techo azul y la moqueta rosa era una extensión mugrienta que apestaba a horas perdidas.

Iwata merodeó por la sala con las cancioncillas electrónicas y el golpeteo

frenético de los botones de plástico resonándole en la cabeza. En la planta superior, las lámparas colgaban bajas sobre las mesas de billar y, al inclinarse para golpear, a los trabajadores de oficina se les veían los pegotes de chicle de las suelas de los zapatos. Por encima del ruido de las bolas al chocar y del trino estridente de las máquinas, Iwata oyó las risas de un grupo de hombres. Vio a Horibe, a Yoshida y a Tatsuno agrupados alrededor de una máquina de dardos. Varios camareros uniformados con ropa de color rosa y gorras amarillas corrían estresados de un lado para otro cargados con refrescos y cervezas. Con ellos había otros hombres, sentados con sus trajes chillones de satén y camisas de seda sin abotonar. Habían acumulado un pequeño montón de billetes de diez mil yenes en la mesa del centro. Moroto, rodeado de los demás, estaba a punto de tirar.

—Pero ¡mira quién ha venido! Iwata, únete a nosotros.

—Necesito hablar contigo.

—Cada cosa a su tiempo.

Moroto lanzó los dardos.

Veinte.

Veinte.

Diecinueve.

La mitad de los reunidos estalló en un clamor de vítores, mientras Tatsuno y Yoshida renegaban y dejaban más dinero en la mesa.

—Iwata, estamos jugando al asesino de Yamanote. —Moroto le guiñó el ojo—. ¿Te gustan las apuestas? Claro que te gustan.

Iwata había llegado al borde del grupo y todos lo miraban con una sonrisa en la cara.

—Necesito hablar contigo.

—Relájate, Iwata. ¿Qué te parece? Son cincuenta mil para entrar en la partida, ¿te apetece? ¿Crees que lo conseguiré?

Antes de darle tiempo a contestar, un brazo rodeó a Iwata por el cuello y lo arrastró hasta el sofá con una potente llave estranguladora. Los gruñidos le parecieron los de Tatsuno. Uno de los soldados de la yakuza que llevaba gafas de sol de ojo de gato y una camisa de cuero abierta hasta el pecho sacó una navaja y se la colocó en la vena femoral sin dejar de sonreír. El tatuaje colorido de su pecho representaba cuatro dragones con las fauces abiertas alrededor de una mujer a punto de ser devorada. Estaba sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, sonriente.

Moroto se volvió hacia la diana.

—Las reglas son muy sencillas, Iwata. Tres rondas, tres tiros. En cada ronda tengo que puntuar más alto que en la última y el recuento final debe ser superior al de mi oponente. Yoshida acaba de conseguir ciento setenta y cuatro: impresionante.

Doble once.

Doble once.

Veinte.

Más vótores y más reniegos.

—Pero no puedo negar que estoy en racha.

Veinte.

Dieciocho.

Triple once.

El grupo se deshizo en celebraciones y Moroto respondió con una reverencia. Horibe repartió el dinero de las apuestas. El ganador se sentó en la silla de vinilo sucio que había frente a Iwata. Sonrió a la luz tenue de neón.

—Suéltalo.

Tatsuno obedeció a regañadientes. El aire se abrió paso hasta los pulmones de Iwata y le aparecieron manchas negras en la visión, pero Ojos de Gato no le apartó la hoja del muslo. Ninguna de las personas que estaban al otro extremo de la sala se volvió a mirar. Moroto se bebió media cerveza de dos tragos y se lamió la espuma de los labios despacio, como un niño manchado de helado. Tenía el cuello como un poste de teléfonos y la mirada cargada de maldiciones.

—A lo mejor te suena raro, pero tengo que decirlo: me alegro de verte otra vez. He estado pensando en ti, inspector Iwata.

Alguien lanzó los dardos a la diana y después de los tres golpes secos, todos jalearon. Moroto agitó su corbata negra y naranja en la dirección de Iwata como si fuera la cola de un gato atigrado y sucio.

—¿Te gusta? Estoy pensando en ponérmela la semana que viene. Quiero estar guapo para tu vista disciplinaria.

—Es a ti a quien deberían echar.

La voz de Iwata era un graznido doloroso.

Los labios carnosos de Moroto formaron una sonrisa torcida.

—Has hecho bien en no apostar en la partida del asesino, Iwata. No creo que sea lo tuyo: en la primera ronda puntuarías demasiado alto, y después

¿qué? Pues estarías jodido, igual que ahora.

—Ezawa no mató a nadie. Sin embargo, tú sabías que se suicidaría, ¿verdad? ¿O es que le mandaste hacerlo?

Ojos de Gato chistó como una abuela censuradora. Moroto se tapó la boca con la mano fingiéndose ofendido.

—¡Inspector!

—Eres un cáncer, Moroto.

—¿Y qué tiene de injusto el cáncer? ¿Acaso el sol es injusto? ¿Más que el cólera? Puede que sí lo sea, pero lo que no soy es un dios. Yo no creo a los Ezawa del mundo, sólo los destruyo.

—Vas a acabar en la cárcel.

Moroto se rió con ganas.

—¿Quién crees que mantiene las putas cárceles? En cualquier caso, no me gusta lo que insinúas. El señor Ezawa se resistió durante el arresto y tuvimos que actuar. Contigo también opuso resistencia, ¿no es cierto? Era un delincuente violento con antecedentes; no podíamos arriesgarnos.

—¿Y por eso das una paliza a un chaval con discapacidad física después de atarle las manos a la espalda?

Moroto abrió otra cerveza y bebió de ella con placer evidente. Miró a Tatsuno y entornó los ojos como si estuviera atendiendo la llamada de una esposa pesada.

—Eres muy puntilloso con los detalles, ¿nunca te lo han dicho?

—Quéjate otra vez, me da lo mismo. Pero voy a asegurarme de que no te salgas con la tuya.

—No me digas.

—Te lo juro.

Moroto sonrió una vez más y se pasó la mano por el pelo negro y corto.

—No te entiendo, Iwata. Estás a unos días de volver a ser un civil, ¿de qué te sirve luchar en las batallas de los muertos?

—Es a lo que nos dedicamos. Eso es lo que hace la policía. ¿O es que se te ha olvidado?

Tatsuno soltó una carcajada. Moroto y Ojos de Gato sonrieron.

—Qué mono. Por desgracia para ti, amigo, la Policía Metropolitana tiene que hacer limpieza. Hacen falta cambios.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

De pronto, Iwata cayó en la cuenta de algo distante y enterrado.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú filtraste la noticia de la señora Ohba.

Moroto aplaudió, y Tatsuno se inclinó hacia delante y le alborotó el pelo a Iwata.

—¿Sabes qué me gusta de ti, Iwata? Antes no me has dejado que te lo cuente. Lo que me gusta de ti es que eres demasiado imbécil como para darte cuenta de una puta vez de que deberías tenerme miedo. Y no porque pueda acabar con tu carrera en la policía, sino porque te conozco, Iwata. He rebuscado entre tu porquería. Sé lo tuyo con esa puta loca americana con la que te casaste y lo del bebé mestizo que murió. Sé lo del periodo sabático para ir a rehabilitación. Y no fue sólo por ese drama. ¿Qué más era? ¿Alcohol y fármacos? Tienes pinta del típico caso de crisis nerviosa.

Moroto se echó hacia delante y le dio un golpecito suave en la rodilla, como si estuviera valorando comprarlo.

—Te conozco, Iwata. ¿Y sabes qué ocurrirá la semana que viene en la vista? Tu idoneidad para el puesto se pondrá en tela de juicio. Te enfrentarás a una evaluación psicológica, y el doctor dirá: «Mmm... Tal vez la presión haya sido demasiado grande. Es comprensible después de lo que le ha sucedido.» Puede que se hable de tu historial con el alcohol y puede que se haga alguna referencia a tus arranques de violencia. Será una pena, teniendo en cuenta el talento del investigador en cuestión, pero el control de riesgos es primordial. Es toda una pena.

Iwata intentó soltarse, pero Tatsuno lo había agarrado de nuevo, y Ojos de Gato le puso la navaja debajo de la oreja. La sonrisa de Moroto rayaba la tristeza.

—¿Sabes qué quiero de ti, Iwata? Quiero que seas sincero conmigo. Eso es todo. Dime la verdad: tú no eres policía. Estás aquí para rellenar un hueco, para ocupar un vacío. Para asegurarte de que no bebes. No has venido a ganarte la vida como nosotros. Iwata, te conozco. Sé que no tienes motivos para vivir. ¿Y sabes qué pienso hacer? Voy a quitártelo todo. Incluyendo a tu novia Sakai.

Moroto le recorrió el pecho moviendo los dedos como si fueran un par de piernas y le tiró del labio inferior.

—No lo sientas, hombre. Esto iba a pasar tarde o temprano. Lo que quiera que sea lo opuesto al amor a primera vista, eso somos nosotros. Los de tu clase y los de la mía nos odiamos sin necesidad de motivos. Siempre ha sido así. Supongo que lo llevamos en la sangre.

Moroto hizo un gesto a sus hombres para que se apartasen, e Iwata dio un paso atrás. Le fallaba el equilibrio y veía un remolino de colores vivos.

—Estás muy lejos de Disneylandia, Mickey Mouse. Tokio es mío.

Iwata se marchó dando traspiés y bandazos y tratando de esquivar a los que jugaban a billar. Moroto se había encaramado a la silla y estaba sonrojado de júbilo.

—¡Inspector! —Levantó la cerveza—. ¡Que tengas un día muy productivo!

Iwata bajó la escalera que llevaba a un bar triste situado en un sótano. El único atractivo estaba al fondo: cinco pingüinos sucios amontonados en una repisa de hormigón sobre un tanque de agua turbia. Había estado allí años antes —en otra vida—, aunque no quería recordar el motivo. Los turistas estadounidenses trataban de disimular la decepción y no mirar a los pingüinos mientras el camarero cantaba los platos especiales del día en un inglés regular. Iwata dudaba que los de ese día fueran más especiales que los del día anterior.

Se sentó a la barra y pidió un vodka con tónica. Al otro extremo de la barra, un comercial reía las gracias a su cliente a carcajada limpia, aunque su rostro denotaba vergüenza. Iwata se tomó tres vodkas con tónica seguidos, disfrutando de cómo se le extendía una sensación cálida por el pecho y la cabeza. No obstante, la calidez lo asustaba. Aunque la suya era una vida vacía, había intentado empezar de cero como un hombre que se aleja de un accidente de tráfico y trata de parar a un coche con las manos ensangrentadas. Pero en su interior habitaba un adicto rabioso que no quería empezar de nuevo. Un borracho enfadado con el que era imposible razonar. Esa calidez podía arrastrarlo hacia el fondo como una ola gigante y escupirlo en cualquier otro lugar, en alguna parte muy muy lejana, como si fuera un madero flotando en la superficie de una vida no deseada.

Dio cuenta de otros tres vodkas. Le quemaban los lóbulos de las orejas y tenía un pellizco en el estómago. Sabía que la bebida aligeraría su carga y lo insensibilizaría a las consecuencias, que lo haría mirar al fondo del precipicio, al ojo sonriente de su propio mundo. Quería que se lo tragase un frío tan absoluto que arrasase con todas las sensaciones.

Iwata bebió hasta que flotar se convirtió en lo mismo que hundirse, y mientras tanto trataba de sofocar la voz de Cleo. Desde algún lugar, por encima o por debajo de él, el Sol Negro murmuraba.

«Hola.

»¿Estás ahí, Iwata?

»Aquí no puedes dormir.»

Abrió los ojos. El neón que rodeaba todo el techo se veía borroso.

—Vete a casa, amigo. Aquí no puedes dormir —dijo el camarero con la ligereza de la costumbre.

Los pingüinos se habían despertado. Alguien había volcado un cubo y el pescado reluciente del interior se había esparcido por la cornisa. Los peces rosa y plateados les resbalaban del pico, pero los pingüinos picoteaban las tripas con languidez. Sin hacer caso de la comida, uno de ellos se acercó al extremo más alto de la cornisa y se lanzó al agua opaca para salir balanceándose al cabo de un instante y repetir el proceso.

Picar, picar, engullir, salpicar. Picar, picar, engullir, salpicar.

Tenían la cabeza negra y el pecho blanco sucios de mugre y sangre de pescado. En un rincón había una especie de perrera vacía y sin usar con la cara de un pingüino pintada.

Como en una pesadilla, Iwata recordó de pronto de qué conocía el local. Había estado allí con Cleo, años antes, cuando era otro negocio. Habían tomado café y tostadas tras haber pasado toda la noche bebiendo con unos amigos.

«¿Quiénes eran los amigos?»

Iwata no se acordaba. Sólo sabía que Cleo se había reído de aquel lugar ridículo. Le encantaban los detalles chabacanos de Tokio: el histrionismo de los dibujos animados que había por todas partes pese a la realidad inexpresiva y gris de la ciudad.

Iwata se bajó del taburete y el dinero no aterrizó en la barra. Tenía que salir de allí, aunque la mera idea fuese irreal. Echó un último vistazo al pingüino saltarín que estaba atrapado en un bucle, siempre con la esperanza de emerger en otro lugar.

En las callejuelas de Ikebukuro, Iwata se alejó de su propio charco de vómito dando tumbos y usando las paredes cubiertas de musgo como apoyo. Se dirigió hacia el sur sin prisa. Aunque su apartamento estaba a diez kilómetros, él era incapaz de percibir las distancias y el tiempo.

Pasó por delante de la Universidad de Gakushuin, cuyos árboles centenarios lloraban sobre la calle paralela al túnel del metro, y por delante del corro de fumadores que había a la entrada del hospital Takadanobaba. Intentó bloquear el recuerdo infantil de viajar en la línea Yamanote. Frente a

él apareció la inmensidad de la estación de Shinjuku, que ya casi había terminado de ingerir la dieta diaria de tres millones y medio de pasajeros.

Se dirigió hacia el oeste, donde los rascacielos salían disparados hacia el cielo como afilados monumentos al orden y a los beneficios. Los logotipos adquirían significados extraños: dos gatos representaban a una empresa de mensajería; un águila anunciaba neumáticos; una flor roja vendía yogur probiótico. Delante de un hotel de lujo, una hilera de taxis de color beis y amarillo contenía taxistas dormidos en espera de que los despertasen clientes hambrientos de la carne de Tokio. Iwata caminó hacia el sur por debajo del largo ventrículo de la autovía metropolitana número 4 mientras el tráfico iba chistando. Levantó la mirada para ver las estrellas, pero no había más que rascacielos y una tiniebla gris.

Llegó a su casa a la una y media de la madrugada, vomitó y perdió la consciencia intentando imaginar a Sakai desnuda.

Las estrellas cuelgan sobre Chōshi como una película de sudor plateado. Esta noche el océano acusa timidez y silencio.

Cleo está en la cocina, esperando a que Kosuke regrese. No le pregunta por la piel levantada de los nudillos. No le pregunta por las manchas. No contesta al teléfono a pesar de que la única que los llama es su madre. Y si no es su madre, será la llamada silenciosa. Cleo ya casi no sale de casa. Ni piensa en qué se ha convertido su vida. Prefiere acordarse de cómo eran las cosas al principio. A lo lejos, oye el lamento tenue de las sirenas de niebla y mira por la ventana. La lámpara del faro centellea una luz débil. La primera vez que él se la mostró, estuvieron contemplándola un buen rato: una peculiaridad solitaria recortada sobre el ocaso morado. «Me ponen triste —había dicho ella—. Velan por ti, pero todo lo que hacen es decirte que te alejes.» Kosuke no había contestado.

Él llega tarde de nuevo. Aunque es una hora ridícula para ponerse a preparar la cena, Cleo saca unas hortalizas de la nevera. Se remanga, se lava las manos y empieza a cortar zanahorias. Lo hace despacio, para sentir que ella también puede formar parte de la rutina de Kosuke.

Clac.

Clac.

Clac.

Cleo se detiene y mira el cuchillo. Oye la respiración serena de Nina por el vigilabebés. Sin embargo, los ruidos que hace su hija no le despiertan ningún

sentimiento. Nada en absoluto. Esa carencia la habría preocupado de no ser mejor que los malos pensamientos. Los pensamientos de los que no podía hablar.

Cleo cierra los ojos y piensa en el pasado.

Piensa en la época en que Kosuke y ella vivían desnudos en su nido, ebrios de la cálida gloria de la juventud y el amor. Al principio se besaban con cierta vacilación, como invitados nerviosos sirviéndose en una mesa desconocida. Dormían a ratos. Cleo hablaba de los escaparates de las pastelerías que solía contemplar de pequeña. De ir a hombros de su padre como un rey sobre un elefante. A Kosuke le gustaban esas historias. Era como si todo lo anterior hubiese existido sólo para transportarlos a esa cama. Las ventanas del viejo apartamento de Cleo se empañaban con su aliento, y ella dibujaba corazones en el cristal. La vivienda estaba cerca de una iglesia, cuyas campanas sonaban para celebrar los santos y otras cosas irrelevantes. Sonreían con el repique como harían con un borracho contando chistes. Ella miraba las calles y la arena que el aire soplaba desde la playa. Se quitaban la ropa y no volvían a vestirse en días; comían como supervivientes en una ciudad abandonada. El cuerpo de Cleo era como una bandada de ocas emprendiendo el vuelo en silencio rumbo al sol invernal.

Vivían el uno del otro, se alimentaban recíprocamente y se compartían. Iban a todos los lugares donde se esconden los verdaderos sentimientos, minerales oscuros enclaustrados bajo el musgo. Kosuke le besaba el ombligo cuando ella telefoneaba al trabajo para decir que estaba enferma. Cleo le besaba las rodillas mientras él recitaba poesía.

Recuerdos.

Duelo.

Motas.

Se abre la puerta y Kosuke tira las llaves sobre la mesa.

—Lo siento —dice rascándose la cara.

Cleo ya no le pide excusas. Se pregunta si él sabe por qué está pidiéndole disculpas.

—¿Tienes hambre?

—No hace falta que te lées.

Clac.

Clac.

Clac.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunta él, y se huele debajo de los brazos.

Clac.

Clac.

Clac.

—Bien. —Cleo sonrío.

Clac.

Clac.

Clac.

—¿Cómo está Nina? —pregunta él sin interés.

—Bien —contesta ella, y sonrío—. Está durmiendo.

—Muy bien.

—¿Cómo va el caso?

Clac.

Clac.

Clac.

—Igual —responde Kosuke, y suelta aire—. Ya sabes cómo son aquí las cosas.

Cleo lo sabe.

Una isla solitaria habitada por gente solitaria y obsesionada con las montañas y con cosas que se mueren.

—Ay —dice ella mientras lava el cuchillo bajo el grifo.

Kosuke abre la nevera y parece darse cuenta de algo.

—¿Cleo?

El corazón de Cleo está rompiéndose de amor, está rompiéndose con la verdad y con todo lo que alguna vez ha albergado. Sabe que Kosuke ya no es quien era, sabe que todo lo que se habían dicho ha perecido, pero aun así lo necesita a él. Necesita que le diga que la quiere. Necesita una pequeña muestra de sentimiento humano.

Aunque sea mentira.

—¿Sí?

—¿Cómo crees que están estos pimientos?

Iwata se despertó sobresaltado, gritando y rodeado de su propio vómito. Durante un instante de terror, se había encontrado a la sombra del faro con las olas rompiendo a su alrededor y haciendo el zip, zip, zip de la mochila de un niño. Corrió a la cocina y se puso a abrir armarios.

«No. No. No.»

Se calzó como pudo, se puso el impermeable y corrió a la calle. El chaparrón lo empapó al instante y cayó en la cuenta de que no llevaba pantalones. Tampoco le importaba. Trotó hasta la esquina de la calle y forzó la vista ante la puerta automática del FamilyMart, que se abrió con una exhalación. El reloj marcaba las 3.04 h de la madrugada. La tienda estaba vacía. Igual que la balada suave que sonaba en el hilo musical.

Con la mirada baja, Iwata agarró una botella de litro de vodka y, al llegar a la caja, la cajera la metió en una bolsa sin decir nada. El precio apareció en la pantalla. Iwata buscó dinero por los bolsillos. Estaba dispuesto a salir corriendo si hacía falta, pero en el bolsillo interior del abrigo impermeable encontró una tarjeta de crédito vieja. La cajera la pasó e Iwata esperó temblando a que la máquina procesase el pago.

—Gracias, caballero.

Sin dar tiempo a que la mujer le hiciese una reverencia, Iwata salió de la tienda. Desenroscó el tapón y bebió como si se hubiera arrastrado a por esa botella desde el desierto. Una llama de fuego se le extendió por las entrañas seguida de una sensación antinatural de torsión, pero al fin sintió la calma.

Cruzó la calle en dirección a un parque infantil. Al recostarse en el tobogán metálico se le empapó la espalda, pero continuó bebiendo y mirando al cielo con el tamborileo de las gotas de lluvia en la cara. Esperó allí hasta que el alba empezó a colarse por entre las nubes grises.

Una mujer paseaba el perro por el otro extremo del parque tratando de no fijarse en él. Iwata tenía vómito seco en el pecho y le dolía la espalda por culpa del tobogán. Se cerró el impermeable y echó a caminar. Se encontraba junto a la estación de Yoyogi-kōen, que ya estaba dando cuenta del habitual flujo uniforme de pasajeros. Eran las seis y veinte de la mañana. Atravesó el paso a nivel sorteando a los ciclistas que esperaban a que los trenes despejasen las vías. Después cruzó la penumbra de debajo del paso elevado y, en lugar de doblar a la izquierda como de costumbre, continuó por el camino estrecho que bordeaba la valla que separaba la calle de las vías. Unos cientos de metros más allá, escondida detrás de una mata de bambú, había una puerta. El cartel de encima decía:

JABÓN

Iwata descendió una escalera iluminada por bombillas desnudas y se plantó en una pequeña sala de espera. La moqueta tenía quemaduras de colillas y las

paredes estaban hechas de contrachapado barato. Le abrió la puerta una anciana con rosácea y una manta alrededor de los hombros que le ofreció una sonrisa astuta. Iwata quiso salir corriendo.

Detrás de ella aparecieron cuatro mujeres jóvenes que miraban al suelo con actitud recatada.

Iwata negó con la cabeza.

—Tengo mucha hambre —dijo.

Impertérrita, la anciana cogió un teléfono y susurró algo al auricular. Las mujeres se marcharon, y le pidió a Iwata que se sentase. Enseguida le llevaron una bandeja con unos *soba* fríos y té verde, y aunque los fideos apenas sabían a nada, Iwata no se entretuvo masticando. Cuando acabó quiso marcharse, pero la señora apareció de nuevo.

—¿Mejor?

—Sí. Debo marcharme. Por favor, dígame cuánto le debo.

—No, no, necesitas que te cuiden.

Iwata no dijo nada, pero notó que asentía con la cabeza. Detrás de la anciana había un joven mongol. Ella se volvió y le habló despacio.

—Por favor, lleva a este caballero abajo. Necesita un baño.

El joven mongol sonrió y acompañó a Iwata por otra escalera que conducía a una planta inferior. Lo guió hasta una sala de baño de azulejos antiguos de color verde. Iwata olió el cloro y vio un taburete de plástico y una bañera vieja en el rincón.

—La noche muy larga para usted —dijo el hombre con amabilidad y un japonés chapurreado.

—Soy policía —contestó Iwata sin saber por qué.

—No es primer policía aquí.

El hombre le cogió el impermeable y lo colgó con cuidado. Se agachó y lo descalzó sin que pareciese importarle que no llevase pantalones. Le desabrochó la camisa sin mirarlo a los ojos. Dobló la ropa y la colocó fuera, en una estantería. Entonces regresó y, al cerrar la puerta corredera, atrapó el calor en el interior. Tiró de los calzoncillos y la erección de Iwata sobresalió con libertad. El joven no reaccionó, sino que lo llevó al taburete de plástico.

—Sienta.

Iwata obedeció y cerró los ojos en cuanto oyó el rumor del agua. Al cabo de un momento, notó una cascada de agua caliente en la espina dorsal. Se estremeció mientras le corría por las nalgas y le caía por el pecho. El joven

empleó mucho tiempo mojándolo con la ducha y frotándolo con una manopla de baño enjabonada, y mientras tanto su pene iba subiendo y bajando como un pez a la superficie. El joven se lo agarró.

—¿Necesita?

—Espera.

Iwata se acercó a la pared. Apoyó la frente en las tuberías calientes y respiró el vapor. Notó el frío de los azulejos en el pecho. El mongol se puso detrás de él, e Iwata sintió su cara entre los omoplatos, besos en la columna.

Una mano le rodeó la cintura y empezó a masturbarlo.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

Iwata se corrió en los azulejos.

El mongol lo limpió con la ducha, fijándose en cómo se arremolinaba el semen en el desagüe.

Iwata esperó de pie, temblando, con ganas de vomitar, con ganas de dormir.

—¿Tengo que irme? —preguntó.

El joven negó con la cabeza.

Se puso detrás de él y lo abrazó entre las nubes de vapor.

Iwata se echó a llorar.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento.

«Estoy como quien se queda solo en un banquete cuando las lámparas se apagan y las flores han empezado a marchitarse.»

OTROS LUGARES

A las nueve de la mañana Iwata estaba de vuelta en casa, mirándose al espejo. Nunca había parecido tan mayor. Aunque aquél era un imperativo biológico de todos los seres vivos, esa verdad se aferraba a todas las arrugas de su piel y a cada uno de sus poros. Se duchó y se afeitó con cuidado antes de peinarse el pelo hacia atrás y de sacar un traje limpio del armario. Se vistió con la cabeza sumida en el silencio de después de un terremoto.

Hizo café, puso las *Variaciones Goldberg* de Glenn Gould y miró por la ventana. Sólo escuchó el aria, de modo que se permitió dos minutos y ocho segundos exactos de música. Cuando ésta acabó, lavó la taza y salió del apartamento.

Fuera el cielo era de acero inoxidable, pero no llovía. Tomó la línea Chiyoda hasta la estación de Meiji-jingumae, donde cambió a la línea Fukutoshin. Se sentó entre un adolescente encorvado sobre una página de ecuaciones y un hombre rumiando una carta de presentación a una empresa de aparatos médicos. Iwata pensó en lo que Sakai le había dicho en el coche.

«Tokio es un millón de ciudades en una. ¿Nunca te preguntas si algunas de esas ciudades son buenas y otras malas?»

Iwata imaginó de nuevo el rostro gris de la pequeña Hana Kaneshiro, su cadáver tendido en la mesa metálica. Cerró los ojos y se agarró la frente mientras esperaba que las imágenes desaparecieran.

Más allá del dolor sordo y la resaca, ese día Iwata no sentía nada. Se apeó del tren en Ikebukuro y caminó diez minutos hasta el pequeño aparcamiento que había debajo del bloque de viviendas donde había dejado el coche. Llamó a Sakai, pero no obtuvo respuesta. Encendió el motor y dejó la radio apagada.

Las gaviotas describían círculos sobre el azul verdoso de la bahía de Sagami. En la superficie del agua flotaba un tablón de madera; había reunido a su alrededor una colección de hojas muertas, como si se sintiera solo. La

calle de la señora Ohba continuaba acordonada y un policía vigilaba la casa sin la ayuda de refuerzos. Iwata aparcó en un arcén cubierto de arena y le enseñó la placa.

Dentro de la vivienda dedicó todo su empeño a registrar las habitaciones con la esperanza de dar con algo nuevo. Había acudido allí en lugar de a la casa de los Kaneshiro porque no se le escapaba que había más probabilidades de que el asesino se confiase más en la segunda ocasión que en la primera. Al fin y al cabo, una anciana viuda apartada del mundo requería menos concentración que toda una familia. Iwata era consciente de que la premisa era cierta a nivel estadístico, pero en el fondo también sabía que un desliz por parte del asesino del Sol Negro era hartamente improbable. Aun así, no le quedaban balas en la recámara.

La primera vez que había entrado en la vivienda, Iwata había percibido al asesino como los últimos instantes de un sueño antes de su desenlace. Pero lo que quiera que había sentido entonces había desaparecido.

En la planta de arriba no se oía más que la respiración lejana de las olas y el tenue tictac del reloj de oro que había junto a la cama. Salió de nuevo al pasillo y escudriñó las instantáneas de las vacaciones que colgaban en la pared; los rostros de los Ohba iban envejeciendo, su postura encorvándose y atestiguando su declive. Debajo de cada fotografía enmarcada había una pequeña tarjeta blanca donde se indicaba la localización y la fecha.

París, 1988.

Guam, 1994.

Italia, 1979.

Londres, 2000.

Okinawa, 1973.

Egipto, 1992.

Una conmemoración de cada una de las vacaciones que alcanzaba hasta los inicios de los setenta: una para cada año. Desconocidos de todo el mundo habían aceptado la tarea de tomar las fotografías, de retratar sus sonrisas para la posteridad delante de puestas de sol y de lugares emblemáticos. Y ahora ellas eran todo lo que quedaba de los Ohba. Iwata sacó el cuaderno y escribió las fechas y las ubicaciones.

Bajó la escalera y buscó todas las maneras en que el asesino podría haber espiado a la señora Ohba. Los asesinos en serie eran dados a vigilar a sus víctimas antes de los ataques, pero en este caso las condiciones de la vivienda

no ofrecían facilidades. Era evidente que la viuda apenas usaba la planta baja más allá del *butsudan*, que se encontraba en una habitación sin ventanas. Las que había en el resto de las habitaciones de abajo estaban tapadas, y aunque las de arriba eran grandes, la casa era demasiado alta y en la parte de atrás no había lugares elevados que permitiesen ver el interior. Delante estaba el océano. Para verla, el asesino habría necesitado una embarcación y algún tipo de lente telescópica.

«¿Posibilidad remota?»

Iwata negó con la cabeza.

—Sabía dónde estabas y vino a por ti sabiendo quién vivía aquí. Pero ¿por qué?

Se sentó en el suelo, cerró los ojos y lo invadió una ola de fatiga. Imaginó el cadáver rechoncho y violentado de la señora Ohba, que había estado tendido a menos de un metro de distancia de allí. Se lo habían llevado como cuando se retira una atracción de feria impopular.

Kei lanza la ceniza en dirección a la chica.

—Mira qué lorzas. Hace tiempo que intento decírtelo: a este pueblo le falta clase.

Kosuke la observa caminar. Se fija en el movimiento de sus nalgas debajo de la falda y en el brillo de su pelo negro bajo el sol de otoño, y el deseo lo atrapa de inmediato.

La colegiala pasa de largo con prisas, preguntándose cómo puede ser que dos chicos de su edad estén sentados bebiendo Coca-Cola y fumando tabaco un martes por la mañana.

Están fuera de la cafetería que menos pena da de las dos que hay en el pueblo. Kei sólo tiene quince años, pero ya ha dado el estirón y parece mayor: labios embravecidos, una sombra en el mentón y una mata indomable de pelo negro. Kosuke no ha llegado a ese punto y la dulzura indecisa de la preadolescencia todavía rige sus rasgos. Regresa a la mesa mientras la máquina de discos reproduce los compases iniciales de *Gloomy Sunday*, de Billie Holiday. Kei entorna los ojos y chasquea los dedos para llamar al camarero.

—Otra Coca-Cola para mi amigo.

—Oye, Kei, ¿tienes dinero? Esta vez no pienso salir corriendo.

Kei se recuesta en el asiento y expulsa una nube de humo con un ojo guiñado.

—¿Sabes qué te pasa, Kosuke?

—¿Que elijo mal a los amigos?

—No, que no tienes fe.

Kei se recuesta de nuevo y se levanta la camisa; al descubierto queda una cantidad alarmante de vello que escapa del ombligo y un fajo pequeño de billetes sujeto en la cintura del pantalón.

—Vámonos de aquí; este sitio me aburre —dice levantando la voz al pronunciar las últimas palabras, justo cuando el camarero se acerca con la bebida.

Suelta el dinero con desprecio.

—Venga, coge la botella y vámonos.

Echan a caminar calle abajo, Kei va dando saltos sobre los talones. Kosuke lo sigue con una cascada de burbujas derramándose sobre los nudillos y mira por encima del hombro.

—Kei, ¿de dónde has sacado el dinero?

—No lo he robado, si eso es lo que quieres decir.

—Te he preguntado de dónde lo has sacado, no he dicho nada de robar.

—Ésa es tu perdición: nunca dices lo que quieres decir.

—Y ésta es la tuya: le encuentras peros a todo.

Kei se ríe.

—¿Me he equivocado alguna vez?

Kosuke se acaba la bebida y tira la botella, que cae rodando cuesta abajo y acaba engullida por las matas de hierba alta y seca. Pasean un rato y cruzan el puente de hormigón. Kei se detiene a escupir al arroyo. Ese lugar no es más que dos aldeas apáticas que se han unido a falta de algo mejor que hacer. Un perro levanta la cabeza por encima de la hierba, pero no se molesta en ladrar.

—¿Adónde vamos? —pregunta Kosuke.

Kei se encoge de hombros.

—A alguna parte, tío. No lo sé. ¿Adónde se puede ir en este pueblo de mierda?

Kosuke mira la hora, y Kei suelta una carcajada amarga.

—¿Qué pasa? ¿Te esperan en alguna parte?

—En clase. Uesugi se pondrá como un energúmeno si hacemos otra campana.

—No me digas...

La montaña del horizonte es una pirámide de color azul pálido. Las granjas

se extienden a ambos lados de la carretera y abarcan la lejanía; un mosaico de colores aburridos. No se ven los límites de la población desde ninguno de sus puntos.

—¿Sabes una cosa a la que no le veo ninguna pega?

Kei había recuperado la sonrisa.

—¿A qué?

—A los *yakitori* de La Zorrera. ¿Los conoces, Kosuke-kun? Si vamos, te dejo poner tus malditas canciones de amor norteamericanas.

—Kei...

—No, no me jodas con eso. Ni Kei ni pollas. Vamos a sentarnos en la terraza del bar con unos *yakitori* y un par de cervezas a ver pasar a los adefesios del pueblo como un par de reyes. No me niegues eso, tío.

—Uesugi...

—Uesugi nada. ¿Qué va a hacer? ¿Echarte? Eso sería lo mejor que podría pasarte en la vida.

Kosuke mira el cielo con desdén y trata de imaginar otros lugares.

A esa hora el bar está vacío y pueden ocupar los mejores asientos para contemplar la marea de chicas que regresa a casa al salir de clase. Kosuke tira otro palillo y se lame los dedos.

—Lo que yo te diga. Joder, este pollo —dice Kei, y se da palmadas en el vientre— es lo único que merece la pena de esta montaña asquerosa.

—Pues lárgate.

—Espera y verás. Un par de años más y me las piro a Tokio. A vivir la vida de la ciudad con todas las comodidades.

Kei señala la calle con la barbilla.

—Oye, mira qué tetas tiene ésa. Lástima que tenga cara de anguila.

Kosuke mira a la chica, que es bastante guapa, y se pregunta cómo puede su amigo tener una visión tan distinta de las cosas.

—¿Y si resulta que Tokio también es un montón de mierda?

Kei hace oscilar la botella de cerveza sujetándola entre el pulgar y el índice, y después se la acaba.

—Pues me iré a otra parte. Pero al menos no veré la misma mierda todos los días.

—¿Y ésa qué?

—¿La dentona esa?

—No, la más baja.

Kei suelta un resoplido burlón mientras se limpia los dientes con uno de los palillos.

—Empiezo a pensar que lo tuyo son las gordas, Kosuke.

—Es imposible que te parezca que está gorda.

—Estoy seguro de que es muy maja y de que a tus padres, si los tuvieras, les caería de maravilla. Pero es obvio que está como un puto cerdo grasiento.

—¿Sabes qué? No recuerdo ni un solo día en el que hayas señalado a una chica en este pueblo y hayas dicho: «Mira, ésa está bien.»

—Claro, porque no ha ocurrido. Mira, no estoy diciendo que yo sea demasiado bueno para todas. Sólo digo que no me interesa pasar el resto de la vida entre estas montañas, con una tontorrón de campo que esté esperando que la deje embarazada otra vez.

—O sea, ¿que en todo el valle no hay ni una?

—Ni una, joder. Muéstrame una sola tía en esta parte del culo del mundo que merezca la pena.

Kosuke niega con la cabeza.

—Venga: una.

Kosuke se acaba la cerveza, se limpia los dedos en los muslos y le hace una señal para que lo siga. De camino a los tonos cobrizos y caramelo de la arboleda, cruzan arrozales desiertos a medio inundar. El bosque es denso y los troncos se retuercen a la sombra de la montaña por no haber visto el sol lo suficiente. Los dos muchachos sortean zarzas y pasan por debajo de las raíces que sobresalen, hasta que llegan a un sendero marcado sobre todo por huellas de ciervo.

Después de un kilómetro y medio en silencio, aparece un recinto tapiado con un muro de ladrillo que les llega a la altura de la cabeza. Kosuke conduce a Kei hacia un lado, rodeando la cerca. En el centro hay una casa y el jardín circundante es un espectáculo: pequeñas cascadas de agua, guijarros colocados en su sitio, plantas y piedras en armonía.

Oyen un crujido leve y miran por encima de la tapia. Primero se asoma Kosuke y después Kei. Una voluta fina de humo se eleva desde una hoguera de hojas secas rodeada de castañas que aún están envueltas en la cáscara de pinchos. Junto al fuego hay un montoncito ya pelado y, encima de las llamas, un saco de lino sujeto con palos. El humo lo atraviesa.

Sin embargo, Kosuke no se fija en ninguno de esos detalles. Está cautivado por la chica, que está sentada junto a su montón leyendo un libro y

abanicando el fuego de vez en cuando. Lleva el pelo recogido con un pañuelo; para evitar el olor a humo, supone Kosuke. Es muy hermosa y la tenue luz dorada la convierte en una imagen aún más irreal. Sus labios son dos trozos de piel de manzana, y Kosuke se muere por saber por qué se los pinta de ese color. Se muere por saber por qué y para quién.

—Ahí —susurra Kosuke—. Ahí tienes una.

Kei baja la mirada y ve que el pene de Kosuke está rozando los ladrillos. Se fija en cómo le tiembla el labio inferior y en que ha dejado de parpadear.

—De acuerdo —susurra Kei, y mira de nuevo a la joven—. Hay una.

Ella cierra el libro y luego los ojos e inclina la cara al sol, sin darse cuenta de que la observan.

FAVORES

Recorriendo las calles iluminadas de Roppongi, Iwata pasó por delante de embajadas extranjeras, escuelas internacionales, boutiques de diseño y galerías de arte moderno. El lujoso edificio Park Residences se erguía en la distancia, y él tomó un atajo por los jardines de rocas y cipreses del parque Hinokicho. Los cerezos que rodeaban el lago artificial estaban desnudos.

Se abrió paso a través de la melé de periodistas que había delante de Park Residences y se identificó ante los agentes de la puerta. El lujoso vestíbulo estaba vacío salvo por el conserje de uniforme imaculado que esperaba en el mostrador. Cruzó el pasillo luminoso de mármol rosado; a ambos lados había sillas y mesas modernas con lámparas caras.

De la pared colgaba una reproducción grande del cuadro de dos durmientes en rosa y verde de la serie «Escenas de refugio» de Henry Moore.

Tomó el ascensor hasta las suites de residentes del ático. La puerta se abrió a un pasillo iluminado con mucho gusto donde el aire tenía un ligero olor a madera y a limón y la moqueta era de lana pura. Había extraños cuadros al óleo de lagos y de bailarinas en playas oscuras. Iwata pasó por delante de la primera suite, que pertenecía a un famoso presentador de programas de variedades. Al final del pasillo, la puerta del apartamento de Mina Fong estaba abierta.

El interior era una mezcla espaciosa de verdes oscuros y amarillos champán y todas las superficies se complementaban. Habría sido un lugar tranquilo de no ser por los veinte miembros del equipo forense.

Al fondo de la vivienda, las cortinas ondeaban por la puerta abierta de la terraza. Iwata vio a Sakai.

Estaba sola, contemplando las vistas de Tokio, encogida por el frío, la melena corta alborotada por el viento.

—Sakai.

—Iwata.

—¿Te has enterado?

Sakai respondió que sí con la cabeza.

—¿Y sabes que Ezawa se ha suicidado?

—He hablado con Shindo esta mañana. —Miró por encima del hombro—. No deberías estar aquí, Iwata. Si Moroto vuelve...

A sus pies, el tráfico rodado discurría por líneas rectas y los trenes describían curvas. Millones de tokiotas fluían por todo el espacio disponible. Innumerables existencias. Áfidos deslizándose sobre un lago gris.

—¿Qué sabéis, Sakai?

—Otro asesino, la misma sensación de vacío. Mina Fong murió de una paliza, pero el agresor no dejó pruebas útiles. Están acelerando la investigación, aunque tampoco pueden dedicarle muchos más recursos.

—En un sitio como éste debe de haber un sistema de circuito cerrado.

—Sí, claro. En el aparcamiento, en el ascensor, en el vestíbulo... Más o menos por todas partes, a excepción de los pasillos y de las suites de los residentes. Tenemos imágenes de la noche del asesinato de un hombre sin identificar. El tipo pasa veinte minutos aquí arriba y luego aparece de nuevo en la cámara del ascensor. Sin que se le vea la cara.

Sakai entró y se sirvió un café de un termo.

—¿Qué dice el portero? —preguntó Iwata.

—Entró por el aparcamiento, así que el portero no lo vio.

—Entonces debe de tener una llave o algo así.

Sakai hizo una mueca con el primer sorbo de café y con un gesto le indicó que se apartase del equipo forense, un hervidero de actividad reunido junto a una pared ensangrentada. Se sentaron a una mesa de comedor larga lacada en negro: un perverso desayuno de luna de miel.

—La telemetría no ha aclarado nada. Los de la empresa de seguridad dicen que no les consta que haya habido entradas ni salidas de nadie que no sea residente. La última actividad registrada es la de su tarjeta de acceso, usada desde el exterior. Es decir, que era Fong regresando a casa.

—¿Y los visitantes?

—El portero tiene un registro, y ella no recibía muchas visitas. El último fue el inspector Akashi.

—¿Akashi? ¿Se conocían?

—Estaba investigando las amenazas de muerte que le enviaba un acosador.

Sakai señaló con la cabeza la montaña de cartas de admiradores que había sobre la mesa, todas en sobres de colores vivos.

—Me espera una semana divertida —dijo, y se apartó el flequillo de un soplido.

Iwata negó con la cabeza.

—A ver si lo he entendido bien: ¿la teoría es que un admirador trastornado consiguió que ella le abriese la puerta y después la mató?

Sakai le mostró una serie de amenazas de muerte muy coloridas.

—Sí, Iwata. En eso estamos basándonos.

A continuación le mostró unos fotogramas de la grabación de circuito cerrado en los que se veía a un hombre con una capucha negra.

—No todos los que oyen ruido de cascos por la ventana piensan que son cebras en lugar de caballos.

—¿Tienes copias?

—No. Pero mira esto: el 14 de febrero lo vemos llegar en bicicleta a las dos y doce de la madrugada.

—¿El 14? Eso es menos de veinticuatro horas después del asesinato de la familia Kaneshiro.

—Debía de haber luna llena. Atento a esto: llega en bicicleta hasta el aparcamiento y la deja en un punto ciego. Sube en ascensor hasta la última planta. A las dos y treinta y uno de la madrugada vuelve a aparecer en el aparcamiento y se marcha. No mira a la cámara ni una sola vez, como si supiera dónde están. De todos modos, la calidad es bastante mala.

—¿Y la bicicleta?

—De color azul oscuro o negro. Pero en este país hay setenta y dos millones de bicis.

Iwata se mordisqueó los labios absorto en sus pensamientos.

—¿Cuál es la compañía de seguridad?

—Hawk Security.

—¿Y no hay indicios de que alguien haya forzado la cerradura ni nada por el estilo?

Sakai entornó los ojos con incredulidad.

—Da la casualidad de que eso ya lo hemos tenido en cuenta. Y tu próxima pregunta será que si Mina Fong recibía amenazas de muerte, ¿por qué abrió la puerta por voluntad propia?

—A lo que tú contestarías...

—Que a lo mejor se había cansado y pensó que a la mierda con todo. O a lo mejor había pedido pizza. Puede que estuviese tan ciega de barbitúricos que abrió, sin más.

—¿Tomaba barbitúricos?

—Era una yonqui, joder. Su ayudante nos contó que los estudios habían amenazado con romper el contrato si no se ponía las pilas.

—¿Y dices que murió de una paliza? —preguntó Iwata.

Sakai buscó las fotografías del escenario del crimen y se las enseñó. Mina Fong estaba tendida boca arriba, desnuda y cubierta de sangre. Tenía los puños apretados y los ojos cerrados con fuerza, como un bebé berreando. Allí donde no había una película de sangre, la piel se veía morada. Tenía la cara inflamada, los labios gruesos, una seta de color rojo por nariz y los párpados cerrados por la hinchazón y ennegrecidos, como si se los hubiesen quemado.

—¿Se sabe la hora de la muerte? —preguntó Iwata al devolverle las instantáneas.

—El forense no ha sido muy concreto al respecto: entre las cuatro de la tarde y las ocho de la mañana. Pero el hombre sin identificar aparece en la grabación de seguridad en la madrugada del 14 de febrero, así que ése es el marco temporal que estamos manejando.

—Háblame de la denuncia por acoso.

—Fong se puso en contacto con la policía local hace unas semanas, pero no podía dar datos concretos. Puede que me estén siguiendo, puede que esto, puede que lo otro. No supo especificar hasta que le robaron el perro. Su ayudante lo había sacado de paseo al parque y dijo que un hombre se acercó a ella, le dio un puñetazo en la cara, se lo arrebató y se marchó antes de que pudiera reaccionar. No pudo proporcionar una descripción.

Sakai le pasó otra fotografía. El cadáver de Fong con un perro decapitado encima de la cara.

La agente movió las cejas mientras le daba un sorbo al café.

—Al menos podemos cerrar el caso del perro desaparecido, ¿no?

Iwata dejó las fotos en la mesa y se frotó los ojos. Sentía una mezcla frustrante de impotencia y *déjà vu*.

—Aquí hay algo que no encaja, Sakai.

—¿No irás a decirme que este asesinato es demasiado aburrido para ti?

—Todo lo contrario. Es una locura. Es de manual.

—No me jodas, Iwata.

—El apego patológico sigue un patrón bastante común. Hay varios tipos de acosadores que podrían ser relevantes, como un acosador obsesionado con el amor que haya idealizado a Fong desde la distancia. También podría ser un acosador doméstico, un hombre con el que haya mantenido relaciones sexuales en el pasado y que se niega a dar la relación por terminada. Las estadísticas dicen que este tipo es el más probable, aunque también podríamos estar hablando de un simple caso de erotomanía. Pero esto...

Sakai se acabó el café y dejó el vaso en la mesa con excesiva fuerza.

—Iwata, tu enciclopedia del FBI no nos importa una mierda. Ahora mismo ni siquiera eres policía.

—Puede que tengas razón, pero no me digas que el envoltorio de este caramelo no es demasiado perfecto.

—¿Vas a decirme que la amenaza de muerte y una muerte violenta una semana después no están relacionadas?

Iwata negó con la cabeza.

—Ése es el problema: por supuesto que las dos cosas están relacionadas. Pero es demasiado perfecto. El tipo que escribe esas cartas, que decapita a perros y se graba nombres en el brazo con una cuchilla, ese tipo deja pistas, Sakai.

Dio unos golpecitos con el dedo en la imagen granulada de la silueta con capucha.

—Pero éste no ha dejado nada. Tienes a todo un equipo forense buscando y no hay ni una mota de polvo. Si eso no te parece extraño...

Sakai se frotó las sienes.

—Vale, todavía no hemos encontrado nada, ¿y qué? Unos guantes y una capucha no lo convierten en un genio. Lo atraparemos.

Iwata curvó las comisuras de los labios hacia abajo.

—De acuerdo.

—Pero tú no has venido hasta aquí para ofrecerme tus consejos. ¿Qué quieres?

Él se mordisqueó el labio con aire ausente y negó con la cabeza.

—Mira, Iwata, sea lo que sea, vale más que lo digas ya.

El inspector extendió las palmas de las manos sobre la mesa.

—Ezawa ha muerto, y Fujimura nos ha cerrado el caso.

—Te lo habrá cerrado a ti.

—En lo que respecta a la Policía Metropolitana, el asesino del Sol Negro

está muerto y yo tengo un pie en la puerta. Pero los dos sabemos que él sigue ahí fuera.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me ayudes.

Ella soltó un resoplido.

—¿Que te ayude?

—Formamos un buen equipo.

—No, Iwata: yo te hacía los recados, que no es lo mismo. En cualquier caso, ¿qué ayuda puedo ofrecerte cuando esto ya se ha acabado?

Iwata se apartó la mata de cabello alborotado de la cara y se acarició el labio superior con el pulgar y el índice.

—¿Sabías que Moroto me ha denunciado? La vista para el proceso disciplinario se ha fijado para la semana que viene.

—Sí, lo sé.

—Quería pedirte que lo denuncies a él. No tienes que inventarte nada, sólo decir la verdad. Al menos eso demostraría que yo tenía motivos para pegarle.

Sakai le dedicó una sonrisa amarga.

—Iwata, ni siquiera has llegado a confiar en mí ¿y ahora me pides que corra riesgos por ti? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Te lo has planteado? ¿Porque valoro lo que le hiciste a Moroto? ¿Por los viejos tiempos? ¿O porque es lo que hacen las mujeres?

Iwata se pinzó el puente de la nariz.

—Sólo te pido que digas la verdad. Nada más.

Ella lo miró con rabia y se acercó a la mesa donde estaba la cafetera. Iwata miró el archivador del caso Fong y la siguió.

—Sakai, sin tu ayuda el caso se irá a la mierda.

—No, el que se va a la mierda eres tú.

—Igual que tú cuando el asesino del Sol Negro mate de nuevo.

Sakai salió al pasillo con el café, y se detuvo allí, rodeada por las mil miradas de Mina Fong.

—Mira, de acuerdo. Yo tampoco creo que Ezawa cometiese esos asesinatos. Pero no me jodas, ese caso no iba a ninguna parte. Lo hecho, hecho está. Fin.

—¿Y crees que el asesino también lo da por terminado?

—Lo que me pides no es tan sencillo, Iwata. Quieres que me posicione en contra de Moroto, pero ¿qué pasa con mi carrera?

—¿Cuál es el problema, tu carrera o Moroto?

Sakai le clavó un dedo en el pecho.

—Que te den.

—Oye, lo siento. Es que...

—¿Crees que llamándome «cobarde» vas a conseguir algo? Deja de actuar como si me hubieras hecho un favor. Lo que tú querías era ver quién la tenía más grande; ésa era la cuestión. Yo ahí no pintaba nada.

—Juntos trabajamos bien, y lo sabes. Nunca me había pasado y estoy seguro de que a ti tampoco. Podemos atraparlo.

—Tú y yo estábamos juntos por el caso del Sol Negro. Pero no nos unía nada más.

—Por favor, Sakai. Necesito que me ayudes.

Ella se mordió la lengua y bajó la voz.

—Fujimura no va a vivir para siempre. ¿Quién crees que heredará el trono cuando él ya no esté? ¿Crees que será Shindo sólo porque es el más viejo? Despierta, anda. Moroto es un gilipollas, en eso te doy la razón. Pero dime tres tíos de la Metropolitana que no lo sean.

Sakai negó con la cabeza al tiempo que respiraba fuerte por la nariz.

—Esta mañana lo he visto hablando con el fiscal. Sé que no hace falta que te lo diga más claro, Iwata. Cuenta con amigos dentro, pero cuando sale a jugar también los tiene fuera.

—Entonces, tu respuesta es que no.

—Pero ¿de qué sirve mi palabra? Desde el instante en que entraste por la puerta de la Primera División tu futuro ya estaba decidido. Pero éste, Iwata, éste es mi camino. Estamos hablando de mi trayectoria profesional. No pienso correr riesgos. Por nadie. Y menos aún por ti. Asume la responsabilidad de tus actos.

Iwata se inclinó hacia delante y le habló al oído.

—Yo soy el único que puede encontrar al asesino del Sol Negro. Lo sabes, ¿verdad?

Sakai lo apartó de un empujón.

—Que te vaya bien, Iwata.

Él se quedó mirando a una Mina Fong de diez años que sonreía junto a una niña casi idéntica. Entre las dos soplaban unas velas de cumpleaños. Mina miraba a la cámara para asegurarse de que la fotografía transmitía la felicidad del momento. La otra niña, que debía de ser su hermana mayor, miraba al

fotógrafo. Iwata infló las mejillas y se dirigió hacia la puerta. Pero algo le impidió abrirla.

Una de las fotografías estaba torcida, como si acabasen de recolocarla. Era la hermana de Mina Fong recibiendo un diploma escolar; miraba a la cámara con una sonrisa en los labios, algo tímida pero orgullosa.

Era la menos agraciada de las dos, más alta y rellena. Su sonrisa estaba menos pulida, pero transmitía mayor calidez. Iwata miró el pasillo: ésa era la única fotografía fuera de lugar. La posibilidad de que los miembros del equipo forense la hubieran dejado así le parecía remota.

«¿Quién ha sido?»

Pasó el dedo por encima del marco y la yema apareció cubierta de una especie de hollín fino y oscuro. Lo olió con cuidado y detectó un leve olor a quemado.

—Qué raro.

Comprobó los marcos de las demás fotografías, pero sólo halló polvo. Siguiendo un impulso, volvió a la mesa del comedor, se aseguró de que no había nadie mirando y cogió el archivo del caso. Al salir del apartamento, descolgó de la pared el retrato descolocado y también se lo llevó.

Una vez en el coche, Iwata marcó el número de la empresa de seguridad de Park Residences.

—Hawk Security.

—Soy el inspector Iwata del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio.

—¿Es por lo de la actriz?

—Eso es.

—Un momento.

Se oyó un clic y al cabo de un instante contestó una mujer de voz áspera.

—Diga.

—Soy el inspector Iwata y...

—Dígame lo que necesita.

—La grabación de las cámaras de circuito cerrado de Park Residences a lo largo de un periodo de cuarenta y ocho horas. Desde la mañana del día 13 hasta la noche del 14 de febrero. Necesito la planta donde vivía Mina Fong y todos los puntos de salida y entrada, además de fotogramas impresos. ¿Cuánto tardará?

—Si viene a buscarlo, podría tenerlo listo dentro de una hora.

—Voy para allá.

Colgó, cogió la carpeta que acababa de robar de la mesa y la hojeó hasta que llegó a la página que le interesaba.

MINA FONG: FAMILIARES DIRECTOS

PADRE: Shoei Nakashino.
Ciudadano japonés. Fallecido: causas naturales.

MADRE: Mary Fong.
Residente del hospital psiquiátrico Green Park (Hong Kong).

HERMANOS: Jennifer Fong.
Fallecida: suicidio/muerte accidental. Centro médico de Cathay Pacific (Hong Kong).

Iwata miró la fotografía de Jennifer Fong que se había llevado de la vivienda. Observó sus ojos alegres.

—¿Qué te pasó?

La lluvia empezó a tamborilear en el parabrisas y él tardó unos instantes en tomar la decisión. A continuación, buscó un nombre en la agenda de contactos.

TABA

Hizo oscilar el teléfono en la mano, como si quisiera comprobar el peso.

—No queda otra.

Soltó aire y marcó. Tras cinco tonos, contestó una voz conocida.

—Comisaría de Chōshi.

—¿Taba?

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo.

—¿Iwata?

—El mismo.

Se produjo un silencio extraño antes de que Taba hablase de nuevo. Iwata se preguntó si iba a colgar.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me hagas un favor.

Taba soltó una carcajada.

—Después de cómo te comportaste, ¿de verdad vas a pedirme un favor?

—Lo siento, pero no me queda más remedio. Sé que no lo merezco, pero

no tengo alternativa.

Oyó a Taba dar una calada y soplar el humo con incredulidad.

—Nadie tiene más huevos que Kosuke Iwata.

—Mira, Taba, siento haberte llamado. De verdad. Pero esto no tiene nada que ver con lo nuestro. Estoy investigando a un asesino en serie. Algo que nunca se había visto. Por eso te pido ayuda por última vez. No volverás a saber de mí.

Oyó otra calada y otra exhalación. Iwata imaginó a Taba sentado a su mesa. Si girase la silla, desde la ventana vería la puesta de sol en el océano.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

—¿Un asesino en serie?

—El peor que haya visto.

Taba suspiró.

—Después de esto, por mucho que me ayudases al principio, estamos en paces. ¿Lo entiendes? No quiero volver a saber de ti. Joder, más te vale que nos dejes a mi mujer y a mí en paz.

—Por supuesto.

—¿Qué quieres?

—¿Tu cuñado todavía está en la policía de Hong Kong?

APARECIÓ EN EL MAR

El vuelo de Hong Kong Express Airways de las seis y veinte que salía del aeropuerto de Haneda tardó casi cinco horas en llegar a su destino.

Iwata las pasó estudiando el caso Mina Fong y las fotografías que había recogido en Hawk Security. Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Hong Kong, se había resfriado. En la terminal de llegadas se sentó con un café insípido y esperó. Pasó media hora antes de que se le acercase un hombre delgado de cejas prominentes con las manos en los bolsillos.

—Tú —le dijo en inglés—, ¿eres Iwata?

—Eso es.

—Pasado mañana a las ocho de la mañana en el centro médico de Cathay Pacific. El doctor Wai estará esperándote.

—Gracias.

—No sé qué haces aquí. No sé por qué Taba ha decidido ayudarte, pero sé lo que les hiciste a mi hermana y a él, y lo mejor para ti será que no vuelvas a cruzarte en mi camino.

El hombre se marchó. Iwata se tomó un par de anticongestivos y fue hacia la parada de taxis.

El que cogió fue sorteando la neblina de las calles de la isla Lantau hasta cruzar los puentes que conducían a Tuen Mun. Llegaron al hospital psiquiátrico Green Peak a las dos de la tarde, e Iwata se apeó con el equipaje. Fuera lloviznaba. Miró el viejo edificio que estaba encaramado en una de las lomas con vistas a la playa Butterfly. Era una antigua construcción británica erigida en una época en que la tranquilidad y el océano eran los únicos remedios disponibles para aquellos que sufrían trastornos mentales.

Un hombre corpulento vestido con un traje de lino color crema lo esperaba en la escalinata. Su cara redonda y aseada asomó por debajo de un paraguas caro.

—¿Señor Iwata? Soy el señor Lee, el abogado de la familia Fong.

—Gracias por recibirme, señor Lee.

—Bienvenido a Hong Kong. —Le estrechó la mano sin firmeza ni calidez —. Debo decir que su inglés es excelente. Al menos para un japonés.

Su risa se elevó estridente. Iwata lo siguió hasta la recepción, donde una enfermera sonrió y los hizo pasar.

—La señora Fong ya no recibe visitas, así que seguro que se alegrará. Aunque ella no hable mucho, escucha.

Lee lo condujo por una sala grande con puertas acristaladas donde algunos pacientes ancianos leían la prensa o dormitaban. El volumen de las noticias que se emitían por la televisión era ensordecedor. Al llegar a las puertas del jardín, el abogado se detuvo.

—Señor Iwata, creo que es mejor que vaya usted solo. Si ella me ve llegar, pensará que le traigo más malas noticias. Como ya sabe, los últimos años han sido terribles.

Iwata le dio las gracias al corpulento jurista y salió a la extensión vasta de césped con vistas a los rascacielos de Hong Kong. Mary Fong estaba sentada debajo de una sombrilla de lona blanca, envuelta en una manta. Detrás de las gafas de sol, su rostro carecía de expresión. Iwata tuvo una visión de Cleo como una anciana marchita, babeando en silencio con la mirada fija en el mismo horizonte imperturbable.

«Contigo soy feliz.»

Mientras trataba de combatir la sensación de que ya había estado allí, se agachó junto a la anciana.

—Hola, señora Fong. Soy Kosuke.

Ella volvió la cabeza para mirarlo, pero no respondió. Al cabo de un momento, continuó admirando las vistas.

—Sé que ha hablado varias veces sobre sus hijas con la policía, pero me preguntaba si me permitiría molestarla unos minutos. He venido desde Tokio.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

—¿Tokio? Anda...

—Eso es. Señora Fong, ya sabe que todavía no han detenido a nadie en relación con el asesinato de Mina, y espero que sea sólo cuestión de tiempo. Pero no he venido por eso.

A lo lejos, las gaviotas pendían de un fondo gris; no se veían distintas de las que sobrevolaban la bahía de Sagami. Por encima de ellas, los aviones

aparecían apesadumbrados, en pleno descenso. Iwata sacó la fotografía que se había llevado del apartamento de Mina y se la mostró a Mary Fong, que dio un levísimo respingo y apartó la mirada.

—Señora Fong, necesito que me ayude.

—Por supuesto. —Hablaba inglés con un acento sutil—. Ya que ha venido hasta aquí.

—Según tengo entendido, Jennifer falleció hace unos años en un accidente de navegación o algo así.

Ella se rió, a la defensiva.

—Querido, se equivoca de persona: Jennifer está sana y salva. De hecho, creo que han debido de cruzarse por el camino.

—¿Ha venido a visitarla?

—Hace unos minutos.

—Señora Fong, por lo que he averiguado, el cadáver de Jennifer apareció en el mar. A una distancia considerable de la costa, de hecho. ¿Conocía a alguien que tuviera un barco? ¿Un novio, quizá?

«Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

Mary Fong se rió y lo miró por encima de las gafas. Tenía los ojos enrojecidos y llorosos.

—Jennifer es muy buena chica. Ella no haría cosas así.

—Que yo sepa, las autoridades dictaminaron que se trataba de una muerte accidental o de un posible suicidio. ¿Notó alguna diferencia en su comportamiento en las fechas de su muerte? ¿Le dio motivos para preocuparse? ¿Le pareció que fuera infeliz?

Mary Fong apartó la mirada y se cubrió todavía más con las mantas. Su cuerpo parecía frágil.

—Jennifer es una buena chica.

—Siento tener que preguntárselo, señora Fong, pero debo tener muy claro qué fue lo que ocurrió.

Ella frunció un poco el ceño.

—Siento que haya venido desde tan lejos, pero creo que se equivoca de persona. Estoy muy cansada, la verdad, y ya no tengo la memoria que tenía.

Iwata se levantó y estiró las piernas. Cogió una silla de una mesa vecina.

—¿Le importa que fume, señora Fong?

—Adelante. Dígame, ¿han florecido ya los cerezos en Beppu?

Iwata expulsó el humo.

—¿Beppu?

El cigarrillo le botó en los labios.

—Un lugar maravilloso para una luna de miel. ¿Qué tiempo hace allí ahora mismo?

—No lo sé. Pero en Tokio es demasiado pronto para los cerezos.

—Ah, Tokio.

Inhaló con placer, como si estuviera paseando por el parque Yoyogi y olierá el aire cargado de la fragancia de los cerezos.

—Usted conoce Tokio, ¿verdad? ¿Iba a visitar a Mina?

—Es una niña preciosa. Cuando acabe la escuela Mina quiere ser actriz, ¿puede creerlo?

Iwata fumó en silencio y, al acabar, apagó el cigarrillo. Las nubes que se cernían sobre Hong Kong se oscurecían por momentos. Miró la hora.

—A veces me preocupo por ella —dijo la mujer, y suspiró—. ¿Sabe que nunca me visita?

—¿Le suenan de algo los nombres Yuko y Terai Ohba?

—No los he oído nunca.

—¿Qué me dice de la familia Kaneshiro?

—Lo siento, pero tampoco.

—Gracias por concederme su tiempo, señora Fong.

—Adiós, cariño. Si no le importa, dígame a Jennifer que necesito que me corten el pelo.

Iwata se levantó y dejó a Mary Fong con sus recuerdos.

Fuera del hospital, el señor Lee lo esperaba contemplando la lluvia desde la escalinata.

—¿Le ha sido de ayuda?

—Por desgracia no.

El abogado metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un juego de llaves.

—La dirección está escrita en el llavero.

—Gracias por su colaboración, señor Lee.

—Espero que encuentre lo que busca, inspector.

Iwata echó a caminar colina abajo, hacia la costa.

Mientras el ferri cruzaba la bahía sin prisa, Iwata comió un par de *onigiri* contemplando las olas. Sabía que el resfriado empeoraría antes de empezar a mejorar.

Cuando la embarcación atracó, el inspector exploró Discovery Bay. Era una urbanización residencial con forma de caballito de mar construida al pie de unas montañas verdes que se elevaban desde el mismo océano. Pasó por delante de modernos complejos de apartamentos, chalets de lujo, restaurantes caros y varios clubs exclusivos para socios. A esas horas, los únicos transeúntes eran madres recientes que paseaban con cochecitos de bebé de los que costaban el sueldo de dos meses, y parejas de ancianos vestidos para jugar al tenis.

Al cabo de casi una hora, Iwata dio por fin con el bloque de pisos donde la señora Fong tenía el apartamento. Era una especie de añadido de hormigón a un extremo de la bahía. Subió en ascensor a la última planta, abrió la puerta del número 912 y de inmediato lo recibió el hedor de flores muertas. Se fijó en los espejos de marco dorado, en las campanillas de viento inmóviles y en los dibujos de pájaros con la tinta desvaída. A mano derecha vio el dormitorio de la señora Fong y el baño; a la izquierda, las habitaciones de sus hijas.

La de Mina era espaciosa y las paredes de color naranja estaban adornadas con pegatinas y su nombre escrito con conchas marinas. La ventana tenía vistas al mar y debajo había un armario con un lavamanos. Las paredes eran un popurrí de recortes de revistas y de torsos adolescentes. Iwata pasó la siguiente hora registrando el dormitorio, pero no encontró nada más que las piezas de una vida que Mina había dejado atrás. Los escondrijos no contenían nada interesante y en el armario sólo halló ropa. No había nada que Iwata pudiera vincular a su nueva vida en Japón.

Sentado al escritorio, leyó boletines de notas muy buenas que más adelante mostraban un descenso pronunciado, e informes que hablaban de una inteligencia natural deslucida por su actitud irascible. La imaginó sentada delante del profesor el día de las visitas de los padres. A su lado, su madre, agotada de trabajar en vuelos de larga distancia, pero asintiendo con solemnidad ante las palabras del maestro.

«Si Mina se aplicase, podría estudiar en cualquier parte del mundo: tiene toda una vida por delante.»

Sin embargo, Iwata sabía cómo había terminado la historia. A los dieciocho dejaría la London School of Economics para labrarse una carrera como modelo en Tokio, donde la encontrarían la celebridad y la riqueza. Además de la soledad y los barbitúricos. Al final, acabaría asesinada en su

propio apartamento.

Dolorido y cansado, Iwata fue al baño y se tomó otro anticongestivo con agua del grifo. Abrió la puerta del dormitorio de Jennifer: un espacio más pequeño de paredes de color lila. El tono debía de ser, o bien el favorito de Jennifer, o una reacción a la tiranía del naranja chillón de la hermana pequeña. Había un único póster de Bon Iver. En un rincón vio un perro de peluche de tamaño casi natural metido en una bolsa de plástico transparente después de haber pasado por la limpieza en seco. Imaginó a Jennifer con el perro de ojos vidriosos y sonrisa permanente; las lágrimas y los secretos que le habría susurrado al cuello a lo largo de los años.

Se sentó en la cama y sacó el horario de los ferris. Calculó que Mina y su hermana debían de despertarse todas las mañanas a las cinco y media para coger el barco y llegar a tiempo al autobús escolar. Sabía que el padre había contribuido de forma habitual con la pensión, pero el salario que la señora Fong ganaba en Cathay Pacific siempre había sido escaso. Una vez pagados la matrícula escolar y el alquiler, su vida rara vez habría dejado de ser dura todos esos años.

Iwata se puso a registrar el dormitorio; revolvió cajones, miró debajo de la cama y desplegó ropa doblada. Pero no encontró nada. El colchón tan sólo escondía un recibo de compra olvidado de un vestido veraniego barato. En el interior de los altavoces del reproductor de música no había más que cables; dentro de los libros, páginas. Palpó la parte trasera del espejo, pero sólo notó cristal.

Entonces abrió el cajón de la ropa interior y allí, debajo de los calcetines doblados, encontró unos diarios. Jennifer Fong había llenado cinco cuadernos grandes y gruesos durante su corta vida y los guardaba todos juntos. Las entradas carecían de fecha, pero estaban escritas en inglés, e Iwata pasó las siguientes dos horas devorando las esperanzas y los miedos de la joven fallecida. Sus confesiones de deseo y de odio.

De niña todo el mundo le decía lo bonita que era, y a medida que fue haciéndose más alta y robusta, esos cumplidos los heredó Mina. A menudo Jennifer se preocupaba por su cuerpo; era más alta que la mayoría de sus amigas y tenía la cintura ancha y los pechos grandes. La ropa dejó de quedarle bien y concluyó que debía de estar gorda. La relación con sus amigas era complicada. De vez en cuando volcaba su amor por ellas en la página con la esperanza de que el suyo fuese un vínculo de por vida, pero era

más habitual que las viese como un compromiso secundario, una inconveniencia que no le interesaba demasiado. En cambio, mantenía una relación muy estrecha con su hermana y con su madre, a pesar de que discutían a menudo.

Según fueron creciendo, la mayoría de las amigas de Jennifer empezaron a tener pareja, pero cuando ella conocía a un chico que le gustaba, sentía que su falta de atractivo le impedía empezar una relación. Con dieciséis años, en una excursión del instituto, un chico inglés llamado Neil inició una conversación con ella e insistió en lo hermosa que era. Él era delgado, más bajo que ella, de expresiones faciales torpes y, además, llevaba ortodoncia. Pero hasta entonces nadie se había interesado por ella. Cuando le propuso que se viesen al día siguiente, Jennifer accedió.

Neil la llevó a dar un paseo de tres horas por toda la ciudad antes de dirigirse a la playa. El cielo estaba de un gris acorazado y en la distancia se gestaba una tormenta. Sobre la arena húmeda, se sentaron a compartir una lata de Coca-Cola sin decir nada. Cuando se acabó, Neil la besó y, mientras saboreaba el dulzor metálico de su saliva, Jennifer supo que eso no era lo que quería.

De camino a casa se echó a llorar sin saber por qué. Cuando se lo contó a sus amigas, éstas formaron tal alboroto que sintió que, por lo menos, su vida comenzaba a ser más interesante. De repente tenía la impresión de que pronto le pasarían cosas importantes; dejó de llevar gafas y empezó a tomar la píldora. No volvió a hablar con Neil hasta pasados varios años, aunque por lo visto forjaron una estrecha amistad cuando retomaron el contacto.

Jennifer siempre les había caído bien a los profesores, tal vez porque su hermana pequeña era proclive a las pataletas. A diferencia de ella, y a pesar de no demostrar el mismo potencial académico, era simpática y agradable. De hecho, la única animosidad detectable en cualquiera de los diarios la dirigía hacia su padre, un ciudadano japonés llamado Shoei Nakashino.

A menudo, Mina y su padre incordiaban a Jennifer. La llamaban «cachorro de elefante» y daban pisotones por la casa derribando cosas con sus trompas imaginarias. Era uno de los pocos juegos que él parecía disfrutar con las dos. Y Jennifer no permitía que se le escapase ni una sola lágrima hasta que todo terminaba.

Cuando él las llevaba a la playa, las vigilaba desde lejos vestido de traje, con el nudo de la corbata un poco aflojado y una gorra de béisbol para

cubrirse la calva como única concesión a la informalidad. Jennifer lo llamaba para que se bañase con ellas, pero él, oculto tras el periódico, fingía no darse cuenta.

Iwata saltó unas páginas hasta llegar a bien avanzada la adolescencia.

Mi padre nos ha llamado. Vendrá dos días de visita y quiere que reserve una mesa para nuestra «habitual» comida para tres. Él lo llama «habitual», aunque en la práctica esto signifique anual. He propuesto invitar a mi madre, pero ni que decir tiene que le ha parecido una idea ridícula. La verdad es que ya no le veo sentido. Cancela todas las cenas dos o tres veces y cuando por fin conseguimos que llegue el día, él se limita a escuchar a medias y a mirar la hora sin parar. Ya ni siquiera me mira a los ojos; en cuanto me crecieron los pechos, dejó de hacerlo. Quizá piensa que ya no soy una niña y que ya ha cumplido con el papel de padre.

Shoei Nakashino había fallecido dos semanas antes de su cincuenta y seis cumpleaños: un típico ataque al corazón, en las oficinas londinenses de un conglomerado dedicado a la fabricación de pañales. Jennifer, Mina y Mary Fong asistieron al funeral, donde la segunda familia de Nakashino les hizo el vacío.

En el diario, Jennifer reflexionaba breve y tristemente sobre la muerte. Le dolía ver que tendría que esperar todo un año antes de empezar la universidad y estaba desesperada por que ocurriese algo o surgiera alguien.

A medida que el diario se acercaba a su fin, a Iwata le dio la sensación de que una persona había aparecido en su vida.

Entre las páginas guardaba entradas de cine y un pétalo seco de hibisco. Debajo, unas palabras sencillas: «Jamás había conocido a nadie como él.»

Sin introducción ni explicaciones ni desahogos sobre el primer amor. Sólo una frase. Iwata regresó al principio y lo leyó todo por segunda vez, pero no encontró más menciones de «él».

Miró la hora, guardó los cuadernos en su nido y entornó los ojos contemplando las fotografías que había alrededor del marco del espejo. La mayoría eran de Mary y de Mina, ambas fotogénicas por naturaleza. Sólo había una de Jennifer. Estaba sentada en la playa, protegiéndose los ojos de los rayos de sol del atardecer. Tenía el pelo mojado del mar y la luz anaranjada de la instantánea captaba a la perfección los músculos del brazo.

Iwata sabía que ella era buena nadadora: tenía guardadas cartas de la autoridad de costas agradeciéndole su trabajo voluntario como socorrista.

«Adoro el mar. Es lo único que echaré de menos el año que viene.»

El año siguiente había pasado, sin más.

Iwata se sentó al escritorio y abrió el anuario. Estudió las caras y los nombres preguntándose quiénes de ellos conocían a Jennifer, quién la odiaba o la amaba desde la distancia.

Contrastando la información con el diario, sólo reconoció tres nombres del anuario: Kelly Ho, Susan Cheung, Neil Markham.

Lo cerró y repasó la dirección en pan de oro con el dedo.

SI ES QUE SE TRATA DE UN HOMBRE

En el taxi, Iwata aceptó los cargos por *roaming* y le echó un vistazo a la página web del instituto. La Escuela Internacional North Point cumplía ya su trigésimo aniversario con una cohorte de estudiantes que superaba los mil quinientos y una relación de un maestro por cada nueve alumnos. El importe de la matrícula anual de párvulos era de quince mil quinientos dólares, mientras que los cursos de secundaria y de bachillerato ascendían a veinticuatro mil. El director era un suizo con un doctorado en Economía y amplia experiencia en gestión de centros educativos en Europa, Estados Unidos y Asia.

La calle que llevaba a la institución estaba flanqueada por eucaliptos. Los chóferes se reunían refugiándose bajo los paraguas mientras fumaban y charlaban. Cuando el niño que les correspondía cruzaba la verja, se apresuraban a apagar el cigarrillo y esbozar una sonrisa.

El taxi se detuvo al final de la calle, e Iwata observó mientras salían los estudiantes más rezagados. No había cortes de pelo rebeldes, *piercings* en la cara, ni parejas besándose.

Cerró los ojos y vio un edificio grande con ventanas altas en mitad de un campo vacío.

«Debes de estar muy cansado, Kosuke.»

De pronto sintió náuseas y ahuyentó el recuerdo. Pagó al taxista, subió la escalinata y le mostró la placa del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio al guardia de seguridad.

Una vez dentro, en el pasillo detectó un leve olor a pies y a linóleo. La escuela no se parecía en nada al orfanato Sakuza, pero el olor era el eco perfecto. Consultó el plano y subió en ascensor hasta la última planta. Al llegar al final del pasillo, llamó a una puerta donde había una placa de latón.

Le abrió la puerta un hombre calvo y rechoncho de tez pálida con un par de gafas al aire. Vestía traje de color habano con un pañuelo de seda rojo en el bolsillo de la pechera y llevaba un único anillo de oro. Tenía pecas en la nariz y expresión curiosa. Iwata alzó la placa de nuevo.

—¿Doctor Rossetti? Soy el inspector Iwata, de la Policía Metropolitana de Tokio. ¿Me concede unos minutos?

—Vaya... Sí, pase.

La ventana, que iba del suelo al techo, enmarcaba la ciudad de Hong Kong y su mar de jade como un lienzo. Iwata se sentó en un sillón caro de cuero, delante de un escritorio de cristal de Murano.

—Ha venido desde muy lejos. Supongo que no está aquí para preguntar por nuestro sistema de admisiones.

Su risa era un repiqueteo empalagoso.

—No, quiero preguntar por dos ex alumnas. Mina y Jennifer Fong.

—Sí, por supuesto. —La sonrisa de Rossetti se extinguió—. La noticia nos apenó mucho. Qué episodio tan terrible. ¿Está investigándolo usted?

Iwata asintió con vaguedad.

—Doctor Rossetti, ¿sabe usted si Jennifer tuvo alguna relación mientras estudiaba aquí?

—¿Jennifer? No, no recuerdo haber oído nada por el estilo.

Rossetti se pellizcó la barbilla con delicadeza y tiró de ella como si fuese una fruta pequeña.

—¿Tenía alguna característica que llamase la atención?

—Si le soy sincero, inspector...

—Iwata.

—Iwata. ¿Qué significa su apellido, si no es molestia?

—Arrozal pedregoso. Usted decía que...

—Si le soy sincero, Jennifer siempre dio la impresión de ser muy tímida. Esas cosas no casaban con ella.

—Doctor Rossetti, necesito los datos de contacto de tres ex alumnos.

—Eso no es un problema, pero lo cierto es que estaba a punto de salir. ¿Le importa si le envío la información mañana o...?

—No voy a estar aquí mucho tiempo, señor. Le agradecería que me los diese ahora. El primer nombre es Susan Cheung.

Rossetti exhaló y se acercó a un archivador grande de color gris.

—Tal vez tenga suerte. Intentamos mantener los datos actualizados, por las

reuniones de antiguos alumnos y las funciones que organizamos para recaudar fondos. Vamos a ver, Susan Cheung. Si no recuerdo mal, era un poco revoltosa. Aquí está... Pues no, siento decirle que sólo tengo una dirección, pero la última carta que le enviamos nos la devolvieron. Debe de haberse mudado.

—¿Qué me dice de Kelly Ho?

—Ah, sí, Kelly. A ella la conozco mucho más; trabajó aquí durante un año.

—¿Es maestra?

—Así es. Bueno, lo fue un tiempo.

—¿Por qué se marchó?

Rossetti cambió de postura con cierto azoramiento.

—La señorita Ho era buena maestra, pero conoció a su marido y..., bueno, ya sabe cómo son las cosas. ¿Cuál era el tercer nombre?

—Neil Markham.

Rossetti alzó la mirada del archivo.

—¿Tiene que ver con lo que ha aparecido en los periódicos?

—No me consta que Neil Markham haya salido en la prensa.

—Como usted diga.

Rossetti se sentó de nuevo, anotó dos direcciones en un cuaderno y arrancó la página como si fuera una receta médica.

—La primera es de Kelly Ho. La segunda, de Neil Markham. Deles recuerdos de mi parte cuando los vea, por favor.

Iwata se levantó y se despidió con una reverencia deslucida.

El taxi se detuvo delante de la tapia que rodeaba la hermosa urbanización: muros altos y blancos y barandillas metálicas. Iwata estornudó y se secó el lagrimeo de los ojos con un pañuelo de papel mientras cruzaba jardines de palmeras y césped de un verdor perfecto. Era como un pueblo pequeño y rico, construido en mitad de un campo de golf. Había piscinas con forma de riñón de aguas en calma y oscuras; estatuas de leones de falso mármol que montaban guardia junto a la entrada de las casas. A excepción del zumbido lejano de los aviones y de los ladridos de un perro, la urbanización estaba en silencio.

Iwata miró la hora mientras iba pasando por delante de varias casas idénticas entre sí. Eran las siete de la tarde. Se detuvo frente al número 14 y llamó al timbre. Una mujer baja de rostro amable pero cansado abrió la puerta. Kelly Ho estaba poniéndose un pendiente y parecía haberse

maquillado con prisas. Le brillaban los labios y el peinado era caro, pero tenía una leve franja rosada alrededor de los ojos y olía a leche.

—Entre, inspector, por favor.

—Siento no haber podido avisarla con más antelación.

—No se preocupe. Pase, es por aquí.

La madera oscura de los suelos relucía y en casi todas las superficies había flores frescas. Las lámparas emitían una luz suave. Le indicó que se sentase en el gran sofá blanco cargado de cojines. Sobre la mesita había un ejemplar de *El secreto*, de Donna Tartt, y en un rincón parpadeaba un vigilabebés.

Iwata apartó la mirada.

—¿Le apetece un café?

—Se lo agradecería mucho.

Kelly Ho regresó al cabo de un momento con una cafetera, dos vasitos y un tarro pequeño de miel. Le sirvió un café a Iwata y añadió una cucharada de miel.

«Miel para mi abejita.»

—¿Está bien, inspector?

—Sí —respondió él apretando los dientes—. Es que volar no me sienta bien.

Ella se sentó frente a Iwata, recogió los pies descalzos debajo de las piernas y se arropó el cuerpo menudo con la chaqueta de punto.

—Mi marido viaja en avión muy a menudo, le pasa lo mismo.

—¿A qué se dedica?

Ella hizo un gesto con las manos que abarcaba el espacio enorme de la vivienda.

—Trabaja en banca de inversión.

Iwata se rió, luego tosió.

—Ahora mismo está en Dinamarca, ha ido a ver a su madre. Está enferma.

—Lo siento mucho. ¿Es danés?

Ella asintió con la cabeza.

—Y usted, inspector, ¿está casado?

Iwata bebió un trago de café caliente sin notar ningún sabor.

—Sí. —Esbozó una sonrisa débil—. ¿A qué se dedica usted, señora Ho?

—Lund. Ahora me llamo Kelly Lund. Ya hace un par de años, pero todavía estoy acostumbrándome. En cuanto a mi ocupación —dijo, y señaló por encima del hombro con la cabeza—, cuido del bebé. Leo libros. Les abro

la puerta a detectives a los que no conozco.

Intercambiaron una sonrisa de cortesía, y ella posó el vasito sin hacer ruido.

—Por teléfono me ha dicho, inspector, que estaba investigando el asesinato de Mina Fong. Pero tengo que preguntarle qué motivos tiene un policía de Tokio para venir hasta aquí a hablar conmigo. Yo apenas la conocía.

Iwata se acabó el café y dejó el vaso junto al de ella.

—Pero sí conocía a Jennifer.

La tristeza invadió la expresión de Kelly Lund y, en un acto reflejo, miró el vigilabebés; su hijo dormido todavía no sabía nada del mundo que le esperaba.

—¿Por qué quiere hablar de Jennifer?

—Porque quiero averiguar si su fallecimiento fue accidental, un suicidio o si fue otra cosa.

Ella lo miró a los ojos un segundo.

—No me creo que se suicidase.

—¿Por qué lo dice?

—Porque la conocía bien. La mera idea es ridícula. No sé explicarlo, pero nunca me ha cuadrado.

—¿Ella no haría algo así?

—No, en absoluto. Y la idea de que muriese de una sobredosis en el barco de un desconocido es igual de estúpida. Nada de eso parece propio de Jen.

Iwata le enseñó la impresión del fotograma de la grabación de circuito cerrado de Park Residences en el que aparecía el hombre encapuchado y sin identificar.

—Supongo que no reconocerá a este hombre. Aunque sea la ropa.

—No, ¿quién podría reconocerlo así?

—Las imágenes son del bloque donde vivía Mina, del día en que la asesinaron.

Lund miró al hombre de la imagen y después a Iwata.

—¿Cree que quienquiera que la mató también fue responsable de la muerte de Jennifer?

—Es una posibilidad que no puedo descartar.

Iwata guardó la fotografía en la bolsa y le mostró un recorte de periódico de la inauguración de la exposición sobre culturas precolombinas en el Museo Nacional de Tokio.

—¿Qué me dice de él? Es el doctor Igarashi.

Kelly Lund forzó la vista para verlo mejor y negó con la cabeza. Iwata cambió de táctica.

—¿Sabe si Jennifer estaba saliendo con alguien durante el año anterior a su muerte?

—No lo creo. De vez en cuando hablábamos por teléfono y alguna vez quedamos para tomar un café; nunca mencionó nada.

—¿Cree que se lo habría contado?

—Sin duda. Ella prefería escuchar que hablar, eso es obvio, pero no había motivos para que me ocultase algo así.

—¿Tenía amigos con acceso a alguna embarcación?

—Varios. Las dos estudiamos con gente muy adinerada. Pero no puedo nombrar ni a una sola capaz de permitir que se ahogara de ese modo. Ni que navegasen hasta tan lejos. No tiene sentido.

Iwata reflexionó y miró la hoja que le había dado Rossetti.

—¿Qué puede decirme de Neil Markham?

—Un tipo muy agradable. Jennifer y él tuvieron una historia breve cuando éramos adolescentes, pero no me imagino que él haya tenido nada que ver.

—¿Tenía barco?

—Que yo sepa no. Pero hace unos años ganó una fortuna con no sé qué página web de exportación de coches, así que es posible que ahora sí lo tenga.

Iwata notó que el cansancio se acentuaba y tuvo que recostarse un momento en el sillón. Detrás de él había un óleo de un precioso amanecer rosado. Un acantilado bañado de naranja; las rocas del fondo, una mandíbula partida.

«Contigo soy feliz.»

—¿Está bien?

—Sí, es que... estoy en baja forma.

«Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

—Un momento, voy a por un vaso de agua fría.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

Iwata negó con la cabeza.

—No se moleste. Debería irme.

Se levantó y tosió. Estaba helado, pero tenía el cuello, la frente y los muslos cubiertos de sudor.

—Gracias por atenderme. Y por el café.

Kelly Lund se encogió de hombros.

—No creo haber sido de gran ayuda. Si se le ocurre alguna cosa más, aquí estaré.

Lund abrió la puerta y les llegó el ruido sibilante de la lluvia.

—De hecho, sí hay una cosa: ¿tiene la dirección de Susan Cheung?

Lund vaciló un instante antes de asentir, y volvió enseguida con una nota de papel.

—Es posible que no esté en casa hasta la mañana. Vaya con cuidado por esa zona.

—¿Ya no son amigas?

—Bueno... Nos movemos en círculos distintos.

—De nuevo, muchas gracias por su ayuda, señora Lund.

—Espero que atrape a ese hombre, inspector Iwata. Si es que se trata de un hombre.

UN PROMONTORIO SOLITARIO

Iwata aparcó el Volkswagen Golf de alquiler delante de un complejo de viviendas de lujo situado en una curva tranquila de South Bay Road. Apagó el motor, cruzó la calle y llamó al timbre de Neil Markham.

Contestó una voz cansada de mujer.

—¿Sí?

—Estoy buscando al señor Markham, necesito hablar con él sobre...

—Son más de las diez, por Dios. ¿Es que no dormís nunca?

Iwata oyó una voz masculina en un segundo plano antes de que la mujer se pusiera de nuevo al telefonillo.

—Estás perdiendo el tiempo. Mi marido no piensa hablar contigo.

—Pero...

—Lárgate, anda.

El intercomunicador quedó en silencio, e Iwata sintió una presencia a su izquierda.

—A ti no te había visto nunca por aquí.

Junto a la puerta, sentado en la penumbra con las piernas cruzadas, había un hombre con voz de fumador. Llevaba un impermeable y estaba escuchando una radio portátil y bebiendo café de un termo.

—¿Disculpe?

—¿De qué periódico eres?

—De ninguno. Soy un inspector de policía de Japón.

El tipo frunció los labios.

—¿De Japón? ¿Qué tiene este tipo con la policía japonesa?

—No se lo puedo decir, lo siento.

—Pues vaya semana lleva.

—¿Por qué?

—Claro, que tú eres de fuera. Neil Markham era un VIP de los círculos de

negocios de la zona: «Los cuarenta más influyentes por debajo de los cuarenta», para que te hagas a la idea. Unos años atrás puso en marcha un negocio de exportación de vehículos de lujo que le iba muy bien. Pero hace unos días salió a la luz que los de Hacienda van detrás de él.

—¿Por los impuestos?

—Sí. Y no hay nada que le guste más a mi editor que una estrella caída en desgracia. Lo que nos lleva a por qué estoy aquí de pícnic.

El periodista señaló el termo y una fiambarrera con el mentón.

—Gracias.

Iwata regresó al coche y pasó las siguientes dos horas estornudando y temblando.

Justo después de las once de la noche, se abrió la puerta del garaje y de él salió un deportivo de color verde lima. Iwata reconoció al conductor de inmediato por la foto del anuario de Jennifer. El vehículo de Neil Markham cogía velocidad en dirección al norte. Iwata arrancó el motor.

La carretera estrecha serpenteaba entre tajadas de bosque y paredes verticales de roca. Markham, pegado al asfalto, doblaba el límite permitido de velocidad.

Al final, paró en un semáforo en rojo.

Iwata detuvo el coche a su lado y lo miró. En el resplandor azulado de su deportivo, Markham miraba la luz roja con impaciencia. Iwata se dio cuenta de que se había convertido en un hombre de aspecto normal, de que los años de estrés habían borrado el rostro suave. A pesar de que estaba quedándose calvo, le hacía falta un corte de pelo y tenía una papada pálida.

El semáforo se puso verde; cuando Markham salió disparado, unos arcos de luz ámbar de las farolas surcaron el parabrisas de su vehículo. De pronto dobló hacia Island Road y se oyó la protesta de varios cláxones. Después tomó la salida hacia la Ruta 1. En la distancia, las grúas durmientes parecían flamencos. Más allá, el lustre plateado de los rascacielos ocultaba las montañas negras. La carretera se estrechó, flanqueada por obras y balizas a medida que la ciudad fue levantándose a su alrededor, y Markham redujo la velocidad.

En Lyndhurst Terrace, de pronto entró en un callejón estrecho. Iwata se detuvo en una plaza de aparcamiento de pago unos cientos de metros más allá y volvió corriendo al callejón. Al doblar la esquina, pasó por delante de varias salidas de emergencia, montañas de basura y el aire que despedían los

conductos de ventilación. El deportivo de Markham estaba aparcado delante de una escalera. Encima, el cartel de neón rojo decía:

EL CLAVEL VERDE

Iwata descendió los peldaños hasta un bar pequeño y lleno de humo. A mano derecha había seis reservados estrechos. Fotografías en blanco y negro del viejo Hong Kong llenaban las paredes y, por encima de ellas, titilaba una ristra de lucecitas de color rosa. Sonaba una balada de la guerra. Markham se había sentado solo en el reservado más apartado y le daba tragos a una botella de cerveza mientras escudriñaba la sala.

Iwata se sentó a la barra, pidió y observó a Markham hasta que estuvo seguro de que no esperaba a nadie en concreto. Más bien levantaba la vista con aire esperanzado cada vez que un hombre pasaba por delante de la mesa.

Iwata decidió que era el momento de actuar y se metió en el reservado.

—Hola —lo saludó Markham con una sonrisa.

Iwata se la devolvió.

—Sin hielo —dijo señalando el whisky de Iwata con la cabeza—. Un hombre que valora el sabor de las cosas.

—Me llamo Kosuke Iwata y...

—Relájate. —Markham bebió un seductor trago de cerveza—. Pero si quieres hacer esto a la antigua usanza, yo me llamo Neil.

—Sé quién es, señor Markham. Soy un investigador del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio.

Markham miró a su alrededor. Sonrió con naturalidad, pero le habló con tensión en la voz.

—¿Qué hace aquí?

—Usted era amigo de Jennifer Fong. Necesito hacerle unas preguntas.

Markham se acarició los labios con el pulgar y el índice.

—De acuerdo, pero aquí no.

—¿Dónde?

Cuando aparcaron sus respectivos vehículos en un promontorio solitario cerca de la cumbre del Pico Victoria, había pasado ya la medianoche. Markham salió de su deportivo y le dio la espalda al viento para encender un cigarrillo. Iwata se colocó a su lado, junto al precipicio, y mientras oteaba el paisaje urbano, la corriente hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Rodeada de las faldas de las montañas negras, Hong Kong parecía un

diamante reluciente.

Markham le ofreció tabaco, pero Iwata respondió que no con la cabeza. Se agachó y cogió una piedra. Su tacto era suave y frío.

—Neil, delante de tu casa, he hablado con un periodista.

—¿Sólo había uno? Supongo que debería alegrarme. Antes había una jauría; llevan ahí toda la semana.

—¿Sabe tu esposa que vas a bares gays?

—Es probable. Si no lo sabe es porque no quiere saberlo.

—Entiendo. —Iwata lanzó la piedra a la negrura—. No soy quién para juzgar a nadie, pero, tal como están las cosas con la prensa, ¿es el momento de hacer algo así?

—De perdidos al río. —Markham se acordó del cigarrillo que había encendido y le dio una calada nerviosa—. Decías que querías hablar de Jennifer.

Iwata asintió.

—¿Salisteis juntos en el instituto?

—Yo no diría tanto —contestó con una sonrisa distante—. Éramos amigos.

—¿Amigos íntimos?

—Sí, íntimos. Por algún motivo perdimos el contacto el año anterior a su muerte, pero sí. Digamos que era mi mejor amiga, y yo el suyo.

—¿Y por qué perdisteis el contacto?

—Yo estaba trabajando a destajo para levantar el negocio, también me casé. Ella estaba preparándose para la universidad. No fue adrede.

—¿Sabes si tuvo algún novio?

—No, la verdad. Más allá de su círculo de amigos apenas se relacionaba con nadie. Jen no confiaba mucho en sí misma, que digamos.

—Piensa, Neil. Alguien. Quien sea. Si no novios, tal vez tuviera algún amigo. Alguien que te llamase la atención, alguien que quizá fuera especial para ella.

—Bueno, supongo que había un hombre que podría encajar en esa categoría. No sé si llegaría a novio, pero los vi juntos unas cuantas veces. Ahora que lo pienso, estoy bastante seguro de que era japonés.

Iwata lo miró.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No, lo siento.

—Descríbemelo.

—Alto, fornido. Mucho mayor que ella.

Iwata metió la mano en la bolsa, sacó el recorte con la foto de Igarashi y encendió a tientas la luz del interior del vehículo.

—¿Éste?

—La foto no es buena, pero estoy bastante seguro de que no es éste.

—Háblame de él, pues.

—Un día me encontré con Jen en una discoteca y recuerdo que me sorprendió. No era lo suyo en absoluto. Le pregunté qué hacía allí, y ella dijo que estaba con un amigo.

—¿Cómo la viste?

—La verdad es que distinta. Había perdido peso e iba arreglada, pero, no sé... Me dio la impresión de que estaba colocada. El caso es que hablamos un rato, me dijo que me llamaría pronto y desapareció. No pensé nada raro, pero al cabo de dos minutos estoy en el baño y un tipo me arrincona. Al principio creí que iba a atracarme.

—¿Qué hizo?

—Me llevó al rincón y después me susurró al oído. Me dijo que si volvía a acercarme a la chica, me rajaría la cara.

—¿«La chica» y «rajar la cara»? ¿Usó exactamente esas palabras? ¿Estás seguro?

Markham esbozó una sonrisa irónica y apagó el cigarrillo.

—Es la clase de frase que se te queda grabada en la memoria.

Empezó a llover de nuevo, y se metieron en el coche de alquiler de Iwata.

—¿Hablabas inglés?

—Lo chapurreaba, pero se hacía entender.

—Y dices que no oíste ningún nombre.

—No se me ocurrió preguntárselo. Sólo recuerdo pensar que aquel hombre debía de ser el típico gilipollas y que Jen acabaría aprendiendo la lección a las malas.

Iwata contempló las gotas de lluvia del parabrisas; los faros las convertían en mercurio.

—Has mencionado que parecía colocada. ¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Diría que no iba de coca. Más bien parecía..., no sé, como si flotase. Como si hubiera tomado ácido. O sea, no parecía Jen. Pero la tenía delante.

—¿Volviste a verla después de ese día?

—Sí, unas semanas más tarde, creo. Conseguí convencerla para ir a tomar un café, pero estaba distraída. Estaba a punto de ir a la universidad, pero me admitió que no tenía nada preparado. Me refiero a financiación, alojamiento; de hecho, ni siquiera estoy seguro de que tuviese una plaza. Me quedé desconcertado, era muy impropio de ella. Eso sí que me hizo sonar las alarmas.

—¿Hablasteis del hombre?

—Sí, todavía se veían. Yo saqué el tema. Le dije que no sabía quién era, pero que me preocupaba que estuviese distrayéndola de su futuro. Ahora que lo pienso, sí que era japonés; estoy seguro. Jen no reaccionó bien y me chocó, jamás la había oído contestar así a nadie, y mucho menos a mí.

—¿Y luego?

—Le dije que yo sabía cómo eran los hombres y le pedí que fuera sincera consigo misma: ¿qué sacaba ella de la relación? De acuerdo, él era importante para ella, pero ¿cómo sabía si él sentía lo mismo? Con eso se cabreó y se largó. Ésa fue la última vez que la vi.

Iwata se frotó los ojos y, al cabo de un momento, asintió.

—Gracias, Neil. Puede que te llame si surge algo más.

Markham asintió con la cabeza y salió del coche.

—Yo la quería mucho. Avísame si puedo hacer alguna cosa. Buena suerte, inspector.

Iwata arrancó el motor, se dirigió hacia Discovery Bay y llegó al apartamento de Mary Fong tocadas las tres de la madrugada. Se desplomó sobre el sofá y se durmió contemplando el océano.

ES EL TRABAJO, TENGO MUCHO TRABAJO

Iwata se despierta con el sonido de la vida. El apartamento es pequeño, pero la ventana abierta le lleva la respiración del océano Pacífico. Da media vuelta en la cama y cae en el lado de Cleo; las sábanas aún conservan su calor. Oye el repiqueteo de los cacharros en el fregadero y un canturreo desinhibido. Cuando ella termina, riega las plantas mientras les habla.

Iwata ve la bisutería de Cleo sobre la cómoda; la ropa está en el suelo y el sol de la mañana se filtra a través de las cortinas. Se da cuenta de que estar enamorado es eso.

Se abre la puerta y entra el olor a café.

—Despierta, perezoso.

La voz suena rara. Como si la oyese desde una gran distancia.

Los pasos no parecen los mismos.

Las tazas caen al suelo con un ruido sordo y la alfombra absorbe la negrura.

Iwata se da cuenta del motivo.

A ella le falla el equilibrio. No puede caminar. Tiene las piernas rotas, esquirlas de tibia perforándole la piel.

—Sin leche ni azúcar. Sólo una cucharadita de miel para mi abejita.

Arrastra las palabras con un leve borboteo. Tiene los pulmones llenos de agua.

Iwata chilla.

A pesar de haberse despertado después de mediodía, Iwata estaba exhausto, como si apenas hubiera dormido. Los dos días anteriores había comido muy poco y aun así no tenía apetito. Rompió el ayuno con anticongestivos y agua del grifo. Buscó la dirección que le había dado Kelly Lund y pidió un taxi. No se veía capaz de conducir con el cuerpo molido.

Mientras esperaba, encendió el televisor e introdujo la copia del vídeo del

circuito cerrado de Park Residences que le había proporcionado Hawk Security.

La imagen granulada apareció en la pantalla dividida en ocho cajas que parecían viñetas de cómic. Salvo por el conserje, que estaba leyendo el periódico en el vestíbulo, cada una de las cámaras, colocadas en distintos ángulos, mostraban quietud en todas las zonas del edificio.

La cinta comenzaba el 12 de febrero de 2011 a las 23.59 h, y llegaba hasta la misma hora del día 14.

Iwata la visionó con la función de avanzado rápido y el edificio fue cobrando vida con el trajín del día. Cuando la marca de tiempo llegó a las 2.11 h del día 14, Iwata pulsó el botón de reproducción. El edificio volvía a estar tranquilo, y el conserje en su mostrador.

Un minuto más tarde, en el recuadro inferior derecho de la pantalla se abrió la puerta del garaje. Una persona se deslizó por la rampa en bicicleta, con la cabeza gacha, pero sin vacilar. Dejó la bicicleta en un punto ciego, caminó sin prisa hasta el ascensor, entró y pulsó el botón de la última planta. Sus brazos colgaban a ambos costados y miraba al suelo. Mientras el ascensor subía, no se movió. La puerta corredera se abrió, y él salió de la cabina. Después de eso, nada.

Iwata avanzó hasta las 2.31 h, a esa hora la puerta del ascensor se abría en la última planta para dejar entrar al hombre de nuevo. Su conducta era la misma; su pose, igual. Parecía tranquilo. Cuando el ascensor llegó al garaje, caminó sin prisa hasta la bicicleta. Y entonces desapareció. A partir de ahí no ocurría nada más hasta al cabo de tres horas, cuando los primeros residentes empezaron a salir del edificio.

La cinta se cortó.

Iwata frunció el ceño ante la pantalla en negro y se frotó los labios con el puño. Rebobinó la cinta hasta el inicio y observó cómo se desarrollaba la mañana anterior a la muerte de Mina. La vio varias veces y anotó cada uno de los movimientos de los residentes hasta la llegada del inspector Akashi a las 8.06 h. Nada parecía fuera de lugar. La cuarta vez que lo visionaba, Iwata dejó que la reproducción siguiese.

Akashi llegaba a pie. Era alto, pero caminaba algo encorvado; con andares lánguidos. Era la primera vez que Iwata lo veía. Aunque llevaba la cabeza afeitada, tenía el rostro curtido de un actor protagonista experimentado. Como Ahn Sung-Ki, quizá. Masculino, rasgos bien definidos, agradables a la

vista. La clase de rostro que podría anunciar un whisky de calidad o relojes suizos caros.

Akashi daba una sacudida al paraguas y dedicaba una sonrisa encantadora al portero al mostrarle la placa. Entró en el ascensor y durante el trayecto hojeó unos documentos. Iwata lo observó con fascinación. Llevaba tanto tiempo siguiendo sus huellas que le costaba recordar cualquier otra cosa. Qué extraño le resultaba ver cómo el propio Akashi iba dejándolas.

A las 8.07 h, Hideo Akashi salió del ascensor en la planta de Mina Fong y desapareció del plano.

Iwata pulsó el botón de avance rápido. La marca de tiempo indicaba que eran las 8.50 h cuando Akashi reaparecía en el ascensor, esa vez hablando por teléfono. En la planta baja, le daba las gracias al portero y salía por la entrada principal tras hacer una pausa para mirar al cielo y decir algo para sí. Maldiciendo la lluvia, tal vez.

Iwata avanzó rápido de nuevo y detuvo la cinta a las 16.22 h del mismo día, hora del regreso de Akashi. El portero del turno de tarde lo hizo pasar con un gesto de la mano, y Akashi se lo agradeció con alegría mientras se colocaba bien la bandolera, que sin duda pesaba mucho. Ya no llevaba el paraguas. Subió en ascensor hasta la planta de Mina Fong y salió al pasillo a las 16.24 h.

Iwata saltó un trozo de grabación. A las 17.11 h se abrieron las puertas del ascensor y Akashi entró. Varias veces impidió con el pie que se cerrasen; estaba manteniendo una conversación con Mina Fong, aunque Iwata no la veía en la imagen. Él sonreía, asentía y entornaba los ojos ante los últimos rayos desesperados de sol, de un brillo cegador. Iwata no oía lo que Akashi decía, pero era obvio que hablaba bien. Al cabo de menos de un minuto, hizo una reverencia y la puerta se cerró.

«La última ocasión que alguien vio a Mina Fong con vida.»

—¿Qué demonios hablabas con ella, inspector? —preguntó Iwata.

Mientras bajaba, Akashi se miraba las uñas y su sonrisa iba desvaneciéndose. Una vez en el vestíbulo, dijo adiós al portero con la mano y también desapareció para siempre.

Iwata cerró los ojos tratando de ordenar los hechos.

—Tres horas después, te suicidaste —susurró.

Iwata rebobinó la escena varias veces y negó con la cabeza. Le pasó por la mente la idea absurda de que alguien hubiera manipulado el vídeo; era casi

imposible, pero también tenía claro que algo no cuadraba.

Media hora después, un taxi sorteaba las calles del distrito Sham Shui Po con Iwata como pasajero. Ése era un Hong Kong distinto: persianas metálicas sucias y negocios en quiebra. Cuanto más se adentraban, mayor era la decadencia. Marquesinas desgarradas cubiertas de mugre. Camiones que descargaban piezas de carne y cajas azules en restaurantes de mala muerte. Los carteles de neón rotos estaban de color verde y marrón por culpa del óxido. Algunas ventanas dejaban escapar un vapor que cargaba con el calor denso de las lavanderías.

Iwata se apeó delante de un bloque de apartamentos ruinoso. En la fachada había un entramado de motores de aire acondicionado que hacía mucho que habían dejado de funcionar. Se oían televisores a todo volumen, el chisporroteo de las cocinas, las discusiones de los vecinos. El portal apestaba a orina, y cuando entró en la penumbra, las cucarachas echaron a correr a su paso.

«Cucarachas. Cucarachas. Matar a las cucarachas.»

Iwata se acordó de la familia muerta. Vio a Ezawa alejarse renqueando. Iwata lo había encontrado y ahora él también estaba muerto. Todos pisoteados.

Si soplabla el viento, las briznas de hierba se doblegaban.

Cuando llegó a la decimosexta planta, le temblaban las piernas y le costaba respirar. Llamó con los nudillos a la puerta de Susan Cheung y oyó unos lloros que provenían del interior. Una mujer delgada y pálida, vestida con una camiseta de tirantes que le iba demasiado grande, le abrió la puerta; era difícil juzgar su edad, pero su expresión era inequívoca.

Sostenía un cigarrillo entre los dedos y una manzana a medio comer en la otra mano. Miró a Iwata sin miedo, sólo con cansancio.

—¿Es policía?

—No.

—¿No?

—Bueno, sí. Pero...

—Este mes ya he pagado.

Y le cerró la puerta en las narices.

—¡Se trata de Jennifer! —gritó.

Transcurrieron al menos diez segundos antes de que se abriese una fina grieta en el quicio de la puerta. Un ojo parpadeó.

—¿Qué Jennifer?

—Jennifer Fong.

Cheung se mordisqueó el labio.

—Hable.

—Me llamo Kosuke Iwata y soy de la Policía Metropolitana de Tokio. Sé que usted era amiga de Jennifer.

—¿Y qué?

—Creo que cabe la posibilidad de que la persona que mató a Mina Fong también tuviera que ver con la muerte de Jennifer.

Cheung le dio un buen mordisco a la manzana y abrió la puerta un poco más.

—Jennifer Fong se suicidó —dijo con la boca llena.

—¿Y si resulta que no fue así?

Cheung dio una calada y se encogió de hombros.

—De acuerdo, señor Tokio: le doy diez minutos. Estoy cansada.

Iwata la siguió al interior de un estudio destartado donde un niño pequeño lloraba en el suelo. Sentada inmóvil en una silla, una anciana emitía sonidos tranquilizadores mientras miraba por la ventana.

El niño dejó de llorar y miró a Iwata con asombro. Tenía una costra de mucosidad en el labio superior y los ojos enrojecidos. La ropa sucia se acumulaba por todas partes y varias pilas desiguales de platos llenaban el fregadero. Junto a un colchón que había en el suelo, un armario de plástico contenía vestidos de color rojo y negro.

Cheung colocó un taburete para Iwata junto al colchón y se sentó en el lecho con las piernas cruzadas. Continuó fumando y comiendo la manzana despacio.

—Haga sus preguntas, policía. El tiempo corre.

—¿Era muy amiga de Jennifer?

—La quería mucho. Y ella a mí.

—¿Sabe si Jen salía con alguien alrededor del año 2005?

—Sí.

El pequeño dejó de interesarse por Iwata y se subió al regazo de su abuela. Empezó a enrollarse el pelo en el dedo.

—¿Con quién?

—No sé los detalles. Pero la vi una o dos veces con un tipo más mayor. Me lo presentó, pero ella y yo no hablamos del tema ni nada.

—¿Era japonés?

—Correcto.

—¿Cómo se llamaba?

—Ikuo. Me acuerdo porque me pareció un nombre raro. No le pegaba.

El rostro de Iwata no lo delató, pero sintió una opresión en el pecho y de pronto se le aceleró el pulso. Se acordó de la nota del calendario de Tsunemasa Kaneshiro: «Reunión con I.»

—¿Por qué le pareció raro? ¿Cree que era falso?

—Es que no le pegaba. Intimidaba mucho. Sólo me dirigió la palabra una vez, cuando Jen me lo presentó, pero... no sé. Era como si mirase a través de mí. En mi profesión conoces a muchos gilipollas y también a otros tantos tíos que se sienten solos pero lo disimulan, y él era algo muy distinto.

—¿Era grande?

—Vaya, era enorme. Pero no se trataba sólo de eso. Es que tenía un aire duro. Jen no debía de verlo, o no le importaba.

—¿Me lo describe?

Cheung chasqueó la lengua como si su madre acabase de ordenarle que recogiera la ropa del suelo.

—Alto, como ya he dicho. Cejas prominentes. Poco pelo. Ojos grandes, como si llevase mucho tiempo sin dormir. Me cuesta verlo con claridad. Aunque suene raro, lo que más recuerdo de él es su expresión. Totalmente ausente.

Iwata sacó el recorte de Igarashi y, sin querer hacerse ilusiones, lo levantó.

—No, ése no es él. Seguro. Éste tiene pinta de empollón, demasiado bueno.

—Susan, los meses anteriores a su muerte, ¿usted veía a menudo a Jen? Kelly Lund y Neil Markham me han dicho que durante ese tiempo estuvo desaparecida.

A Cheung le sonó el móvil. Lo abrió de golpe, torció el gesto y lo cerró.

—No, en esa época no la veía mucho. La culpa era tanto mía como de ella. Pero ¿Kelly Lund? En serio, no creo que ella llegase a conocer bien a Jen. O, por lo menos, Jen jamás le habría contado sus cosas.

—¿Por qué lo dice?

—Es lo que pienso. Kelly es demasiado buena chica. Siempre lo ha sido. No se puede confiar en la pureza. Yo no haría caso a lo que ella tenga que decir sobre este tema.

Iwata enarcó las cejas.

—Kelly opinaba que Jen no tenía novio.

Cheung apagó el cigarrillo en un plato de plástico para bebés.

—Ya se lo he dicho: ella, ni puta idea.

—¿Se acuerda de la última vez que vio a Jen?

—Estaba hablando con Charlie Choi, el camello más potente de la escena nocturna de la ciudad.

—¿Dónde?

—No me acuerdo bien, pero él abastece algunos de los hoteles de Portland Street y la zona de Wan Chai. Debía de ser en uno de los dos sitios. El caso es que me pareció raro que Jen estuviera hablando con alguien como él, pero estaba con el japonés ese, con Ikuo, así que tampoco le di muchas vueltas. Supuse que él conocía a Charlie y quería pillar algo de coca.

—¿Cómo le pareció que estaba ella? ¿Asustada, nerviosa?

—Feliz. Divirtiéndose.

El móvil de Cheung emitió otro pitido. Ella renegó, se levantó y revolvió los vestidos del armario. Olisqueó un vestido de fiesta de color rosa y lo sacó.

—Tiene que irse, señor Tokio. Es el trabajo, tengo mucho trabajo.

—¿Dónde puedo encontrar a Charlie Choi?

—Cinco mil me parece un buen precio.

—Ha dicho que quería a Jen.

—Así es. Pero está muerta, y yo no. Cinco mil. ¿Cree que esas cosas no gastan?

Susan Cheung señaló el niño que dormía en el regazo de su abuela.

—No llevo tanto encima.

—Lo acompaño al cajero. De todos modos tengo que salir a por tabaco.

—¿Cómo lo reconoceré?

—¿A Charlie? Confíe en mí: cuando lo vea, sabrá que es él.

MUERTE ACCIDENTAL

Iwata caminó entre expatriados, vendedores callejeros y relaciones públicas de discotecas hasta que dobló hacia la arteria principal de Lan Kwai Fong. Eran las once de la noche. Las calles estrechas estaban cubiertas de mugre y forradas de andamios que brillaban con neones de color rosa. Los charcos se volvían grises del cemento que había esparcido por el suelo. Las bolsas de basura formaban montañas relucientes como racimos de moras. Los anuncios de cervezas y de tabaco ocupaban todo el espacio disponible entre las obras y los bares.

A su espalda, oyó unos pasos sobre la superficie mojada. Se volvió y vio a un hombre con una chaqueta de cuero que no medía más de un metro veinte y se acercaba a él con la mano tendida.

—¿Hablas inglés?

Iwata asintió.

—¿Charlie Choi?

El hombre extendió los brazos: «El único e inimitable.» La sonrisa de Choi era encantadora y sus rasgos simétricos y mimados. Llevaba el pelo alborotado con mucho cuidado y, en cuanto a la ropa, aunque no mostraba marcas, el gasto era evidente.

Lo guió hasta un bar llamado Jaguar que hacía esquina, y el guardia de seguridad los saludó con un gesto respetuoso de la cabeza. Las paredes del interior estaban forradas de pelo sintético de color negro y la decoración era una imitación vulgar de un safari nocturno. Choi lo llevó hasta el reservado VIP del fondo. Un escudo masái de madera hacía las veces de mesa y los asientos estaban tapizados con piel de cebra. De la pared colgaban fotografías enmarcadas con madera de marula, en las que se veía a Choi posando con varios famosos.

Apareció una camarera vestida con un trapo, a lo Jane, y los saludó como

si para ella fuese un auténtico placer verlos.

—¡Charlie! ¿Qué te pongo?

—¿Whisky? —ofreció Choi.

Iwata asintió.

—Whisky para el caballero y para mí una San Pellegrino. Estoy trabajando.

Jane guiñó el ojo y los dejó solos.

Charlie Choi mantuvo la sonrisa, aunque Iwata se daba cuenta de que no estaba cómodo.

—¿Eres japonés?

—Eso es.

—¿Y Susie es amiga tuya?

—Bueno, yo era amigo de Jennifer. Ella me presentó a Susie.

Choi asintió al oír el nombre de Jennifer, aunque era evidente que para él no significaba nada.

—¿Es la primera vez que vienes a Lan Kwai Fong?

—Eso es.

—Bueno —dijo, y señaló a su alrededor—, pues bienvenido a mi despacho. Vendedores, putas, juerguistas, camellos, gánsteres: están todos aquí. La élite de la mierda.

Les sirvieron lo que habían pedido, y Choi observó a Iwata mientras se bebía el whisky de un trago.

—¿Qué es lo que buscas, subir o bajar?

Iwata sacó la fotografía del anuario de Jennifer y señaló su rostro joven y sonriente.

—Mierda —renegó Choi entre dientes, y miró a su alrededor—. ¿Eres policía?

—Es un asunto personal. Puedo pagarte.

—Eso no lo vendo.

—Mírale la cara. —Iwata se echó hacia delante apretando los dientes—. La has visto.

Choi la miró un momento.

—Sí, puede ser. No sé, tío. Hablo con mucha gente.

Iwata dejó diez mil dólares de Hong Kong sobre la cuenta que había llevado Jane.

—Preferiría que aceptases el dinero, Charlie. Pero tengo otras opciones.

—Vale, tranquilo. —Choi le echó un vistazo al dinero—. Creo que la vi una o dos veces, pero no sé una mierda. Ni cómo se llama siquiera.

—Pero el nombre Ikuo sí te suena.

Choi asintió; de pronto sentía curiosidad.

—Era su novio, ¿no? Sí, de él sí me acuerdo. Era rarísimo, joder. Me extrañaba que nadie hubiera venido a preguntarme por él, pero aquí estás.

Iwata sacó el recorte de la foto de Igarashi.

—¿Es éste?

Choi negó con la cabeza.

—Tiene el mismo tipo, pero estoy seguro de que no es él. Dijo que era un hombre de negocios, pero no me lo tragué. Tenía más pinta de mafioso. Un hijo de puta enorme con cara de pocos amigos. Supuse que era de la yakuza, que tal vez estuviese huyendo. Tío, se le notaba en la cara. Como si hubiese visto toda la mierda que hay que ver. Llevaba ropa seria, un traje y mocasines, pero era evidente que un tipo como él no se sienta a diario a una mesa para ganarse un sueldo.

—¿Se te ocurre algo más?

—Ahora que lo pienso, tenía una especie de cicatriz en la palma de la mano. Creo que en la izquierda. Noté algo extraño al tacto.

—¿Qué tipo de cicatriz?

—No sé, tío. Una cicatriz. A lo mejor una quemadura.

Iwata lo pensó.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Y yo qué coño sé... Estamos hablando de hace cinco años, pero la última vez que lo vi iba solo. De eso sí me acuerdo.

—¿Y qué compró?

—Ácido. Todas las veces vino a por LSD. Nunca preguntó por nada que fuese más apto para todos los públicos.

—¿Cómo lo conociste? ¿Te habló él por la calle?

Choi soltó una risotada.

—Y una mierda. Yo no trabajo así. Un tío como yo llama la atención, ¿me sigues? No, no, no. Para bailar con Charlie Choi necesitas una cartilla de baile.

Iwata llamó a Jane y pidió otro whisky.

—¿Y cómo la consiguió?

—No lo sé, no suelo enterarme. Igual que te tengo ahora aquí sentado.

Supongo que conocía a mi colega de Tokio.

—¿Quién es tu colega de Tokio?

—Escucha lo que te digo, amigo: no tengo esa información. De eso se trata.

Le sirvieron el whisky e intentó no acabárselo de golpe.

—¿Cómo puedo dar con él?

Charlie Choi bebió un trago de agua para disimular la irritación.

—Claro, deja que mire la agenda de direcciones. ¿Crees que soy idiota o qué?

—Charlie, escúchame: tu negocio no me interesa.

—Entonces ¿qué cojones te pica?

—Lo que me pica es asunto mío. Estoy buscando a Ikuo, y tú puedes ayudarme.

—Ya te he dicho que eso no lo vendo.

Iwata se echó hacia delante y habló apretando los dientes.

—¿Quieres ver fotografías de niños muertos? Porque eso es lo que tengo ahora entre manos, Charlie. ¿O prefieres que recurra a las amenazas? De un modo u otro, vas a contarme lo que sabes. No pienso marcharme.

Choi lo meditó y se mordisqueó la uña del pulgar.

—¿Niños?

—No puedo revelar detalles, pero si cabe la posibilidad de que tu colega de Tokio sepa dónde está Ikuo, tienes que decírmelo.

—Eso si se llama así de verdad.

—Eso si se llama así de verdad —repitió Iwata.

Un grupo de mujeres jóvenes entraron y llamaron a Choi. La sonrisa refleja que esbozó estaba vacía. Cuando se marcharon, habló de nuevo.

—De acuerdo. Encontrarás a mi socio de Tokio en 2Chan. Es un foro. Su usuario es Coco La Croix. Deja un mensaje y él te contestará, o no. Es todo lo que puedo decirte.

Choi estiró el brazo y se guardó los diez mil en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Invita la casa. —Choi sonrió, transacción completada—. Disfruta de Hong Kong.

Iwata se marchó. La calle estaba más concurrida que a su llegada y tuvo que abrirse paso a empujones hasta el coche. Una vez dentro, miró la hora en el reloj del salpicadero. Hacía poco que habían dado las doce, la una en

Tokio. Buscó entre los contactos del teléfono móvil hasta hallar a Hatanaka, el policía joven que había encontrado a Asako Ozaki.

Marcó el número.

—¿Quién es?

—¿Todavía estás despierto machacándotela a estas horas?

—¿Quién...?

—Soy Iwata. El inspector Iwata.

Hatanaka suspiró.

—¿Qué necesita?

—Mira qué rápido aprendes. ¿Tienes un bolígrafo?

—Adelante.

—Apunta este nombre: Ikuo. Búscalo mañana a primera hora. Me interesa todo lo que salga en las bases de datos de la Policía Metropolitana. Busco señales de alarma, cualquier cosa que te parezca extraña.

—¿Sólo tiene el nombre? ¿Nada más?

—Sólo tengo eso. Otra cosa: quiero que te pongas en contacto con la oficina de turismo de Hong Kong.

—¿Hong Kong?

—Haz que revisen todos los registros de hoteles y apartamentos de alquiler desde el año 2005. Buscamos a un ciudadano japonés que...

—No me lo diga: alguien llamado Ikuo.

—Buen chico.

Iwata colgó y arrancó el motor del coche.

En la segunda planta del centro médico de Cathay Pacific, el espacio de color beis de la recepción estaba vacío a excepción de unas cuantas plantas medio marchitas y una vieja máquina expendedora de comida. A un lado, las ventanas daban al aeropuerto; al otro, Iwata vio la carretera que conducía a Discovery Bay: el hogar de la infancia de Jennifer.

A las ocho y media exactas, la puerta automática se abrió y lo saludó un joven forense que llevaba una carpeta fina de color verde. El doctor Wai no había cumplido los treinta, estaba delgado y tenía expresión de impaciencia, y llevaba unas gafas demasiado pequeñas para su cara.

—¿Inspector? Soy Wai. Hemos hablado por teléfono.

—Sí, muchas gracias por recibirme en sábado y con tan poca antelación.

Wai hojeó los documentos de camino a un despacho pequeño que olía a pino.

—Disculpe el desorden, inspector. Hace poco que ocupó el puesto y todavía estoy intentando ponerlo todo en orden. ¿Le apetece un té?

—No, gracias.

Wai se quitó las gafas y colocó las hojas ante sí como si fueran las piezas de un rompecabezas.

—Antes de empezar, quiero dejar claro que ésta no es mi especialidad. El noventa por ciento de los casos que veo son ataques al corazón ocurridos durante un vuelo. Pero esto...

Wai miró las páginas.

—Bueno, como decía, no es mi especialidad.

—De acuerdo.

El forense se puso las gafas de nuevo.

—En primer lugar, creo que debería leer las anotaciones básicas que hizo mi predecesor, el doctor Pang, sobre la autopsia.

Wai sacó una hoja y se la tendió.

FONG, JENNIFER

Sujeto: mujer de entre dieciocho y diecinueve años sin problemas de nutrición. 73 kilogramos. Ojos: normales; iris de color marrón oscuro, pupilas dilatadas y fijas. Membranas esclerótica y conjuntiva: ningún dato de interés, sin petequias. Dentadura superior e inferior: natural. No se aprecian lesiones en las encías, cara interior de las mejillas o labios. No se aprecian deformidades, cicatrices ni amputaciones. La cabeza es normocefálica. Nariz y boca: sin datos de interés. No aparecen lesiones en el cuello ni en la parte superior del torso. La laceración abdominal se describe más abajo. Genitales: sanos, sin muestras de lesiones. A treinta centímetros de la barbilla se aprecia una herida provocada por una fuerza cortante. Hendidura que atraviesa la piel y el tejido subcutáneo por debajo de la quinta costilla. La laceración presenta un corte limpio con bordes paralelos. Posible lesión provocada por la hélice. La causa de la muerte es muy probablemente por ahogamiento, posible muerte accidental.

Iwata levantó la mirada.

—Muerte accidental.

—Enseguida llegaremos a eso. Diagnosticar un ahogamiento en una autopsia puede ser complicado, porque las pruebas a menudo son mínimas o confusas. Hay unas cuantas señales fiables, pero Jennifer tan sólo tenía una de ellas: los pulmones llenos de agua. Para mí, eso indica una muerte relacionada con un síncope. Es decir, un estado de inconsciencia.

Iwata asintió.

—¿Cree que estaba muerta antes de caer al agua?

Wai torció el gesto con incomodidad.

—Bueno, sí. En los casos en los que se da esa circunstancia, las señales son muy leves. Por otro lado, el informe deja claro que en los restos se encontraron niveles muy altos de dietilamida de ácido lisérgico. Casi doscientos miligramos, que es más o menos el doble de una dosis estándar, aunque no es ni mucho menos letal. No es lo que la mató.

—Entonces, si no se ahogó ni murió por sobredosis, ¿murió a causa del corte?

Wai vaciló un momento. Era como si quisiera decir algo antes de pasarle el informe, pero no supiera qué.

—Será mejor que lo vea usted mismo.

Iwata sacó dos fotografías de la carpeta. La primera era un primer plano del torso destrozado de Jennifer Fong. Era un lienzo de verdugones y de desgarros salvajes. La segunda estaba tomada desde un poco más lejos y se le veía la parte inferior del rostro, ya pálido. Tenía la piel cerosa y casi blanca. En las costillas, debajo del pecho izquierdo, había una herida abierta muy grande.

—¿No hay descomposición?

—En absoluto. Unos pescadores encontraron el cadáver tan sólo un día después de que se produjera la muerte. Dos como máximo. La fauna acuática sólo le causó alguna lesión de tipo ovalado. Nada importante.

—Una lesión provocada por la hélice. —Iwata dio unos golpes con el dedo en la segunda fotografía—. ¿Es eso lo que ve usted en esta foto, doctor?

Wai se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Las laceraciones provocadas por una hélice no tienen... ese aspecto.

Iwata abrió la bolsa y revolvió el interior con mucha urgencia hasta que encontró las fotos que buscaba: los cadáveres destrozados de Tsunemasa Kaneshiro y Yuko Ohba. Los cráteres que se abrían en sus abdomenes eran casi idénticos. Iwata sintió la emoción de haber confirmado un presentimiento. Incluso antes de formular la pregunta.

—A Jennifer Fong... Le faltaba el corazón, ¿verdad?

Wai asintió.

—No aparece en el informe, pero no nos llegó. El resto de los órganos sí, pero el corazón no.

A Iwata se le aceleró el pulso. Miró el cadáver de Jennifer y lo comparó con los de las demás víctimas. Las edades y los sexos no eran consistentes, y la idea de que se hubieran conocido en vida era muy difícil de justificar. Pero,

viéndolos juntos después de muertos, parecían formar parte de la misma familia destrozada. El asesino del Sol Negro los había escogido por algún motivo. La familia Kaneshiro, la viuda y ahora Jennifer Fong.

—La asesinaron —susurró Iwata—. Ella fue la primera.

Wai negó con la cabeza y señaló la lesión.

—Mire, esto no lo ha hecho una hélice. Y tampoco un animal marino. Un traumatismo por fuerza cortante como éste debería haber sido referido al Instituto de Medicina Legal de inmediato para iniciar una investigación policial.

—¿Y por qué la trajeron aquí?

Wai se quitó las gafas una vez más y se frotó los ojos.

—No lo sé. No me cuadra. Para empezar, el doctor Pang, que llevó a cabo la autopsia, tenía que saber que no era probable que una embarcación de hélices estuviera navegando tan lejos de la costa.

—Continúe —lo urgió Iwata.

—No es extraño hallar cadáveres en mar abierto. Pero la víctima estaba a tan sólo unas horas al sur de Xidan Dao, inspector. Eso son casi cuarenta kilómetros. No estamos hablando de un crucero de placer.

—¿Tiene idea de cuánto se tardaría en barco desde aquí?

—Depende de la embarcación, como se puede imaginar. Pero digamos que, a una velocidad media de cinco nudos y medio, en mar abierto harían falta unas cuatro o cinco horas.

—Es decir, que la persona que la llevó a navegar tenía mucha experiencia.

Wai se encogió de hombros.

—Hasta cierto punto. Cualquier persona con la titulación básica de patrón sabría lo suficiente para hacer ese trayecto de día y con buen tiempo. Y para conseguir el título no se necesita más que un par de cursos de cinco días. Yo no lo llamaría «experto».

—Doctor, el forense de Tokio me dijo que los asesinatos de la familia Kaneshiro se llevaron a cabo con alguna clase de espada o de machete. Viendo el parecido entre las fotografías, ¿qué opina usted?

Wai suspiró.

—No estoy seguro de cómo se infligió la laceración, lo que sí sé es que no se trata de ningún cuchillo que yo haya visto. Por otro lado, puedo afirmar con total certeza que la herida la provocó una persona, no una hélice.

Iwata asintió.

—Permítame una pregunta absurda: ¿por qué no se trató como asesinato? ¿Se negó el doctor Pang a obedecer el protocolo?

Wai apartó la mirada y la fijó en una fotografía de su esposa y su hijo pequeño.

—La verdad es que no lo sé. El doctor Pang era un buen hombre, respetado en su campo. Falleció hace poco. No sé qué decirle.

—Permítame otra pregunta: ¿qué cree que le ocurrió a Jennifer Fong?

—Aquí debo invocar la navaja de Occam, inspector. No sé cómo llegó allí ni por qué ni quién le haría semejante cosa. Pero sé que alguien la subió a un barco, la drogó con LSD, le arrancó el corazón y la empujó por la borda. La explicación no debería presuponer más de lo necesario.

—¿Usted conocía al doctor Pang en persona?

Wai se levantó y se agarró al marco de la ventana. La vista no era gran cosa.

—Fue mi mentor.

—¿Qué motivos podía tener para redactar un informe engañoso?

—Sé que tuvo problemas económicos. Pero de ahí a que declarara esto una muerte normal, cuesta de imaginar. No le veo sentido. ¿Quién sale ganando?

—El asesino.

Wai negó con la cabeza; era evidente que la situación lo superaba. Iwata guardó las fotografías en la bolsa y, aprovechando que Wai le daba la espalda, sustrajo el informe de la autopsia de Jennifer Fong. Si el forense se dio cuenta, no lo demostró. Iwata se levantó.

—Ya le he robado demasiado tiempo, doctor Wai. Debería marcharme.

Wai se volvió hacia él y se estrecharon la mano. El inspector notó el roce de la palma fresca y lisa contra la suya y eso le trajo algo a la memoria.

—Dígame, doctor: ¿es habitual que los que navegan en barco se hagan heridas en las manos?

—Mucho. De hecho, es una de las lesiones más comunes. A menudo son el resultado de accidentes con los cabrestantes o las cornamusas. Las cicatrices acostumbran a ser diagonales limpias. ¿Por qué lo pregunta?

—Poco antes de su muerte, Jennifer se veía con un hombre que tenía algún tipo de cicatriz en la mano. Una abrasión, quizá.

—Esas lesiones no suelen curarse bien, inspector. Vale la pena prestar atención a ese detalle.

Iwata hizo una reverencia ante el forense y lo dejó contemplando el paisaje

neblinoso.

Mientras se subía al coche de alquiler, intentó imaginar al hombre que se hacía llamar Ikuo. El nombre —que significaba «hombre aromático»— concordaba tan poco con él que casi parecía ridículo.

«¿Quién eres?»

Repasó los datos que ya conocía. No eran muchos.

Sabía que buscaba a un hombre alto y de físico imponente.

Un hombre japonés que muy probablemente usase un nombre falso.

Un hombre aficionado a los viajes de ácido.

Un hombre que sabía navegar.

Aparte de todo eso, podría estar dando caza a un fantasma.

«Quienquiera que seas, eres mi asesino.»

UNA PARTIDA DE AJEDREZ EN LA OSCURIDAD

En el puente Tsing Ma, Iwata detuvo el coche de alquiler y entró en 2Chan con el navegador del móvil. Después de una búsqueda tediosa por las páginas de restaurantes y de vida nocturna, por fin encontró una entrada de Coco La Croix:

DJ Mothra desplegará su increíble talento pinchando en un lugar secreto el 7/3/11. La sesión empieza a las 0.00 h. ¡Nos vemos allí! C.

Iwata contestó lo siguiente:

¡Mi amigo Charlie se deshace en halagos sobre Mothra! ¿Me avanzas la ubicación?
¡Voy expresamente desde Hong Kong!

Salió del coche y contempló el océano desde el arcén. Había nubes incipientes que avanzaban deprisa y oscurecían el color verde de las montañas con sus sombras. Los pequeños langosteros se adentraban en el mar.

Sin pensarlo dos veces, sacó el móvil y marcó el número de Sakai.

—¿Iwata?

—Hola, Sakai.

—Creía que no volvería a saber de ti.

—Tengo que contarte una cosa.

—Iwata, si tiene que ver con el expediente que me robaste, ni siquiera...

—El asesino del Sol Negro mató a Mina Fong.

Sakai enmudeció.

—Sé lo que vas a decir: faltan sus señas típicas. Pero estoy seguro, Sakai. También asesinó a su hermana, a Jennifer. Tengo el informe de su autopsia. Le quitó el corazón.

—Pero ¿por qué arriesgarse a hacer algo así? Mina es muy conocida, eso le proporciona mucha atención y...

—¡Exacto! ¿No te das cuenta? El acosador, el perro, la estrella de cine. Todo eso supone una distracción enorme.

La lógica batalló con la verdad. Una pausa. Y el momento de la epifanía.

—Dios mío... —dijo ella en voz baja—. Mató a los Kaneshiro menos de veinticuatro horas después.

—Mientras tanto, la mitad de la Policía Metropolitana de Tokio estaba al otro lado de la ciudad, revolviendo el cajón de la ropa interior de Mina Fong.

—Hostia puta, Mina Fong era una distracción.

Iwata miró la hora.

—Tengo que colgar, Sakai. No estaré aquí mucho más tiempo.

—¿Dónde es «aquí»? Espera...

—Olvídalo. Todo lo que dijiste sobre mí es verdad. He pensado que te convenía saberlo.

Iwata colgó y marcó el número de Hatanaka.

—¿Iwata?

—¿Cómo está mi *boy scout* favorito?

Se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—He encontrado a su hombre, inspector. Ikuo Uno. Un nombre muy raro. Es el único que aparece en el sistema.

Iwata se agarró a la barandilla del puente y respiró hondo antes de preguntar:

—¿Y adónde puedo ir a buscarlo?

—A ninguna parte. Está muerto. Un escape de gas en su apartamento, hace unos años. Después de eso, le vaciaron las cuentas y sus tarjetas de crédito aparecieron en el extranjero: Sudamérica, Hong Kong, y también por todo Japón. Tiene que ser el tipo que busca, ¿no? Es él, usando la identidad de un difunto.

Iwata le dio unas vueltas a esa posibilidad, sin dejar de negar con la cabeza. Tenía la sensación de estar jugando una partida de ajedrez en la oscuridad.

—Hatanaka, aterrizaré en Haneda dentro de veinticuatro horas. Espérame en el aparcamiento con la documentación sobre Ikuo Uno.

—Ah, vale. ¿Me pongo un sombrero o algo así?

—Muy gracioso. ¿En qué hotel se alojaba Ikuo Uno?

—En ninguno. En la oficina de turismo han tenido la amabilidad de buscarlo en las bases de datos de toda la ciudad y no han encontrado ni rastro

de él. Pero han insistido en que el sistema no incluye el alojamiento en barcos.

—Alquiler de barcos... —Iwata se dio una palmada en la frente—. Claro.

—He hecho una lista y he comprobado todas las compañías de alquiler que aparecen en la base de datos de turismo menos tres. Ninguna había oído hablar de Ikuo Uno. Las tres que no he podido mirar se llaman Seahorse Charters, НК Fun Yachting y Ruby Rentals. ¿Los ha apuntado?

—Hatanaka, eres un puto héroe.

Al sur de la playa de Silverstrand, en un apéndice de tierra verde frente a la isla Shelter, Iwata se detuvo delante de Ruby Rentals Ltd. En un muelle de madera medio podrida había amarradas siete embarcaciones de distintos tamaños. La oficina era un cubo de hormigón con una ventana rota y un cartel al que le faltaban letras.

—¿Puedo ayudarlo?

El acento era estadounidense; de Kentucky, supuso Iwata.

Fuera del edificio había un hombre blanco y alto con la piel quemada por el sol; llevaba una barba pelirroja de dos días y una camisa hawaiana abierta que dejaba a la vista las gotas de sudor que serpenteaban por su vientre pecoso y abultado. Iwata alzó la placa sin molestarse en especificar que en esa ciudad le confería la misma autoridad que el carnet de un videoclub.

—Espero que sí. Estoy investigando un homicidio y tengo algunas preguntas. ¿Podría dedicarme unos minutos, caballero?

El hombre escupió el tabaco de mascar y le señaló el despacho. El interior estaba en penumbra y apestaba a sudor. Todo el espacio estaba tomado por mapas y cartas de navegación. Sobre el escritorio, una lata abierta de tabaco y un portátil emitiendo un partido de fútbol americano.

—Soy el inspector Iwata.

—Boyd Botner.

El tipo le indicó con la barbilla una de las sillas de plástico que había delante de la mesa y se metió otro pellizco de tabaco en un lateral de la boca.

—Busco a un hombre que podría haberle alquilado un barco hace unos años. ¿Ustedes alquilan embarcaciones a largo plazo?

—Somos unos de los pocos de la ciudad que lo hacemos.

—¿Cuál es el límite?

—Siete días. Casi todas las demás empresas hacen contratos de veinticuatro horas.

—¿Es posible renovar después de una semana?

—Oficialmente no.

—Necesito que busque a un hombre llamado Ikuo Uno en su base de datos. Un japonés.

Botner suspiró y fue a la trastienda. Volvió al cabo de unos minutos con una hoja de papel arrugada.

—Es éste. Pasó tres semanas en el *Midnight Viv* y pagó en metálico. Fue el último en alquilarlo, en 2005. Digamos que no es un modelo muy popular. Ésta es su firma.

El membrete de Ruby Rentals era rojo y chabacano. La firma del final de la página era un garabato grande y lleno de volutas, hecho con bolígrafo negro.

—¿Pidió esta embarcación de forma específica?

—De eso no me acuerdo, amigo. Pero le dije que era muy rebelde: veintidós metros de temperamento. Al tipo no parecía importarle una mierda.

—¿Qué aspecto tenía?

—Grande, cabeza rapada, cuerpo de guardaespaldas.

—¿Subió alguien al barco con él?

—Yo no vi a nadie. Y no hacemos un registro de pasajeros. Mientras el barco esté de una pieza cuando lo devuelven, no hago preguntas.

—Cuando le devolvió la embarcación, ¿notó alguna cosa extraña?

—Ahora que lo dice, sí. Recuerdo pensar que estaba limpio como una patena. La mayoría de la gente los devuelve como si hubieran atravesado una tormenta de mierda, pero el tipo que usted busca había fregado todos los rincones. Supongo que tiene sentido: usted es de Homicidios, ¿verdad?

A su sonrisa le faltaba un diente.

—¿Le importa si echo un vistazo?

—Mi casa es su casa. Es el queche con aparejo Bermuda, el ancho del fondo. Pero hágame un favor y no se entretenga mucho. Quiero marcharme pronto, se acerca uno de manual.

—¿Un qué?

—Un tifón. Imagínese mi puta suerte: la policía y una tormenta, todo el mismo día.

Fuera, el mar parecía hosco. Las olas rompían contra el muelle y la espuma dejaba ojos blancos que parpadeaban en la madera. A lo lejos, los somorgujos se lanzaban en picado a por sus presas. Iwata notó un matiz agrio en el

ambiente a medida que se acercaba al final del embarcadero. Hacía calor, pero él estaba destemplado y temblando.

Ante él apareció el *Midnight Viv*. A pesar de la elegancia de sus líneas, Iwata vio que no era una embarcación joven. La brisa lo mecía con un balanceo solitario y casi imperceptible.

—¿Va a pescar?

Iwata se volvió y vio a un anciano curtido por el mar que se agachaba entre unas cajas y un cabo enrollado. Tenía una caña de pescar entre las piernas y un cigarrillo de liar atrapado entre los labios grises. Sus ojos no apartaban la mirada de las olas.

—Soy inspector de policía —contestó Iwata—. ¿Vive usted aquí?

—Aquí no vive nadie.

El viejo no dijo nada más, así que Iwata subió la escalera para abordar el *Midnight Viv* e imaginó a Jennifer Fong haciendo lo mismo. La vio con un vestido veraniego, entusiasmada con la aventura.

«Adoro el mar. Es lo único que echaré de menos el año que viene.»

Bajó a la cubierta inferior sintiendo náuseas. Estaba limpia, salvo por un poco de polvo, y no había nada digno de atención: un banco, un fregadero, una mesa fija, una pequeña cocina, un baño, un televisor diminuto, mapas en las paredes y estanterías viejas llenas de novelas románticas aún más antiguas.

«¿Le dijiste que el barco era tuyo? ¿Le recitaste algún verso sobre el mar abierto?»

Iwata imaginó a Jennifer flotando sola en la oscuridad del océano, como un madero.

«¿Llevaba un vestido de verano? ¿Se lo había puesto para ti?»

Iwata se sentó en un camastro pequeño que crujió con su peso.

«Ella fue la primera. ¿Por qué la quisiste a ella? ¿Qué tenía de especial? ¿Se tumbó aquí contigo? ¿La deseabas? ¿Y ella a ti?»

Iwata apartó la ropa de cama y debajo no encontró más que un colchón que olía a moho. A nada más que a eso. Si daba crédito a lo que decía la autopsia, no había lesiones genitales.

«No te interesaba su cuerpo; sólo su corazón.»

Observó la pared que rodeaba el colchón buscando manchas, pero no vio ninguna.

«Aquí no había suficiente espacio, ¿verdad?»

Subió a la cubierta y miró el sol. Brillaba a ratos entre las nubes.

«Claro, lo hiciste aquí arriba. Al aire libre. Pero donde no podía haber testigos.

»¿La tumbaste en la cubierta? ¿Le prometiste un pícnic?

»Compraste comida y bebida, a la que añadiste LSD.

»¿Creyó que ibas a besarla?

»¿Dónde escondiste el cuchillo?

»¿Cerró los ojos en el momento preciso?

»Sí, cerró los ojos esperando un beso.

»Y tú le bajaste los tirantes del vestido.

»Ella se tumbó debajo de ti.

»Temblando a pesar del calor, flotando en el vasto vacío del mar.

»La besaste.

»Y al mismo tiempo la rajaste.

»Le hiciste un corte muy profundo que la abrió por la mitad.

»Con un solo gesto le cortaste las principales arterias.

»Y le metiste la mano dentro.

»Y antes de que se diese cuenta de que aquello no era un beso, tú ya le buscabas el corazón.

»Lo notabas con las yemas de los dedos como a una criatura en su madriguera.

»Se lo arrancaste y lo sacaste a la luz del día.

»Lo sostuviste ante ella, y a Jennifer le llovió su propia sangre.

»¿Lo miró? ¿Vio su propio corazón dar los últimos latidos, solo y al descubierto?

»¿Le dio tiempo a darse cuenta en ese instante de que tú no eras un hombre?

»Y cuando la lanzaste al vacío, ¿la contemplaste mientras se hundía?»

Iwata vomitó por la borda.

Al acabar, se dejó caer hacia atrás, sobre el mástil. El viento cambió y lo cubrió una sombra moteada. Entonces levantó la mirada y lo vio: un corte de sol que brillaba a través de la vela.

En lo más alto.

«Qué extraño.»

Empezó a trepar por el mástil de popa con gran dificultad; le temblaban los brazos y las piernas. Varias veces se detuvo en algún travesaño a recuperar el

aliento. Cuando ya había ascendido diez metros, alcanzó lo que había visto. Lo tenía a un brazo de distancia, a la altura de la vista: un desgarró en la vela.

—¿Qué...?

El viento le chistó, como si hubiera dicho demasiado.

Iwata estiró el brazo tanto como pudo, pero apenas rozaba el rasgón con las yemas de los dedos.

Se forzó un centímetro más.

Y otro.

El viento sopló más fuerte.

Iwata perdió el equilibrio.

Perdió el agarre.

Intentó asirse a algo con desesperación, pero de pronto estaba cayendo aferrado al material, que se desgarraba.

El impacto fue doloroso e Iwata tardó un minuto entero en recobrar la consciencia por completo, pero la fibra de dacrón que acababa de destrozar había amortiguado gran parte del golpe. Se obligó a ponerse en pie y, resollando, miró lo que quedaba de la vela.

Iluminado desde atrás por la puesta de sol, ondeando al viento, había un enorme sol dentado.

Más allá se avecinaba una tormenta.

Eran las diez de la noche e Iwata tenía una manta alrededor de los hombros y un contenedor de comida para llevar en la mesita: una ración de fideos salteados a medio comer. Fuera la tormenta arreciaba. No había nada más que hacer ni otro lugar al que ir, así que puso la grabación del circuito cerrado de nuevo. Observó a Akashi hablando con Mina Fong desde el ascensor. La conversación duraba menos de treinta segundos.

La visionó de nuevo.

Y otra vez.

Vio la secuencia muda repetición tras repetición mientras bebía leche fría de almendras y arroz.

«¿Qué diantres pasa aquí, Akashi?»

Se levantó envuelto en la manta y se sirvió un whisky del mueble bar que se tomó con unos anticongestivos. La quemazón le dio tos, pero lo hacía sentirse mejor.

Su móvil vibró desde la mesilla.

Coco La Croix le había contestado en 2Chan.

Fan de Hong Kong, ¡no te decepcionará! Ubicación: punto más alto de Dogenzaka. Nos vemos en la pista de baile. Busca el sombrero de copa. CLC.

Iwata levantó el vaso para brindar.

—Por los nuevos amigos.

Cerró los ojos y bebió. La calidez del trago desplegó las alas en su pecho, como un pájaro al despertar. Fuera el mar estaba revuelto. Lo único que se veía en la oscuridad era el parpadeo débil de las luces de la ciudad.

«Iwata, ¿nunca te preguntas si algunas de esas ciudades son buenas y otras malas?»

En su sueño, Iwata caminaba por el muelle con la intensa sensación de que estaba a punto de ocurrir algo malo. El embarcadero se alargaba hacia el infinito, flotando en un mar gris y calmado. El *Midnight Viv* era demasiado pequeño, y en la cubierta había una figura que le daba la espalda. Tenía la piel muy oscura y se le hinchaba con el viento como si la llevase cosida con unas puntadas. Su cuello era muy delgado, con forma de embudo; el vientre, de un tamaño grotesco. Jadeaba.

El anciano pescador lo llamó.

—No suba al barco, inspector.

—Necesito hablar con ese hombre.

El pescador lo miró desde las olas con ojos lechosos.

—No es hombre.

—¿De qué habla?

—*Ngo gwai*. «Fantasma hambriento.» —El pescador negó con la cabeza —. Debe marcharse de aquí. Antes de que lo vea.

—Pero no puedo. Sé quién es.

Iwata subía los peldaños de la embarcación y desfundaba el arma.

La figura oscura empezaba a darse la vuelta.

UNA BUENA METÁFORA

Discovery Bay amaneció oscura. La tormenta había escampado durante la noche y un silencio neblinoso abarcaba toda la isla. Iwata se obligó a levantarse del sofá y miró por la ventana.

Un pescador reparaba su red; una anciana paseaba al perro; un hombre limpiaba los excrementos de pájaro de las sombrillas de la terraza de un restaurante. Todos a merced de los ritmos animales.

El salón estaba bañado en sombras y en una luz azul parpadeante.

El vídeo estaba pausado con Akashi en el ascensor. El inspector tenía una sonrisa congelada en la cara y estaba a media reverencia. Los rayos de sol entraban desde el pasillo. Su sombra se proyectaba sobre la pared interior del camarín.

«La belleza no reside en los objetos, sino en el juego de luces y sombras que éstos crean.»

—Estabas al sol y hacías sombra —susurró Iwata—. Pero Mina...

Iwata se apresuró hasta el televisor y pegó la cara a la pantalla.

—¿Dónde está su sombra, Akashi?

Se echó a reír y le dio un puñetazo a la pared con aire victorioso. No cabía duda: Mina Fong no estaba allí.

Akashi estaba solo en el ascensor y simulaba una conversación.

—¿Era una pantomima, o habías perdido la cabeza?

Iwata se acordó de la casa incendiada de Akashi, en Chiba.

«¿Se te colaba la niebla a través de estas paredes tan finas?

»¿Permeaba toda la casa y te empapaba la mente durante los días anteriores a tu muerte?

»¿Hacías lo que tocaba cuando tocaba y decías lo que tenías que decir?»

El móvil empezó a sonar, a gimotear como un recién nacido. Iwata respondió con aire ausente y la mirada fija en la falsa sonrisa de Akashi.

—¿Sí?

—¿Señor Iwata? Soy el señor Lee, el abogado de la señora Fong. Acabo de recibir una visita de la policía.

El instinto lo hizo mirar por la ventana.

—¿Y...?

—Preguntaban por usted, querían saber qué hace aquí. Les he explicado que el motivo de nuestra reunión era del todo legítimo, pero han dejado claro que, durante su estancia, usted ha contravenido la ley llevando a cabo una investigación para la que no está autorizado. Se han referido a un incidente diplomático.

—No he venido a título oficial y todos con los que he hablado han accedido a hacerlo por voluntad propia.

—Señor Iwata, lo aviso porque estoy convencido de que lo que quiera que esté haciendo sirve a los intereses de esta familia. Así que debe saber que me han preguntado dónde se aloja y he tenido que decírselo. Eso ha sido hace no más de diez minutos.

El reloj marcaba las seis menos diez de la mañana. Menos de noventa minutos antes de que despegase su vuelo.

—Gracias por avisarme, señor Lee.

—Buena suerte, inspector. Yo que usted no regresaría a Hong Kong.

Iwata colgó, agarró la cinta de vídeo y empezó a recoger sus cosas con suma urgencia: los documentos, las fotografías y la ropa. Dio un último repaso a las habitaciones y dejó la de Jennifer para el final. Allí echó un vistazo a los objetos polvorientos que jamás volverían a usarse. El silencio pulsaba, desesperado por recuperar su reino. Sin aliento y enfermo, Iwata se volvió para marcharse.

Y estuvo a punto de no darse cuenta.

Una fotografía de Jennifer de pequeña que estaba enganchada en el marco del espejo.

La había visto el día anterior, pero no se había fijado. La fecha digital decía que era de 1996, y el padre de Jennifer la estrechaba en sus brazos con torpeza. Estaban posando ante las vistas de una ciudad, en alguna parte. A su espalda se veía una puesta de sol gloriosa y estaban en una especie de habitación pequeña con ventanales. Pero había algo más.

Algo que Iwata ya había visto.

Detrás de Jennifer y de su padre, la fotografía había captado las

expresiones desprevenidas y los cuerpos sin encuadrar de otros turistas. Y entre todo eso, una mano que se agarraba a una barandilla.

Y en la muñeca, un reloj de oro.

«Un reloj de oro con la esfera de zafiro.»

Iwata arrancó la foto, salió del apartamento y paró un taxi para que lo llevase al aeropuerto. Cuando el vehículo se puso en marcha, contempló a los ancianos del puerto preparar las cañas de pescar.

Cerró los ojos.

El lago parece un cráter prehistórico lleno de agua de color verde cobre. Kei y Kosuke están pescando en ropa interior y fumando tabaco barato; al sol, sus torsos pálidos adquieren un brillo blanquecino. Hay latas de cerveza vacías por todo su campamento destartado.

Kosuke infla las mejillas.

—Joder, qué calor.

—¿Sabes qué? —Kei habla por la comisura de la boca para que no se le caiga el cigarro—. Creo que al final sí echaré de menos esta mierda. Qué locura, ¿no?

Kosuke lanza el sedal de nuevo.

—Al final has aguantado; creía que no lo lograrías.

—Alguien tenía que cuidar de ti, palurdo.

El sedal se tensa.

Kei salta al agua mientras recoge el sedal con todas sus fuerzas.

Se vuelve sonriendo de oreja a oreja con un pez plateado agitándose en el anzuelo y señala con la barbilla la boca atravesada.

—Una buena metáfora de los últimos diez años.

—Y además se parece a ti.

Kei le da un beso al pez en la boca y lo lanza al cubo.

—¿Adónde piensas ir?

—Es posible que vaya a Tokio. —Kei se encoge de hombros—. No todos tenemos padrastrós ricos en Estados Unidos.

—No estoy seguro de que sea muy rico.

—Algo me dice que tu madre no se casaría con un indigente.

Iwata también se encoge de hombros. Una libélula se cruza entre los dos.

—Puede ser. Tú la conoces tan bien como yo.

—¿Por qué viene a buscarte?

—Quién sabe.

—Me refiero a por qué viene ahora. Tú has visto lo mismo que yo: los padres sólo regresan a por los cachorrillos.

—Kei...

—Marido nuevo, casa nueva, Cadillac nuevo. Supongo que debe de pensar que por qué no recuperar también al hijo perdido.

—¿Sabes qué? Que me da igual.

—Venga ya, Iwata-kun. ¿Te da igual el motivo por el que ha vuelto?

—Me voy de aquí: eso es todo lo que sé y todo lo que necesito saber.

—Vale, lo pillo. Te entiendo. Lo que de verdad te gustaría saber es por qué se marchó.

—Kei...

—No, tengo razón, y tú lo sabes. Quieres saber por qué te dejó. Quieres saberlo igual que el resto de los putos chavales de Sakuza. Querías saberlo el día que te arrastraron hasta aquí. Querías saberlo cuando te rodeé el hombro con el brazo. Y todavía quieres saberlo.

—No empieces otra vez con esa mierda.

Kosuke lanza la caña al agua y se aparta vadeando.

—¡Iwata! —lo llama Kei.

—Lo sabes todo, ¿a que sí?

Kei echa a correr tras él y lo agarra por los hombros con las manos mojadas.

—Vale, vale. Te da igual, de acuerdo. Y tienes razón: yo no tengo ni puta idea de nada. Ni siquiera tengo padres, ¿qué voy a saber?

—Estoy harto de pescar.

—Vamos, tío, tómate una cerveza conmigo.

Las gotas se deslizan por sus espaldas bronceadas. El barro que se les cuela entre los dedos de los pies es como una gelatina caliente. Los grillos chirrían por el fin del verano.

—Venga ya, Iwata. ¿Qué vas a hacer, ahogarte?

—Eres un gilipollas; te crees con más moral que los demás. —Kosuke mira al sol con los ojos entornados—. Tengo sed.

Kei le da una palmada en la espalda. Regresan a la orilla arenosa y abren las últimas cervezas. Kosuke deja que le gotee la espuma por la barbilla y le caiga en el regazo.

—¿Sabes? —pregunta Kei, y se rasca el ombligo—. Ha sido divertido. Al menos en parte.

—¿Te refieres a hoy?

—A hoy y al resto de los días.

Se miran con incerteza.

—En parte —repite Kosuke con una sonrisa irónica—. Sí.

El rugido distante de la presa no acalla el canto de los pájaros que tienen alrededor.

—Así que América...

—La tierra de la libertad.

Iwata levanta la lata.

—Si ahorro algo de dinero, puede que dentro de uno o dos años vaya a verte. Viviremos la auténtica experiencia: autocines, hamburguesas con queso, tetas grandes. El puto pack completo.

—El sueño americano.

Kei escurre la lata y las últimas gotas le caen en la lengua.

—¿Crees que en California tendrán *yakitori*?

Kei lo pregunta con aire ausente; el brillo plateado del agua le ilumina el rostro.

—No lo sé —responde Kosuke—. Lo que no tendrán será un bar como La Zorrera.

Kei se ríe por las reducidas dimensiones de su mundo: se han convertido en reyes sin saberlo.

El sedal de Kosuke se tensa, y él lo recoge con frenesí. El pez es mucho más pequeño, tanto que no vale la pena quedárselo, pero lo lanza al cubo de todos modos.

—Oye, Iwata-kun. —Kei sonrío avergonzado—. Tengo algo para ti.

—¿De qué hablas?

Kei aparca la caña y va a la bolsa. Saca un tocadiscos portátil y lo coloca entre los dos, encima de un tronco.

—¿No es el del orfanato?

—Ponlo, capullo.

Kosuke mira a Kei con suspicacia, pero coloca la aguja. Oye una sección de viento —triste y al mismo tiempo valiente— y a continuación otra de cuerda —apesadumbrada pero briosa—, y siente el impacto de una canción favorita.

Las luces de la ciudad son muy bonitas.

*Contigo soy feliz.
Por favor, deja que te oiga.
Yokohama, la luz azul de Yokohama.
Esas palabras de amor.*

Kosuke se vuelve hacia Kei.

—Joder, esta canción me encanta. ¿De dónde la has sacado?

—La encontré en Kioto. No te pongas tonto, no es nada.

—¿El día que Uesugi te llevó al médico?

El recuerdo oscurece el rostro de Kei por un instante, pero se deshace de él y se acerca a Kosuke de un brinco.

Lo agarra por la cintura y lo hace bailar por el barro de la orilla. Es un vals muy tonto, y se pone a imitar a Uesugi, a actuar tal como hace él, colocando la mano sobre la cabeza de Kosuke y parodiándolo mientras cita a Platón, a Jesucristo o a Chéjov.

Entonces Uesugi se convierte en la chica de las castañas y el vals se suaviza.

—Se me ha ocurrido una cosa —anuncia Kei.

Mete los dedos en el cubo del pescado y se pinta los labios de un rojo brillante con la sangre de los peces. Se pinta las cejas con lodo y se moja las pestañas hasta formar púas negras.

Kosuke ya no se ríe.

Kei ocupa el lugar de su sombra. Separa los labios. Le huele el aliento a sangre.

Kosuke se vuelve hacia el centelleo del agua. Los dedos de Kei le rodean el torso y casi se le meten entre las costillas, como si éstas fueran teclas de piano.

Kei le da un beso en la nuca.

—¿Qué haces? —pregunta Kosuke, que cierra los ojos y se estremece.

Otro beso en el hombro.

Las gotas de agua se deslizan por su columna.

*Camino y camino, meciéndome
en tus brazos como un barquito.
Oigo que te acercas.
Dame otro beso tierno.
El aroma de tu tabaco favorito.
Yokohama, la luz azul de Yokohama.
Éste siempre será nuestro mundo.*

Kei le introduce la mano en los pantalones y le agarra el pene. Le aferra el pecho con el brazo como si fuera el arnés de una montaña rusa y empieza a masturbarlo.

—No. —La voz de Kosuke suena ronca y espesa—. Kei.

Kei canta al son de *Blue Light Yokohama*.

—*Dame otro beso tierno. Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.*

Acelera el movimiento de la mano, y Kosuke no puede hablar más, sólo cerrar los ojos. Es un niño al borde del precipicio que domina el remolino del río. Es un niño espiando a las monjas que se bañan en el lago. Es un niño mirando a la chica de las castañas por la ventana mientras ella se viste.

—Nadie nos quiere —susurra Kei—. Sólo yo. Yo nos quiero. Yo te quiero.

A Kosuke, el aliento se le queda atascado en la garganta y su semen forma volutas en el agua. La luz del sol hace que parezcan cuentas anacaradas, ligeras como escamas de pescado.

Kosuke tiembla, abre los ojos y ve la mano sucia de Kei agarrándolo. Ve el jugo púrpura de los peces muertos en el cubo. Siente que lo invade una ola de miedo y de rabia, y de pronto es un niño pequeño sentado en un banco, solo en la estación de autobuses. Se vuelve de golpe.

Kei, que sonrío con miedo, no espera el puñetazo en la boca. Se desploma sobre una rodilla y empiezan a llenársele los ojos de lágrimas. Se agarra la mandíbula y le brota sangre entre los dedos.

—Cobarde.

Observa a Kosuke salir corriendo, arrastra las palabras. Le duele al hablar, pero lo hace igualmente.

—«¡Nuestra gloria flota entre la tierra y el cielo como unas nubes que nos recuerdan a los pabellones del sol!»

Se ríe con la boca goteando sangre.

—Iwata, eres un puto cobarde.

Kei coge el disco y lo lanza hacia la silueta lejana de Kosuke.

—¡Jamás dejarás tu cobardía atrás!

«Éste siempre será nuestro mundo.»

SI QUIERES SABER CUÁNTO TE QUIERO

Iwata desembarcó del avión y alzó la vista. Ese día en Japón hacía más calor que el de su partida la semana anterior, pero el cielo continuaba gris e inquieto. En el control de pasaportes tuvo la sensación de que en cualquier momento notaría una mano en el hombro, pero atravesó el puesto de inmigración sin incidentes.

Hatanaka estaba en el aparcamiento con los brazos cruzados. Se había teñido el pelo de negro. Sin el uniforme, parecía un chaval impaciente esperando a su padre.

—¿Tienes la documentación?

Hatanaka le entregó un periódico doblado con el expediente dentro.

—Muy bien. Vamos a dar una vuelta.

—¿Voy a perder el trabajo por ayudarlo, inspector?

—Eres joven, caerás de pie. Vamos a la información: ¿cuál es el veredicto?

—Ikuo Uno no tenía un perfil muy alto: apuestas y poco más, aunque sí algún vínculo débil con la yakuza. El expediente cubre cinco años, pero nunca estuvo cerca de facilitar un arresto.

—¿Quién estaba a cargo de la investigación?

—Akashi, de Homicidios. El muerto. ¿Lo conocía?

Iwata negó con la cabeza y una sonrisa cínica.

—Sí y no.

—Bueno, le he echado un vistazo, aunque en la red no hay gran cosa sobre su suicidio; cuatro datos nada más. Sólo se publicó un artículo. El honorable inspector Akashi salta desde el puente del Arcoíris, un hombre que luchó por la justicia toda su vida, pero que tras su divorcio se sintió abrumado por una depresión, bla, bla, bla. He imprimido el artículo, lo tiene ahí con todo lo demás.

Iwata se montó en su coche, dejó los documentos encima del salpicadero y

bajó la ventanilla.

—Hatanaka, necesito una cosa más.

—Mire, de eso quería hablar. Mi comandante ha empezado a darse cuenta de que empleo bastante tiempo para cosas que no están relacionadas con mis casos. Está comenzando a causarme problemas.

Iwata hizo un gesto con la mano.

—¿Quieres pasarte los próximos diez años vigilando puertas o quieres ser policía? Escucha, si te haces cargo de mis trapos sucios de vez en cuando, yo te ayudaré con una recomendación. Una recomendación de un investigador de homicidios que está al mando de investigaciones todavía vale algo en este mundo. Venga, apunta una cosa.

Hatanaka suspiró y sacó el móvil.

—Adelante.

—Coco La Croix. Es el nombre de usuario que usa un camello en 2Chan.

—¿Coco...?

—La Croix. Necesito que averigües quién es y dónde está. ¿A qué hora acabas esta noche?

—A las nueve.

—De acuerdo. Cuando salgas, necesito que lo vigiles y me digas adónde va. Se dirigirá a una discoteca de Dogenzaka. ¿Lo tienes?

Iwata arrancó el motor.

—¡Así es como suena un coche!

Iwata aparcó detrás del 6082 de Misakimachi Moroiso y salió del coche. El sonido de las olas y los constantes cambios de dirección del viento conspiraban con los desagradables chillidos de los cormoranes. El cielo de la bahía de Sagami era una losa de pizarra.

Unos árboles retorcidos se asomaban a la roca negra del risco.

Era la primera hora de la tarde, pero no se veía a nadie. En la puerta ya no había cinta policial y la casa tenía el mismo aspecto que cualquier otra vivienda vacía. La entrada estaba cerrada con tablones, pero Iwata los arrancó sin dificultad. Accionó el interruptor, aunque allí ya no hacía falta suministro eléctrico. Sacó la linterna y con ella dibujó una cenefa en la penumbra del pasillo. Sólo se movían las gruesas motas de polvo. En la planta superior, el dormitorio estaba limpio, pero todavía quedaba una zona oscurecida en la moqueta donde le habían arrebatado la vida a la señora Ohba.

Oyó un tictac suave y miró hacia la mesilla de noche. Le dio la vuelta al

reloj de oro y encontró unas palabras grabadas en la tapa:

Si quieres saber cuánto te quiero,
cuenta las estrellas del cielo

Iwata sacó la fotografía que se había llevado de la habitación de Jennifer Fong y la comparó con el reloj de oro del señor Ohba. El de la imagen tenía una esfera de zafiro idéntica. No cabía la menor duda de que era el mismo que sostenía en la mano.

—Te pillé —susurró Iwata.

Comprobó de nuevo la fecha digital de la imagen: 1996.

Mientras sacaba el cuaderno de notas, corrió al pasillo. Con una mano temblorosa fue recorriendo todas las instantáneas que los Ohba habían colgado de las vacaciones. Ninguna de las fechas se correspondía con la que aparecía estampada en la fotografía de Jennifer con su padre y el reloj de oro del señor Ohba.

—Venga, venga, venga.

Repasó las fechas que había anotado en el cuaderno. Las primeras vacaciones de los Ohba habían tenido lugar en Okinawa, en 1973. Las últimas, en Hawái en el año 2008. Iwata las había copiado en el mismo orden en que colgaban en la pared, sin una disposición concreta.

Las escribió todas de nuevo, pero en orden cronológico.

—Falta un año.

«1996.»

Se apresuró al dormitorio y arrasó con los contenidos de los armarios y las cajas, pero no encontró más que polvo y souvenirs huérfanos. Pasó al pequeño despacho donde había discutido con Shindo y se puso a abrir cajones y a revolver papeles.

—¡Venga!

Debajo del escritorio, Iwata encontró unas cajas con la fecha escrita. Apartó las demás y arrancó la tapa de la que llevaba la leyenda «1995-2000». Estaba llena de álbumes de fotos de color verde oscuro. Sacó el del año 1996 y se sentó con las piernas cruzadas, como un niño extasiado en su cumpleaños. La etiqueta de la cubierta decía esto:

Iwata lo abrió conteniendo la respiración. Todas las fotografías llevaban anotada la ubicación:

Parque de la Paz de Nagasaki
La cuesta de los holandeses
Museo de la Bomba Atómica
Puente Meganebashi
Museo de Arte de la Prefectura de Nagasaki
Iglesia católica de Oura
Iglesia católica de Kurosaki
Santuario de Michimori

Allí acababa el álbum.

En la última página había un sobre pequeño de color marrón. En el interior, más fotografías, aunque no se indicaba la localización.

El señor y la señora Ohba embarcando en un pequeño avión.

La señora Ohba con el pulgar en alto mientras miraba por la ventanilla.

El señor Ohba dormido con la boca abierta.

Una especie de parque nacional con paredes de roca altísimas y formaciones cónicas de ceniza volcánica.

El señor y la señora Ohba subiendo a un funicular.

Los Ohba posando fuera de la cabina, ambos con un bronceado leve.

La siguiente fotografía era casi idéntica a la que se había llevado del cuarto de Jennifer, pero en este encuadre aparecía el señor Ohba y parte de la melena de la joven.

Iwata se dio cuenta de que no estaban en una habitación, sino en la cabina de un funicular, en alguna parte de la prefectura de Nagasaki. Miró la siguiente fotografía y se quedó sin aliento.

—Dios mío.

Estaban todos ellos: los Ohba; Jennifer y su padre; un Tsunemasa Kaneshiro más joven; Hideo Akashi con casi treinta años. Todos los fallecidos, juntos.

—Te tengo —susurró Iwata—. Hijo de puta, ya te tengo.

Pero en la foto había más personas que no reconocía. La novia de Akashi, o tal vez fuese su esposa.

Una niña de unos diez años.

Y una mujer sola. Estaba sentada sin compañía, vestida con ropa sucia de abrigo, mirando al suelo. La última fotografía era una panorámica muy bonita

de las islas con el resplandor rosado del océano durante la puesta de sol.

Iwata cogió todas las fotos y corrió hacia la puerta.

Fuera se había desatado la tormenta, que por fin se había decidido a caer.

Tiró el sobre marrón al asiento del copiloto, sacó la sirena desmontable del maletero y la colocó en el techo. A medida que el Isuzu cogía velocidad, la sirena empezó a sonar más alto. Iwata sacó el móvil y marcó.

—Venga, venga, venga.

Shindo contestó al fin.

—¿Iwata?

—¿Hideo Akashi estaba casado?

—¿Qué?

—No nos queda tiempo, Shindo. ¿Estaba casado o no?

—Sí, lo estuvo hace mucho. O sea, ella lo dejó y se casó con otro; creo que se apellida Tachibana, pero...

—¿Tenía pecas? Medía más o menos metro sesenta, ¿verdad?

—Sí, pero ¿de qué...?

—Shindo, necesito que me escuches y respondas a mis preguntas. De lo contrario, morirá más gente. Dime si la mujer de Akashi está viva.

—¿Yumi? Sí, está viva. Pero tienes que decirme de qué va esto.

—Shindo, sé cuál es el criterio para escoger a las víctimas. Y sé quién será la siguiente.

Iwata se saltó un semáforo en rojo volando hacia la autovía. Iba dejando una estela azul a su paso.

—¿Cómo las elige?

—Por algún motivo, todo tiene que ver con un funicular en alguna parte de Nagasaki, en 1996. Todavía no sé por qué, pero debes conseguir protección policial las veinticuatro horas para esa mujer, y tiene que ser ya. Si no lo haces, él la hará pedazos; a ella y a todos los que la rodean. Hay otras dos personas en peligro, pero todavía no las he identificado.

Shindo emitió un suspiro tembloroso.

—Iwata...

—Ya sé lo que vas a decirme, pero también sé que tengo la razón.

—¿Y si te equivocas?

—Te enviaré mi carta de dimisión con un ramo de rosas.

Hubo un largo silencio.

—Si te hago caso, tendrás que contarme todo lo que sabes.

—Jennifer Fong, la hermana de Mina Fong, es una de las víctimas del asesino del Sol Negro. Su muerte es anterior a todas las que estamos investigando. Y no sólo eso: estoy seguro de que el asesino también mató a Mina.

—¿A Mina Fong?

—Era para distraernos, Shindo. Una cortina de humo.

—Chico, el caso ya no es tuyo. No puedes seguir interfiriendo...

—Ya que lo mencionas... —Iwata aporreó el claxon mientras adelantaba a un todoterreno—. Vuelve a ser mío, desde hace diez minutos.

—¿De qué hablas?

—Si Mina Fong es otra víctima del asesino del Sol Negro, eso significa que la investigación de su asesinato es errónea. Y además exculpa a Masaharu Ezawa. Te bastará con ver la grabación del circuito cerrado de la casa de Mina Fong para tenerlo bien claro.

—No me jodas, Iwata.

—Como tú mismo dijiste, es mi conducta lo que está en tela de juicio, no mis investigaciones. Hasta el día del procedimiento disciplinario, el protocolo dicta que el caso debe reabrirse y que yo debo estar al mando. Es el protocolo, Shindo.

Iwata imaginó al viejo policía mirando por la ventana sin vistas, dándole vueltas a la situación.

—¿Te das cuenta de que falta menos de una semana para la vista?

—Me doy cuenta.

Shindo se rió.

—De perdidos al río, ¿no, chaval?

—Shindo, no hay tiempo para esto.

—Vale, de acuerdo. Conseguiré protección para la ex esposa de Akashi. Enseguida te envío su dirección. Pero no puedo darte ningún agente. Tu nombre está manchado, nadie quiere trabajar contigo. Tendrás que apañártelas tú solo con el tiempo que tengas.

—Eso es todo lo que se puede pedir a cualquiera, jefe.

—Bienvenido al redil.

Iwata colgó y pisó a fondo.

Con el rabillo del ojo vio la carpeta que Hatanaka le había entregado con la información sobre Ikuo Uno. En la portada había una pegatina descolorida que decía:

INVESTIGACIÓN A CARGO DE HIDEO AKASHI

Iwata se mordisqueó el labio, pensativo.

«Eras de Homicidios, ¿por qué te ocupaste de un mero peón?

»Y si Ikuo Uno era uno de tus confidentes, debiste de haber sabido que tras su muerte alguien estaba usando su dinero. Y no se lo impediste.»

Se acordó de la sonrisa de Akashi en el ascensor, una farsa vana.

Iwata pensaba demasiado deprisa, conducía demasiado deprisa. Y aun así, no bastaba.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Dio un volantazo brusco para adelantar a un camión y la carpeta que descansaba sobre el salpicadero se abrió y dejó a la vista el artículo sobre el suicidio de Hideo Akashi. La fotografía era vieja, tal vez de cuando se había graduado en la Academia de Policía. Llevaba el pelo muy corto, estaba bronceado y su sonrisa era más bien una mueca.

«Estás escondiendo algo. ¿Es posible que el asesino del Sol Negro supiera algo delicado sobre ti?»

Akashi sonrió a Iwata.

La sirena ululaba sin cesar.

Viendo los ojos del difunto, el inspector comprendió algo con la sensación de una puñalada fría en el vientre.

Al norte del aeropuerto de Haneda, justo delante del centro de Tokio, estaba la isla de Odaiba. Era donde vivían Yumi Tachibana y su marido Yoshi. En verano hacían pícnicos en la playa y en invierno se sentaban en las cafeterías a leer y a disfrutar de las vistas a la bahía. Yoshi era aficionado a la novela negra escandinava, mientras que Yumi prefería los relatos. Los lunes por la mañana se quejaban por tener que viajar a «tierra firme», pero les encantaban las calles amplias flanqueadas de árboles de la isla. La sensación de espacio que tenían en Odaiba era como no estar en Tokio. Allí podían aparcar sin grandes dificultades, las listas de espera para las guarderías eran razonables y la gente que paseaba al perro se saludaba en las esquinas. El bebé llegaría en apenas unas semanas. Ya habían escogido los nombres hacía tiempo. Yumi y Yoshi Tachibana eran felices.

La luz azul de Kosuke Iwata surcaba el puente del Arcoíris en dirección a Odaiba. Ya habían dado las seis de la tarde y el sol se había puesto. Las barcas yakatabune surcaban el río como de costumbre y teñían el negro de

bolsa de basura de las aguas con sus neones de color rosa. Iwata vio la noria de Daikanransha cambiar de color en la distancia, encajonada entre varias salas de juegos grandes como almacenes. El monorraíl de la línea Yurikamome pasó en dirección contraria por uno de los carriles inferiores del puente. Iwata contempló la ciudad, las luces rojas que servían de advertencia para los aviones que volaban bajo. Tokio era incapaz de estar a oscuras.

Dos minutos después de cruzar el puente, vio el control policial. Una tropa de agentes de la Policía Metropolitana de Tokio tenía cubierta la entrada a la urbanización Green Gardens. De pronto sintió una oleada de euforia.

—Shindo, lo has conseguido, cabronazo.

Aparcó y estudió la escena. Un corrillo de residentes mantenía una conversación teñida de excitación e irritación a partes iguales. Vio una valla de altura prohibitiva, cámaras de circuito cerrado y seguridad privada. Antes del despliegue policial no habría sido fácil penetrar en el recinto, pero ahora menos.

«¿Vendrá el asesino del Sol Negro de todos modos?»

Iwata conocía la respuesta.

Miró a ambos lados de la calle con la esperanza de ver hombres altos. Había uno o dos. Escrutó sus rostros buscando rabia, aunque sólo identificó curiosidad. A la luz de las farolas era difícil distinguir algo.

Se planteó si aquello había sido un error.

«¿Qué pasa si el asesino decide esconderse? Es casi seguro que acabará saliendo tarde o temprano, pero ¿cuándo? »¿Dentro de un mes? ¿De un año? ¿De una década?»

Le sonó el móvil.

—¿Sí?

—Soy Hatanaka.

—Suéltalo.

—El nombre real de Coco La Croix es Masanao Maeda. Es estudiante de Química, entre otras cosas. Organiza fiestas *underground*, vende ácido, éxtasis y algún fármaco legal. Y además también tiene una página web sobre moda.

—Buen trabajo, chico. ¿Dónde estás?

—En la Universidad de Tokio, siguiéndolo. Creo que va hacia el metro. Lo llamaré cuando salga.

Iwata colgó y salió del coche. Al acercarse a la puerta de entrada, les

mostró la placa a los agentes y eso llamó la atención de la concurrencia, que lo observó al pasar. La casa de Yumi Tachibana estaba a unos cientos de metros. Era una estructura angular de fachada color crema, postigos marrones y un garaje pequeño. Frente a la puerta había más agentes. Iwata sacó la placa de nuevo y uno de ellos lo marcó en una lista corta.

Entró en un pasillo largo de cuyas paredes colgaban obras de arte moderno.

«El hombre feliz es aquel que, siendo rey o campesino, encuentra la paz en su hogar.»

Siguió el sonido tenue de unas voces hasta la primera planta y llegó a un salón con cocina americana, suelos de pizarra y líneas limpias y geométricas. Había un sofá con forma de ele y una mesa de comedor de cristal. En los rincones de la estancia había macetas grandes con bambú y palmeras. Yumi y Yoshi Tachibana estaban sentados a la mesa bebiendo té, la una al lado del otro, mirando hacia el infinito. Iwata se acordó de la pareja de *Noctámbulos*, de Hopper.

Se levantaron en cuanto Iwata apareció al final de la escalera.

Yumi estaba en las últimas semanas del embarazo. Como era de esperar, parecía mayor que en la foto, pero Iwata reconoció su complexión física y las pecas de inmediato. Yoshi era un hombre alto de rostro fino, una barba que lo disimulaba y sonrisa nerviosa.

Iwata los saludó con una reverencia.

—Soy el inspector Iwata, estoy al mando de la investigación.

La tez pálida de Yumi era una muestra evidente de su agotamiento.

—Shindo nos ha dicho que usted es uno de los mejores de su división.

Yumi le señaló un asiento.

—Vaya. Bueno, espero hacer honor a su amabilidad.

—¿De qué se trata esto exactamente, inspector? No nos han dado ninguna explicación.

—Tengo el deber de impedir que un... individuo llegue hasta ustedes.

—Un individuo. ¿Y qué quiere este individuo de nosotros?

—Todavía estamos intentando determinar sus intenciones.

Yumi soltó un resoplido.

—Pero tendrá alguna idea.

—Sí. Podría tener alguna rencilla pendiente con ustedes.

Yoshi carraspeó. Él también estaba pálido y su mirada traslucía temor.

—Inspector, no lo entendemos. Nosotros somos buena gente, no nos

involucramos en... en lo que quiera que esto sea.

Iwata asintió.

—Comprendo que esto les suponga una sorpresa muy desagradable a ambos. Pero siento decir que deberán tener paciencia. No puedo revelar gran cosa; hay muchos detalles que aún no están claros.

Yumi bebió un sorbo de té y le ofreció una sonrisa amarga.

—Eso es evidente.

Consciente de la tensión, Yoshi Tachibana señaló la cocina.

—¿Le apetece un té, inspector?

—Si es tan amable.

Tachibana fue hasta la cocina de líneas elegantes y puso agua a hervir. Mientras esperaba, se aferró al borde de la encimera. Iwata imaginó que para un hombre sencillo como aquél, la situación debía de parecer ridícula. La mera idea de que alguien quisiera invadir su espacio —un espacio por el que había trabajado toda una vida— con intención de destruir a su familia. Regresó con una taza cara de piedra, e Iwata le dio las gracias.

—Inspector, dice usted que esta persona tiene algún problema con nosotros. ¿Qué se supone que hemos hecho? ¿Tiene alguna idea?

Yumi entornó los ojos con impaciencia.

—Por supuesto que lo sabe.

Iwata levantó la mano.

—Ya llegaré a eso, pero primero necesito que conteste a mis preguntas y después tendré que hablar con su esposa. En privado.

—Voy al balcón —dijo Yumi, y se levantó—. Necesito tomar el aire.

Dejó a los hombres solos.

—Inspector, supongo que se hace cargo de lo que pueden pensar mis empleados al verme envuelto en algo así. Y la tensión no le hace ningún bien a Yumi.

—Lo comprendo, caballero. Y lo siento mucho, pero no tengo más remedio que pedirles que sean pacientes. Aquí están a salvo.

—Pero esta situación no puede durar. Es decir, ¿qué pasa si no se trata más que de un malentendido?

—Señor Tachibana, si se diera el caso, yo estaría encantado.

Dio una palmada en la mesa.

—Entonces ¿cuánto tiempo habrá que esperar? ¡Podrían tardar meses en dar con él!

Iwata se inclinó hacia delante y habló con tono cáustico.

—Escúcheme: este hombre es capaz de hacerle a usted y a su esposa cosas que escapan a su comprensión. Quiero que confíe en mí, porque esto es a lo que me dedico. Si yo fuera usted, rezaría para que yo lo encontrase a él antes que él a ustedes.

Tachibana parpadeó.

—Lo siento. Es que...

—No me pida disculpas. Pongámonos ya manos a la obra: ¿ha visto alguna cosa fuera de lo ordinario durante las últimas semanas?

—Yo mismo me lo he preguntado, pero no. No hay nada raro.

—Piénselo bien, señor. Podría ser cualquier cosa.

Tachibana negó con la cabeza.

—No se me ocurre nada, lo siento.

—¿Nadie lo ha seguido a usted o a su esposa? ¿Han recibido alguna llamada telefónica extraña o algo por el estilo?

—No.

—¿Qué me dice del trabajo? Aunque sea algo sin importancia, podría ser relevante.

—Me temo que no.

—¿A qué se dedica?

—Al diseño de viviendas. Soy arquitecto.

Iwata sacó una fotografía del símbolo del sol negro.

—¿Ha visto esto alguna vez?

Tachibana negó de nuevo con la cabeza. Iwata no identificó la menor señal de reconocimiento.

—¿Está seguro?

—Sí. Me acordaría de haberlo visto.

—De acuerdo, señor Tachibana. Puede que luego tenga alguna pregunta más.

Iwata se levantó. En la terraza, Yumi se había sentado a la mesa y miraba en dirección al puente del Arcoíris, que relucía en la noche fría.

—Siéntese.

Iwata obedeció, y ella lo miró a los ojos con aire inquisitivo.

—Quiere matarnos, ¿verdad? Por eso está usted aquí.

—Créame, señora Tachibana. Eso no sucederá.

—¿Ha matado a más gente?

—Sí, pero antes de que supiésemos a qué debíamos estar atentos. Ahora usted no tiene de qué preocuparse.

Yumi apartó la mirada y sonrió con tristeza.

—¿Sabe que estuve casada con un policía? Usted me recuerda un poco a él.

Iwata sonrió y se preguntó si su sonrisa se parecía a la de Akashi.

—Bueno, inspector —suspiró ella—, haga sus preguntas.

Iwata le mostró la fotografía del símbolo del sol negro.

—¿Ha visto esto alguna vez?

Yumi negó con la cabeza.

—¿Y esto?

Iwata sacó las fotografías del álbum de las vacaciones de 1996 del matrimonio Ohba y las esparció por la mesa. Ella se estremeció y apartó la mirada.

—¿Yumi?

—Sí.

—Necesito que me diga todo lo que sabe.

CARNE EN MOVIMIENTO, NADA MÁS

Yumi desplegó las fotografías como si fueran cartas de tarot y, según las iba estudiando, las apartaba. Pasó un buen rato observando los distintos rostros.

—Fue hace tanto tiempo... —dijo en voz baja.

—Esto es un funicular, ¿verdad? —preguntó Iwata.

Ella asintió.

—¿Dónde está?

—Ya no existe. Era una pequeña atracción a una hora de Nagasaki, más o menos. Hacía el trayecto desde una de las islas hasta tierra firme. Pasaba por el templo de Michimori hasta... Hasta el monte Yahazudake. Sí, eso es.

—Estaba allí con su ex marido. Con Akashi. ¿Por qué?

—Se nos antojó parar allí. Hacía muy buen día. A decir verdad, yo no quería ir, pero Hideo se había empeñado. No había manera de quitárselo de la cabeza.

Iwata cambió de postura en la silla. Tenía una sensación vaga en el pecho.

—¿Pasó algo? ¿Algo fuera de lo común?

—Había una mujer... Una mujer perturbada. Apuñaló al revisor y después saltó y se mató.

Iwata señaló a la mujer que aparecía en segundo plano vestida con ropa de abrigo impropia de la estación del año. Yumi asintió.

—El año 1996 era un mal recuerdo —dijo él.

—¿Disculpe?

—Por eso escondieron las fotos.

—¿Quiénes?

—Nada. Continúe, por favor. ¿Qué más ocurrió?

—Hideo, mi ex marido, intentó salvarla, pero no pudo. Es imposible salvar a quien no se deja. Se lo repetí mil veces, pobre hombre. Fue horrible, de verdad.

—Hábleme de él.

Ella lo miró con curiosidad.

—El incidente lo afectó muchísimo. De un día para otro se convirtió en otra persona. Es como si el que se subió al funicular no fuera el mismo que se bajó de la cabina.

—¿En qué sentido? —A Iwata le palpitaba el pecho—. ¿Akashi cambió?

—Es que... se cerró. Estaba enfadado, a veces se ponía violento. Otras, tardaba días en aparecer por casa. Y cuando lo hacía, era como si me odiase. Me miraba fijamente, con la boca abierta, y me daba la sensación de que tal vez, aunque miraba en mi dirección, estaba enfrascado en sus pensamientos. Pero me percaté de que me seguía con la mirada.

Iwata bebió un sorbo de té para serenarse.

—¿Alguna vez mencionó lo sucedido en el funicular?

—Nunca hablábamos de esas cosas. Él no era esa clase de persona. Se negaba a dar detalles de su infancia; tampoco hablaba de lo del funicular. Ni siquiera quería discutir nuestros asuntos. Era como una pared. Después del incidente de Nagasaki, nuestro matrimonio estaba en las últimas.

—¿Cuándo se divorciaron?

—En la primavera de 1998.

—¿Él reaccionó mal?

Yumi bajó la mirada al suelo.

—Parecía triste, pero creo que lo comprendía. Me pidió disculpas y dijo que me quería mucho. No volví a verlo. Pero ¿qué tiene que ver el funicular con lo que sucede ahora? Es evidente que usted piensa que hay algún vínculo.

—Por algún motivo, señora Tachibana, alguien está asesinando a los pasajeros que estaban ese día en la cabina.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero, a día de hoy, de esa foto sólo quedan dos personas con vida. Usted —dijo Iwata, y señaló a la niña del fondo— y ella.

Yumi observó su cara con atención.

—Dios mío, es verdad: había una niña.

—¿Sabe cómo se llama?

—Lo siento, pero no. Puede que lo oyese en algún momento... Pero fue hace mucho tiempo.

—Me gustaría saber si Akashi mencionó el suicidio en alguna ocasión.

—No.

—¿Jamás? ¿Nunca dijo que no tenía motivos para vivir, o que era una carga para usted y para los demás? ¿Mencionó sentirse atrapado, o sufrir un dolor insoportable?

Ella negó con la cabeza.

—No creo.

—¿Lo oyó despedirse de sus seres queridos? ¿Regaló alguno de sus bienes más preciados?

—No. A veces parecía estar vacío. Otras, lleno de rabia. Pasaba de no hacerme ningún caso a actuar como si me odiase. Como ya le he dicho, creo que el incidente del funicular le afectó de manera muy negativa. Pero en cuanto a tendencias suicidas, no, nunca me lo pareció.

—Señora Tachibana, ¿qué opina de que el señor Akashi se suicidase?

—¿Qué clase de pregunta es ésta? Me parece horrible, cómo no. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Permítame que lo exprese de otro modo: ¿alguna vez pensó que él acabaría saltando del puente del Arcoíris?

Yumi se mordisqueó el labio.

—Hacía mucho que no veía a Hideo.

Sopló con un leve temblor y se llevó la taza a los labios antes de reparar en que estaba vacía.

A Iwata le sonó el móvil.

—Disculpe.

Fue al otro extremo del balcón a contestar la llamada. Lo azotó la brisa fría que llegaba de la bahía y, a lo lejos, las nubes se encendieron con un relámpago silencioso; un capullo de luz a punto de reventar.

—¿Hatanaka?

—Coco La Croix acaba de entrar en una discoteca que se llama Eclipse. ¿Lo sigo?

—No. Quédate junto a la salida y asegúrate de que no se marcha. Tardaré quince minutos.

Dogenzaka estaba envuelta en la tormenta, e Iwata pasó con prisas por delante de varios bares y hoteles del amor. Había palacios chinos venidos a menos, burdeles parisinos y harenes babilónicos. Los farolillos rojos se mecían al viento. Las paredes mugrientas estaban salpicadas de grafitis. Un cartel de neón le guiñó el ojo:

DIVERSIÓN

DESCANSO ¥ 4.000 - ESTANCIA UNA NOCHE ¥ 6.000

Encima del cartel había un dosel de cables negros mojados. Había cajas vacías de color azul apiladas en todos los rincones disponibles. Las plantas marchitas de las macetas hacían las veces de cenicero. De allí en adelante, las calles eran más anchas y los edificios más altos.

Eran las once de la noche y en la calle cada vez había más gente. Dogenzaka carecía de rutina aparte del ciclo de luz y oscuridad.

Iwata vio la puerta de la discoteca.

La cola para entrar era larga y las chicas formaban corrillos debajo de los paraguas, de donde salían nubes de aliento. Los porteros se llevaban el dedo al auricular como si estuvieran protegiendo al primer ministro. Hatanaka esperaba al otro lado de la calle guareciéndose la cabeza con la chaqueta, e Iwata le dio un golpecito en el hombro.

—Joder, Iwata. Qué susto.

—¿Sigue ahí dentro?

—Sí. Llevo media hora estornudando como un cabrón.

—¿Cuántas plantas tiene la discoteca?

—Sólo una. Los porteros están al tanto de la situación. Es la planta veintitrés.

Iwata miró el rascacielos y la cima rodeada de nubes negras.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

—Dame el número de tu jefe de departamento. Desde mañana por la mañana estás en mi equipo; será una cesión de una semana. No me dirá que no.

—No me joda.

—¿Preferirías estar jugando al *pachinko*?

Una sonrisa invadió la cara de huevo frito de Hatanaka.

—Gracias, Iwata. O sea, quería decir que... Bueno.

—Ya me harás la pelota luego. Ahora necesito otra cosa. El artículo del suicidio de Akashi me ha dado una idea. Averigua adónde llevaron su cadáver después de que saltase del puente. Necesito que te ocupes de eso mañana a primera hora.

Hatanaka ladeó la cabeza.

—¿Está pensando que tal vez no fuese un suicidio?

—Tú averigua adónde lo llevaron.

Miró el rascacielos plateado que penetraba el manto púrpura y ceniza. La cabeza le daba vueltas.

—¿Iwata?

—¿Qué?

—Decía que si quiere que lo acompañe.

—No, vete a casa. Te hará falta descansar. Mañana voy a darte mucha caña.

Iwata mostró la placa en la entrada y subió a la planta veintitrés en ascensor. La puerta se abrió ante unos peldaños de acero inoxidable que descendían iluminados por una tira de neón. La música techno hacía vibrar las paredes. Al mirar la pista de baile, tuvo una extraña sensación de miedo en el estómago. La luz estroboscópica hacía difícil distinguir el contorno de la sala y toda la pared del fondo era un ventanal con vistas al paisaje nocturno de Tokio, tapado por infinidad de cuerpos. Encima, una pantalla enorme reproducía un primer plano clínico de la mesa y los platos del DJ: el vinilo negro giraba como la garganta de un remolino. Sonaba una melodía de cuerda puntuada por un ritmo electrónico machacón. La masa humana de personas bailando era un tentáculo que iba cambiando de color: de rojo a azul eléctrico y luego a verde. Ninguno de los presentes buscaba un contacto significativo con otras personas. Aparte del movimiento de las botas y de los párpados cerrados con fuerza, no había más que manos que se alzaban como alabanza a la nada.

«Busca el sombrero de copa.»

Iwata se adentró en la multitud como si penetrase una ola: era carne en movimiento, nada más. El público daba sacudidas con el cuerpo cubierto de pintura fosforescente. Los graves explotaban como un batallón de artillería y una voz robótica bramaba:

MOTHRA, MOTHRRA, MOTHRRA

Toda la concurrencia chillaba y se espoleaba. Frenesí en el comedero de la pocilga.

Iwata alcanzó a ver un sombrero de copa.

Coco La Croix era un hombre esbelto de melena larga y plateada, con tatuajes. Bailaba a su aire con dos compañeros: un hombre y una mujer. Compartían una botella de champán.

Iwata intentó abrirse paso entre la muchedumbre, pero el instinto lo hizo ocultarse tras una columna. El sombrero se volvió.

Coco La Croix se dirigía a alguien.

Una figura alta con un maquillaje sofisticado.

«Oigo que te acercas.»

Sus ojos eran demasiado grandes. Círculos perfectos con pupilas de un negro intenso, como las del Gato Félix. No era normal.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?»

Iwata se dio cuenta de que no era maquillaje, sino una máscara: un cráneo de color azul cobalto y negro azabache.

El enmascarado se agachó para decir algo. Coco asintió, se quitó el sombrero de copa y le entregó algo. El tipo lo agarró con brusquedad y dio media vuelta al tiempo que se despedía con la mano. El neón iluminó el gesto. Duró menos de un segundo, pero bastó: tenía una cicatriz limpia que le cruzaba la palma en diagonal.

Iwata no pudo evitar levantar el brazo y apuntar con el dedo.

Señalando al hombre de la máscara.

«Te he encontrado.»

El hombre quedó inmóvil en un mar de movimiento, como una estatua.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?»

Se volvió.

Miró a Iwata.

Y se señaló a sí mismo.

Inocencia de dibujos animados: «¿Quién? ¿Yo?»

Iwata buscó la pistola a tientas, pero ya era demasiado tarde. El hombre le había rebanado el cuello a Coco y se abría paso por la pista de baile. Con la luz estroboscópica, el chorro de sangre que brotaba de la arteria parecía de color verde neón. Con la pistola en alto, Iwata avanzó a empellones entre el público.

—Ay, Dios. Ay, Dios mío.

Apenas conseguía respirar: un buceador en el fondo del mar con las botellas casi vacías. Hasta la última fibra del cuerpo le decía que huyese, pero él iba a la caza. El hombre enmascarado se dirigía a la salida de emergencia del fondo, entonces Iwata lo perdió de vista durante un segundo. Cuando alcanzó a verlo de nuevo, sujetaba a una mujer por el cuello y la arrastraba hacia atrás. Ella agitaba los brazos con violencia, un león marino arrastrado

bajo la superficie por un tiburón. Nadie se había dado cuenta.

Entonces Iwata pudo ver la máscara con claridad, aunque no tenía sentido. Rayas de color negro y turquesa en el rostro de una calavera. La boca abierta y llena de dientes humanos. Enormes ojos vidriados de color negro.

De pronto alguien le dio un codazo en la cara sin querer, y se le cayó el arma.

Iwata se arrodilló y la buscó entre los pies y los vasos de plástico. Apenas tardó unos segundos en dar con ella, pero para entonces la puerta de la salida de emergencia ya se cerraba. Iwata irrumpió en el ambiente húmedo y sofocante de la salida de incendios justo cuando se oía un portazo seis plantas más arriba. Temblando, sacó el móvil y marcó el número de Shindo. Empezó a subir la escalera con el eco de sus pasos resonando a la vez que los tonos de llamada.

—¡Shindo! Estoy en el club Eclipse de Dogenzaka. El tipo está aquí.

—Espera, espera un momento. ¿Quién?

—¿Quién crees?

—¿Él?

—Ya ha matado a un joven y se ha llevado a una rehén. Se dirige a la azotea. Voy a por él.

—Iwata, espera.

Iwata colgó y empezó a subir escalones de tres en tres. Al llegar a la puerta de acceso a la azotea, recuperó el aliento y salió a la lluvia.

Vio gravilla, tuberías y conductos de ventilación que expelían nubes de vapor con un silbido. El viento frío ululaba. Las extrañas formaciones nubosas que lo rodeaban ocultaban relámpagos en su interior. Los tejados de Tokio brillaban a través de la lluvia. Iwata despejó la línea de visión y respiró dando bocanadas de aire cortas pero violentas. En las esquinas, contenía el aliento. Se secó el sudor de los ojos con la manga y oteó las cornisas que tenía por encima.

«Hay demasiados escondites.»

Oyó un gemido y encontró a la rehén en el suelo, junto al borde de la azotea. Se agachó a su lado y le buscó el pulso. Tenía fracturas graves en la nariz y la mandíbula, pero estaba viva.

—Mantén la calma —le susurró.

Ella abrió los párpados casi sin fuerzas y alcanzó a enfocar la mirada en algún lugar por encima del hombro del inspector. Él le chasqueó los dedos

delante de la cara, pero no consiguió que lo mirara. Sólo hacía ruido, como si tuviera líquido en la garganta.

—Saldrás de ésta, pero tienes que aguantar.

Ella emitió otro gorjeo e Iwata cayó en que había sido una advertencia.

«Dame otro beso tierno.»

Antes de volverse, una bota gigantesca le arrancó la pistola de la mano. Iwata creyó oír un ruido seco, pero no tuvo tiempo de pensar: una rodilla le impactó en la sien y todo se tornó impreciso.

«Oigo que te acercas.»

Iwata oyó unos pasos que hacían crujir la gravilla mojada. Notó que le caían gotas de lluvia en los ojos y parpadeó.

No era consciente de haberse desplomado, pero se dio cuenta de que estaba tendido.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

Muy lejos, vio al hombre de la máscara como si fuera otro rascacielos de la bóveda nocturna. Quiso alcanzar el arma como un niño al que se le ha escapado el globo, pero el hombre la apartó de una patada y se colocó encima de él, con un pie a cada lado de su cabeza. Iwata no era capaz de enfocar el rostro, o lo que fuera que el tipo llevase en la cara. Y supo que iba a morir.

Su muerte sería así.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?»

El hombre agarró a Iwata por las solapas del abrigo y lo levantó hasta tenerlo a la altura de los ojos. Iwata oyó que las costuras de la prenda se desgarraban. El viento le azotó los pantalones y tuvo la sensación remota de que el hombre lo sostenía sobre el vacío. Entre sus zapatos vio un flujo de los átomos. Tokio daba vueltas.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Y el hombre le habló con una voz grave, como de otro mundo.

—*Eek*.

Se le acercó como un perro curioso. El aliento le olía a tierra y a carne.

—*Hach k'as. Eek*.

—Pero yo te he encontrado —susurró Iwata mientras luchaba por conservar la consciencia.

El hombre enmascarado empezó a emitir sonidos ásperos y guturales.

Iwata se dio cuenta de que eran carcajadas.

Una risa oscura y cavernosa.

«Éste siempre será nuestro mundo.»

QUE LA OTRA VIDA COMPENSE ÉSTA

Kosuke se despierta con frío. La cama de Kei está vacía. No han hablado desde lo del lago; a Kosuke le gustaría, pero las palabras que necesita son peces para los que no tiene sedal. Sabe que debería continuar durmiendo, pero no lo hace. Se levanta guiado por un miedo curioso que creía haber olvidado años atrás. Abre la vieja puerta y recorre el pasillo helado sin hacer ruido. Pasa por delante del dormitorio de los más jóvenes y no oye nada. Al final del corredor pasa ante la habitación de la hermana Mary Josephine; ella tiene muy buen oído, así que Kosuke extrema las precauciones.

El atrio es una caverna de hielo huérfana de luna. La madera está tan fría que Kosuke no siente los pies. Los peldaños de madera crujen a su paso y, al llegar arriba, dobla a la izquierda, hacia la enfermería. Una puerta de doble hoja conduce a una galería de cristal que por un lado tiene vistas al bosque y a las montañas y por el otro da al patio del edificio. En el centro hay una fuente rota, rodeada de plantas.

Kosuke oye voces amortiguadas y se agacha.

—No, ya conoces las reglas. Dame lo que me debes.

Se asoma y ve que se trata de Kei. Está de espaldas a Uesugi, que no lleva ropa; la tiene toda en un montón en el suelo. El viejo suda, tiene el pelo empapado y el frío le condensa el aliento. Su pene apunta hacia arriba, pero él tiembla.

—Venga, chico.

Le pone una mano en el hombro a Kei, pero él se la aparta bruscamente.

—Hasta el mes que viene nada. Ahora dame el puto dinero.

Uesugi se deja caer sobre el borde de la fuente y saca un sobre de la chaqueta. Kei se lo arranca de las manos y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón. El viejo se pone los pantalones a regañadientes, aceptando la derrota. Observa a Kei mientras el chico se abotona la camisa como si nada y

contrae el gesto en un arrebato de rabia.

—No tengas tanta prisa por irte.

—Hace frío.

—Solía gustarte hablar después.

Kei sonríe con cortesía, como si acabasen de contarle un chiste malo. Indignado, Uesugi lo agarra del brazo, pero el chico se lo esperaba y le propina un rodillazo fuerte en el vientre. El director se hace un ovillo en el suelo, sin respiración, y Kei continúa vistiéndose mientras Uesugi llora.

—Sabes que te quiero, chico. Lo sabes, ¿verdad?

—No, Uesugi. Tú no quieres a nada ni a nadie.

—Nadie se ha preocupado por ti más que yo.

—Sí, soy un chico muy especial.

—No me tratas como a un ser humano.

Kei rompe en carcajadas desdeñosas, una risa que Kosuke conoce bien.

—Eso es porque no llegas a ser humano. —Le da una palmadita en la calva —. Ésta ha sido la última vez. El próximo día, quiero el dinero a cambio de nada. Y si me lo niegas, hablaré con los periódicos. ¿Lo entiendes, viejo?

Kei desaparece en el azul informe de las sombras y las plantas.

Kosuke tiene la impresión de haber recibido una patada en el estómago; la repulsión y la pérdida que siente son intensas. Mira a Uesugi, que está solo y con ademán desolado.

El viejo alza la vista al cielo del patio con un resplandor en los ojos que recuerda a una orilla fría. Habla en voz baja.

—Estoy como quien se queda solo en un banquete cuando las lámparas se apagan y las flores han empezado a marchitarse.

Iwata despertó envuelto en una sábana empapada en un apartamento desangelado. Sakai se había acurrucado en un asiento junto a la ventana y veía llover mientras fumaba. El alba era de color gris verdoso. Ella llevaba un viejo cárdigan oscuro y calcetines. Tenía las piernas desnudas.

—¿Una pesadilla? —le preguntó sin mirar por encima del hombro.

Iwata se incorporó, se llevó la mano a la nuca y se estremeció al comprobar cuánto le dolía.

—No te toques la venda. Te hizo un buen destrozo.

Él gimió al ver el vendaje que le cubría la mano derecha. Parecía que le hubiera pasado un tren por encima.

—¿Dónde estoy?

—Vivo.

—¿Qué hora es?

—Son casi las cinco.

—¿Qué haces aquí, Sakai?

—Estás en mi casa, gilipollas.

—Entonces ¿qué hago yo aquí?

—Dejarlo todo perdido de sangre. Ah, y hablar en sueños. Dices más dormido que despierto.

—¿Qué?

Ella se rió.

—No te preocupes, no has dicho nada incriminatorio. Pero no parabas de hablar de faros.

Iwata miró a su alrededor. Aquel dormitorio podría haber sido de cualquiera. Desordenado, falto de cariño, pensado para la soledad.

El ventilador removía el aire caliente en la oscuridad de la habitación. Los pocos muebles que había estaban desparejados. Sakai tenía una mesa plegable donde había recordatorios de pago del seguro, cintas, un dictáfono y correo publicitario. Ningún adorno ni fotografías a la vista. La mesilla de noche era una montaña de archivos de casos y de transcripciones de interrogatorios. Las prendas que colgaban dentro del armario parecían caras, pero la ropa interior, que estaba casi toda tirada por el suelo, era una colección barata de marcas de supermercado.

—Me gusta tu casa.

—Hogar dulce hogar.

Sakai expulsó el humo.

Se miraron un momento, e Iwata intentó comprender qué sentía por ella. Desde el primer momento le había costado determinarlo. Supuso que a ella debía de ocurrirle lo mismo.

Sin la raya pintada, Sakai parecía mucho más joven. Él intentó imaginarla en su adolescencia, pero no lo consiguió; le resultaba imposible pensar en ella siendo niña. Sus pensamientos se desviaban a una sala desnuda de iluminación intensa y a Hana Kaneshiro, sola en la mesa de acero inoxidable. Flotando sobre ella, la calavera del asesino del Sol Negro.

—Iwata.

—¿Qué?

—Estoy hablándote, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada?

—Es que me duele todo. Pero eso da igual. Lo que importa es que lo he encontrado.

—Correcto. Y lo que yo quiero saber es cómo.

Sakai apagó el cigarrillo y se acercó al desorden del módulo de cocina. Sirvió dos vasos de whisky y metió un analgésico en cada uno. Después se puso a sacar cubitos de hielo de la cubitera.

—Venga, te escucho.

—El asesino del Sol Negro estuvo en Hong Kong y se hizo pasar por un confidente de la Metropolitana llamado Ikuo Uno. Había ido a matar a Jennifer Fong, la hermana de Mina. Le compraba LSD a un camello de allí, y a través de él pude localizar a Coco La Croix. Dio la casualidad de que el tipo que buscamos estaba allí anoche.

—Joder, tu primer golpe de suerte.

—Sí, suerte. Eso es lo que siento: que tengo suerte.

—Pues se escapó. —Sakai se encogió de hombros—. Tú fuiste el único que lo vio y cuando llamaste no ofreciste ninguna descripción. Rodearon el lugar de todos modos, pero no apareció nadie. La grabación de circuito cerrado no es útil y nadie vio nada. Fujimura está que echa fuego por la boca.

Le dio el vaso a Iwata y dejó la botella de whisky en el suelo. Se sentó en el borde de la cama, de espaldas a él.

—¿Qué hay de la rehén?

—Necesita una reconstrucción quirúrgica. No consiguió ver bien al tipo, pero cree que llevaba una máscara.

—Sí, así es. Es una puta pesadilla. Podría haberme matado. Debería haberlo hecho.

—Matar a un poli es complicarse mucho la vida. Quizá pensó que las cosas estaban bien así.

—Pues me preocupa, Sakai.

—Sólo tú podrías estar cabreado porque no te asesinasen en una azotea.

—Sabemos que no nos tiene miedo y que no duda en matar. Si se cargó a La Croix, ¿por qué no a mí? No tiene sentido.

—Bueno, a pesar de tu empeño, sigues vivo. —Sakai sonrió—. *Kampai*.

Bebieron en silencio. A Iwata le dolía todo el cuerpo; tenía los labios hinchados y le palpitaba la cabeza. A medida que prestaba atención a

distintas partes del cuerpo, fue descubriendo más dolores, como si se le estuvieran ocurriendo a su organismo sobre la marcha.

Sakai se acabó el whisky de un trago y enseñó los dientes.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé.

—Iwata, la Primera División entera está en una nube. En el transcurso de unas horas has conseguido reabrir un caso resuelto, desacreditar otro y paralizar media ciudad. La prensa está afilando los cuchillos y el ministro de Justicia tiene la polla más tiesa que la Torre de Tokio. Y para colmo dentro de una semana te despiden o te llevan a juicio.

—Pero lo he encontrado, Sakai. He encontrado al asesino del Sol Negro.

—Ya lo sé. Por eso voy a preguntártelo una vez más: ¿ahora qué, Iwata?

Él sacó el labio inferior.

—Yumi Tachibana tiene protección policial en su casa, pero dudo que la mantengan después de la vista. Creo que será la próxima persona a la que ataque el asesino. Pero en cuanto a qué hacemos ahora, no lo sé.

Hizo tintinear el hielo en el vaso vacío y Sakai se acercó, aún sentada sobre la cama, para rellenárselo. Cuando se inclinó hacia delante, Iwata intentó no mirarle las nalgas.

—Bueno, debo admitir que tiene mérito —dijo ella en voz baja—. No creía que fueses a lograrlo. O sea, no creía que pudieras dar con él.

Iwata asintió.

—Lo sé.

Se quedaron sentados el uno al lado del otro, cada uno absorto en sus pensamientos, contemplando las gotas de lluvia que serpenteaban por el cristal. Pasó un buen rato hasta que Sakai habló de nuevo.

—Me han pedido que testifique en tu contra. En la vista.

Iwata se volvió hacia ella, pero enseguida continuó mirando por la ventana. Se metió el cubito de hielo en la boca, pensativo.

—¿Qué opinas? —preguntó Sakai, y lo observó.

—Deberías hacerlo. Será bueno para tu carrera.

—He accedido; supongo que no te sorprende. Nunca has confiado en mí.

—No confío en nadie, Noriko.

Ella lo miró, desconcertada porque la hubiera llamado por el nombre de pila. Iwata se terminó el whisky y apoyó la cabeza en la almohada sintiendo su mirada, notando sus ojos en la nuca. Oyó sirenas a lo lejos. Las ventanas

tenían un suave tinte azul y rosado.

—Dime una cosa, Iwata.

—Mmm.

—¿Nunca te has preguntado por qué te asignaron este caso?

No tenía respuesta. Ya estaba dormido.

Hirofumi Taba agita el pie con impaciencia y mira el calendario. El 2009 está tocando a su fin. La mayoría de las sillas son demasiado pequeñas para él, pero ésta es aún más incómoda. El hombre está sentado a su lado con un jersey grueso de lana y una sonrisa amable. Aunque habla en voz baja y con cortesía, el ángulo desde el que debe dirigirse a él le resulta incómodo. Taba se imagina que trata de utilizar esa voz discreta para que su «cliente» no esté pendiente de él y pueda concentrarse en el cuadro que representa un bello paisaje de montaña. Taba lo señala con la barbilla.

—¿Se supone que tiene que relajarme o qué?

—Es un cuadro que me gusta, sin más. —El hombre acompaña la respuesta con una sonrisa delicada.

El paisaje no parece japonés; es muy probable que sea Estados Unidos o Europa. La sala es pequeña y acogedora, llena de libros y de plantas exuberantes. Pero allí hace demasiado calor.

—Señor Taba, cuando las relaciones terminan, es del todo natural que surjan sentimientos traumáticos. Confusión, muchas emociones contradictorias. —El terapeuta mira por la ventana con aire pensativo, como si fuese la primera vez que se enfrenta a esos conceptos—. Pero lo que quiero que se lleve de la sesión de hoy es que todos esos sentimientos son habituales en su situación. Es del todo normal.

Taba se levanta.

—¿Le importa?

—¿Disculpe?

—La ventana, si puedo abrirla.

—Suelo mantenerla cerrada para que los clientes no tengan que oír el mundo exterior y no se sientan...

—Bueno, a este cliente no le molesta el ruido de los cláxones. Así que, ¿le importa?

—Adelante, por favor.

Taba respira el aire frío y mira hacia abajo, a la calle. Se pregunta si el terapeuta ha tomado nota de su pequeña rabieta y la ha interpretado. Abajo ve

un cruce muy transitado y unos semáforos que dirigen un tráfico cada vez más ligero. Al otro lado de la calle, un grupo de manifestantes se ha congregado delante de un edificio del Gobierno y agitan pancartas a favor o en contra de algún tema. Los árboles que flanquean la calzada están desnudos. Es una mañana fresca.

—Señor Taba, sé que para usted podría ser una experiencia desagradable —dice el terapeuta, que ha recuperado la sonrisa amable—, pero lo que me gustaría que hiciese es tratar de normalizar las experiencias durante esta fase de su vida. Quiero que sepa que nada de lo que siente está fuera de lo común. Si siente alivio, distancia, rencor, culpa...

Taba se deja caer en la silla.

—¿Por qué iba a sentirme culpable?

—No pretendía insinuar que usted deba sentir nada en particular. Lo que intento transmitirle es que el proceso de ruptura, aunque está sujeto a desencadenantes cruciales y a desacuerdos, no acostumbra a ser el resultado de un momento concreto ni de un incidente en particular. No es habitual que la causa sea sólo una de las dos personas involucradas. Estas situaciones a menudo abarcan varios años y es importante saber que, en última instancia, es del todo natural que las personas se encuentren en fases distintas de su vida.

—¿Fases distintas? ¿Quiere decir que es natural que mi esposa estuviera en la fase de follarse a mi compañero?

El terapeuta se mordisquea el labio un momento. Taba no sabe nada sobre su mundo, pero le basta con ver a un novato para identificarlo.

—Señor Taba, lo único que quiero resaltar es que nada de esto es culpa suya.

—Acabo de decirle que eso ya lo sé, joder.

El terapeuta se obliga a sonreír y pulsa el botón retráctil del bolígrafo unas cuantas veces.

—¿Le molesta estar aquí?

—El jefe de mi división me ordenó venir.

Taba saca un cigarrillo. Le ofrece uno al terapeuta, a quien no le da tiempo a advertirle que allí no se permite fumar.

—¿Qué le parece? Mi compañero se folla a mi esposa, me da un disgusto, y ahora soy yo el que tiene que sentarse con un loquero. No me diga que la vida no tiene sentido del humor.

El terapeuta le acerca un vaso vacío para que lo use como cenicero. Taba pasa un buen rato contemplando la punta encendida, negando con la cabeza de vez en cuando. El terapeuta espera en silencio.

—Bueno —dice Taba al final—, ¿cuánto tiempo dura esto?

—Las sesiones son de una hora.

—Me refiero en total.

—Ya sé a qué se refiere. Pero curarse lleva tiempo.

Mientras el tipo empieza a hablar sobre crear distancia y sobre la necesidad de intentar culpar a alguien, Taba desconecta. Vuelve a pensar en su niña. Está leyendo un libro sobre el efecto que tiene el divorcio en los hijos. Sabe cuál será el resultado más probable, recuerda palabras como negación, abandono, enfado, rebeldía, triangulación y proyección. La mayoría significan muy poco para él, pero se da cuenta de que separarla de Hoshiko destrozaría a su hija. Le gustaría evitarle todo eso, pero no hay manera de volver atrás. Lo que Hoshiko e Iwata han hecho.

Iwata.

Ahora el mero nombre le provoca un sabor determinado en la boca. ¿Se había parado Iwata a pensar en cómo afectaría eso a su hija? Por no hablar de Nina y de Cleo. Taba siempre había creído que la familia de su compañero era hermosa y perfecta. ¿Por qué había decidido destruirlo todo? ¿Cómo podía no bastarle con una mujer como Cleo? Ella era impresionante. En una ocasión, durante una cena, Taba había llegado a preguntarse si la quería, pero la idea de hacerle una proposición deshonesta, y mucho más la de tocarla, le resultaba absurda de tan extraña. ¿Cómo había sido capaz de planteárselo?

Taba se seca la frente con una mano temblorosa; aunque ahora el aire frío se cuela en la habitación, él está sudando. El terapeuta continúa hablando, asintiendo cada vez que quiere enfatizar algo, tal como le han enseñado durante su formación.

«Vaya puta mierda de situación, la mía.»

Taba apaga el cigarrillo. Está regodeándose en su desgracia y lo sabe: dándole demasiadas vueltas, repasando los hechos de manera irracional. Iwata jamás lo haría. ¿Era ésa una de las cosas que le gustaban a Hoshiko de él? Taba no puede evitar hacerse preguntas sin respuesta como ésa; es incapaz de dejar de pensar en Iwata. Es como si su compañero hubiese renacido de la noche a la mañana y ya no estuviera compuesto de músculos fibrosos, pelo y sangre, sino de espejos deformados que reflejan todos los

defectos de Taba.

Cada uno de los rasgos de la personalidad y los detalles físicos de Iwata son una ventaja que lo coloca a la cabeza. Cada una de sus singularidades, una baza a la que Taba no puede aspirar. Lo ha visto muchas veces en los vestuarios de la comisaría de Chōshi, pero jamás había reparado en él como forma masculina.

No era más que un policía, estaba en la misma categoría que las carpetas azules de las estanterías, que los registros de pruebas, que el sabor del café malo de la máquina. Pero los actos de Hoshiko lo han obligado a pensar en Iwata como hombre. Iwata es menudo y ágil, y camina con paso rápido y decidido; es más inteligente, incluso elegante. Taba es alto y demasiado fornido para ser japonés; en su familia siempre han corrido los chistes sobre genes mongoles de cuyo origen nadie sabe nada. ¿Y si Hoshiko había compensado sus carencias con Iwata? Tal vez Taba fuera demasiado torpe y brusco. Quizá se comportaba con frialdad. Quizá no había tratado con suficiente afecto a su esposa.

Taba es consciente de que si lo que quiere es enfrentarse a los hechos, la realidad es que su esposa ya no lo ama. Y no sólo eso: es posible que lo odie. Como acto de sabotaje, Taba casi comprende los motivos que han llevado a Hoshiko a hacer lo que ha hecho. Pero ¿por qué con su compañero?

Si lo piensa, hace tiempo que Iwata está distinto. A decir verdad, ha estado distante, enfadado y retraído desde el permiso de paternidad. De eso hace ya casi un año. Nunca responde a las preguntas rutinarias que sus compañeros le hacen sobre la vida doméstica, el bebé, el futuro. Ya no mete la cuchara cuando alguien bromea sobre esposas gruñonas. Pero a pesar de todo eso, Taba no se ha detenido a cuestionar lo que Iwata significa para él: su compañero. Porque era un hecho. Ciertamente, no habían compartido secretos ni habían tenido que esquivar balas, y tampoco se podía afirmar que fuesen amigos, pero compartían algo más que compromisos sociales y quejas secretas. Iwata le había cubierto las espaldas, había propinado puñetazos por él, había bromeado cuando se enfrentaban a alguno de los horrores habituales. Aunque no estaban de acuerdo en nada, compartían un espacio íntimo muy potente: su rutina diaria. El coche, las mesas, la sala de interrogatorios. Todos los contornos de su mundo daban por sentado que iban juntos, como las pilas de un juguete.

Hasta ese suceso. Después de eso, Iwata había dejado de ser su compañero

casi de inmediato.

Taba piensa en su mujer.

No sabe si todavía está enamorado de Hoshiko; hace tiempo que ha dejado de planteárselo. Pero tampoco es capaz de concebir que Iwata la ame: al fin y al cabo, se casó con una hermosa mujer estadounidense de ojos azules. ¿Qué podía haberle visto a una mujer flaca y triste de un pueblucho?

A pesar de todo, le sorprende no estar celoso. Lo que de verdad lo asquea es que Iwata ha dinamitado su vida diaria. El toma y daca jocoso de la oficina. La emoción esporádica de los interrogatorios. La satisfacción al cerrar los casos. Los ciclos en los que él existía.

Es evidente que ahora tendrán que reasignar a uno de los dos. Siendo Iwata el mejor detective, es probable que Taba se quede donde está. Por no hablar de que se enfrentó a Iwata en la oficina y montó un numerito. Llegó a atizarle un puñetazo, aunque sin verdadera convicción.

—En realidad, lo que espero que usted comparta conmigo es...

—Supongo —lo interrumpe Taba a mitad de frase— que lo que más siento es... el deseo de vengarme. Puede anotar eso. Pero no se preocupe: no pienso hacerle nada. A mi compañero, quiero decir. Ni a ella. Lo hecho, hecho está. A lo que me refiero es que, joder, espero que le ocurra algo terrible. ¿Comprende? Y cuando eso suceda, yo estaré allí, viéndolo todo. Eso es lo que puedo decirle.

Se hace un silencio pantanoso hasta que a Taba le suena el móvil. El terapeuta hace ademán de protestar, pero el policía lo acalla con un dedo.

—¿Sí, jefe?

—Taba, ¿dónde estás?

—En la sesión.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Iwata. Necesito que vayas al faro ahora mismo.

Ante la mención del nombre de su compañero, en su interior se enciende una bombilla de pura rabia. Quizá porque el inspector jefe Morimoto es consciente de la vergüenza a la que lo someten las circunstancias. Quizá porque Morimoto espera de él que continúe como si no hubiera ocurrido nada. O que comparta sus preocupaciones. Taba se pellizca el puente de la nariz. Quiere contestar: «Que se joda Iwata.» Quiere contestar: «Espero verlo muerto en las rocas.» Quiere contestar: «A la mierda Iwata, a la mierda la

comisaría de Chōshi, a la mierda la terapia y a la mierda usted.»

En cambio, Taba coge aire.

—El faro. Voy para allá.

Transcurrida poco más de una hora, aparca cerca del faro de Inubōsaki. Toda la zona está acordonada con cinta policial y hay agentes de uniforme encargados de mantener a los reporteros a raya. Se ha presentado hasta un equipo con cámara llegado de Tokio. El inspector jefe Morimoto está a un lado, mirando cómo rompen las olas. Llama a Taba con solemnidad.

—Jefe.

—Taba.

—¿De qué se trata?

—Es Iwata. Vas a tener que hablar con él.

—¿Sobre qué? Usted conoce la situación. No nos hablamos.

Morimoto señala la ambulancia que hay junto al acantilado. Iwata está envuelto en una manta, con la boca abierta y rostro inexpresivo. Taba ha visto a muchas personas en estado de shock, muchas de ellas en una ambulancia, pero nunca a uno de los suyos. Es como si Iwata se hubiera puesto un disfraz absurdo.

El instante en que lo comprende es como una bofetada.

—¿Dónde está Cleo? ¿Y el bebé?

—Ella le dijo que iba a dar un paseo.

Morimoto niega con la cabeza y escupe al suelo.

—De paseo, ¿y qué?

—Parece que se hartó. Tenía al bebé consigo.

A Taba le da un vuelco el corazón. Ya se imagina la escena, pero no da crédito: nunca ha sido el más listo, podría estar equivocándose.

—Perdone, ¿qué quiere decir?

Sopla un viento que lleva el sabor del salitre y el chillido de las gaviotas. Los gacetilleros que están al otro lado del cordón policial estiran el cuello intentando ver algo y toman notas. Mañana por la mañana, miles y miles de personas comprarán palabras que cuentan la misma historia: «un suceso más».

Morimoto señala el acantilado que se abre ante el faro.

—Aquí vienen dos clases de persona, Taba. Tú lo sabes. Y Cleo no ha venido por las vistas.

—Hostia puta.

—Habla con él. Eráis amigos.

—Debería... Debería seguir el protocolo.

Mira a Iwata, la luz de la ambulancia lo tiñe de rosa y luego de azul.

—¿Protocolo? ¿Qué protocolo hay para esto? La cría tenía diez meses, joder. —Morimoto cierra los ojos—. Esperemos que la otra vida compense ésta.

Cuando Iwata abrió los ojos, tardó un buen rato en darse cuenta de dónde estaba. A su lado había una cabellera larga esparcida sobre la almohada.

«¿Cleo?»

Pero el pelo era de color negro. Sakai dormía de lado, de espaldas a él. Sin hacer ruido. Sin moverse ni un ápice. Sin pensar, Iwata estiró el brazo y le tocó la piel desnuda del hombro; se le puso de gallina y aparecieron suaves protuberancias que le recordaron el fondo granuloso del océano. Apartó la mano. Tocarla había sido un error.

Como si lo hubiera notado, Sakai se volvió hacia él. Sus ojos se movieron de un lado a otro, buscando sus pupilas.

—Lo siento —musitó él.

Ella le miró la boca un instante y después apartó el edredón y los destapó a ambos. Su mirada enmudecía por la necesidad. Iwata rechinó los dientes cuando Sakai se apoyó en sus hombros maltrechos para pasarle una pierna por encima y sentarse sobre él a horcajadas.

—Sakai... —dijo él con voz ronca.

Ella lo acalló poniéndole sus pechos menudos en la cara y echó el brazo hacia atrás para agarrarle el pene.

—Basta.

Sakai lo deslizó dentro de ella sin hacer ruido, mientras Iwata la miraba sin dar crédito. Él no le vio expresión alguna en el rostro, pero la luz que le iluminaba el cuerpo le reveló que estaba cubierta de magulladuras, como una figura de plastilina manoseada. Tenía las piernas teñidas de distintos tonos de verde enfermizo, dorados y añiles. Ella le clavó una mirada vacía y empezó a mover el cuerpo al ritmo que le convenía.

No tardó mucho tiempo. Iwata notó la contracción y la oyó toser una vez.

Se bajó y lo dejó con el pene brillante y manchado con un poco de sangre. Se tumbó, se tapó con el edredón y le dio la espalda. Permanecieron así un buen rato.

IRREGULARIDADES

Iwata despertó en un apartamento vacío con el sonido de su móvil; Sakai no estaba por ninguna parte. Con un martilleo en la cabeza, se levantó como pudo a contestar.

—¿Hatanaka?

—Le he llamado cincuenta veces, ¿está bien?

—Estoy de pie.

—El jefe no sabe nada de usted y está muy cabreado.

—Olvídate de él. ¿Has averiguado adónde llevaron el cadáver?

—Sí, tengo la información. Hideo Akashi saltó del puente del Arcoíris el 17 de febrero a la una de la madrugada. Primero lo llevaron al Hospital Central de Saiseikai, donde certificaron la muerte, y después al Hospital Universitario de Chiba para que lo identificasen. Allí, un tal doctor Taniguchi firmó el informe.

—Bien. ¿Dónde estás?

—En la comisaría de Setagaya.

—Voy para allá.

Unos minutos al norte de la estación de Minowabashi, entre una barbería y una tienda de electrodomésticos de segunda mano, Sakai se detuvo ante un pequeño bloque de viviendas. Mientras subía la escalera estrecha, iba oyendo el ruido de aspiradoras y las voces de los culebrones que traspasaban las finas puertas. Se detuvo delante de la de Oshino y llamó tres veces con los nudillos.

—¿Quién es?

—Policía, abre.

Oshino estaba secándose la cara con una toalla. Tenía el cuello y las mejillas enrojecidos de un afeitado muy reciente, la camiseta de tirantes de un blanco cegador y los músculos de los brazos desnudos muy bien definidos.

—Entra, Noriko.

Al pasar, ella notó olor a clavo y a jabón.

—Buenos días, campeón. Siento llegar pronto.

Le mostró una bolsa de pastas y dos cafés para llevar. Oshino sonrió y la guió hacia el interior de su apartamento medio vacío, ella tiró la chaqueta sobre la cama y se sentó a la mesita baja con las piernas cruzadas para colocar los dulces en platos de papel.

—Antes te gustaban los dulces —dijo ella—. Espero que no hayas cambiado de opinión.

Oshino se sentó delante y se comió medio cruasán de un bocado.

—Nadie cambia de opinión sobre los pasteles.

—Qué infantil.

Sakai vertió dos azucarillos en su café, tomó un sorbo y miró a Oshino. La transformación había sido perfecta y sus cicatrices resultaban hermosas. Le gustaba el modo en que los músculos de su cara se movían cuando cambiaba de expresión. Y disfrutaba diciendo las cosas que provocaban esos cambios.

—¿No te has casado?

Oshino negó despacio con la cabeza y no se interesó por averiguar si ella lo había hecho.

—¿No tienes novia?

—Alguna, de vez en cuando.

—¿Y novio?

Él se rió, miró el café y le dio vueltas.

—Antes no podías quitarme los ojos de encima —dijo Sakai—. ¿Tan mal he envejecido?

—¡Venga ya! El otro día el gimnasio entero dejó lo que estaba haciendo para mirarte.

—Todos menos tú. Tú no puedes mirarme.

Él levantó la vista. Sakai sonreía, pero él no percibía humor en sus palabras.

—Noriko, no es fácil.

—¿No?

—Mirarte... es como mirar al pasado.

—Pero en el pasado también hay cosas buenas. Recuerdos dulces.

—Agridulces. —Oshino contempló su café y continuó dándole vueltas—. Al menos para mí.

—Tienes razón, lo siento. Yo fui la que se marchó, y ahora vuelvo para molestar, como si nada.

Él negó con la cabeza.

—Me alegro de verte, Noriko. Pero hablar se me da mal.

Compartieron un instante de sonrisas nostálgicas, hasta que Sakai carraspeó. Oshino fue a su dormitorio y regresó con una carpeta de plástico que posó con cuidado sobre la mesa.

—Ésta es. La chica que estás buscando. Pero no hay casi nada: ni partida de nacimiento ni expediente escolar ni nada de nada hasta los doce años. Es un fantasma.

—¿Qué pasa a los doce?

—Ábrelo.

Sakai abrió la carpeta y sacó una copia impresa de una microficha. Era un artículo del *Nagasaki Shimbun*.

12 DE JULIO DE 1996

Ayer por la tarde una mujer de treinta años de edad mató de una puñalada a un hombre en el funicular del santuario de Michimori. Keiko Shimizu, desempleada, sin domicilio fijo y madre de una niña, saltó de la cabina y falleció tras cometer el asesinato. La víctima, Hirokazu Ina, era un estudiante de diecinueve años que trabajaba a media jornada en el funicular. La información disponible indica que el señor Ina recibió una puñalada cuando intentaba evitar que la mujer abriese la puerta de la cabina. La policía local descarta cualquier tipo de relación personal o de venganza, ya que la víctima no conocía a su agresora.

Hideo Akashi, un agente de policía de Tokio, se encontraba fuera de servicio y en el funicular en el momento del ataque: «Intenté impedir a la mujer que saltase, pero estaba muy trastornada —declaró, y añadió—: Me alegro de que no hiriese a nadie más.»

El incidente es el último de una serie de contratiempos que ha sufrido el funicular. Propiedad de un magnate local de la energía, el transporte al santuario de Michimori se ha visto afectado por el descenso progresivo de pasajeros y por dificultades técnicas desde su inauguración a principios del año pasado.

El Estado se ha hecho cargo de la custodia de Midori Anzai, la hija de doce años de la agresora.

El señor Yukitoshi Shimizu, padre de Keiko Shimizu y residente en Nagasaki, ha rehusado responder a nuestras preguntas.

Sakai dejó el artículo.

—Es ella. —Oshino dio un toque en la parte inferior de la hoja—. Tiene que serlo.

—¿Qué pasó con ella después de lo del funicular?

—Es un rompecabezas. Orfanatos, familias de acogida por todo Japón y, de repente, nada. Puede que muriera. O que le pasase algo. Quizá se cambiara

de nombre, o se mudase a Botsuana. Sea lo que sea, la pista desaparece por completo.

Sakai miró por la ventana.

—¿Quién es? —Oshino se acabó el café de un trago—. ¿Quién es Midori Anzai?

—Alguien por quien no me preguntas.

—De acuerdo, comprendido.

Dentro de la carpeta había una dirección escrita en una nota adhesiva.

—¿Qué es esto?

—El abuelo de la chica —respondió Oshino—. Todavía vive en Nagasaki.

Sakai cerró la carpeta y se levantó.

—Gracias. Lo digo en serio, Oshino.

Sakai le dio un beso en la mejilla y recogió la chaqueta.

—Nos vemos, campeón.

Oshino se levantó de un salto y la siguió hasta la puerta.

—Pero no te veré, ¿verdad?

Sakai sonrió y le quitó unos granos de azúcar del labio con el dedo meñique.

—No creo.

Alguien llamó a la puerta del despacho del doctor Ken Taniguchi en el Hospital Universitario de Chiba. Entraron Iwata y Hatanaka, el segundo vestido con un traje gris nuevo pero de la talla equivocada, mientras que Iwata iba con su expresión decidida habitual.

—¿Doctor Taniguchi? Soy el inspector Iwata de la Primera División de Shibuya —dijo, y sacó la placa—. Éste es el ayudante de inspector Hatanaka.

Taniguchi les señaló los asientos para visitas con cierta alarma por el tono cortante con el que Iwata se había dirigido a él.

—Usted firmó el papeleo del cadáver del inspector Hideo Akashi el mes pasado, ¿correcto?

—Así es.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas. ¿Podemos ver la documentación?

Taniguchi asintió, se volvió hacia la pantalla del ordenador y miró por encima de las gafas. Tardó unos instantes en dar con el archivo correcto.

—Vamos a ver: Hideo Akashi, suicidio.

—¿Le importaría imprimírmelo?

Taniguchi accedió y le entregó la hoja. Iwata y Hatanaka la miraron.

—Doctor, usted firmó el informe, ¿correcto?

—Eso es.

—Sin embargo, doctor —intercedió Hatanaka—, aquí dice que usted no lo examinó.

—Eso es.

Iwata recuperó el mando.

—Usted es el forense jefe, ¿verdad?

—Así es. Pero en ese momento yo tenía una asistente que llevó a cabo el procedimiento. Era del todo normal que ella examinase el cadáver.

—¿Su nombre?

—Ayako Wakatsuki. Era una estudiante muy prometedora.

—¿Era?

—Es.

—Me gustaría hablar con ella.

Taniguchi cambió de postura en la silla, miró a Iwata, después a Hatanaka y volvió al inspector.

—Inspector, ¿le importaría decirme de qué se trata?

—La verdad es que sí me importa —respondió, y señaló el informe—. ¿No tiene fotografías del cadáver?

—No, ¿por qué deberíamos haberlas hecho?

—¿Quiere decir que la muerte de Akashi no tenía ninguna particularidad?

Taniguchi se recostó en la silla.

—Que yo sepa no.

Iwata miró a Hatanaka por encima del hombro, pero su compañero no dijo nada, así que se volvió hacia delante de nuevo. Era evidente que Taniguchi estaba nervioso, pero su expresión mostraba demasiado desinterés. Un jugador novel de póquer con una mano de poco valor.

—Doctor, está mintiendo.

Taniguchi se rió con incredulidad.

—No hay nada sobre lo que tenga que mentir.

Hubo un momento de silencio, e Iwata le dedicó una sonrisa malévola.

—Doctor, si le pido al ayudante de inspector Hatanaka que cierre la puerta, lo hará. Pero preferiría no tener que pedírselo. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Taniguchi exhaló; su resistencia se había evaporado.

—Cuando hayamos terminado, no quiero tener nada que ver con esto,

¿entendido?

—Primero hable, doctor. Después ya veremos.

Taniguchi se pasó la mano por el pelo canoso.

—De acuerdo. Fue Wakatsuki, ella encontró ciertas... irregularidades al llevar a cabo el examen de Akashi.

Iwata apenas podía respirar.

—Continúe.

—Deberían hablar con ella, porque yo no estoy seguro. El superintendente Fujimura dejó muy claro que no debíamos ahondar en el tema.

Iwata y Hatanaka se miraron.

—Fujimura —escupió Iwata—. ¿Usted habló con Fujimura?

—Directamente. Lo llamé para decirle que podía haber motivos para realizar una autopsia, y que si así era, habría que contactar con el fiscal. Se puso... Se puso hecho una furia. Me dejó muy claro que era inaceptable causar tanto revuelo en torno a un suceso tan triste. Fue tajante: no creía que se tratase de nada más que una tragedia.

—¿Y entonces...?

—Se enteró de que el examen lo había llevado a cabo Wakatsuki. A la mañana siguiente ella solicitó que la trasladasen a otra facultad. Era una estudiante muy prometedora, así que, como le digo, es una pena.

—De acuerdo. —Iwata dobló el informe—. En ese caso, ¿dónde está Ayako Wakatsuki?

KÉTCHUP

Al fondo de la biblioteca de la Universidad de Chiba, Ayako Wakatsuki se encorvaba sobre unos libros de texto. Era agraciada y algo rechoncha, y llevaba una melena corta y unos aros grandes en las orejas. Cuando Iwata y Hatanaka se acercaron a ella, levantó la mirada. Primero con curiosidad. Después con nerviosismo.

Iwata le enseñó la placa.

—¿Eres Ayako Wakatsuki?

Ella miró rápidamente a un agente y después al otro.

—¿Por qué?

—No estás metida en ningún lío. ¿Te acuerdas de Hideo Akashi?

Ayako miró a su alrededor.

—Prefiero hablar en otra parte.

Ayako Wakatsuki los llevó fuera del campus, a un Freshness Burger medio vacío que había a unas manzanas de allí. A pesar de lo pronto que era, Hatanaka y Wakatsuki pidieron una hamburguesa con queso y una limonada cada uno, mientras que Iwata continuó con su dieta de café. Con las mejillas sonrojadas, Hatanaka insistió en pagar. Se sentaron en el reservado del rincón.

—Tenemos algunas preguntas, nada más —dijo Iwata—. No tienes de qué preocuparte, Ayako.

Ella se limpió los labios con una servilleta.

—¿De verdad?

—Cuenta con ello.

—Cuando examiné el cadáver del policía, no había pasado ni una hora y ya estaba recibiendo amenazas. Me dijeron que podían ocurrirme cosas, que sólo había que organizarlo. Me siguieron. Desde mi apartamento hasta clase, e incluso a casa de mi madre. De día y de noche. Eran todos agentes de policía,

y todo por haber hecho mi trabajo. Así que discúlpeme si de momento continúo preocupándome.

Iwata alzó las manos.

—Sí, ya sé cómo trabajan. Pero necesito que confíes en nosotros, porque no somos de la misma calaña.

—¿Y qué son, los buenos?

—Estamos investigando una serie de asesinatos y creemos que la muerte de Akashi está relacionada. Eso es todo. Si hablas con nosotros, nadie lo sabrá. De eso puedes estar segura. Pero necesitamos que nos ayudes: hay vidas en juego. Dependen de lo que nos digas, Ayako.

—O sea, que sin presión, ¿no? Genial. —Wakatsuki suspiró despacio—. De todos modos, en cuanto habéis preguntado por Akashi he visto que no erais como los otros. Esos policías no hacían preguntas.

—Son unos gilipollas —soltó Hatanaka—. Nosotros no tenemos motivos ocultos, no vamos a forzarte a nada.

Ella lo miró, y después se fijó en Iwata.

—Así que una serie de asesinatos. O sea, un asesino en serie, ¿verdad?

Él asintió, y Wakatsuki arrugó la nariz.

—De acuerdo. Vale. Tampoco puedo decir que no ante eso.

Iwata sacó el certificado de defunción de Akashi.

—El doctor Taniguchi me ha dicho que detectaste irregularidades. —Desplegó la hoja—. Pero aquí no veo nada irregular.

Wakatsuki bebió un sorbo de limonada.

—No me sorprende. —Sacó un cuaderno de la bolsa—. Éstas son mis anotaciones. Siempre las escribo a mano aquí antes de hacer el informe oficial. Lo que os han dado es lo que quiera que Taniguchi haya archivado después de que yo me marchase.

Miró a su alrededor y les entregó las notas. Iwata y Hatanaka leyeron con atención los caracteres menudos del texto.

«Lesiones maxilofaciales graves.»

Iwata levantó la cabeza.

—¿Cómo de graves?

—Traumatismo de consideración importante. O sea, tenía la cara hundida.

—¿Quieres decir que... no tenía cara?

—Correcto.

Hatanaka frunció el ceño.

—Entonces ¿Akashi estaba muerto antes de llegar al agua?

Wakatsuki asintió.

—No es común en este tipo de muertes, pero las lesiones podían ser por contacto con uno de los puntales de los salientes del puente.

—¿Cómo? Del puente al agua no hay obstáculos.

—No, es que saltó desde la torre. Desde lo alto del puente, no desde la altura de la carretera. Son más de cien metros.

—Para que quede claro —dijo Iwata—: Akashi estaba irreconocible.

Wakatsuki sacó un bolígrafo de la bolsa y esbozó una cara en una servilleta. Después cogió la botella de ketchup y apretó hasta cubrir el dibujo por completo.

—Así estaba.

Tiró el bolígrafo a la bolsa, vio que tenía una mancha de salsa en el dedo y se lo chupó.

Hatanaka se sonrojó, e Iwata continuó leyendo.

«El sujeto presenta pequeñas laceraciones en la parte superior de la cabeza.»

—¿Qué son estas laceraciones? —preguntó Iwata—. ¿De la fauna marina?

—No es muy probable. Casi no estuvo en el agua. Si tuviera que explicarlo de algún modo, diría que hacía poco que se había afeitado la cabeza, pero sin mucho cuidado.

—Ahora voy a hacer de abogado del diablo —avisó Iwata—: ¿cómo de irregular es todo esto?

Wakatsuki sorbió con la pajita antes de señalar las anotaciones con la cabeza.

—Acaba de leer.

«Fractura múltiple en el dedo anular. Marcas leves pero claras de ligaduras en una muñeca.»

—Estuvo atado.

—Y por la forma de las marcas, yo diría que eran esposas —añadió Wakatsuki con tono alegre.

—Espera: ¿por qué sólo en una muñeca? —preguntó Hatanaka—. Akashi era un tipo grande; si quisieras impedirle que...

Iwata lo interrumpió.

—Es que alguien lo esposó a algo.

Los tres callaron unos instantes mientras una familia pasaba por su lado

con el menú especial de desayuno.

—En ese caso, tienes razón, Iwata: Akashi no se mató. Tuvo ayuda.

—¿Quién identificó el cadáver? —quiso saber Iwata.

—Un policía que se llama... —Wakatsuki cerró un ojo intentando recordar—. ¿Suzuki? Sí, creo que era Suzuki.

Iwata arrugó el gesto.

—¿Suzuki? ¿Policía?

—Estoy bastante segura, sí. Hablaban de él como si fuese el compañero de Akashi: «Qué mala suerte lo de tu compañero», y cosas así. Pero no tenía pinta de agente.

—¿Por qué?

—Estaba tan borracho que casi no podía ni aguantarse de pie. La verdad, parecía un indigente. En cualquier caso, el doctor Taniguchi tendrá su dirección.

Wakatsuki miró la hora.

—Podéis quedaros con las notas, pero yo tengo clase dentro de cuarenta minutos.

—Una pregunta más, Ayako: ¿qué crees que ocurrió?

Ella esbozó una sonrisa misteriosa.

—El dedo roto, la cara destrozada, las marcas de ligaduras... Inspector, si la pregunta es si Hideo Akashi fue asesinado, mi respuesta es que sí. No me cabe la menor duda de que las lesiones que presentaba su cadáver son las típicas de alguien a quien se ha retenido y agredido. Lo más probable es que después lo lanzasen desde el puente para simular un suicidio. —Se mordió el labio un instante y después continuó hablando—: Y no es por haceros el trabajo, chicos, pero yo me plantearía por qué motivo algunos de vuestros compañeros están tan empeñados en desestimar la posibilidad de un asesinato.

—Muchas gracias por tu tiempo, Ayako.

—Buena suerte con todo este lío —dijo ella antes de dirigirse a Hatanaka—. Y gracias por el almuerzo.

Cuando la joven salió del local, Iwata se volvió hacia Hatanaka, que todavía la miraba. Iwata chasqueó los dedos.

—Escúchame, Romeo. Quiero que vayas al puente del Arcoíris y hables con la autoridad portuaria. Quiero la grabación de circuito cerrado del día de la muerte de Akashi. Consigue todo lo que puedas antes y después de la fecha

en cuestión.

—De acuerdo.

Salieron del restaurante y se dirigieron hacia el aparcamiento del hospital de Chiba.

—Dígame una cosa, Iwata: si el asesino del Sol Negro mató a Akashi, ¿por qué se tomaría la molestia de hacer que pareciese un suicidio? Con los demás no lo hizo, ¿verdad?

Iwata sonrió y le pellizcó la mejilla.

—Es que ésa es la cuestión.

Hatanaka lo apartó intentando no reírse.

—¿Ha pensado que esto podría no tener nada que ver con el caso del Sol Negro?

Iwata le dedicó una sonrisa cómplice.

—Lo que querrás decir es: ¿qué pasa si ha sido alguien de la Policía Metropolitana de Tokio?

—No. —Hatanaka metió una piedra debajo de un arbusto de una patada—. No, ésa no es la pregunta que quería hacer.

—Entonces no eres tan bobo como parece. Ahora dime una cosa, chaval: ¿por qué no invitas a salir a Wakatsuki?

Hatanaka lo fulminó con la mirada.

—Sí, claro. Si me da la tarde libre, la espero a la puerta de clase.

—Te lo digo en serio.

El joven soltó un resoplido.

—Iwata, yo no...

—Tú no ¿qué? ¿No sales con chicas?

—Sí, me gustan. Pero yo...

—¿Qué?

—Yo no les gusto a ellas, ¿vale?

Iwata sonrió mirando al cielo.

—Ay, muchas gracias por tomárselo a broma, joder. Puede que las mujeres se me den muy mal, pero al menos tengo un jefe muy guay y muy comprensivo.

Iwata levantó la mano.

—No estoy riéndome de ti, chico. Pero voy a decirte una cosa: la única razón de que no les gustes es que tú no te gustas a ti mismo. Así que no tengas miedo y dile algo a esa chica. Si contesta que sí, ¿quién sabe lo que

pasará? Y si la respuesta es que no, ¿qué habrá cambiado?

—Mire, no puedo invitarla a salir. «Oye, estoy investigando un asesinato y me pareces muy guapa. ¿Quieres ir al cine?» Ni en broma. ¿Qué tenemos en común?

—Para empezar, los cadáveres. Ha contestado a nuestras preguntas y le ha resultado divertido. Joder, Hatanaka, si ya la has invitado a una hamburguesa... Ahora te falta pagarle la cerveza.

Acababan de llegar al coche.

—Detrás de esa mierda de fachada meditabunda y silenciosa hay un puñetero metomentodo, Iwata. No sé si lo sabe.

—Por eso se me da bien mi trabajo.

—Ya, claro. ¿Adónde va?

—A buscar al tal Suzuki. No te olvides: la autoridad portuaria.

—Sí, me acuerdo.

Iwata arrancó el motor y partió. Hatanaka siguió el Isuzu negro con la mirada e imaginó a Wakatsuki chupándose el dedo.

A pesar de la urgencia de los golpes en la puerta, Ryoza Suzuki no abrió los ojos. Rezó por que dejaran de sonar, pero sabía que no tendría tanta suerte. Soltó un reniego, se echó a la espalda la colección habitual de males y dolores y se levantó de la cama. Aunque tampoco era una cama, pues no había futón ni colchón, sólo un rincón en el que apilaba su ropa para acostarse encima. El cuarto estaba sumido en un caos miserable y apestaba de tal modo a tabaco y a sudor que costaba entrar sin toser. La única ventana que había llevaba mucho tiempo rota y la cinta americana no impedía que entrase el frío.

Suzuki escupió al suelo e hizo una mueca al encajarse las botas.

—¡Vale, vale! ¡Ya voy!

Recogió el resto de sus cosas y abrió la puerta. Un tipo con cara de musaraña escuálida y ropa ennegrecida lo apartó para pasar. Tiró al suelo las bolsas de latas y de botellas de plástico y se quitó los zapatos.

—Debería cobrarte una hora de más —gruñó—. Me has tenido ahí fuera como un puto muñeco de nieve.

Desde la puerta, Suzuki miró el aparcamiento del otro lado de la calle. En la azotea, una vieja valla publicitaria con un anuncio de aceite para motor mostraba la hora.

—Más bien han sido diez minutos, viejo de mierda.

—¡Diez minutos de mi tiempo!

El hombre mayor todavía chillaba, pero Suzuki ya le había cerrado la puerta en las narices. Cambió la posición del hatillo de ropa mugriento, pero no había modo de que no le hiciera daño en la espalda. Pasó por delante de la ventana abierta de una cocina y alcanzó a oír una emisora de radio local.

Son casi las once y en Taitō hace una mañana espléndida. Repetimos las principales noticias del día. A primera hora de esta mañana, la policía ha acudido a Uguisudani después de que un desempleado de cuarenta y dos años se haya suicidado en la estación de trenes. Es el segundo caso en un mes en la misma estación y el distrito comienza a plantearse el coste de las luces azules de la línea Yamanote, con cuya instalación se pretendía que disminuyeran los suicidios. No hemos conseguido hablar con ningún portavoz de Japan Rail...

Suzuki se agarró a la barandilla de la galería estrecha y miró a la calle. En la acera de enfrente había una cafetería y gente sentada comiendo tartaletas francesas. Un técnico reparaba la línea telefónica. El repartidor de recambios para la fuente de agua acababa de llegar a una oficina. Los cerezos comenzaban a dejar ver sus primeros pétalos con timidez. En otra época, esa parte de la ciudad había sido el hogar de funerarios, carniceros y prostitutas, pero Taitō había terminado siendo como otros barrios de Tokio. Eso significaba que lo estaban preparando para convertirse en otra cosa.

De pronto, Suzuki se quedó sin aliento. Se aferró a la barandilla esperando que le llegase, y tal como esperaba empezó el ataque de tos. Era como inhalar cristal y agua caliente al mismo tiempo y, desde hacía poco, el acceso culminaba con sangre. Suzuki sabía que estaba muriéndose. Su existencia no había sido un asunto del todo satisfactorio, aunque tampoco tenía muchas quejas. Al menos ese día el tiempo no podía hacerle ningún daño.

Treinta minutos más tarde, estaba colocando la lona azul en el lugar acostumbrado.

Se acercaba el mediodía y a esas horas en el parque no había más que corredores y gente paseando al perro. La mayoría de los habituales no habían acudido a plantar la tienda, y Suzuki supuso que el buen tiempo les había levantado el ánimo. Cuando brillaba el sol, la gente era más generosa, y Suzuki lo sabía, pero no se veía capaz de enfrentarse a la muchedumbre. Notaba demasiada sangre en la garganta; el dolor de los brazos y las piernas era demasiado agudo y tenía el frío demasiado metido en los huesos.

Sintió una extraña punzada de hambre y trató de recordar cuándo había comido por última vez. Sacó una lata de lentejas, la abrió con el cuchillo y bebió el agua salada. Se permitió tragar unos cuantos bocados y después tapó la lata y la escondió en la bolsa. Cerró los ojos para saborear el jugo con auténtico placer y se llevó los dedos a los labios. Entonces notó una sombra.

—¿Ryozo Suzuki?

A su lado había un hombre delgado con un impermeable arrugado. Aunque era obvio que llevaba tiempo sin dormir, tenía la mirada despierta.

—¿Quién eres?

Le mostró la placa: Kosuke Iwata, Policía Metropolitana de Tokio.

—Claro, ya me parecía que eras poli.

—Necesito hacerte unas preguntas —dijo con voz cansada.

Suzuki respondió sacando una cartera fina del bolsillo del abrigo. La abrió e Iwata vio que estaba vacía.

EL MISMO DEMONIO

Suzuki dio buena cuenta de tres cuencos de *udon* y de cuatro cafés. Iwata le dio tabaco y diez mil yenes en metálico, y él encendió un cigarrillo y saboreó la nicotina con una voluta de humo enroscada alrededor de su rostro mugriento.

—Joder, así sí.

—Ahora te toca cantar, Suzuki.

—«La belleza es verdad.» Dispara.

—¿Por qué te pidieron que identificases el cadáver de Akashi?

—Fui su compañero durante muchos años. Pensaba que lo sabrías.

—¿Y por qué no se lo pidieron a un pariente?

—No tenía.

—¿Y no te pareció extraño?

—¿El qué, amigo?

Suzuki inspeccionó la punta encendida del cigarrillo y la vio quemar.

—Que la Metropolitana fuese a buscar a un hombre que vive en un parque y lleva casi diez años fuera del cuerpo para identificar a un cadáver.

—Ni se me había ocurrido.

—¿Te pagaron?

—Más que tú. Mira, da igual si es extraño o no: ya has visto cómo vivo. ¿No te parece bien? Pues mira qué te digo: a mí tampoco.

—No he venido a juzgar a nadie. Sólo quiero saber qué le ocurrió a Akashi.

Suzuki se acabó el caldo de los *udon* y se secó la boca con la manga roñosa.

—Entonces, pierdes el tiempo, Iwata. Ya sabes que saltó del puente del Arcoíris. ¿Qué haces preguntándomelo a mí? Lo único que yo hice fue echarle un vistazo a un fiambre.

—¿Cómo supiste que era él?

—¿Te refieres a cuando lo vi en el depósito? Pues claro que era él; lo supe de inmediato.

—Pero ¿cómo? No tenía cara.

—Tenía el mismo cuerpo, la misma ropa de mierda, el anillo de casado. Mira, era él. No hay vuelta de hoja.

—¿Anillo?

—Su ex mujer se lo devolvió cuando se separaron.

—Yumi.

Suzuki se permitió una sonrisa de dientes amarillos y se regodeó en un recuerdo.

—Qué mujer...

—¿Y si cupiera la posibilidad de que no se suicidase?

Suzuki lo miró divertido.

—Te diría que «avante a toda vela, capitán Ahab».

—¿Por qué?

—Mira, nunca he creído que Akashi fuese de los que se quitan la vida. Pero es cierto que hace muchos años que no lo veía. La gente cambia; y si no, mírame a mí.

—¿Se te ocurre alguien que podría querer verlo muerto? ¿Le tenía miedo a alguien?

Suzuki soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que había muchos que querían verlo muerto. Akashi hizo muchas cosas malas, pero no era de la clase de hombre que teme a los demás.

—¿Por qué no?

Suzuki se encogió de hombros.

—No es que no tuviera miedo y ya está. Más bien es que él siempre sabía qué hacer. Mira, Akashi era el hijo de puta más listo que he conocido en la vida.

—Empieza por el principio. Quiero saberlo todo.

Suzuki suspiró. «Un trato es un trato.»

—Nos pusieron juntos en la comisaría de Nerima, hace mucho tiempo. Digamos que Akashi empezó con muy buen pie: era un máquina, tenía el mejor índice de casos resueltos que he visto. En tan sólo unos años, lo transfirieron a la Primera División de Shibuya y pudo escoger su propio

equipo.

—Supongo que tuviste suerte.

—Sí, yo y un puto lerdo que se llama Nomura. Debo decir que al principio la elección me tenía confundido: era muy buen tipo, pero cualquier tarea sencilla le costaba el doble que a los demás. Siempre estaba o bien dándole demasiadas vueltas a cualquier tontería, o actuando sin pensar. Dependía de Akashi para todo, como si fuera un puto hermanito retrasado o algo así. Pero aun así acabamos queriéndolo.

De repente, Suzuki esputó sangre sobre la mesa con ojos llorosos. Cuando pudo respirar con normalidad, limpió la sangre con servilletas, como si nada.

—Deberías ir al médico.

—No tengo seguro, no me atienden. Sigue con las preguntas.

—De acuerdo. Decías que habían trasladado a Akashi.

—Ni que lo digas.

Suzuki pidió una cerveza y encendió otro cigarrillo.

—A continuación se dio una época dorada de trabajo policial. En bastante poco tiempo, Akashi y sus dos esbirros nos convertimos en la punta de lanza. Éramos los putos amos de Shibuya: el comisario estaba como loco con nosotros. El resto de los agentes nos envidiaban y nos llamaban «Los tres cerditos». Si te digo la verdad, el nombre siempre me ha hecho gracia.

—¿Y cómo acabaste...?

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí.

Suzuki agrió la expresión un instante y se fijó en una gota de sangre que había caído en el cenicero.

—Pasó lo que con todas las rachas: se nos acabó la suerte.

—Continúa.

—En 1994 Akashi recibió la tarea de liderar una unidad de agentes infiltrados. Extraoficial, bien financiada. Él tenía el control total de las operaciones.

—¿Infiltrados dónde? ¿En el crimen organizado?

Suzuki negó con la cabeza.

—Sectas.

—¿Por qué?

—Por aquel entonces todo Japón estaba cagado de miedo. Aum Shinrikyo había llevado a cabo ataques con gas sarín en Tokio y en Matsumoto, y la

Policía Metropolitana se dio cuenta de que no tenía un manual de operaciones para casos como aquél. A partir de ahí estuve unos años sin ver a Akashi. No sé qué pasó con la unidad, pero hubo un par de sectas que se fueron al garete y después se celebraron varios juicios.

—¿Y luego?

—Volvieron a asignar a Akashi a su puesto anterior. Nos dieron un caso que nadie quería. Un tipo que había asesinado a tres niños y después desapareció de la faz de la tierra. Nunca habíamos tenido un caso tan difícil, pero al final conseguimos descubrir su identidad: un hombre que se llamaba Matsuu.

Iwata notó una sensación en el pecho, una pieza que encajaba. Se acordó de la primera vez que había entrado en el despacho de Shindo y de la pregunta de Sakai.

«¿Qué pasa con el caso de Takara Matsuu, señor?»

—¿Matsuu? —repitió Iwata.

—Eso es lo que he dicho. La cuestión es que recurrimos hasta al último puto soplón de Japón y le pagamos a cualquier gilipollas que estuviera dispuesto a susurrarnos algo al oído. Al final, conseguimos arrinconar a Matsuu en un puto campo de Chiba. Estaba escondido en una cabaña. Akashi nos dijo que esperásemos fuera. Entró y salió al cabo de diez minutos con las manos vacías. «No está aquí», dijo. A partir de ahí, no volvió a ser el mismo. Era evidente que algo lo reconcomía por dentro, y en esa misma época nuestro índice de casos resueltos se desplomó. Empezamos a aceptar «regalos», nos metimos en casinos ilegales. De pronto le debíamos dinero a quien no convenía, a la clase de gente a quien no le importa una puta mierda si llevas placa o no. Tal como dicen, una cosa llevó a la otra.

—Espera un momento. Vamos a volver atrás. ¿Takara Matsuu?

—Eso es. Un hijo de puta de los grandes.

Iwata negó con la cabeza.

—Pero sí lo encontraron... Al menos hasta que desapareció hace unas semanas.

Suzuki se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que lo habrán pillado en algún momento. No estoy muy puesto, como puedes imaginarte.

—Pero si asesinó a tres críos, ¿cómo se libró? Lo normal habría sido que lo colgasen.

—¿Y yo qué coño sé? Debe de haber tenido un defensor cojonudo. — Suzuki se acabó la cerveza—. Aunque en este país no hay ni uno. Supongo que cumplió la condena y al salir se hizo confidente. Tiene sentido que haya desaparecido: a nadie le gustan los chivatos.

—Pero ¿sobre qué iba a informar? ¿Sobre quién?

—Eso averígualo tú, tío. ¿Quieres saber lo que pasó o no?

—Sí, quiero.

—Los sobornos eran cada vez mayores. Igual que los riesgos que corríamos. Las disputas se nos fueron de las manos y nos hicimos ricos. Ya no nos dedicábamos a tender trampas para pillar a traficantes; te hablo de dar pucherazos, amañar licitaciones, proyectos enteros. Estábamos tan metidos en la yakuza que pasábamos semanas sin aparecer por la comisaría. No llevábamos los tatuajes, pero sabíamos en qué nos habíamos convertido.

—¿Y luego?

—Nomura, el pobre cabrón. Un día va y le dice a Akashi que ya no puede más, que quiere largarse. Que no se ve capaz de matar o morir. Akashi lo abraza, le dice algo al oído y lo acompaña a la puerta. Cuando Nomura le da la espalda, le rebana el pescuezo.

Suzuki miró el ventilador del techo; las hojas lentas cortaban el ambiente grasiento.

—Supongo que fue entonces cuando me di cuenta. Pero Akashi lo explicó de forma racional, como hacía siempre. Dijo que era sólo cuestión de tiempo que la comisión ética señalase a Nomura; si eso ocurría, le apretarían las clavijas y acabaríamos todos en la mierda. Yo juré no contarle jamás, y durante unos meses tratamos de pasar inadvertidos. La gracia es que Akashi tenía razón: la Policía Metropolitana hizo limpieza. Una mañana me despierto con una linterna en la cara y mis propios compañeros a punto de arrestarme.

Suzuki pidió otra cerveza.

—¿Quieres que te cuente mi historia, inspector? Primero fui a la cárcel, después a la fábrica de coches y al final acabé en el parque.

Iwata negó con la cabeza.

—O sea, que entre otras muchas cosas, Hideo Akashi era un asesino. ¿Estás seguro?

—Yo me licencié en la academia con Nomura. Ver cómo lo asesinaban a sangre fría no es algo que pudiera malinterpretar. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Y qué hizo Akashi para salir indemne?

—Hizo que pareciese una ejecución de la yakuza. Buscó un cabeza de turco para colgarlo, y testificamos los dos. Y ya está. En cuanto al resto, Akashi me lo cargó todo a mí. Es posible que él mismo llamase a la comisión ética.

Pasó un dedo sucio por entre las cenizas y soltó aire. Iwata miró la hora en el reloj de la pared y se levantó.

—Tengo que irme. Gracias por atenderme. Cuídate, Suzuki.

Sonó la campanilla de la puerta al abrirla.

—¡Inspector! —llamó Suzuki—. Crees que saltó para huir de alguien, ¿verdad?

Iwata asintió.

—Si es así, yo creo que debe de haber sido del mismo demonio.

—¿Por qué?

—Porque en este mundo, lo único que Akashi temía era a Akashi.

Mientras sorteaba a toda velocidad las arterias grises de Tokio, Iwata echó un vistazo rápido al reloj del salpicadero. Se le acababa el tiempo. Entonces le sonó el móvil.

—¿Hatanaka?

—Iwata, estoy en el puente y la oficina está cerrada. Pero no se preocupe, no me muevo de aquí hasta que consiga la grabación.

—Bien hecho. Despierta a quien haga falta.

—¿Ha encontrado a Suzuki?

—Sí, y lo único que he conseguido es confirmar lo que sospechábamos. No sé cómo, pero Akashi es la clave del caso.

—¿Adónde va ahora?

—Al archivo central de la Policía Metropolitana de Tokio. Busco a un tipo que se llama Takara Matsuu. Antes de que metieran a Sakai en el caso del Sol Negro, estaba investigando su desaparición.

—¿No piensa llamarla?

—No. Apuesto a que el caso Matsuu era de Akashi hasta que murió. Y cada vez que lo menciono a él, Sakai se cierra en banda. Aquí hay algo raro.

—De acuerdo, jefe. En cuanto tenga las cintas, voy para la sala de vídeo de la comisaría de Shibuya.

—Te veo allí.

Quince minutos más tarde, Iwata atravesaba Chiyoda. Hacia el norte veía el parpadeo de las luces del Palacio Imperial. A su alrededor, el Ministerio de

Asuntos Exteriores, el Edificio de la Dieta y, hacia el este, el parque Hibiya.

Subió los escalones del cuartel general de la Policía Metropolitana de Tokio de dos en dos, pero tardó varios minutos en pasar el control de seguridad. Marcó en el panel del ascensor el código temporal que le habían proporcionado y descendió a la planta menos cuatro. La puerta se abrió a una oficina enorme y sin ventanas, y lo recibió un joven vestido con un traje immaculado.

—Buenas tardes, inspector. ¿Necesita acceder al archivo central?

—Eso es. Se trata de un caso abierto. Un desaparecido. Takara Matsuu.

—Acompáñeme, por favor.

Lo condujo a una lujosa zona de espera y le ofreció agua mineral. El joven regresó enseguida con una tableta.

—Aquí tiene, inspector. Takara Matsuu. Condenado por los asesinatos de tres niños de entre cinco y ocho años, según el Artículo 199, parte dos del Código Penal.

—¿Cuál fue la pena?

—Lo condenaron a ingresar en un hospital psiquiátrico, donde permaneció cinco años. Al salir en 2004, se incorporó como confidente de la Policía Metropolitana.

—¿Eso es todo? ¿Sólo le cayeron cinco años?

—Eso es lo que consta aquí. —El hombre frunció el ceño—. Aunque después de haber asesinado a tres niños, no entiendo que la sentencia fuese tan favorable.

—Creo que yo sé el motivo —dijo Iwata, y se levantó—. Gracias por su ayuda.

NUBES CON FORMA DE ELEFANTE

Yukitoshi Shimizu vivía en un barrio barato de Nagasaki, donde residía principalmente el escalafón más bajo de los oficinistas, trabajadores de fábricas y familias sin suerte. La valla publicitaria que había en la azotea de su bloque de apartamentos estaba disponible, pero no le interesaba a nadie.

Al amanecer, Sakai golpeó la puerta con los nudillos y le abrió un anciano menudo. Ella le mostró la placa mientras el corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Ha venido a preguntar por mi hija?

Su voz era un graznido suave.

—Eso es.

El apartamento era minúsculo y estaba muy ordenado, pero su parquedad era sintomática y en el aire se notaba el olor húmedo de la pena de largo recorrido. El anciano preparó un té y regresó con una bandeja temblorosa. Se sentaron a una mesa barata y bebieron en silencio un rato. El rostro de Shimizu era como el de una estatua de rasgos pulidos, el de un hombre que conocía el vacío.

—Hacía mucho tiempo que no recibía visitas.

—Siento molestarlo, señor Shimizu.

—En absoluto. Por favor, pregunte lo que quiera.

—Gracias. No tengo muchas preguntas, pero permítame que empiece queriendo saber cuándo fue la última vez que vio a Keiko.

—El 15 de mayo de 1982. Se fue a hacer una acampada de fin de semana con unos amigos y no regresó.

—¿Llegó a averiguar adónde había ido?

—No. Unos meses después de desaparecer me envió una carta en la que decía que era feliz. Hablaba de la naturaleza, de las montañas, de encontrarse a sí misma. Uno o dos años más tarde, me envió otra. En esa ocasión iba acompañada de una fotografía.

—Señor Shimizu, aparte de esas cartas, ¿ella se puso en contacto con usted?

—Bueno, me llamó una o dos veces, pero nunca contaba nada coherente. No quería decirme dónde estaba. Como se habrá imaginado, yo le rogué que volviera, pero según me dijo era feliz con su nueva vida, y no había más que hablar.

—¿Ésas fueron sus palabras, «nueva vida»?

—Sí.

—¿Y la siguiente vez que supo de ella fue tras el incidente del funicular?

—Eso es. La policía vino a interrogarme.

Sakai se recostó en la silla y observó al anciano que tenía delante. ¿Era capaz de imaginárselo haciendo daño a Keiko? ¿Abusando de ella? Lo miró buscando mentiras trasnochadas, pero no vio más que pena. Contempló su cabeza pequeña, los penachos de canas de las orejas, la piel apergaminada de los labios mojados de té, los viejos pliegues de los párpados. Sakai tenía claro que Yukitoshi Shimizu viviría el resto de sus días en una burbuja de dolor sin resolver.

—Debo preguntarle, señor, ¿por qué motivo cree usted que ella hizo lo que hizo en el funicular?

—No lo sé, pero... debo culparme a mí mismo. ¿Qué alternativa me queda? Su madre murió cuando ella era muy pequeña, y yo no fui un buen padre.

Shimizu tenía los ojos enrojecidos y la voz enterrada en lo más profundo del pecho.

Sorbió té para serenarse y respiró hondo.

—Conocí a la madre de Keiko en la universidad. Era una época de cambios en Japón, y supongo que por aquel entonces yo representaba algo. Creo que eso fue lo que le atrajo de mí. Al principio pensé que era una broma, una mala pasada. Era imposible que una mujer como ella me amase. Pero sí, me amaba. Solíamos despertarnos pronto y planeábamos el día con meticulosidad: «A las diez haremos esto, a las once compraremos un par de bollos de crema.» Pero nunca lo hacíamos, nos quedábamos en nuestro cuarto. Japón estaba despedazándose, y nosotros dormimos durante todo el proceso.

Shimizu se quedó sin palabras y perdió la sonrisa. Miró el té.

—¿Está usted casada, inspectora?

Sakai respondió que no con la cabeza.

—Quizá sea mejor así. Por la noche yo siempre tenía una sensación de inquietud, una tristeza inminente. La realidad inexorable del final de la velada: fuera como fuese, llegaría la una y media de la madrugada y tendríamos que enfrentarnos solos a nuestros sueños. A las clases del día siguiente. Me daba cuenta de que sólo podíamos estar juntos a ratos, de que ese temor no desaparecería y, al final, siempre ganaría. Día tras día, apagar la luz de la mesilla de noche no significaba la oscuridad, sino la separación.

Shimizu se acordó de parpadear.

—Dicen que conocer a una persona es el primer paso para perderla. ¿Ha oído el dicho?

Sakai asintió.

—Pues así es como me sentía todas las noches. Y al final, en el hospital, fue igual. Desconectar el aparato que mantenía las constantes vitales de mi esposa fue como apagar la lamparita al final de un día muy largo. No sé por qué me acordé de eso en un momento como aquél; tal vez la mente se fijó en los detalles para evitar que nos concentremos en la atrocidad de la pérdida.

Juntó las manos en el regazo.

—Ella era muy joven. Supongo que, después de eso, a mí no me quedaba nada para Keiko.

Sakai asintió una vez y se secó una lágrima con el dedo.

—Lo siento —dijo con voz pastosa.

—No, soy yo quien debería disculparse. Usted no ha venido aquí a oírme hablar del pasado.

Ella carraspeó.

—¿Sabe usted si Keiko tenía algún problema? ¿Algún enemigo, por ejemplo?

El anciano miró el techo.

—Si le digo la verdad, no lo sé. Nunca tuvimos una relación cercana, y ahora ha pasado tanto tiempo...

—Señor Shimizu, ¿por qué cree que se marchó?

—Tampoco lo sé. Creo que yo amaba a mi esposa con tal intensidad que no pude ofrecerle la misma devoción a mi hija. Es difícil decirlo, pero es la verdad. Cuando nació, oculta en mi ansiedad había algo más. Como una voz que intentaba advertirme de que le fallaría. Y entonces, cuando aún era un bebé, lloraba siempre que yo la cogía. Más adelante no le gustaban ninguno de mis juegos; el único al que quería jugar era al de las nubes. ¿Sabe cuál es?

Hay que mirar el cielo buscando animales o princesas. Ése sí le gustaba. Pero, por algún motivo, siempre encontraba elefantes. «Nubes de elefante», decía ella.

Otra sonrisa afligida se borró de sus labios.

—¿Me enseñaría usted la foto que ella le envió?

Yukitoshi Shimizu asintió. Durante varios minutos, Sakai escuchó la actividad en el cuarto contiguo; el anciano la había guardado a conciencia.

Cuando por fin regresó, se la entregó sin siquiera mirar la imagen. Sakai bajó la vista y contempló el retrato de su hija.

Y se quedó sin respiración.

Keiko era hermosa y le resultaba familiar. Estaba de pie en un bosque con un bebé en brazos al que miraba con amor. Con una mano se apartaba el pelo de la cara. A su alrededor caían inclinados los rayos dorados del sol, aunque atenuados por el paso de los años.

—Ni siquiera sé si ésa es mi nieta —admitió él en voz baja.

Sakai escudriñó la imagen buscando detalles útiles, pero ésta no revelaba nada más que la fecha: junio de 1984.

Sakai estaba a punto de devolvérsela cuando se fijó en la muñeca de Keiko. Forzó la vista y distinguió un tatuaje.

—¿Me permite usar su lupa, señor Shimizu?

Shimizu la cogió de encima de una pila de periódicos viejos y se la dio. Sakai aumentó la muñeca y parpadeó.

Estaba viendo un tatuaje de un sol negro.

Kosuke está soñando con su nueva vida en Estados Unidos. Dentro de tan sólo unas semanas dejará el orfanato. Saldrá de Japón. Su madre irá a por él con un padre nuevo: un estadounidense.

Se oye un portazo y Kosuke abre los ojos.

Es una noche de verano sin luna, pero una luz se ha colado en su dormitorio. Una luz azul, y luego rosa. Se echa el cubrecama a los hombros y se acerca a la ventana sin hacer ruido. Fuera está el policía que lo llevó allí; todavía se acuerda de él. Parece mucho más viejo, encogido dentro del uniforme. Habla con el señor Uesugi mientras, a su espalda, varios agentes se reparten unas linternas. Kosuke ve que el señor Uesugi gesticula con frenesí y de vez en cuando se agarra la cabeza con las manos. Con la luz rosa y azul, parece una danza macabra. Esa noche hace calor y en el horizonte asoman los ribetes rojizos del amanecer.

Kosuke se pone unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte y se apresura a bajar sin hacer ruido. Al llegar al vestíbulo, encuentra la puerta del edificio entreabierta y oye las voces que provienen de fuera.

—¿Cómo voy a estar tranquilo, Tamura? La reputación de esta institución depende de la seguridad de los chicos.

—Lo comprendo, señor Uesugi, pero...

—No es más que un oso, sargento. ¡Un oso solitario! ¿Cómo puede ser tan difícil encontrarlo?

—Eso es un cuento, señor. Lo más probable es que el chico se fuese por su propio pie.

—¡Pues salga ahí fuera y encuéntrelo!

Kosuke oye pasos y se esconde en un lago de sombras. Uesugi cierra la puerta al entrar y apoya la espalda en la madera. Jesucristo lo mira desde las alturas. Los santos caídos lo vigilan. Fotografías en blanco y negro de ex alumnos con Uesugi delante de cada una de las clases, sonriendo de oreja a oreja.

«Estamos juntos y eso nos llena de dicha. Porque aquel que se deleita en la soledad es una bestia salvaje o un dios.»

Uesugi se enjuga el sudor de la frente con la mano temblorosa. Se mira la palma mojada y, por algún motivo, niega con la cabeza. Saca un pañuelo y se seca la nuca y las axilas. Le cuesta respirar.

Kosuke sale de entre las sombras.

—¿Qué hacen aquí?

Uesugi da un respingo y ahoga un grito de sorpresa.

—Iwata —dice, y rompe a reír—, qué susto me has dado.

—¿Qué hacen aquí?

—No te preocupes. Es muy tarde, deberías volver a acostarte.

En la penumbra de color azul oscuro, Kosuke sólo alcanza a distinguir la dentadura de Uesugi. La madera vieja cruje. El reloj de pie hace tictac. Entonces se da cuenta.

—¿Dónde está Kei?

La pregunta hace eco en el vestíbulo, y los labios de Uesugi forman una línea recta.

—Vete a la cama, chico.

La hermana Mary Josephine aparece en el rellano de la escalera. Uesugi levanta la vista para mirarla, cambia de opinión sobre algo, se aleja y sus

pasos resuenan en la oscuridad.

Kosuke mira a la monja, y ella al suelo.

Él sale corriendo del orfanato tan rápido como puede. Sale corriendo campo traviesa, un mar de telarañas teñidas de la luz plateada de los primeros rayos de sol. Corre hacia el bosque, donde la luz cálida resplandece en las copas de los árboles. Corre hacia el remolino que el mundo ha olvidado. A pesar de todo, en el fondo, Kosuke sabe que no encontrará a Kei.

Ni él ni nadie.

PERSONAS QUE BUSCAN LA VERDAD

Quince horas después de haber hablado con Yukitoshi Shimizu en Nagasaki, Sakai estaba soterrada en las entrañas de la comisaría de Shibuya de la Policía Metropolitana de Tokio. Recorrió un pasillo mal iluminado y se detuvo ante una puerta, en cuya placa se leía:

YOJI YAMADA:
DIVISIÓN DE CULTOS Y GRUPOS RELIGIOSOS

Alguien había dibujado una mierda como la de los dibujos animados encima del nombre. Aunque era ya más de medianoche, las luces del interior estaban encendidas. Sakai llamó a la puerta, abrió y se encontró con un despacho grande y desordenado; en un rincón había un futón. Yamada, tapado con una manta y con los pies apoyados en la mesa, bebía café. Era un hombre bajo y fornido de entre treinta y cinco y cuarenta años que tenía un rostro juvenil a pesar de las canas y la calva incipiente. El bigote fino le daba la apariencia de un hombre que no está en sincronía con su época.

Al verla, Yamada estuvo a punto de caerse de la silla.

—Así que eres un noctámbulo.

Sakai se cruzó de brazos.

—No duermo bien.

—¿Sabes quién soy?

—Todo el mundo lo sabe. —Yamada se alisó un mechón de pelo que había desaparecido hacía tiempo—. ¿Puedo ayudarte?

Ella levantó la fotografía del escenario del crimen de los Kaneshiro en la que se veía el sol negro.

—Espero que sí. ¿Te suena esto?

Yamada asintió.

—Los asesinatos del Sol Negro. Bueno, ya me ofrecí a echar una mano, y no me hizo caso.

—Mira, Iwata es testarudo como un cabrón. Pero necesita que lo ayudes.

—No lo dudo. Según lo que he oído, tiene un pie en la calle. Hasta aquí han llegado los rumores.

—Es cierto, está jodido. Pero le quedan unos días, y yo tengo una pista.

Yamada bebió un sorbo de café y observó a Sakai a la luz de la lámpara. Ella estaba acostumbrada a eso.

—Siéntate —sugirió él.

Ella agarró una silla giratoria llena de polvo.

—Cuéntame, ¿qué ha hecho el infame inspector Iwata?

—Más que lo que ha hecho, es lo que se niega a hacer.

—¿Que es...?

—Venga ya, Yamada. Tú también trabajas aquí. Ya sabes lo que quieren, y ellos son conscientes de que Iwata va por libre. Que cuando ellos falsifiquen pruebas para cerrar un caso o hagan de las suyas, Iwata levantará la liebre. Ah, y además le dio un puñetazo a Moroto. O eso es lo que dicen.

Yamada negó con la cabeza tratando de reprimir una sonrisa. Observó a Sakai: melancólica, hermosa, decidida. Se preguntó cómo había acabado allí, en aquel mundo.

—¿Vas a heredar el caso cuando él se vaya?

—No, ya me han asignado otro.

Una de las mitades del bigote de Yamada se curvó hacia arriba.

—Entonces has dado con la pista fuera de horas de clase. ¿Deberíamos meternos en este asunto?

Sakai señaló la puerta.

—Ahí fuera hay un asesino en serie, Yamada. Les arranca el corazón a las víctimas. Eso es todo lo que puedo ofrecerte.

—¿Y por qué confías en mí?

—Por tres motivos. En primer lugar, en la Metropolitana nadie más confía en ti. Aquí no eres nadie, y eso significa que estás al mismo nivel que Iwata. Dos, creo que este caso tiene un componente de cultos: tus conocimientos podrían reforzar la investigación. Y para bien o para mal, el inspector Iwata continúa al mando durante unos días más. No te prometo que vaya a ser positivo para tu carrera, pero, dicho eso, ahora mismo estás leyendo libros en un sótano.

Yamada reflexionó con la expresión de un hombre que acaba de beber un trago de algo ardiendo.

—¿Y cuál era el tercer motivo?

—La pista de la que te he hablado.

Sakai metió la mano en el bolsillo del abrigo y le dio una fotografía. Yamada miró a Keiko Shimizu y su tatuaje de un sol negro.

—¿Le habías visto algo así a una persona?

Yamada escudriñó la imagen y asintió.

—Es el símbolo de los Hijos del Sol Negro —respondió, y la miró—. Joder, es el mismo símbolo que el asesino deja en el escenario del crimen.

—Háblame de la secta.

—Hace mucho que desapareció, pero era de las peores. Estuvieron en activo sobre todo en los sesenta, setenta y ochenta, y en los noventa se extinguió. Aunque la secta tenía bastantes recursos, su escala era mediocre; en pleno auge debía de contar con unos dos mil miembros. El modelo era típico: significado oculto, gurú carismático, verdad controlada y todo eso.

—Concreta un poco más.

—Una combinación de enseñanzas semibudistas y una narrativa apocalíptica que habían tomado prestada de las creencias de las civilizaciones precolombinas. La verdad es que era bastante peculiar. Como puedes imaginarte, esos elementos se revelaban una vez que estabas metido en el meollo. Pero en esta secta en concreto era habitual que los miembros se marcasen y se autolesionasen.

—Bueno —dijo Sakai dando toques en la foto con el dedo—, yo no creo en cuentos de hadas. La conexión entre la secta y estos asesinatos es real. Confía en mí: lo sé.

Sacó unos documentos del bolso y se los entregó.

—Éste es su historial y la información que la relaciona con el caso. Léelo.

Yamada alzó la mirada al techo.

—Digamos que accedo: ¿qué necesitas de mí?

—En primer lugar, necesito saber dónde estaba la sede de la secta.

—Eso es fácil. Tenían oficinas en Tokio, en Sapporo y creo que también en Osaka. Pero la central era un complejo bastante extenso, situado en una montaña, cerca de Gero. ¿Qué más?

Sakai cerró los ojos y reprimió una oleada de náuseas.

—¿Gero? —repitió en voz baja.

—Sí, ¿por qué?

—No... Por nada.

Yamada no apartó la mirada de ella hasta que Sakai se frotó los ojos y recuperó la compostura.

—¿Estás bien, Sakai?

—Sí.

—¿Qué más necesitas?

—Que te reúnas con Iwata en la estación de Yoyogi-kōen dentro de tres horas. ¿Cuento contigo?

—¿Estarás allí?

—No. Yo no puedo seguir con esto. No puedo.

Yamada asintió sin saber muy bien por qué. Le disgustaba ver dolor en el rostro de Sakai.

—¿Por qué Iwata?

Ella miró los dos soles negros, el uno al lado del otro.

—Porque ahora él es el único que puede hacer que esto acabe.

—De acuerdo. —Yamada asintió con la cabeza—. Cuenta conmigo.

—Gracias. —Sakai sonrió, y a pesar de que el gesto era artificial, Yamada sintió cierta emoción—. Ah, una cosa más.

Sacó un sobre pequeño del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Había un nombre escrito a mano.

IWATA

—¿Qué es eso? —preguntó Yamada.

—Una cinta. Cuando regreséis de Gero, dásela. Pero no antes, ¿entendido?

—De acuerdo.

Ella se levantó y lo saludó con una reverencia. Yamada se apresuró a alcanzarla, y se miraron a la entrada del despacho.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A prepararme.

—¿Para qué?

—Para lo que venga.

Se mordió el labio y asintió sin motivo aparente.

—Oye, Yamada...

—¿Qué?

—Yo tampoco duermo bien.

Sakai le dedicó una sonrisa triste y dio unas palmaditas en el marco de la puerta a modo de despedida.

A las tres y media de la madrugada, Yamada cruzó la calzada mojada de la carretera para llegar al Isuzu que lo esperaba. Los trenes nocturnos pasaban despacio y chirriando mientras las campanas del paso a nivel repicaban presas del pánico. A lo lejos se oían las salpicaduras de los neumáticos en la autovía. Yamada se sentó en el asiento del copiloto y dejó una bolsa de plástico entre sus pies.

—¿Quién coño eres tú?

Iwata fue a por el arma, pero Yamada alzó la mano.

—Soy Yoji Yamada, de Cultos y Grupos Religiosos, ¿te acuerdas?

—¿Dónde está Sakai?

—Ella no vendrá, me ha enviado a mí.

Yamada le mostró la fotografía del tatuaje de Keiko Shimizu.

—Me ha dicho que te enseñe esto, Iwata. Me ha pedido que trabajemos juntos. Ha descubierto una pista.

Se hizo un silencio incómodo.

—Habla —exigió Iwata.

—En 1982, una mujer llamada Keiko Shimizu salió de su casa de Nagasaki para ir de acampada y no regresó. Envío cartas a su casa y llamó un par de veces hablando de su «nueva vida» y de «encontrarse a sí misma». En 1996 acabó en un funicular, donde mató a un hombre antes de suicidarse.

—Ese símbolo, Yamada, es el mismo que el asesino dibuja en los crímenes de mi caso.

—También es el símbolo de una secta apocalíptica, así que ponme al día. Venga, Iwata, sé que no eres de hacer amiguitos, pero sabes que puedo ayudarte. Tengo los conocimientos. Sakai me ha contado lo básico, pero necesito detalles.

Iwata dio unos golpecitos en el volante y asintió a regañadientes.

—Si te lo cuento, no puedes compartirlo con nadie, ¿entendido?

Yamada separó las palmas de las manos.

—A mí nadie me hace caso. Ni siquiera tú, por si no te acuerdas.

—Conforme. Creo que el asesino del Sol Negro era uno de los pasajeros de esa misma cabina del funicular.

Yamada frunció los labios.

—Mierda.

—No sé cuál es la razón, pero está matando a todos los que iban a bordo ese día. Ahora sabemos que Keiko Shimizu está muerta y eso deja sólo a

Yumi Tachibana, que está bajo vigilancia policial, y a una niña que entonces debía de tener unos diez años.

—¿Crees que el bebé de la foto es la niña del funicular?

—Podría ser, tiene sentido. Háblame de la secta.

—El símbolo es una copia casi perfecta del que representaba a una secta extinta llamada los Hijos del Sol Negro. Tenía unos pocos miles de adeptos y un relato apocalíptico: el día del juicio final está tardando demasiado, así que vamos a provocarlo nosotros con asesinatos en masa, con armas biológicas y demás. El complejo donde vivían estaba en una montaña, cerca de Gero. Estoy casi seguro de que el asesino era uno de ellos.

Iwata lo miró.

—Ahora entiendo por qué me llamó Sakai y me dijo que trajera el expediente del caso.

Señaló la bolsa de deporte que había en el asiento de atrás.

—Ya te he dicho que quiere que trabajemos juntos. Ahora dime tú: ¿qué tenemos?

—Poca cosa. Un modus operandi sin solidez, ningún sospechoso claro, ninguna prueba de verdad y una carreta de interrogantes.

Guardaron silencio unos instantes mientras ambos contemplaban cómo el semáforo cambiaba de color.

—Bueno —sonrió Yamada—, al menos no estoy en la oficina.

—¿Adónde ha dicho Sakai que iba ella?

—A ninguna parte. Sólo me ha dicho que iba a prepararse.

—¿Para qué?

Yamada se encogió de hombros y luego miró la bolsa de deporte.

—Será mejor que vaya leyendo mientras tú conduces.

Iwata arrancó. Se pusieron en marcha y Yamada sacó un termo de la bolsa de plástico y sirvió café.

—Bebe, Iwata. Vamos lejos y tienes toda la pinta de estar a punto de dormirte al volante.

Iwata bebió un trago y lo escupió.

—¿Qué coño es esto?

—Es la mezcla especial de Yoji: café de verdad —contestó Yamada, y le guiñó el ojo.

—Tú dedícate a las sectas.

Yamada rezongó y le arrebató la taza.

Se dirigieron al norte a toda velocidad, dejando Tokio atrás. Las carreteras estaban vacías, salvo por los camiones de transporte de mercancías que iban a la ciudad y los de gestión de residuos que salían de ella. Tomates, lápices de colores, juguetes sexuales.

Tokio lo quería todo.

Tokio siempre tenía hambre.

Yamada desplegó un mapa y de vez en cuando daba indicaciones. Con la luz del interior encendida, iba leyendo la montaña de anotaciones y de fotografías de Iwata.

Al cabo de unas horas, apagó la luz.

—¿Y bien? —preguntó Iwata.

—Sí, más o menos me hago a la idea.

—¿Y qué?

—Que creo que estamos jodidos. Para empezar, las ideas que tienes sobre el caso hacen quedar mal a varias personas en puestos de poder. Supongo que te habrás dado cuenta.

—Me doy cuenta.

Yamada, pensativo, se tiró del bigote.

—Escucha, Iwata: conozco a un tipo. Trabaja para un periódico de los grandes. ¿Por qué no hablas con él? Aunque la idea parezca ridícula, no podemos descartar que..., que nos ocurra algo, y estaría bien disponer de un seguro.

Iwata respondió que no con la cabeza.

—No tengo tiempo. La semana que viene a estas horas puedes hablar con quien quieras. Pero ahora dime lo que opinas del caso.

Yamada suspiró.

—Muy bien. Para empezar, doy por sentado que Keiko Shimizu forma parte de la secta del Sol Negro. También creo que la niña es hija suya. Si el día del funicular tenía diez o doce años, las fechas encajan más o menos. Keiko parece muy joven para haber sido madre, pero en muchas sectas las violaciones eran habituales.

—Espera, ¿no has dicho que en el grupo había un par de miles de personas? ¿No sería normal que hubiese alguien en contra de que violasen a las niñas?

—A menudo los indoctrinados notan, por decirlo de algún modo, que lo que está ocurriendo está mal, pero ten en cuenta que podrían haber perdido la

capacidad de tomar sus propias decisiones. No hay bien ni mal.

Iwata lo miró con recelo.

—¿Lavados de cerebro, en serio?

—¿Eres escéptico?

—No, en absoluto. Pero creo que tienes que estar loco para tragarte según qué locuras.

—Iwata, no me refiero a un control mental como el de *Star Trek*, pero las personas no son tan complejas como la mayoría cree. No te imaginas con qué rapidez y efectividad se puede colonizar una mente sana y pragmática: estamos diseñados para cumplir y adaptarnos. A éstos en concreto les dicen lo siguiente: «Tú eres el dios de tu propio universo, un universo que has causado tú. Te queremos.» Lo llamamos «bombardeo de amor» y para muchos es muy adictivo.

—O sea, adulación.

Yamada entornó los ojos.

—Estamos hechos para buscar la aprobación de los demás, somos criaturas sociales. Cuando te pasas dos semanas yendo por ahí como si fueses un dios entre los humanos y te bañan en amor y atención, es muy fácil acostumbrarse. Y cuando te lo quitan, quieres recuperarlo. La gente se esfuerza mucho por recuperarlo.

Iwata negó con la cabeza mientras adelantaba a un autobús de línea nocturno.

—Lo siento, pero no creo que baste con unos días de amabilidad para que las personas malgasten su vida y su dinero. ¿Cómo es posible?

Yamada sacó unos panecillos, le entregó uno a su compañero y respondió con la boca llena.

—A veces es tan sencillo como privar al individuo de proteínas o no permitirle que duerma más de tres o cuatro horas seguidas durante un periodo concreto. Conseguir que la gente sea dócil no es tan difícil. Y es normal que seas escéptico, pero confía en mí: así se atrapa a la gente.

Iwata se embutió medio panecillo en la boca.

—Explícame cómo.

—Hay varias maneras de entrar. Una muy común es a través de talleres y seminarios, que pueden durar varios días. Pongamos que un chaval que ha dejado la universidad entra en una librería y acaba hablando con una mujer atractiva y mayor que él. Tienen un interés común, yoga por ejemplo, y ella

lo invita a su clase. Allí él habla con más gente, personas más sabias y mayores que él que le muestran su interés. Alientan su desconfianza en la sociedad y hasta mencionan alguna conspiración. Cuando llega el momento de que él se dé cuenta de que pertenecen a tal o cual secta, el chico piensa: «Vaya, qué locura, pero ya he visto que esta gente no está mal de la cabeza. Parecen muy agradables, a lo mejor no es tan raro.» Para entonces, ha invertido tanto tiempo, esfuerzo y a veces incluso dinero que es reacio a verlo como una secta. A lo que me refiero es a que el chico que había entrado en la librería no es el mismo que sale de allí. En cuanto a los seminarios y las clases, se publicitan muy bien. Se disfrazan de actividades normales.

—¿Y quién va?

—La gente que está sola, los curiosos, los perdidos, los que sienten un vacío... No hay un perfil típico. En los casos más extremos, durante los seminarios los insultan, los desmoralizan y les repiten que no hay nada por lo que merezca la pena luchar. Esto puede desencadenar histeria. Entonces los sacan al escenario y los insultan, les pegan. Reparten bolsas para vomitar. Y les dicen que pronto despertarán. Experimentan una especie de euforia y de plenitud, y de pronto las cosas empiezan a cobrar sentido. Se enganchan. «Uníos a nosotros —les dicen—. Uníos a nosotros y seréis libres.» ¿Quién no quiere ser feliz? Así acaban dejando trabajos, matrimonios, hijos. Abandonan toda una vida en pos de una nueva. Y lo hacen por voluntad propia.

Iwata miró a Yamada.

—¿Personas que buscan la verdad?

—¿No ha sido siempre ésa la mayor preocupación del hombre? Que no se te olvide... Por cierto, Iwata, ¿hace falta que mastiques así? Que no se te olvide que entre todos estos planes y ardidés, tarde o temprano se descubre a un líder incuestionable. Alguien carismático, cautivador, divertido, agresivo: da igual cómo sea; lo importante es que es la autoridad suprema. El nuevo miembro no tarda en darse cuenta de que la aprobación del líder es lo más poderoso de todo, y empieza a existir sólo para conseguirla.

La autovía de Chūō estaba tranquila. En el noreste relucía el contorno negro del lago Suwa.

—Entonces, esta secta, la de los Hijos del Sol Negro, ¿qué era exactamente?

Yamada le pasó otro café y esta vez Iwata se limitó a hacer una mueca, en lugar de escupirlo.

—La base era una mezcla muy típica de misticismo y charlatanería de autoayuda. No recuerdo la premisa exacta, pero el concepto principal era el «sol del fin», además de ciertos mitos precolombinos sobre la creación. Pero en lugar de dotarla de una perspectiva religiosa pura y dura, la secta adoptaba aspectos astrológicos y terapéuticos.

—No me puedo creer que todavía esté bebiéndome este café —se lamentó Iwata con un estremecimiento—. ¿Qué sentido tiene lo de la terapia?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, la terapia es recomendable. Fiable. Era una elección inteligente. Los miembros iban subiendo, progresando en el escalafón y tarde o temprano les revelarían la «auténtica verdad».

—Que era...

—Algún tipo de relato apocalíptico inminente. En este caso, la muerte del sol y la supremacía de la oscuridad. El Sol Negro.

Iwata sonrió.

—No hay nada como el fin del mundo para motivar a la gente.

—Es un elemento común en la mayoría de las grandes religiones. Y ni que decir tiene que seguir al gurú significa que los «hijos» estarán a salvo, y que los demás, jodidos.

—¿Y quién era el gurú?

—Takashi Anzai. Hijo de un magnate japonés del petróleo, pero se crió en la jungla centroamericana y regresó a Japón en la adolescencia. La primera vez que apareció en el radar fue cuando enseñaba yoga, en Osaka. Sus clases estaban cada vez más concurridas, igual que su cuenta bancaria. Entonces empezó a dar seminarios. Es evidente que a principios de los setenta decidió soñar a lo grande y montó un grupo de espiritualidad. La secta surgió de su odio creciente por el budismo tradicional. Incorporó el folclore precolombino a su propia versión del budismo y añadió un puñado de técnicas de desarrollo psíquico, porque nunca están de más. Pasó de tener veinte o treinta miembros a unos doscientos cincuenta ya en 1977. Cuando lo arrestaron, el grupo contaba con más de dos mil miembros, y Anzai había comprado terrenos en Filipinas, África Oriental y México.

—Sigue.

—Bueno, no sabemos mucho más. Cuando lo arrestaron, no dijo ni pío. Y el asunto no salió en las noticias tanto como podrías pensar, porque acababan de desmantelar Aum Shinrikyo y los medios estaban disfrutando de lo lindo: acusaciones, bancarrota y penas de muerte. Para entonces, los Hijos del Sol

Negro eran sólo una moda más, aunque con el tiempo también acabaron extinguiéndose. En cuanto a Anzai, a fecha de su ejecución, había engendrado más de treinta hijos. En el complejo hallaron fosas comunes.

Iwata reflexionó sobre todo aquello. Pasaron por delante de un centro de jardinería con el aparcamiento vacío. Un Mister Donut de carretera acababa de encender las luces justo antes de abrir. Una vaca de neón rojo parpadeaba en la azotea de una brasería cerrada. Yamada se frotó los ojos.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Iwata? Los policías solemos encontrar un detalle. De algún modo orgánico y natural, desenterramos un detalle. Y éste confirma nuestras sospechas. La teoría cobra sentido, nos da buenas sensaciones. Se convierte en la estrella polar. Y construimos todo alrededor de ella.

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, tu estrella polar es el sol negro. Además de los corazones que se lleva el asesino, es el único elemento que se repite en el caso.

—Menos en el apartamento de Mina Fong.

—Que tú crees que fue para despistar. Sin contar a Mina Fong, hay un sol negro a cada paso del camino que conduce hasta el funicular, en 1996.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—¿Qué pasa si estamos equivocándonos? ¿Qué pasa si no hay ninguna relación entre Keiko, la secta y el asesino? ¿Y si no son más que un par de símbolos parecidos?

Iwata miró a Yamada.

—Entonces no hay caso.

Yamada se encogió de hombros.

—De cualquier forma, ya es demasiado tarde para dar media vuelta.

Pasaron volando por delante de un cartel: GERO 170 KM.

DIOS NUNCA TIENE PRISA

El sol, todavía tenue, se había levantado sobre el monte Ontake y el único sonido que se oía en el bosque era el que hacía la nieve al caer de las ramas. Las paredes rocosas de los riscos refulgían a la luz del alba y, a sus pies, se encorvaban árboles de ramas marchitas, cubiertos por el musgo. Los matorrales pálidos se arrastraban suplicantes por la loma y la niebla flotaba pesada sobre el paisaje. Hacía demasiado frío para los colores.

Yamada iba delante, siguiendo a la brújula, e Iwata miraba por encima del hombro a menudo. Ambos temblaban y cada cierto tiempo se secaban el goteo constante de la nariz. Cruzaron campos yermos y ennegrecidos soplándose las manos y, vistas de lejos, las nubes de aliento formaban un tren pequeño que avanzaba despacio por el paisaje.

Llevaban casi dos horas de marcha cuando dieron con la carretera que buscaban. El asfalto se veía quebradizo y por entre las grietas se abrían paso matas de hierba tan altas como un hombre. Entre la maleza y la nieve, apenas se distinguía del resto, pero la calzada serpenteaba entre el bosque denso con la anchura suficiente para un solo vehículo.

Yamada consultó un mapa viejo sosteniendo la brújula encima mientras Iwata se apoyaba en un árbol para recuperar el resuello. Aún le pitaban los oídos del golpe en la cabeza que le había asestado el asesino del Sol Negro en la azotea de la discoteca. El frío le teñía la respiración de blanco y formaba caritas sonrientes en el aire. Le hacía crujir los dedos rotos, que le dolían.

—¿Estás bien? —le preguntó Yamada mientras doblaba el mapa para guardarlo.

Iwata asintió y echaron a caminar por la carretera. La siguieron veinte minutos más, hasta llegar a una cuesta que descendía atravesando un pinar.

Allí vieron una tapia de hormigón. Tenía unos cinco metros de altura y recordaba al perímetro de una cárcel; era vieja y estaba en mal estado, pero

no había modo de saltarla sin una escalera. Sin ninguna vía que atravesar, el viento había acumulado la nieve alrededor del muro formando ventisqueros altos. La entrada principal estaba bloqueada por una puerta gruesa de doble hoja donde aún resistía la cinta policial.

Iwata y Yamada rodearon el perímetro y se detuvieron en una entrada lateral: una verja alta de malla metálica cerrada con cadenas y candados. Yamada empezó a trepar y soltó un reniego al llegar a la cima, donde se chupó una gota de sangre del pulgar.

—Ve con cuidado, Iwata.

Con mucha precaución, apartó montones de nieve y dejó al descubierto esquirlas de cristal. Iwata hizo una mueca al aferrarse al metal helado de la verja y, sólo con una mano, inició una subida dificultosa. Arriba, tuvo cuidado de pasar sin tocar los cristales. No podía permitirse más lesiones.

Saltó de la valla y vio que estaba detrás de un edificio largo de una sola planta. Las dos hojas de la puerta estaban abiertas y cubiertas de óxido por la exposición a los elementos. Daban a un comedor. La nieve derretida se vertía por los agujeros del tejado y esquirlas de luz penetraban las paredes. Había sillas volcadas y mesas tiradas de lado. Iwata alcanzó a ver gallineros vacíos y huertos de hierbas aromáticas secos desde hacía tiempo. El viento hacía rodar un cubo roto de lado a lado.

Yamada se lió un pañuelo alrededor del pulgar y fue el primero en entrar en el comedor.

—¿Te has hecho daño?

—Llevo casi catorce años en el cuerpo —se rió—, y ésta es la primera vez que me hago daño ejerciendo.

Salieron del comedor y vieron la extensión completa del recinto: un pequeño parque temático. Más de dos docenas de edificios enfrentados entre sí conducían hacia el fondo del complejo, donde se alzaba un edificio con apariencia de iglesia.

Sin decir ni una palabra, se separaron; Yamada se dirigió hacia la derecha, e Iwata hacia la izquierda.

Rodeando un diamante de béisbol cuyo césped había crecido sin control, Iwata llegó a una puerta cerrada. El candado estaba oxidado y endeble, y enseguida consiguió partirlo con la linterna. Empujó la puerta, barrió la estancia con el haz de luz y vio que había sido un aula. El musgo y el cieno se habían hecho con la pizarra, cuyas lecciones habían caído en el olvido. Los

dibujos infantiles de soles y lunas se rizaban en la pared. Allí donde no se habían formado charcos, los desechos alfombraban el suelo. Los pequeños pupitres estaban apiñados en grupos.

Al fondo había un escritorio volcado, más grande que los demás. Detrás colgaba una fotografía enmarcada de alguien que Iwata supuso que sería Takashi Anzai. Era viejo y tenía una barba rala y gafas de cristales oscuros. Su boca parecía demasiado larga y fina para un rostro tan estrecho. Contemplaba algo en la distancia que le provocaba una leve sonrisa.

En el escritorio no había nada interesante, así que Iwata salió de allí y se dirigió al siguiente edificio. Al cruzar las matas de hierba alta del campo de béisbol oyó un ruido fuerte y se agachó para no ser visto.

Enseguida cayó en que lo había asustado Yamada rompiendo un candado; renegó y continuó caminando. La siguiente construcción era más grande que la primera y en su interior había una hilera de literas vacías y oxidadas que rodeaba las cuatro paredes. Allí donde se había hundido el techo, se había formado una pequeña montaña de escombros.

El viento rugía a través el edificio, pero no se movía nada. Iwata registró las cajas y los armarios sin encontrar más que artículos personales abandonados: los objetos que con las prisas habían olvidado o considerado innecesarios. En ellos, Iwata reconocía a las familias; niños, hombres solteros, viudas. Todos se habían marchado para no regresar.

Todas las cajas que encontró contenían un ejemplar del mismo libro: *La verdad suprema del Sol Negro*, de Takashi Anzai.

Despegó las páginas mojadas para echar un vistazo a la introducción, que hablaba de la valentía y emoción que entrañaba ese primer paso que estaba dando aquel que leía esas páginas por primera vez. Con el mero gesto de abrir el libro, los lectores se exponían a una epifanía: que ellos, igual que todos los elementos de este mundo, estaban sujetos a la atracción del sol. No sólo por la gravedad, sino también a nivel espiritual y universal. A diferencia de los dioses convencionales que dependían de una arquitectura teológica fantástica, Anzai se limitaba a señalar al sol que velaría por el lector durante todos los días de su vida diciendo: «Ésa es nuestra divinidad.» Su mensaje era simple: Dios moriría pronto y así revelaría el «verdadero mundo».

«Querido amigo, tienes en tus manos una oportunidad de valor incalculable que no debes dejar pasar.»

Iwata tiró el libro y al trepar por el montón de escombros desencadenó una

pequeña avalancha de cemento y de nieve sucia. Al fondo de la sala no había nada.

El siguiente edificio en el que entró estaba un poco alejado de los demás y era mucho más pequeño. Lo habían construido con prisas y sin mucho cuidado. La puerta estaba arrancada de las bisagras. Era evidente que a la policía le había costado acceder al interior.

Dentro ni siquiera habían instalado un cable para una triste bombilla; el lugar no estaba hecho para la luz. En una de las paredes había diez cámaras frigoríficas, una al lado de la otra, todas viejas y con manchas de óxido. En las puertas habían troquelado un agujero alargado para meter comida y sacar residuos, y debajo de cada uno había un candado rodeado de cadenas oxidadas.

—El calabozo —musitó Iwata.

Continuó registrando el resto de los edificios, pero no encontró más que las ruinas de la civilización perdida de Anzai. Incontables restos de la secta y de sus seguidores; pero de Keiko Shimizu no halló nada.

Cuando Iwata acabó de comprobar su mitad del complejo era mediodía. Se sentó en los escalones rotos de la iglesia y, con los dedos destrozados, se fumó el último cigarrillo.

Yamada salió del último edificio con las palmas en alto: no había habido suerte. Se sentó junto a Iwata, y compartieron el tabaco, calentándose las manos con el aliento mientras el otro fumaba. Yamada se sacudió la nieve de los zapatos.

—La próxima vez tendremos que vestirnos para la ocasión, ¿no?

Iwata soltó una carcajada de humo y el dolor que sentía en el cráneo lo hizo estremecerse.

—Para ser un tipo que ha estado catorce años en un sótano leyendo cosas sobre lunáticos, se te ve muy alegre.

—Es lo que pasa cuando la satisfacción laboral nunca se acaba.

Yamada le devolvió el cigarrillo. Iwata le dio la última calada y lo apagó.

—Bueno, yo no he encontrado nada en mi lado.

—Yo tampoco. —Yamada levantó el tajo del pulgar hacia el sol—. ¿Acabamos con esto?

Los dos policías se levantaron y se acercaron a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada con una cadena gruesa y un candado grande. Se dirigieron a uno de los laterales y descubrieron que la salida de emergencia estaba abierta;

habían colocado una cadena por el interior, pero había espacio suficiente para colarse por la rendija. Subieron una escalinata de moqueta empapada que conducía a un espacio vasto en penumbra. El hedor a orines y las botellas rotas que alfombraban el suelo dejaban claro que el lugar era refugio de los indigentes de la zona en los meses de calor. En los rincones colgaban telarañas y las paredes estaban decoradas con grafitis y quemaduras. Iwata recorrió los bancos mugrientos con la linterna y, al hacerlo, algunas palomas echaron a volar dibujando espirales de pánico; ambos policías se sobresaltaron. El agua se colaba por las grietas del tejado y un puñado de copos de nieve perdidos flotaban en el aire, iluminados por rayos sueltos de sol. Había un piano destripado que habían utilizado como leña para un fuego. Se separaron y cada uno escogió un lado de la iglesia. A mitad de la extensión de los bancos, Yamada lo llamó.

—Iwata, mira esto.

Levantó un puñado de casquillos de bala y señaló los agujeros como lunares que había a su espalda, en la pared.

—Parece que no se marcharon sin hacer ruido.

Unos pasos más allá, Iwata llegó a un generador portátil que estaba conectado a la red eléctrica. Tiró tres veces del cordel, hasta que se oyó un petardeo fuerte y las bombillas desnudas de encima se encendieron. En el suelo encontró un magnetófono; lo cogió, le sacudió el polvo y lo colocó en el pedestal del que se había caído. Encima había una fotografía enmarcada de Anzai con el cristal agrietado. Sin pensárselo dos veces, pulsó el botón de reproducción y la cinta cobró vida con un chisporroteo y un volumen sorprendente. No se parecía a ninguna voz que hubiera escuchado antes: alta y potente, pero sin esfuerzo; musical y al mismo tiempo monótona.

—*Hermanos y hermanas, no hay prácticamente nada que deba hacerse como es debido y a la vez pueda hacerse con prisas. Tomar una copa de vino, dar un paseo, mantener una conversación, contemplar las vistas, follar... Todo lo bueno se hace disponiendo de tiempo. Nuestro dios nunca tiene prisa. Se toma su tiempo para crear un bebé o una flor o un delfín. Nunca tiene prisa.*

Se hizo una larga pausa en la que sólo se oía el arrastre de la cinta.

—*A menos que esté enfadado.*

Se oyó un aplauso entusiasta pero aterrorizado.

—*Me han llegado rumores. ¡Rumores, en este reino feliz! He oído que soy*

demasiado mayor para continuar liderando a mis hermanos y hermanas. He oído que tenemos los días contados. Que vosotros creéis que los ignorantes vienen a por nosotros.

Iwata dejó la cinta puesta y se acercó a una puerta cerrada. Apartó un montón de tierra y escombros con el pie y forzó el pomo.

—Pues bien, hijos míos, debo decíroslo. Los rumores son ciertos.

Se oyeron gritos ahogados.

Iwata se encontraba en un despacho pequeño donde la moqueta estaba cubierta casi por completo de documentos empapados. Allí dentro apestaba a guano de paloma. A un lado había dos archivadores volcados, y medio despacho estaba ennegrecido a causa de un fuego. Alguien había quemado un montón de papeles en un rincón.

—Pero no temáis. El miedo os hará renunciar a todo lo que os he enseñado. ¿Acaso no os he hablado de este momento? ¿No hemos sabido siempre que los días tocarían a su fin? Sí, es cierto: los ignorantes vienen a por nosotros. Tenedlo por seguro, igual que ahora oís mi voz: vienen a por nosotros. Pero hagan lo que hagan, jamás empañarán nuestra verdad. No, hijos, no. Nadie puede arrebatarnos la verdad. Vuestro padre no lo permitirá. ¿Lo permitirá?

El público gritó con repulsión.

—¿Lo permitirá?

Un coro de noes rugió, y Anzai se echó a reír.

—¡Decid su nombre!

La congregación respondió al unísono:

—¡Tezcatlipoca!

—¡Decid su nombre!

De nuevo al unísono:

—¡Tezcatlipoca!

—Eso es, hijos. El Señor de la Noche, Señor de lo Lejano. Señor del Viento, Señor de la Oscuridad. Su hora se aproxima. ¡Se aproxima! Y ningún hombre puede desposeerme de lo que me ha sido otorgado. A su vez, ningún hombre puede desposeeros de lo que yo os he regalado. Recordadlo siempre: pronto el sol se tornará negro y morirá, y será reemplazado por su forma auténtica. El Sol Negro Tezcatlipoca reinará sobre el mundo nocturno y los ignorantes que nos rodean serán sepultados. Les arrancarán el corazón y se quedarán ciegos.

Gritos.

—*Pero a vosotros no os pasará eso, puesto que vosotros me habéis seguido. Habéis seguido a vuestro humilde padre por los caminos de la luz que está por llegar. Me habéis seguido hacia la única salvación posible de la oscuridad.*

Hubo un aplauso fervoroso.

—*En los próximos años, mucho después de que yo ya no esté, este mensaje sonará alto y claro y un pueblo nuevo se alzarán de nuestra carne. Un pueblo nuevo y una fe nueva con nuevos principios y misiones. Os he dado muchos hermanos y hermanas, y mi esencia continuará existiendo a través de ellos. Siempre estaré presente para guiaros, ahora y en el nuevo mundo. Pero recordad, hijos míos...*

Se hizo un silencio largo y doloroso. Los que fueron incapaces de soportarlo gritaron:

—¡Dínoslo! ¡Dínoslo!

—*Nuestro Dios nunca tiene prisa. Y vosotros sois su creación. Así que no os preocupéis por vuestras tareas. Dejad que vengan los ignorantes. Recordad que la hora del sol negro se acerca. Recordad que los ignorantes y sus sistemas para marionetas sólo pueden afectaros en apariencia: no los temáis. Aceptadlos, porque la oscuridad se ocupará de ellos. La oscuridad los envolverá y, tras la revelación, vosotros seréis libres.*

Yamada apareció en la puerta.

—¿Sabes? No había oído la voz de Anzai. Es bastante persuasivo, ¿verdad?

—¿Para qué grabó esto?

—Supongo que para asegurarse de que aquí quedaban suficientes personas para tener a los agentes ocupados cuando se presentasen. Anzai huyó mucho antes de que la policía asaltara el complejo. Había ordenado a sus hombres que luchasen a muerte, y a las mujeres y los niños, que se envenenasen. Más de cincuenta obedecieron.

—¿Y él escapó?

—Un año después lo encontraron ejerciendo de predicador en Vietnam.

Yamada señaló las marcas de fuego con la cabeza.

—Parece que intentaron destruir todo lo que pudieron.

—Pero usaron el combustible equivocado. —Iwata olisqueó la pared—. ¿Ves las zonas quemadas? El fuego tardó mucho en prender en condiciones;

o sea, que no usaron gasolina. No sé qué emplearon, pero debió de ser bastante fácil de apagar.

—Esperemos que quede alguna pista sobre Keiko Shimizu o sobre su hija.

Se pusieron a comprobar los historiales personales que había en los archivadores. Aunque habían destruido muchos, quedaban cientos de expedientes. El contenido de los mismos fluctuaba entre datos básicos e información sobre un detalle exhaustivo. Extractos bancarios. Medidas del pene. Antecedentes penales. Allí quedaba constancia de los miedos secretos, las confesiones y las perversiones. Cada archivo iba acompañado de una polaroid del sujeto. Jóvenes, viejos, hombres, mujeres. Todos los rostros se mostraban dóciles, sumisos, esperanzados.

Iwata abrió uno de los expedientes y leyó en voz alta.

—«Señor Junichi Ando, 206:F. Durante la sesión de grupo ha admitido haber mantenido encuentros sexuales con su hermana.» ¿Por qué anotarían algo así?

—Para tener influencia sobre ellos. Enfocaban eso como si fuese terapia de honestidad, pero con información de esta clase podían forzar a los miembros de la secta para que hicieran «donaciones» cuantiosas. También podían asegurarse de que no se marchasen, por miedo a las recriminaciones.

Iwata tiró el expediente y cogió otro. Mientras trabajaban y estiraban los brazos y las piernas y trataban de entrar en calor, fue pasando la tarde.

Ya estaba casi oscuro cuando Yamada habló.

—Iwata. —Alzó la mirada con los ojos muy abiertos—. Creo que lo tengo.

—¿Estás seguro?

—«Número 1137:H, señorita Keiko Shimizu.» Es ella —dijo, y lo miró a los ojos—. Sí, tuvo un bebé. Joder...

—¿Qué pasa?

—La niña se llama Midori Anzai. Creo que era hija del líder, Iwata. Según veo aquí, no estaban casados, así que ella debía de ser algún tipo de esclava sexual. Aquí no dice el motivo, pero parece que se fugó del complejo y la excomulgaron. Pero Keiko regresó a por Midori unos meses después y se la llevó. Aquí lo llaman «secuestro».

—Pero si Anzai expulsó a Keiko, ¿por qué dejó que la niña continuase aquí?

—Como líder de la secta, no sé hasta qué punto Anzai tenía contacto con la niña. En lugares como éste había críos por todas partes; a menudo los

separaban de las madres desde el principio, se los entregaban a otras mujeres y les cambiaban el nombre, para que al final nadie recordase quién era de quién. Puede que Midori pasase inadvertida por ese mismo motivo. Pero, sea como sea, es obvio que Keiko la quería. Porque regresó a por ella a pesar de que corría un gran riesgo.

Iwata miró el cielo frío y morado a través del tejado. Se acordó de cuando miraba la carretera esperando a que acudiera su madre. «Vendrá», le había dicho Kei.

—¿Iwata?

—Dime.

—Decía que después de huir, Keiko y Midori tuvieron que apañárselas solas. Es probable que el mundo exterior les resultase aterrador; el complejo tal vez fuese peligroso, pero al menos lo conocían. Más allá de su muro no había protección ni rostros amables ni infraestructuras conocidas. Llegado ese punto, es probable que a Keiko la hubieran agredido tantas veces que acabara insensibilizándose, y una vez fuera de la secta quizá sobreviviese prostituyéndose. Puede que también prostituyera a la niña. Ése habría sido un estilo de vida itinerante; vivían al día, hasta que Keiko no pudo más.

—¿No podría haber regresado a casa de su padre en Nagasaki?

—Es muy común que las víctimas de las sectas se distancien de sus familias. Muchas de ellas nunca se recuperan: una vez que te han reordenado el cerebro, no puedes volver a la normalidad como si nada. Además, no sabemos qué relación tenían.

Iwata miró la foto de Anzai que había en la pared. Debajo se veía el símbolo del sol negro.

—Pásame eso.

Yamada estiró el brazo y le dio la fotografía enmarcada. Estaba medio quemada, pero el lado izquierdo se veía bien. Takashi Anzai vestido con la túnica ceremonial. A su lado, un joven con un rostro similar y una túnica menos ornamentada.

—Ése es su hijo mayor —aclaró Yamada—. Sin duda, el favorito: Akira Anzai.

Alrededor de los hombros del joven estaba el brazo musculoso de una tercera persona. La parte del papel donde debería haber estado el rostro había quedado calcinada y no se le reconocía, pero de su mano colgaba una máscara. Una que Iwata había visto en otra ocasión. Cerró los ojos y recordó

las palabras.

«*Hach k'as. Eek.*»

—Hijo de puta... —Iwata dio unos golpecitos en la fotografía—. Es él. El tipo que me atacó en Dogenzaka llevaba esta máscara. Es el asesino.

—Tenía que ser el chamán personal de Anzai. No se sabe con certeza, pero por lo que yo he podido averiguar, estamos hablando de alguien a medio camino entre un guardaespaldas y un aliado de total confianza. Este hombre habría muerto por él.

A Iwata le daba vueltas la cabeza.

—Debería haberte abierto la puerta.

—Céntrate —le dijo Yamada, y le posó la mano en el hombro—: ¿qué quieres hacer ahora?

Iwata se abofeteó la cara y asintió.

—Midori Anzai. Tenemos que encontrarla. Corre un peligro inmenso.

—Entonces debemos irnos ya.

Salieron de la iglesia y se dirigieron al muro. Un grupo de cuervos se había reunido en la valla donde Yamada se había cortado; estaban picoteando la sangre de la nieve y rompiendo el silencio helado con sus graznidos.

A PUNTO

El Isuzu Coupé corría por el extrarradio de Tokio como una bola de *pinball* de color negro. Los rascacielos proliferaban. Un limbo oscuro de nubes de tormenta se cernía sobre el horizonte. A Iwata le dolía el tobillo de pisar el acelerador a fondo, pero el coche no daba más de sí.

Le sonó el móvil.

—Hatanaka, date prisa: casi no tengo batería.

—Lo tengo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tienes que venir ahora mismo. Estoy en la sala de vídeo número cuatro, planta novena de Shibuya.

—Enseguida voy. No dejes que nadie más entre, ¿entendido?

—Entendido.

—Hatanaka, ¿estás seguro de que lo tienes?

—Estoy viéndole la cara ahora mismo.

En el ambiente oscuro y húmedo del aparcamiento de la comisaría de Shibuya, Iwata apagó el motor. Respiró. El reloj del salpicadero indicaba que eran las 21.37 h.

—Yamada, ¿tienes el código para acceder al sistema central?

—Casi nunca lo uso, pero aún debería funcionar. —Se tiró del bigote—. Debería.

—¿Puedes acceder desde tu despacho?

—No, tendré que usar uno de los ordenadores compartidos de la Primera División. Espero que nadie me pregunte qué hago ahí arriba.

—Ve para allá. Tienes que encontrar a Midori Anzai. Esta misma noche. Encuéntrala y tráela.

—Haré lo que pueda.

Yamada inclinó la cabeza con solemnidad.

—Yoji, si no lo consigues, morirá.

Vieron a un grupo de policías de uniforme entrar en el aparcamiento entre risas. Cuando pasaron de largo, Yamada salió del coche con la cabeza gacha y se dirigió a la escalera principal. Iwata esperó unos segundos para ir en dirección contraria. Al llegar al ascensor, pulsó el botón y miró por encima del hombro. Los agentes lo miraban y hablaban entre ellos.

Se abrió la puerta y entró. Los carteles seguían siendo los mismos que el primer día, hacía ya más de dos semanas.

1. DIGA LO QUE HA OCURRIDO:

– HAY UN LADRÓN = *dorobo desu*.

– HA HABIDO UN ACCIDENTE DE TRÁFICO = *kotsu jiko desu*.

2. INDIQUE SU UBICACIÓN.

3. DIGA SU NOMBRE Y DIRECCIÓN.

Cerró los ojos. Sabía que estaba cerca, pero también que se le acababa el tiempo.

Se abrió la puerta. La novena planta era un almacén de estanterías altas repletas de bolsas de pruebas. Unas bandejas grandes de plástico azul contenían artículos que aún había que procesar: sillas manchadas de sangre, sábanas ennegrecidas por algún fuego y ropa interior de la que había que obtener semen y vello púbico. Todo debía ser embolsado y etiquetado para formar una colección de curiosidades criminales. Más allá, el pasillo se estrechaba y a los dos lados había espaciosos laboratorios climatizados. Los toxicólogos y los investigadores de la policía científica observaban cosas a través de microscopios y anotaban cifras con imparcialidad. Aquello era una línea de producción de datos para casos.

Al fondo estaba la sección de pruebas electrónicas. La sala de vídeo número cuatro era un cubículo insonorizado que permanecía oculto detrás de una máquina expendedora. Hatanaka miraba ansioso por entre las lamas de la persiana veneciana. Al ver a Iwata, abrió la puerta con evidente alivio. Lo dejó pasar y cerró con llave antes de sentarse ante una pantalla grande de ordenador y hacer crujir los nudillos. Iwata cogió una silla y se sentó.

—¿Está listo, jefe?

—Dale.

La grabación estaba en pausa y mostraba el carril peatonal del puente del Arcoíris. Hatanaka señaló la esquina de la pantalla. Según la fecha era el 17 de febrero a las 0.35 h.

—¿Y...?

Hatanaka pulsó la barra espaciadora del teclado y la grabación de circuito cerrado se puso en marcha. Un vehículo de color oscuro se detuvo en el arcén del puente. Aunque la imagen no era del todo nítida, no cabía duda de que quien acababa de apearse del coche era Hideo Akashi. Saltó la valla y caminó por el carril peatonal sin prisa y sin cruzarse con nadie. Al cabo de once minutos, llegó a la primera torre de soporte. Dentro había dos puertas: la del ascensor y una de mantenimiento. Akashi miró a su alrededor, cogió un extintor y forzó la cerradura.

—Después de esto —dijo Hatanaka—, no vuelve a aparecer.

El agente pulsó el botón de avance rápido y la imagen aceleró. Un vigilante de seguridad descubrió la puerta rota, cosa que desencadenó mucha actividad hasta la llegada de la policía. La cinta se cortaba alrededor de veinticuatro horas después de que saltase Akashi. Iwata miró a Hatanaka con impaciencia.

—Eso ya lo sabíamos. Has dicho que lo tenías, Hatanaka.

El joven alzó un dedo y pulsó el botón de rebobinado rápido. La cinta regresó a las tres de la madrugada del 14 de febrero.

—Vale, esto es unas setenta horas antes de que Akashi saltase. Atento.

El mismo vehículo apareció en el puente y de él salió Hideo Akashi una vez más.

Aunque esa vez no estaba solo.

Del coche se apeó otro hombre.

Alguien que llevaba una capucha negra.

Era alto.

—Iwata, es él: ése es el asesino del Sol Negro.

—¿Cómo...?

—Fíjate. Intenta ocultar el rostro, pero espera a que agrande la imagen.

—¿Quién...?

—Fíjate.

Cuando el hombre de la capucha miró hacia la cámara durante una fracción de segundo, Hatanaka pulsó el botón de pausa.

Y ahí estaba, claro como el agua.

Diez minutos más tarde, alguien llamó con violencia a la puerta de la sala de vídeo número cuatro. Iwata continuaba en la silla, aturdido, pero había visto lo que necesitaba ver. Los golpes en la puerta aumentaron de intensidad.

—¿Quién es? —susurró Hatanaka.

—Chico, pase lo que pase, no pierdas la cinta de vista, ¿entendido? Tengo que irme, pero te llamaré en cuanto pueda. ¿Puedo contar contigo?

—Cuenta conmigo, jefe.

Iwata subió la persiana veneciana de aluminio y descubrió el rostro airado de Horibe.

—¿Qué quieres?

Horibe echó un vistazo a Hatanaka y después miró a Iwata.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Iwata abrió la puerta y se colocó delante del agente para impedirle que viese nada.

—Ya sabes que no me gusta repetir las cosas, Horibe. ¿Qué quieres?

—Vengo a buscarte. Fujimura quiere charlar contigo, y yo voy para allá. ¿Me acompañas?

—Te sigo.

Iwata oyó que su compañero cerraba la puerta desde dentro, y se dirigió al ascensor siguiendo a Horibe. En cuanto se cerró la puerta, Iwata se preparó, pero Horibe no dijo nada y ni siquiera sacó las manos de los bolsillos. Subieron a la duodécima planta en silencio total.

Cuando la puerta se abría, por el hueco se coló el alboroto habitual de la Primera División. Iwata salió solo. Horibe lo miró sonriendo de oreja a oreja mientras la puerta corredera se cerraba. Yamada estaba sentado en un rincón con el teléfono pegado a la oreja y sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador. No se miraron, y de camino al despacho de Fujimura, al fondo de la planta, Iwata no hizo caso de la curiosidad con que lo observaban sus compañeros.

Entró sin llamar y se sentó delante del anciano superintendente. Fujimura entrelazó las ramitas que tenía por dedos y sonrió. Era un hombre menudo y debilitado que había sobrepasado la meta de los setenta hacía tiempo; prueba de ello eran las máculas fosilizadas que le teñían parte del cráneo de morado y el temblor involuntario de su bigote blanco mientras observaba a su subordinado.

—Kosuke Iwata. —Sonrió—. Por fin nos conocemos. Siéntate, por favor.

—Señor.

—Dime una cosa, ¿cómo te va?

—Bien. Horibe me ha dicho que usted quería hablar conmigo.

—Quieres ir directo al grano, me gusta. —Fujimura indicó el reloj que tenía detrás—. Al fin y al cabo, el tiempo es oro.

Iwata no contestó.

—¿Qué te parece trabajar con la ayudante de inspector Sakai?

—Ahora mismo no estamos trabajando juntos.

—Sí, sé que ahora está ayudando al inspector Moroto. Pero ¿qué está haciendo ella exactamente?

—No le entiendo.

—¿Adónde va, inspector Iwata? No está fichando, no está haciendo informes. No está cumpliendo con su trabajo. Está dedicándose a otra cosa. ¿Qué sabes?

Iwata se revolvió en el asiento.

—No estoy seguro de cuál es la pregunta, señor. Pero diría que lo único que Sakai hace es dedicarse a su trabajo. Si lo hace dentro de este edificio o no, es irrelevante.

—En ese caso, dime: ¿qué opinas de ella?

—La respeto mucho. Es una investigadora con mucho talento.

—Así es, mucho. ¿Y fuera del trabajo sois amigos?

El mostacho fino del superintendente disimulaba una sonrisa temblorosa. Iwata empezó a dar golpecitos con el pie.

—¿Por qué lo pregunta, señor?

—Se está hablando mucho en el departamento acerca de ti, Sakai y el caso. Estoy seguro de que no te sorprende.

—Tampoco me preocupa.

—Bien, eso está bien. Yo tampoco presto atención a los chismorreos.

Fujimura miró a Iwata en silencio. A su espalda, la ciudad resplandecía bajo la lluvia.

—Discúlpeme, señor: ¿por qué me ha mandado llamar?

—Quiero tu opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti mismo. El inspector Moroto cree que vas demasiado por tu cuenta; me ha dicho que no eres apto para el servicio. Es cierto que la vista disciplinaria de la semana que viene da fe de ello, pero me interesa tu punto de vista.

—Con todos mis respetos, Moroto puede decirle lo que le plazca. Yo no soy el policía que acusó a un hombre inocente de asesinato porque le

convenía.

—Eso fue desafortunado. Pero te desvías del tema.

Fujimura se levantó con cierta dificultad y contempló la ciudad por la ventana. Iwata se preguntó si allí abajo veía orden; últimamente, él sólo veía sombras.

«Demasiados lugares donde esconderse.»

—Mi problema, inspector, no es lo que Moroto dice de ti. Mi problema es recibir quejas de la comisaría de Setagaya sobre malversación de recursos. Que las autoridades chinas me notifiquen una investigación ilegal en Hong Kong que ha salido de la Primera División. Ver titulares sobre el trabajo de mi departamento en los periódicos nacionales que yo mismo calificaría de desfavorables como poco. Mi problema, inspector, es saber que estamos despilfarrando unos fondos muy valiosos enviando a treinta hombres a hacer horas extra vigilando a un ama de casa porque, si lo he entendido bien, aparece en una fotografía vieja.

Fujimura bajó la persiana de lamas de aluminio y se volvió hacia la espalda de Iwata.

—Me has preguntado por qué te he hecho venir. Pues te he llamado porque quiero saber si vale la pena llegar hasta la vista disciplinaria. Quiero saber qué motivos tengo para no quitarte el caso ahora mismo y hacer que te investiguen de inmediato. Un caso que, por cierto, continúa abierto de modo inexplicable. ¿Qué opinas?

Iwata se rió y respondió por encima del hombro, sin mirar al anciano.

—No me interesan las bravuconadas, Fujimura. Si fuese verdad que usted quiere despedirme, ya lo habría hecho. En cualquier caso, estoy a punto de dar con el asesino, algo que nadie de la Primera División ha sido capaz de hacer.

Fujimura soltó una risa sibilante, se acercó a la silla y se dejó caer en ella.

—Ahora entiendo por qué Shindo te tiene cariño, hijo. De verdad. La pena es que yo no comparto tu confianza.

—Sé que un Masaharu Ezawa muerto es la cabeza de turco perfecta para el caso Kaneshiro, pero quedan demasiados cadáveres sin explicación. Tarde o temprano, los medios se harán eco de eso. Ya están maltratándonos lo suficiente tal como están las cosas, así que imagine qué pasará si el asesino del Sol Negro actúa de nuevo. Los periódicos se lo pasarán de lo lindo tanto si me han despedido como si no.

—¿No estarás amenazándome?

—Estoy hablando de la realidad.

Fujimura se rió casi con admiración.

—Así que a punto. ¿Y de qué pruebas dispones?

—Con todos mis respetos, eso lo revelaré después de la vista.

—¿Estás negándote a contestar?

—Categoricamente.

El bigote del superintendente tembló y su rostro pequeño enrojeció.

—Iwata, la única razón por la que aprobamos tu traslado fue que la muerte del inspector Akashi nos dejó con una baja. Eres un mono con gabardina, chico, y no voy a quitarte las cuarenta y ocho horas que te quedan porque tardaría lo mismo en tramitar el despido. Pero quiero que entiendas una cosa: no superarás la vista. Con esto se acaba cualquier trabajo que puedas tener en la policía. Y cuando estés fuera, me encargaré de que acabes en los tribunales, aquí o en Hong Kong.

—¿Me ha traído aquí para esto?

—Quería decírtelo en persona, de hombre a hombre.

Iwata se levantó.

—Pues me ha hecho perder el tiempo.

Al llegar a la puerta, se volvió para mirar al superintendente: el escalafón más alto de la Primera División. En las manos débiles de Fujimura cabían la vida y la muerte; él sólo necesitaba chasquear los dedos para que todo Tokio obedeciese. Pero, al fin y al cabo, no era más que otro viejo sentado a una mesa.

Iwata no tenía palabras para alterar esa verdad.

Cerró de un portazo, y el superintendente jefe Fujimura se quedó solo. El anciano miró el reloj y suspiró estremeciéndose.

—Hora de irse.

Debajo del puente del Arcoíris, en la luz amarillenta y sucia de los muelles de Shibaura, Fujimura miró de nuevo por encima del hombro. Llevaba mucho rato esperando en el lugar habitual, detrás del almacén que quedaba más apartado de la calle. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, pero la noche aún caía con un frío cortante. El viejo contempló las inquietas aguas negras hasta que una ráfaga de aire embravecido hizo que le llorasen los ojos.

Una figura apareció de las sombras entre los contenedores oxidados, y Fujimura supo al instante de quién se trataba. Cuando el hombre, que medía

casi el doble que él, se le plantó delante, trató de no retroceder. Llevaba una capucha negra en la cabeza y la cara tapada con una máscara. Tras escudriñar los muelles con ojos brillantes un buen rato, al final habló.

—¿Qué... haces... aquí?

—Es ese maldito Iwata. Está removiendo cosas que no debería tocar.

—Cosas...

El tipo repitió la palabra como si fuese un descubrimiento. La voz alteró de tal manera a Fujimura que le costó disimular los temblores.

—Sí. Cosas como Takara Matsuu. Y no sólo eso: dice que está a punto de dar contigo.

—A punto. —El hombre miró el puente, que brillaba sobre la bahía con un resplandor verde—. Sí... a punto.

—He pensado que debía avisarte.

El hombre alto dio la espalda a Fujimura.

—Hay algo más. Iwata y Sakai ya no están trabajando juntos; creo que ella va por su cuenta. Y está llevando a cabo su propia investigación. Podría tener algo que ver contigo.

—Sakai... —suspiró.

Ya no hablaba con Fujimura. Desapareció de su vista sin prisa. El anciano esperó un buen rato para asegurarse de que su presencia ya no era requerida. En aquel ambiente frío, le silbaba el pecho.

Por segunda vez en veinticuatro horas, Iwata iba a toda velocidad por la autovía. Le palpitaba todo el cuerpo y el miedo le subía por la garganta como si fuera bilis. Al cabo de unos minutos de haber vuelto a la sala de vídeo, Iwata había llamado a Shindo en la novena planta y le había mostrado la grabación del puente. Tras parpadear para borrar la impresión de lo que acababa de ver, Shindo había dicho que contactaría con un juez de su confianza para conseguir la orden de arresto del hombre que creían que era el asesino del Sol Negro.

Y justo entonces a Iwata le había sonado el móvil.

Al ver que el prefijo era de la zona rural de Nagano, había contestado con una disculpa por haberse retrasado en el pago al Instituto Nakamura.

«No, señor. Se trata de su esposa. Ha desaparecido.»

Eran las tres menos cuarto de la madrugada cuando llegó a las afueras de la ciudad. Iba derrapando en los cruces, volando ante fábricas en ruinas y locales comerciales abandonados, hasta que empezó a subir la cuesta hacia

Nojiri. Al llegar al recinto del instituto, había dos enfermeras esperándolo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Señor Iwata, no pasa nada. Ya la hemos encontrado.

Apartó a las enfermeras para entrar, atravesó una vez más los pasillos desinfectados y salió al jardín oscuro. Los flamencos de papel maché lo miraron con ojos amarillos. Los elefantes, alegres, echaban la trompa hacia atrás.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

—¡Cleo!

Estaba en una de las tumbonas, tendida con la bata abierta. Debajo, tenía el camisón empapado de un líquido rojo. Sin perder un segundo, Iwata apartó la ropa para ver la herida.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

—¡Señor Iwata!

Una enfermera trató de detenerlo mientras la otra iba a por ayuda.

—Señor Iwata, ¡está bien!

«Esas palabras de amor.»

Cleo no tenía heridas. Sólo vio los pechos pálidos y encogidos de su esposa, la caja torácica menuda con un mensaje. Alguien le había escrito unas palabras en el pecho con un rotulador rojo:

HASTA PRONTO, INSPECTOR

Iwata se volvió de inmediato y bramó a la enfermera:

—¡¿Quién ha sido?!

La enfermera dio un respingo y se apartó.

—No... No lo sabemos. La puerta de su habitación estaba abierta y ella no se encontraba allí. Hemos dado con ella aquí poco después de llamarlo a usted.

Iwata se agarró el cráneo con las manos y sus dedos retorcidos le chillaron de dolor. Miró los despojos de su esposa. Cleo tenía los ojos entornados y babeaba por la comisura de los labios. Le vio la cicatriz de la cesárea y apartó la mirada con ganas de vomitar, ganas de beber.

La enfermera le tocó el hombro con mucha cautela.

—¿Está usted bien?

—¿Ha venido alguien a visitarla?

—Sí. Un hombre alto, pero no ha dejado su nombre. Llevaba placa y ha

dicho que era su amigo.

Iwata alzó la vista al cielo y comprendió.

—Han sido ellos —susurró—. Ha sido para hacerme perder el tiempo.

Iwata se sentó en la hierba mojada, junto a Cleo. Le cogió la mano, pequeña y lánguida, y se obligó a no llorar. De nuevo sentía agotamiento, dolor e impotencia. Para él, el dolor jamás sería una novedad, siempre estaría ahí, esperando a renacer.

Miró a Cleo, cuyo cuerpo se estaba encogiendo y apagando poco a poco, aunque su mente ya había muerto a ese efecto y a todos los demás. La envidiaba y le guardaba rencor. No sólo por lo que ella le había hecho, sino también por su abandono perfecto. Cleo sólo conocía la dicha de la nada. El éxtasis de la rendición. La perfección del abismo. Para ella se había acabado el sufrimiento. Los sacrificios. Los motivos.

A Iwata le daba vueltas la cabeza como en el sueño de la caída. Cerró los ojos con fuerza y se dio cuenta de que incluso eso le dolía. Sintió que perdía el equilibrio mientras buscaba con desesperación una razón para levantarse. Un motivo para desafiarlos. Para no sacar su SIG y acabar con todo ahí mismo, en el césped. Pero entonces se le apareció una imagen y fue como si alguien lo hubiese cogido de la mano. Vio a la pequeña Hana Kaneshiro y se metió la mano debajo de la camisa para notar la herida entre las costillas. Necesitaba ese dolor. Lo necesitaba todo.

«Porque eso es lo que hacemos. Así es ser policía...»

Se levantó y se enjugó una lágrima con la manga.

—Por favor, lleve a mi esposa a su habitación.

Cuando se marchaba, intentó no mirar a Cleo mientras las enfermeras se preparaban para moverla. Se subió al Isuzu y vio que el depósito estaba casi vacío, pero pasó el pueblo de largo y condujo mucho tiempo antes de detenerse a llenarlo. Intentaba respirar con normalidad, escuchando el bombeo mientras su viejo coche tragaba el líquido con ansia. Era un ruido cálido y conocido. Cerró los ojos y notó que estaba quedándose dormido. Le bastarían dos segundos más para conseguirlo.

Corrió hasta la máquina expendedora y engulló dos bebidas energéticas seguidas. Se abofeteó la cara, arrancó el coche y gritó tan fuerte como pudo.

—¡El hombre feliz es aquel que, siendo rey o campesino, encuentra la paz en su hogar!

Encendió la luz de la sirena y estaba a punto de pisar el acelerador a fondo

cuando bajó la mirada. Su móvil estaba sonando.

—¿Sí?! —chilló por encima de la sirena—. Shindo, no te oigo.

—Es Sakai —dijo entre las interferencias—. Se trata de Sakai.

PRESENTACIONES

A las seis menos diez de la mañana, Iwata se bajó agotado del Isuzu y entró en el instituto forense de Bunkyō. La doctora Eguchi estaba en la entrada, fumando a solas mientras miraba las ramas de los árboles. Lo saludó con un gesto de la cabeza, pero no dijo nada.

«Contigo soy feliz.»

Una vez dentro, Iwata se detuvo varias veces a recuperar el aliento y estuvo a punto de perder el equilibrio al salir del ascensor.

«Es Sakai.»

Iwata negó con la cabeza, incapaz de aceptarlo. Ya había transigido demasiado para recomponer las piezas de su teoría. Le había costado sangre. No podía haberse equivocado otra vez.

«Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

La puerta del ascensor se abrió al pasillo largo que conducía al depósito de cadáveres. Sólo una de las salas de autopsias tenía las luces encendidas. Respiró hondo y soltó el aire antes de entrar.

«El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?»

El cadáver de Sakai ocupaba una de las mesas de autopsias. Shindo sollozaba de rodillas en el suelo. Al ver a Iwata, se levantó y abandonó la sala.

Con la muerte, el rostro de Sakai no había perdido ni un ápice de su fría belleza. En todo caso, la potenciaba la ausencia de distorsión de las expresiones. Los cortes y las magulladuras que tenía en la cara y en el cuello evidenciaban que había muerto luchando. Iwata cerró los ojos y sintió el eco de los golpes del asesino del Sol Negro, la fuerza bruta que había ejercido sobre él. Ante eso, Sakai no tenía esperanza alguna. Aturdido, apartó la sábana para ver los estragos que le había provocado en el cuerpo. La cavidad del torso se abría como una caverna, y supo que el corazón no estaba.

—¿Por qué tú?

Le apartó el pelo de la cara y estaba a punto de taparla cuando vio que ella tenía algo en la mano izquierda. Se puso un par de guantes de látex y uno a uno fue abriendo los dedos. Era una cartera pequeña de color negro. Sabía qué contenía, porque él tenía una igual. La abrió con cuidado.

SAKAI, NORIKO
AYUDANTE DE INSPECTOR, PRIMERA DIVISIÓN

En la foto, una Sakai joven que no acababa de sonreír, pero emanaba una esperanza rebelde. La sangre había empapado los bordes de la foto. Él la había visto mostrarla muchas veces, aunque no se había fijado en el sello de la esquina: el documento había sido expedido en una comisaría de Nagasaki.

Iwata se acordó del primer día, cuando estaban en el coche. Ella había dicho que era de Kanazawa.

«—Así que eres de allí.

»—No, allí es donde conseguí la placa.»

Sakai le había mentado a conciencia.

Con mucho cuidado, dejó la cartera en su sitio y todo encajó mientras le cerraba los dedos.

Se apoyó en el mostrador, desfallecido; negando con la cabeza.

Miró el rostro pálido de su compañera y tuvo una sensación triste de alivio.

—Ahora ya sé quién eres —susurró Iwata, que había comprendido al fin. Aunque demasiado tarde—. Perdóname, Noriko.

Inclinó la cabeza ante ella en una reverencia de cuarenta y cinco grados y permaneció así un buen rato. Después salió de la sala y, nada más pisar el pasillo, Shindo lo agarró del hombro, le dio media vuelta y le soltó un puñetazo fuerte en la cara. Iwata chocó de espaldas con la pared y escupió sangre.

—Pegas fuerte.

Shindo se irguió sobre él con los ojos enrojecidos y la voz vacilante.

—¿Has sido tú?

—¿Qué?

—¿Has sido tú?

—Shindo, pégame si quieres, pero no te entiendo.

—Dicen que eres sospechoso.

—¿Qué?

—Han encontrado tu ADN en el apartamento de Sakai. Te vieron salir de allí.

Iwata se acordó de la conversación con Fujimura.

«¿Y fuera del trabajo sois amigos?»

—Hijo de puta.

—¿Has estado allí?

—Sí, pero esto es ridículo. Espero que te parezca obvio. Tú lo sabes.

Shindo se puso a dar vueltas.

—Joder... Mira, no debería decirte esto, pero Fujimura quiere que te arresten como sospechoso del asesinato de Sakai. No tienes mucho tiempo.

Dio un puñetazo a la pared y el eco se extendió rápidamente por todo el pasillo.

—¡Deberías haber cuidado de ella!

—Shindo, tú sabes tan bien como yo que ella no se dejaba cuidar.

El inspector jefe se dejó caer en la pared, junto a Iwata. Había agotado toda la rabia y tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Me siento viejo —confesó.

Iwata apretó los dientes y notó que los músculos se tensaban, pero tenía la mandíbula dormida.

—Ha sido el asesino del Sol Negro.

—Sí, ya lo sé —suspiró Shindo—. Por eso he hablado con el juez. Mañana a mediodía emitirá la orden de arresto de Yoshi Tachibana. Pero tendremos que hacerlo bien o no lo atraparemos.

Iwata asintió con la cabeza.

—Eres un buen hombre, Shindo.

—No, no lo soy. Y tú tampoco.

Iwata necesitó mucho esfuerzo para levantarse y le dio unas palmaditas en el hombro a su superior, que contemplaba el suelo con la mirada perdida. No había nada más que decir.

Al salir del edificio, Kosuke Iwata emergió a la luz del sol. Eguchi sacudió la ceniza en su dirección sin dejar de silbar *Greensleeves*.

—Debería descansar, inspector. No quiero verlo llegar dentro de una bolsa.

Iwata estaba demasiado cansado para responder. Se fue a casa en coche, conduciendo despacio, siempre a punto de quedarse dormido al volante. Cuando por fin llegó a su apartamento, se dejó caer en el futón. Había perdido el conocimiento antes de que la cabeza tocara la almohada.

Iwata descorrió las cortinas a un amanecer frío y ordinario. El cielo estaba gris con un ribete de color amarillo pálido donde se unía al horizonte. Preparó café y puso las *Variaciones Goldberg* de Glenn Gould, aunque sólo escuchó el aria inicial. Cuando terminó, lavó la taza y salió del apartamento.

Unos minutos después de la una del mediodía, dos coches patrulla se detuvieron a la entrada de la urbanización Green Gardens. Iwata, Hatanaka y Yamada, junto con tres agentes de uniforme, se dirigieron al hogar de los Tachibana. Sólo se veía a unos pocos vecinos, y Yoshi Tachibana les abrió la puerta con ademán preocupado. Para entonces ya se había acostumbrado a la presencia policial, pero esa vez notaba algo distinto. Enseguida se dio cuenta de qué era.

—¿Qué ocurre?

Uno de los agentes de uniforme lo agarró del cuello con una llave de brazo y lo estampó contra la puerta. Otro lo esposó y lo agarró de la nuca.

—¿Qué... qué hacen?

Iwata le mostró la orden de arresto y le habló despacio y en voz alta.

—Yoshi Tachibana, queda usted detenido de acuerdo con el Artículo 199 del Código Penal por asesinato múltiple. Tiene derecho a guardar silencio, pero cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en los tribunales. A ese fin, lo insto a obrar con cautela. ¿Me entiende?

Tachibana palideció al instante.

—¿De qué va esto, Iwata? ¿Qué cojones está haciendo?

El inspector indicó a sus compañeros con un gesto de la mano que llevaran a Tachibana al coche patrulla.

Yumi apareció en la puerta.

—¿Dónde está mi marido?

Sin darle la oportunidad de entrar en pánico, Yamada la llevó al interior y cerró la puerta.

Hatanaka le ofreció un cigarrillo a Iwata y dio media vuelta para encender el suyo, protegiéndolo del aire que soplaba.

—¿Cómo cree que se lo tomará?

—No muy bien —respondió Iwata.

Miraron cómo se alejaba el coche patrulla. Tachibana estaba en el asiento trasero en estado de shock.

—¿Y ahora qué? ¿Qué necesita?

Iwata contestó negando con la cabeza.

—Hoy es mi último día, Hatanaka. Se ha acabado el tiempo, he terminado. Vete a casa.

El joven miró al suelo con aire desilusionado, e Iwata le dio una palmada en la espalda.

—Venga, chico. Has hecho un muy buen trabajo, de verdad. Voy a pedirle a Shindo que te dé una recomendación. Y si todo va bien, la mierda que me ha caído encima no te salpicará.

Hatanaka negó con la cabeza.

—Ha sido un honor trabajar con usted, inspector.

Se estrecharon la mano, e Iwata dio media vuelta.

Después de unos pasos, Hatanaka lo llamó.

—¡Jefe!

—¿Qué?

—El día no acaba hasta medianoche, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Hay una cafetería enfrente de la estación de Odaiba-kaihinkōen. Yo lo esperaré allí, por si me necesita. Por si acaso.

—Hatanaka...

—Si surge cualquier cosa, llámeme. Nunca se sabe lo que puede pasar en la vida.

Iwata asintió y el joven sonrió.

Ya no se veía a nadie de uniforme; al menos a primera vista, la vida en Green Gardens había recuperado la normalidad. Mientras caminaba hacia el Isuzu, Iwata trató de no fijarse en las azoteas vecinas. Aunque los agentes estuvieran ocultos, sabía que habían desplegado la unidad de francotiradores de las Fuerzas Terrestres de Autodefensa Tokushu Sakusen Gun. Subió al coche y ajustó el espejo retrovisor para observar si había movimientos en alguna de las azoteas, cualquier cosa que pudiera ahuyentar al asesino.

No vio nada.

«Ahora te toca a ti.»

Shindo estaba en el asiento trasero mordiéndose las uñas e intentando actuar con naturalidad.

—¿Cuántos hay ahí arriba? —preguntó.

—Creo que once. Han cubierto todos los ángulos de aproximación. El tirador designado es el seis.

—No veo una mierda.

—De eso se trata, Shindo.

—Si nos equivocamos con esto, espero que tengas algún talento especial al que recurrir, porque no volverás a trabajar de policía.

Iwata se rió.

—¿Qué le has dicho al juez?

—Lo que acordamos, ni más ni menos. Que Yoshi Tachibana mató a la familia Kaneshiro para permitir el desarrollo del proyecto Vivus en Setagaya. Que como arquitecto autónomo con un caos financiero a cuestas, su carrera profesional y el bienestar de su esposa y de su futuro hijo dependían de ello. Que la familia era su único obstáculo. Tras los asesinatos, les dio un aspecto ritual para evitar que las sospechas recayesen sobre él.

Iwata asintió.

—Muy bien. Continúa.

—Lo siguiente que necesitaba era matar a la viuda de Ohba. El señor Ohba había dado su aprobación para el proyecto, hasta que el abogado de los Kaneshiro consiguió invalidar la resolución. Cuando Ohba falleció, el permiso quedó en el limbo en su estudio, y como Yoshi no podía permitirse que hubiera testigos, también se deshizo de ella. Una vez que hubo quitado de en medio a la familia, el permiso del juez Ohba reapareció como por arte de magia y Vivus renovó el contrato con Yoshi.

Iwata se mordisqueó el labio.

—Este castillo de naipes no tardará en caer por su propio peso, Shindo.

—No, no tardará. Sin embargo, mi juez ha preguntado por el vínculo de Akashi con el caso. Creo que le preocupaba cómo había llevado él la investigación antes de que te lo asignasen.

Iwata echó una mirada breve a Shindo.

—¿Qué le has contestado?

—Que Akashi estaba estresado y luchando contra una depresión. Que lo único bueno que tenía en la vida era a Yumi, aunque ella se había divorciado de él. Le he dicho que estoy seguro de que un hombre como Hideo Akashi, que no tenía nada que perder, habría preferido morir que tener que investigar al marido de su ex mujer. Al fin y al cabo, arrestar a Yoshi significaba arruinarle la vida a ella; por no hablar de que están a punto de tener un bebé.

Iwata arrancó el motor.

—Vaya montón de mierda.

—Pues el juez lo ha firmado hoy mismo. Pero si mañana vamos a la cárcel

por ello, ésa ya será otra historia.

Iwata clavó la vista en la puerta de los Tachibana. No se veía ningún movimiento; no había cambios ni nada fuera de lo común. Shindo oteó las ventanas de la planta superior. El asesino del Sol Negro podría estar detrás de cualquiera de ellas. O a un mundo de distancia.

—¿Crees que ha presenciado nuestra farsa?

—Diría que está vigilándonos —contestó Iwata.

—¿Estás seguro de que es buena idea dejar a Yamada ahí dentro?

—Fue idea suya. Su argumento es que parece más natural si seguimos el protocolo habitual, y tiene razón. De otro modo, el asesino podría sospechar.

—De acuerdo. Será mejor que volvamos a la comisaría y nos aseguremos de que Yoshi no se caga encima.

—Yo se lo explico a él, tú encárgate del abogado.

Iwata movió el coche y se dirigieron hacia la comisaría de Shibuya de la Policía Metropolitana de Tokio. Pero antes echó un último vistazo a la puerta de la vivienda.

«Por Dios, que pique el anzuelo.»

Una figura alta y encapuchada vadeaba en cuclillas por la inmundicia de la alcantarilla. Con una mano sostenía una antorcha encendida al frente e iba escudriñando los túneles oscuros sin dejar de hablar solo. Atado al hombro llevaba un saco que se retorció sin parar. De pronto, de su interior salió un chillido aterrorizado.

—Mi Maestro, mi Señor. Señor de lo Nuevo, de la Noche, de la Oscuridad: ¿de qué modo debo actuar para complacerte?

La llama titilaba en la oscuridad. A los pies tenía un río de desechos. Con la mano izquierda sujetaba la hoja de obsidiana y asomaba la lengua de forma intermitente entre los dientes amarillentos y ancestrales de la máscara del chamán. Su pene erecto presionaba los harapos mugrientos que se había puesto.

—Lo siento, lo siento, *ma'taali'teeni'*, *ma'taali'teeni'*. Pronto, pronto, pronto.

El chamán temblaba en previsión de lo que estaba a punto de ocurrir, y también de miedo.

—Ahí estás. Sí, sí, sí.

Acercó la llama a los ladrillos viscosos: la marca de tiza en la pared. Alzó la mirada, vio los travesaños oxidados y empezó a trepar por ellos.

—Porque soy ciego, soy sordo, soy un imbécil, un excremento. Mi vida transcurre entre la inmundicia. Quizá me tomas por otro; quizá, Señor, buscas a otro que no soy yo.

El chamán terminó de subir y se detuvo a coger aire como si estuviera a punto de sumergirse en aguas profundas. Soltó la antorcha, sacó una llave de entre los harapos y la clavó en la tapa de la boca de alcantarilla. En cuestión de segundos tenía vía libre.

—Titlacauan: nosotros somos sus esclavos. Ipalnemani: vivimos por él. Necoc Yaotl es el enemigo de ambos bandos. Tú eres el Señor de la Oscuridad. El Señor de la Noche. Tezcatlipoca, mi Señor, yo te alimentaré. Mi Señor, te alimentaré. Permite que limpie la tierra para tu retorno. Te suplico que no oscurezcas el cielo. Sí, Señor, pagaré por ello.

El chamán salió a la luz del día justo debajo del balcón de los Tachibana.

A doscientos metros de allí, el francotirador número seis informó de inmediato desde el tejado de un edificio de trasteros. Describió la apariencia, el arma y la ubicación del chamán mientras éste aún salía de la alcantarilla. Cuando empezaba a trepar por la bajante, la radio del número seis cobró vida con un crujido.

—¿Seis, me recibes?

—Te recibo.

—Objetivo aprobado. Tienes permiso para disparar.

El francotirador número seis miró la hora como hacía todas las veces.

«La hora de la muerte serán las 14.46 h.»

Abarcó al chamán con la cruz del punto de mira de su fusil M24 y le guiñó el ojo a la muerte. Con pulso de experto, detuvo la cruz en la cabeza. Un segundo después la penetraría una bala de 175 granos y el objetivo moriría. El número seis empezó a apretar el gatillo sabiendo que enseguida oiría el estallido de la bala, pero oyó algo distinto.

Una agitación metálica.

Una convulsión monumental lo derribó y la tierra cobró vida con un bramido.

Todos los canales de radio rugieron de actividad.

—¡Terremoto! ¡Un terremoto!

El número seis trató de levantarse, pero le resultaba imposible: el terremoto no se parecía a nada que hubiera vivido antes. El andamio que tenía encima empezó a soltarse. El francotirador miró al otro lado de la calle.

El objetivo había desaparecido.

No quedaba más que un gran agujero de bala en el hormigón, a un metro de la bajante. Buscó la radio a tientas para dar el parte.

—Intento fallido —dijo casi sin aire—. Repito: intento fallido.

Nadie lo escuchaba. La madera se partía. El metal chirriaba. El suelo se hundía. El andamio se les derrumbaba encima. Levantó la vista y vio el instante en que se soltaba.

«Hora de la muerte.»

Tras los seis minutos más largos que se recordaban, el terremoto de Tōhoku terminó por fin. Iwata salió de debajo de un escritorio. Las luces se habían apagado y los generadores no habían funcionado. Las oficinas de la Policía Metropolitana de Tokio eran un caos de documentos y de muebles volcados.

Iwata, uno de los pocos que no se habían quedado contemplando el espectáculo con la boca abierta, cogió el teléfono más cercano y marcó el número de Yamada. Las líneas estaban colapsadas. Llamó al fijo de los Tachibana, pero obtuvo el mismo resultado.

—¡Joder!

Corrió al despacho de Shindo sorteando sillas volcadas y empujando a todo aquel que encontraba a su paso. Abrió la puerta de una patada.

—¡Shindo! ¡Se ha ido todo a la mierda! El francotirador ha fallado. ¡El asesino está ahí dentro!

Shindo gimió desde debajo de un archivador.

—Creo que tengo el brazo roto.

Iwata soltó un reniego y corrió hacia la escalera de emergencia. Iba directo al aparcamiento.

SOLOS. JUNTOS

Iwata subió la rampa del aparcamiento y salió a la calle derrapando, pero tuvo que apagar el motor de inmediato.

Era como si se hubiera colado en una conexión en directo con una zona en guerra. La carretera había reventado por el centro. El aire estaba denso de polvo blanco y cargaba con el olor de algo que se quemaba lejos. El cielo se hinchaba ennegrecido. De arriba caían pedazos de hormigón del tamaño de frigoríficos familiares. Las sacudidas habían derribado los postes de teléfonos. Las ventanas habían estallado.

Iwata salió del coche y se le hundió un pie en el asfalto licuefacto. Se subió al capó y miró hacia la distancia: todos los semáforos estaban inutilizados, no se movía ni un vehículo. Eran muchos los que, temiendo las réplicas, abandonaban sus medios de transporte con prisa por alejarse de los edificios altos.

El caos había inundado Tokio.

Iwata estaba a diez kilómetros de la casa de los Tachibana. Un día cualquiera de tráfico normal habría tardado quince minutos en llegar hasta allí, pero ahora era imposible conducir. Y dadas sus condiciones, incluso correr habría sido una tarea ardua. Calculó que a pie le costaría unas dos horas. Sacó el móvil e intentó llamar a Yumi, pero la red de telefonía móvil estaba colapsada.

—¡Putra madre...!

Había preferido explicarle la treta en persona a Yoshi Tachibana, sin dudar ni un instante de la capacidad del equipo de francotiradores de proteger a Yumi y a su futuro hijo. Pero no había tenido en cuenta la posibilidad de un acto divino. Ahora el asesino del Sol Negro iba a asesinarlos a todos y él no podía impedirselo.

«No había hombre tan listo como para contrarrestar la mera suerte.»

Iwata se agarró la cabeza y bramó.

Y cuando ya no le quedaba nada, se dejó caer al suelo.

Un hombre vestido con un mono grasiento de trabajo pasó corriendo por su lado. Mientras se dirigía deprisa hacia el negocio que había al otro lado de la calle, Iwata le vio el logo que llevaba bordado en la espalda. Era una cabeza de serpiente sobre una bandera de cuadros, encima de las palabras: MOTOCICLETAS SERPIENTE DE CASCABEL.

Se levantó del suelo y echó a correr tras el hombre, y al llegar a la puerta del taller, lo agarró del hombro y le puso la placa delante de los ojos.

—Necesito una moto.

El hombre parpadeó, e Iwata le dio una fuerte sacudida.

—¡Una moto! ¡Ahora!

—Vendemos repuestos. Hacemos alguna reparación, pero...

Iwata señaló la motocicleta antigua del escaparate. El cartel rezaba: TRIUMPH BONNEVILLE, 1980. ¥ 800.000.

—¿Tiene el depósito lleno?

—Lo suficiente para dar una vuelta, pero...

Iwata ya estaba bajando la motocicleta de la tarima y sacándola a la calle. Accionó el interruptor de seguridad, giró la llave y pulsó el botón de encendido. Hizo girar el acelerador un par de veces para llenar los cilindros de combustible y la moto dio un tirón y enseguida cogió velocidad. En cuestión de segundos, Iwata estaba surcando los escombros del Tokio posteriores al terremoto. La Triumph pesaba tan sólo unos cientos de kilos, pero la potencia que generaba el motor era increíble. Iwata olía la carretera, el humo del tubo de escape y el polvo denso del ambiente. Ningún marco de parabrisas entorpecía las vistas de la ciudad destrozada.

Sorteando el fuego y la destrucción, estaba conectado con todo. Un silencio aturdido reinaba sobre Tokio, como un niño escondiéndose de un padre furioso, y él iba a toda velocidad hacia el asesino del Sol Negro, hacia la misma muerte, sin nada más que una sensación serena de alivio. Quizá fuera la comprensión apocalíptica lo que le despertaba los sentidos. En cuanto apareció el puente del Arcoíris a lo lejos, sintió con claridad que estaba preparado.

Cuando Iwata llegó a Green Gardens, la Triumph ya había empezado a petardear y le quedaba poco combustible. A su alrededor, todo Odaiba estaba en llamas. Una capa espesa y baja de humo negro hacía de tapadera. El metal

crujía. Las personas que estaban en la calle se agachaban con expresión vacía. Las alarmas de los coches aullaban en la distancia.

Se acercó a la puerta principal y desenfundó el arma. Eran las tres y cinco y habían transcurrido aproximadamente veinte minutos desde que el francotirador había errado el tiro. Escudriñó las azoteas. Al otro lado de la calle, el almacén donde se había ubicado el equipo de francotiradores ya no estaba allí, e Iwata necesitó unos instantes para darse cuenta de que se había reducido a escombros, polvo y humo. No se movía nada. Dentro de la casa sólo estaban Yamada y un agente de uniforme.

Iwata llegó a la puerta de la vivienda y se sorprendió al ver que ésta continuaba sin abrir. Cerró los ojos un momento e intentó despejar la cabeza.

—El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme?

Giró el pomo, y éste cedió sin hacer ruido. Entró en la penumbra del recibidor y de inmediato olió el copal. Se le hizo un nudo en el estómago y le fallaron las rodillas.

«Eres un puto cobarde, Iwata. ¡Nunca dejarás atrás tu cobardía!»

—Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá en sus brazos.

Se obligó a subir la escalera.

—Guíame, Señor, por tu camino; dirígeme por la senda de la rectitud, a causa de los que me acechan. No me entregues al capricho de mis adversarios, pues contra mí se levantan falsos testigos que respiran violencia.

Iwata oyó un grito y aceleró el paso. La SIG lo lastraba como si estuviera sosteniendo un yunque.

—Pero de una cosa estoy seguro: he de ver la bondad del Señor en esta tierra de los vivos.

Iwata se secó el sudor de un ojo y forzó la vista para ajustarla a la oscuridad polvorienta. Se apoyó en un escalón, empezó a subir a gatas y, al llegar al último, asomó la cabeza.

Otro grito, visión borrosa.

Pero no hubo impacto.

Abrió los ojos y vio un pavo de gran tamaño caminando por la alfombra. Otros dos habían sido sacrificados y sus ojos negros brillaban como piedras sin valor. Había sangre y plumas negras esparcidas por toda la habitación.

Iwata se levantó temblando y se preguntó si había chillado; escuchó, pero la casa volvía a estar en silencio. A través del copal, percibió el humo de un

disparo.

Siguió el olor y encontró a Yamada tendido en el suelo de la cocina con los ojos cerrados. Del tajo que tenía detrás de la cabeza brotaba sangre. Iwata le palpó todo el cuerpo, pero no encontró más heridas; entonces le puso los dedos debajo de la nariz y notó que respiraba. Aun así, no tuvo tiempo de alegrarse. Al otro lado de la habitación descubrió al agente de uniforme destripado: las entrañas eran serpientes rosáceas que huían del vientre a rastras. Tenía la mirada vacía y cierta expresión de preocupación. A su lado, la puerta del balcón estaba abierta de par en par.

Iwata subió las escaleras con una nube de miedo empañándolo todo y las piernas empapadas de sudor. Todos sus sentidos chirriaban con la pureza del terror humano: su hedor, su medida, su vitalidad. Cada uno de sus músculos temblaba de concentración.

—Pon tu esperanza en el Señor; ten valor, cobra ánimo, ¡pon tu esperanza en el Señor!

Al llegar a la planta de arriba, oyó un siseo. El cuarto de baño estaba vacío, pero la ducha estaba encendida. Un reguero de orina salía de allí por el pasillo en dirección al dormitorio.

Iwata se acercó poco a poco mientras seguía susurrando palabras sin saber el motivo.

—Las luces de la ciudad son muy bonitas... Contigo soy feliz... Por favor, deja que te oiga... Esas palabras de amor...

La puerta del cuarto estaba cerrada. De pie delante de ella, se enjugó las lágrimas de los ojos. El corazón le latía como el batir de alas de un pájaro moribundo.

«No tengamos miedo del oso.»

Iwata estrelló el hombro contra la puerta y, en cuanto ésta se abrió, soltó un alarido de dolor y perdió el equilibrio. Percibió un movimiento a mano izquierda: la máscara de calavera y la hoja negra y reluciente en alto. Disparó dos veces y enseguida se dio cuenta de que las balas habían hecho añicos el espejo que el objetivo tenía enfrente. El chamán ya se abalanzaba sobre él. Era gigantesco e iba desnudo y cubierto de hollín.

El ruido de los huesos con los que se había engalanado resaltaban cada uno de sus movimientos. Tenía el pecho adornado con plumas de pavo y del cuchillo negro goteaba sangre.

Se oyeron tres golpes sordos.

Se desplazaba de un modo terrorífico y antinatural, como si alguien hubiera acelerado un rollo de celuloide para después ralentizarlo.

Iwata disparó tres veces.

Fallo.

Fallo.

Blanco.

El chamán dio un aullido, una sacudida hacia un costado, y perdió el equilibrio. Aterrizó sobre el colchón, rodó y cayó por el otro lado de la cama. Iwata apuntó por encima del colchón y disparó a ciegas.

Silencio. Palpitación. Respiración entrecortada.

Yumi estaba tendida en el suelo con los brazos y las piernas estirados, rodeada de un círculo de velas y plumas. No se movía. Sin apartar la mirada de la cama, Iwata se arrastró hasta la mujer. Tenía la piel desnuda y bañada en sangre, pero no le vio ninguna lesión; sólo un sol negro dibujado en su enorme vientre abultado. Tenía los ojos cerrados y el rostro desprovisto de expresión.

—Yumi, soy yo. ¿Estás bien?

Le tocó el hombro y ella arrugó el gesto. Empezó a sollozar. Iwata vio las pastillas que tenía alrededor.

—Yumi, estás alucinando. No te preocupes. Y no te muevas.

Iwata se levantó con esfuerzo; le escocían los ojos a causa del sudor. Le temblaba una de las manos con violencia y le costaba respirar.

—¡Hideo Akashi! —gritó Iwata con toda la autoridad que logró reunir—. Quedas arrestado por asesinato. La casa está rodeada. Suelta el arma y no saldrás herido.

Una risa grave emergió de detrás de la cama.

—Akashi.

El chamán pronunció el apellido como si repitiera el final de un buen chiste.

Iwata no había llevado la cuenta de los disparos.

«¿Cuántas balas caben en la SIG? ¿Siete? ¿Nueve?»

Entre violentos temblores, Iwata se obligó a mirar por encima del colchón.

—Akashi, sal de ahí.

La hoja de obsidiana surcó el aire en dirección a su cara. Cuando el cuchillo se le estrelló en el plexo solar con el mango por delante, Iwata cayó de espaldas y se quedó sin respiración; soltó el arma. Akashi se levantó con

otro cuchillo en la mano; dio un paso adelante, pero de pronto algo lo detuvo.

Una voz que provenía de abajo.

—¡Iwata! ¿Estás ahí?

—¡Aquí arriba! ¡Está aquí!

Unos pasos retumbaron escalera arriba.

Hideo Akashi rompió el cristal de la ventana con el codo y se lanzó afuera. Iwata se levantó como pudo, recuperó la pistola y corrió hacia allí, pero Akashi, que había salido indemne de la caída, corría con la cabeza gacha, ampliando la distancia entre él y la vivienda con zancadas largas y de gran potencia. Iwata se apartó de la ventana a trompicones.

—Yumi, no te muevas de aquí. Ya estás a salvo.

Abrió la puerta y se encontró con Hatanaka. El joven se apoyó de golpe en la pared e infló las mejillas.

—Joder, Iwata, casi te pego un tiro en la cabeza.

—Yumi está viva —dijo Iwata, y lo apartó para pasar—. ¿Has llamado a la ambulancia?

—Sí, pero puede que tarden. ¿Adónde vas?

—A acabar con esto.

Iwata se subió a la Triumph y alcanzó la máxima velocidad en cuestión de segundos. Sabía adónde se dirigía el asesino del Sol Negro.

Hideo Akashi llegó corriendo al carril peatonal que conducía al puente del Arcoíris. Cien metros más atrás, Iwata saltó de la Triumph y empezó a perseguirlo. Estaban en la pasarela peatonal: un pasillo con una barandilla que llegaba a la altura de la cintura, cincuenta y dos metros por encima de la bahía de Tokio.

Iwata apenas alcanzaba a ver a Akashi a lo lejos: cabeza gacha, vaivén de brazos yendo tan rápido como le permitía el cuerpo. La distancia que ya había recorrido no parecía afectarlo. La pasarela se estrechó —no medía más de dos o tres metros— y de ahí en adelante estaba cerrada con una verja metálica a ambos lados. De vez en cuando pasaba un coche tan cerca que podría haberlo tocado y, cuando eso ocurría, el metal daba sacudidas ensordecedoras. Iwata notó el olor tenue a brisa marina y vio que la ciudad permanecía oculta tras nubes espesas de humo negro. Era como si estuvieran suspendidos en el cielo.

Solos. Juntos.

El humo se disipó, e Iwata entornó los ojos. Ya no veía a Akashi.

—¿Estás ahí?

«Tiene que estar, no hay adónde ir.»

Iwata continuó corriendo, pero oía un sonido extraño que iba haciéndose cada vez más fuerte: un ruido mojado, como un gigante sediento tragando agua con demasiada prisa. El choque del agua tapando un murmullo.

Glu.

Glu.

Glu.

Sintió que desfallecía y se agarró a la barandilla con una mano. Ya no sentía dolor y era consciente de que eso era mala señal. Sólo era capaz de coger aire a bocanadas pequeñas y débiles. Se dio cuenta de que el golpe del pecho había hecho más que dejarlo sin respiración: su consciencia iba y venía, y el arma suponía un peso imposible.

De pronto estaba en un cuarto pequeño que le resultaba conocido aunque no sabía de qué. Ya lo había visto antes.

«¿Quieres que te enseñe una cosa?»

—¿Kei?

«¿Quieres o no?»

Cerró los ojos y vio a su amigo. Kei señalaba hacia abajo.

El remolino les guiñaba el ojo.

Entonces Iwata se dio cuenta de dónde estaba.

«La primera torre del puente.»

La puerta de mantenimiento se abrió de golpe y allí estaba Akashi, el chamán, el asesino del Sol Negro con la máscara de la calavera que sonreía con una mueca. Iwata disparó.

Y erró el tiro.

Clic.

Clic.

Clic.

Akashi dio un paso adelante como para abrazarlo. Le puso una mano en el hombro e Iwata notó un golpe sordo y oyó un sonido como de hierba arrancada.

Antes de ser consciente de los daños, Iwata le estrelló la pistola contra la cara. No tenía nada más.

Cayó al suelo expectorando sangre.

No oía más que el rumor de sus propios párpados.

Pestañeo.

Pestañeo.

Pestañeo.

Sus párpados o explosiones distantes. Un parpadeo o la tabla de cortar de Cleo.

Clac.

Clac.

Clac.

Iwata aspiraba bocanadas de aire de tres en tres.

Luego de dos en dos.

Y al final empezó a respirar despacio.

En lo alto, Hideo Akashi entró en su campo de visión, dando vueltas como el agua en un sumidero. Tenía la cara ennegrecida, pero sus ojos eran de un blanco deslumbrante. Sus movimientos, gráciles, como los de un depredador rodeando a su presa.

Iwata se percató de que estaba moviendo los labios sin darse cuenta.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas. Dame otro beso tierno.»

Akashi se agachó y acercó la oreja a la boca del inspector.

—¿Qué dices?

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

—¿Qué me dices?

«Oigo tus pasos que se acercan. La luz azul de Yokohama.»

Se le llenó la garganta de sangre y se dio cuenta de que estaba riéndose. Akashi le mostró las encías, estiró el brazo y le arrancó el cuchillo del vientre. Iwata no sintió dolor, ninguna sensación. Sólo percibía el sonido del aire que tomaba o expulsaba. Akashi sostenía un cuchillo moderno de caza por encima de la cara de Iwata y de la hoja chorreaba sangre que le salpicaba los labios. Notó el sabor metálico y salado. Sabía el motivo de ese sabor, que la presencia de cobre era para ayudar a transmitir las señales nerviosas. Sabía que tardarían noventa minutos en incinerar su cadáver.

Sin embargo, no sentía nada.

«No tengamos miedo del oso.»

Akashi le apretó la hoja contra la mejilla.

—¿Te hace gracia?

Iwata necesitó mucho esfuerzo para responder.

—Es que estás loco —respondió en voz baja—. Nada más.

Akashi contrajo el gesto con ira.

—Menudo flamante fraudecillo estás hecho, inspector. No eres más que un pasatiempo para la tierra, con todos esos juicios sobre el orden natural de las cosas, castigando a los fuertes y protegiendo a los débiles.

Akashi hacía aspavientos con el cuchillo ensangrentado.

—Eres un hombre indigno que pisotea todo aquello que no comprende. A menos que alimentemos al Creador y cuidemos de él, el destino de este mundo se dirige irremediabilmente hacia la oscuridad. Y tú quieres desafiarlo a Él en pos de los insignificantes.

—Son personas, Akashi. Personas.

Akashi escupió con repugnancia.

—La familia, la anciana, la niña. Todos. Los habían señalado para morir, y yo soy la muerte. Yo soy el alimento.

—Los habías señalado tú. Porque eran testigos potenciales, Akashi. Nada más.

—Infiel...

Akashi se puso de pie sobre la barandilla y sonrió con una reverencia salvaje al horizonte oscuro.

—Mírala, esa cosa que llaman ciudad. Es algo absurdo. Pero ya falta poco. Pronto morirá.

«¿Has oído lo que dice la gente de esta ciudad? Dicen que Tokio es un millón de ciudades en una. ¿Nunca te preguntas si algunas de esas ciudades son buenas y otras malas?»

—Vas a presenciar lo que ocurre cuando los cimientos vivos de este planeta se enfurecen. Sin alimento, este mundo se parte por la mitad y Tezcatlipoca brama exigiendo la sangre de los que están en deuda. Tú no podías evitar que yo lo alimente, Iwata. No eras capaz. Y si tuvieras fuerzas suficientes para mirar en tu interior, percibirías la divinidad de mi trabajo.

—¿Así es como lo llamas? ¿Trabajo?

Iwata cerró los ojos. Sabía que no debía, pero ya daba igual.

—Dentro de muy poco el mundo será testigo de la Nueva Vía. Y tal vez un día lo que yo he hecho reciba el reconocimiento que merece. Todo el mundo conocerá mis sacrificios. Quizá un día Hideo Akashi sea un nombre que signifique «el que allanó el camino».

Akashi estiró el brazo para coger la máscara de chamán, ajustó las correas de cuero y se la colocó sobre la cara. Una mitad estaba partida y se le veía el

ojo izquierdo.

—Pero me he cansado de tus pasitos.

Akashi le levantó la barbilla y dejó al descubierto la nuez temblorosa de su garganta.

—*Hach k'as. Eek.*

Iwata vio a Kei haciendo equilibrios con los brazos en cruz, caminando sobre la tapia como un equilibrista.

«Si ahorro algo de dinero, puede que dentro de uno o dos años vaya a verte.»

Una convulsión tremenda los sacudió.

El metal gimió y el rugido de una réplica lanzó a Akashi contra la puerta de mantenimiento. El puente del Arcoíris era un animal rebelándose contra sus cadenas.

Unos pasos retumbaron cada vez más cerca.

—¡Iwata!

Akashi, que aún no había recobrado el equilibrio, volvió la cabeza al instante, pero cuando vio a Hatanaka ya era demasiado tarde.

El joven lo embistió con fuerza con el hombro y a Akashi le crujió la nariz. Cayó de espaldas contra la barandilla y su peso lo precipitó. Hatanaka estiró el brazo y lo agarró por la pierna, pero a duras penas conseguía mantener los pies en el suelo.

—¡Ayuda, Iwata!

La voz de Hatanaka sonaba muy distante.

No quería continuar oyéndola.

Vio a Kei lanzando la caña una tarde cálida. Vio a la muchacha de las castañas en el jardín solitario. Vio a Hana Kaneshiro sobre la mesa de autopsias con los labios pálidos. Vio a la nieta del policía, con la piel azulada por el resplandor de la pantalla. Vio a Jennifer Fong flotando sobre las olas. Vio a Cleo ordenando fundas de vinilos detrás del mostrador.

Y entonces lo vio.

«El faro.»

«El faro.»

«El faro.»

Vio a Cleo ante la puesta de sol, de pie en el acantilado.

Vio al bebé muerto en las rocas.

«Una cucharadita de miel para mi abejita.»

Aunque estaba sangrando con profusión, Iwata rodó boca abajo y se arrastró hasta los pies de Hatanaka. A través de los barrotes de la barandilla vio a Akashi pendiendo sobre el abismo. Tenía los ojos negros y la mirada ausente mientras le chillaba al cielo.

—*Ma'taali'teeni'!* *Ma'taali'teeni'!*

Hatanaka le dio una patada fuerte en el hombro a Iwata.

—¡No puedo sujetarlo!

Iwata estiró el brazo, le colocó una de las esposas en el tobillo y cerró la otra alrededor de uno de los barrotes. Hatanaka lo soltó y se dejó caer sobre los escalones. Los detectives se miraron jadeantes.

—¡Hostia! —exclamó al ver el tajo que tenía Iwata en el abdomen.

El inspector cerró los ojos mientras Hatanaka daba el parte por teléfono. Primero solicitó asistencia médica —«Agente abatido»— y, tras coger aire, anunció la captura de Hideo Akashi.

Mucho después, Iwata se dio cuenta de que lo metían en una ambulancia. Miró los rascacielos y notó lluvia en la cara. A su alrededor, los tokiotas regresaban a la calle con timidez. Él no sabía qué iba a pasar, pero había hecho su trabajo. Kosuke Iwata era libre de morir.

Muy por encima de la ambulancia, las nubes grises parecían elefantes inquietos.

CUANDO UN CIERVO OYE UN DISPARO

En la página cuatro del periódico *Mainichi Shimbun*, enterrado bajo los escombros del terremoto de Tōhoku, aparecía el siguiente artículo:

CORRUPCIÓN POLICIAL AL DESCUBIERTO
TRAS EL ARRESTO DEL ASESINO DEL SOL NEGRO
por Tetsuya Suda

Menos de una hora después del terrible terremoto del pasado viernes, dos detectives de Homicidios del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio llevaron a cabo el sensacional arresto por asesinato de un antiguo inspector con una extensa experiencia en el cuerpo. Hideo Akashi, de cuarenta y ocho años de edad y de quien se creía que se había suicidado el mes pasado, ha sido acusado de homicidio múltiple, incluyendo el intento de asesinato de una ama de casa de Odaiba en avanzado estado de gestación (véase página 3).

Aunque la policía se merece los elogios recibidos por la captura del perpetrador de los llamados «asesinatos del Sol Negro», actos tan perturbadores como los suyos no deben eclipsar la profundidad y la escala de la corrupción que ha penetrado en la perniciosa fuerza policial de nuestra ciudad.

Tras las acusaciones de falsificación de pruebas, de tortura, de malversación de fondos e incluso colusión y connivencia con grupos de la yakuza, la Agencia Nacional de Policía se ha hecho con el mando del departamento de Homicidios de Shibuya, la Primera División. El agente de mayor rango del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio, el superintendente jefe Uwatoko Fujimura, de setenta y dos años de edad, ha sido acusado de varios delitos. La última vez que se vio a Fujimura en público fue la tarde del pasado viernes, con su esposa, aunque circula el rumor de que podría haberse quitado la vida. Varios inspectores de la Primera División han sido imputados en el caso y en la actualidad hay una serie de agentes sometidos a investigación. A pesar de que aún quedan muchos detalles por concretar, de acuerdo con unos documentos enviados por una fuente anónima, parece ser que podrían haberse inventado casos enteros a fin de aumentar la financiación, que varios agentes habrían aceptado por voluntad propia sobornos de grupos de la yakuza y que los gastos de distintas investigaciones se habrían inflado de forma fraudulenta.

La fiscal Mikine Murata, de reciente nombramiento, quiere interrogar a varios miembros de la Junta de Auditorías de Financiación Policial. Aunque se ha negado a comentar casos abiertos, el lunes por la mañana hizo las siguientes declaraciones: «Gracias a la valerosa actuación de dos agentes de policía, por fin se ha arrojado luz sobre lo que ocurría en la comisaría de Shibuya de la Policía Metropolitana de Tokio. Estos acontecimientos ponen de relieve que las fuerzas policiales de nuestra ciudad necesitan una reforma radical, y el público no tardará en verlo del

mismo modo que yo. La corrupción es inaceptable en cualquier faceta de nuestras vidas y mucho más en el seno de la institución a quien confiamos nuestra protección y de quien esperamos que combata el crimen y, en última instancia, haga cumplir la ley.»

Desde *Mainichi Shimbun* queremos hacernos eco de esa opinión y, por desgracia, unirnos a estas duras críticas al sistema policial. Un sistema que permite que hombres y mujeres con muy poca experiencia de campo acepten puestos de responsabilidad considerable en el cuerpo. Los llamados policías de carrera, que a menudo son escogidos a dedo por miembros de la escala ejecutiva al salir de la universidad de acuerdo con el prestigio y fortuna de sus familias, pueden ir subiendo de escalafón hasta puestos de mucha influencia sin haber llevado a cabo ni un solo arresto ni contar con experiencia en investigaciones. Si estos jóvenes profesionales que son reclutados según el capricho de algunos altos cargos se desarrollan en un ambiente de corrupción donde la ley no tiene relevancia, ¿cómo podemos esperar que las futuras generaciones rompan con esa avaricia?

A primera vista no hay mucho que distinga al escalafón profesional de la policía de la jerarquía que encontramos en las bandas de la yakuza. Al fin y al cabo, se trata tan sólo de ortodoxias distintas. Las pruebas son evidentes e irrefutables: la corrupción no suponía un cáncer para la comisaría de Shibuya de la Policía Metropolitana de Tokio. De hecho, era lo que la mantenía unida.

El nuevo primer ministro ha jurado hacer todo lo necesario para garantizar que Tokio no sólo tenga la fuerza policial urbana más numerosa del mundo, sino también la mejor y la más limpia. El mensaje es bienvenido en *Mainichi Shimbun*, aunque nos mostramos escépticos frente al hecho de que un puñado de convicciones puedan conseguir semejante cambio en la cultura y la actitud institucional. La palabra que la fiscal Murata empleó fue «radical», y nosotros creemos que, sin duda, es un cambio radical lo que hace falta para barrer hasta el último escalón de las fuerzas policiales.

Iwata soltó el periódico en el regazo: la televisión le había llamado la atención. Con un estremecimiento, se incorporó en la cama para verlo. Era un reportaje que no dejaba títere con cabeza sobre la corrupción policial y la incompetencia burocrática. Subió el volumen y cogió una manzana. Las imágenes mostraban el momento en que metían a empujones y en varias furgonetas a Horibe, Tatsuno, Moroto y a otros agentes. Todos trataban en vano de cubrirse la cara ante los fotógrafos. Con la boca llena de fruta, Iwata saludó en dirección al televisor con la mano.

—Que tengáis un día muy productivo.

En la pantalla apareció entonces el fiscal Shiratori, a quien habían relevado del cargo. Un enjambre de reporteros y de cámaras de televisión lo rodeaban mientras él intentaba llegar a su coche. En lugar de ofrecerles lágrimas y una reverencia, el hombre se mostraba indignado.

—Señor Shiratori, ¿tiene algo que comentar?

—Ninguno de los ridículos cargos que se me imputan han sido probados, ni lo serán. Pronto se verá que todo este asunto no es más que una caza de

brujas absurda. Y francamente, en un momento en el que el país se enfrenta al peor desastre natural de la era moderna, me parece un desperdicio de recursos que me preocupa y me indigna. Yo soy un hombre mayor con una larga carrera a mis espaldas y los que más sufrirán serán los agentes de policía jóvenes y valientes que protegen esta ciudad. Agentes que necesitamos ahora más que nunca. Aunque algunos de ellos no sean perfectos, encarcelarlos a todos es como romper una ventana porque has visto una mancha en el cristal.

Iwata rompió a reír a pesar del dolor que le atenazaba el vientre. Su cuerpo le resultaba ajeno, cosido con componentes extraños y de una pieza sólo por mediación de los analgésicos.

Era su quinto día en el Hospital Central de las Fuerzas de Autodefensa Japonesas, aunque a las setenta y dos horas de su ingreso ya se encontraba estable. El camino para recobrar la salud sería largo, aunque, según los médicos, ya estaba más o menos fuera de peligro. No obstante, él se preguntaba si en su caso eso sería verdad alguna vez.

En la pantalla aparecía una delegación improvisada de la Primera División de pie ante la casa solitaria y vacía de los Kaneshiro. Al estar rodeada de la nada, había salido indemne del terremoto. Los agentes hacían una reverencia *saikeirei* inclinándose a setenta grados con la mirada llena de remordimiento y fija en el barro del suelo. Habían dejado flores delante de la puerta. Cambió de canal, pero el resto de la programación estaba dedicada al terremoto y al tsunami. Cada día que pasaba, la cifra de muertos y de desaparecidos crecía.

Iwata apagó el televisor y miró por la ventana. Hacia el oeste se veía el follaje verde del parque de Setagaya. Ese día, la lluvia se ocuparía de mantener a raya a los visitantes, pero los árboles y las flores lo agradecerían. Las nubes, dispersas y ociosas, pasaban de largo. Se fijó en el ramo de flores del alféizar; era de Yumi Tachibana, y los pétalos empezaban a marchitarse.

El teléfono que había junto a la cama sonó.

—¿Kos? Soy Dave. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Las putas respuestas monosilábicas típicas de Kosuke Iwata... Cuéntame cómo te va.

—Los médicos creen que me van a quedar unas buenas cicatrices, pero estoy bien. Más o menos. Siento decepcionarte.

—Bueno, pensaba enviarte un cesto de fruta, pero ¿de dónde narices iba a

sacarla en este país?

—En este país lo habitual es visitar a los amigos que han estado a punto de morir de una puñalada. ¿O es que quieres ahorrarte el billete de tren?

Hubo una pausa divertida y después Schultz cambió de tono.

—Escucha, Kos: todo este asunto... es una puta locura. Quiero decir que todavía no he visto tu nombre en la prensa; es evidente que el terremoto es más... Pero, no sé, si necesitas marcharte un tiempo, a mis padres les encantaría tenerte en casa.

—No los molestes: voy a estar bien. Puede que de momento no gane ningún concurso de popularidad, pero tampoco me han metido una cabeza de caballo en la cama.

—¿Cuándo te dan el alta?

Iwata pasó el dedo por el corazón de una manzana que estaba en la mesilla. Ya había empezado a oxidarse.

—Dentro de un par de días. En cuanto esté recuperado, pienso ir a verte. Me irá bien salir un poco de Tokio.

—Sí, hazlo. Oye, ¿te acuerdas de Emi? ¿Emi Hayashi?

—Sí. Está haciendo la evaluación psicológica de Hideo Akashi.

—A sus alumnos les ha dado por imitar a Hannibal Lecter, el sonido que hacía con la lengua. Emi, siendo como es, se ríe. Bueno, el otro día me preguntó por tu estado. Deberías pasar a saludarla cuando estés por aquí, creo que le gustas. Debe de estar mal de la cabeza.

—Dijo el divorciado gordo.

—*Touché.*

Iwata se preguntó por qué seguían siendo amigos después de tantos años. Quizá no fuera por nada en particular, o simplemente porque ambos aceptaban su amistad como algo establecido al margen de las cicatrices que habían acumulado con cada cambio y con los años. Transcurrido tanto tiempo, tal vez sólo fuese porque confiaban en que el otro no cambiaría.

—Bueno, te dejo. Aguanta.

—Cuídate, Dave.

Iwata colgó y se recostó en la cama.

Llevaba un rato dormitando cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Entró una enfermera sonriente.

—Hoy tiene mejor aspecto, señor Iwata.

—Y a usted le está creciendo la nariz.

La enfermera se rió y le tendió un paquete.

—Acaba de llegar esto para usted. De un tal inspector Yamada, que dice que lo visitará mañana. Parecía tener prisa.

Iwata se rió.

—De repente es un policía de verdad.

La enfermera cerró la puerta, e Iwata inspeccionó el paquete. No tenía marcas ni detalles. Lo abrió y encontró un walkman viejo con un sobre pequeño de color amarillo con su nombre escrito. Dejó el reproductor de audio y los auriculares a un lado y abrió el sobre; le cayeron al regazo un collar fino de oro con una mariposa y una cinta de audio. En la carátula sólo había escrita una dirección.

—Qué raro.

Extrañado, alcanzó los auriculares, metió la cinta en el aparato y pulsó el botón de reproducción.

Iwata: Soy yo, Sakai. Si estás escuchando esto, es posible que yo haya muerto. Querría haberte llamado, pero ninguno de los dos somos muy sentimentales, así que... Mira, quería disculparme por no haberte dicho la verdad. Sobre quién soy. De todos modos, creo que tarde o temprano te habrías dado cuenta. No quería mentir, pero toda mi vida ha sido así. De eso me doy cuenta ahora.

Hubo un silencio largo y siseante.

Viene a por mí. Igual que fue a por mi madre en el funicular. Deberías saberlo, Iwata. Iba a matarla porque quería su corazón, pero ella se le adelantó y por eso él me robó. Me crió. Me cebó a mentiras como si fuesen verduras. Me quiso, al menos algunos días. Otros me daba palizas. Y cuando crecí me violaba. Me pagaba las mejores escuelas, la ropa más cara, y yo era la niñita del mismo diablo. Y durante todo ese tiempo era como si estuviera atrapada en un sueño. Lo odiaba tanto que apenas podía mirarlo... Y sin embargo, aun así, lo quería. Deseaba que estuviera orgulloso de mí. Ni siquiera yo comprendo mi propia versión, creo que he borrado años enteros. He pasado tanto tiempo empapándome de sus mentiras que se han convertido en mías y empañan la realidad.

Aquí le falló la voz.

Y entonces te conocí. Juntos entramos en esa casa y vi el símbolo. El de Akashi. Su puto símbolo: el de los Hijos... Me eché a temblar de tal manera que tuve miedo de que te dieras cuenta. Y en el fondo, en ese momento ya lo

sabía. Que había estado tan hundida en un pozo que no recordaba nada de lo que había sucedido antes. La cara de mi madre. El complejo. La secta. La carretera el día que huimos... Yo necesitaba aclaraciones y le pedí ayuda a un amigo. Claro que yo ya sabía quién era; pero necesitaba que fuese otra persona la que abriese la caja. La de las respuestas que buscaba. Así encajé las piezas y salí del pozo...

Iwata la oyó encender un cigarrillo y expulsar humo.

Por si todavía no has buscado a fondo, verás que en las bases de datos oficiales no hay gran cosa sobre mi madre, Keiko Shimizu. Es porque los datos estaban protegidos, Iwata. Iba a ser testigo del Estado. Estaban formulando los cargos y los Hijos del Sol Negro no querían que eso ocurriera. Así que en un momento dado, ella huyó. Y ahora, igual que ella, yo también huyo. Porque viene a por mí del mismo modo que Takashi Anzai lo envió a por mi madre. Akashi viene a por mí y no se detendrá hasta que me encuentre. Ahora soy consciente de que me crió como a un cerdo para la matanza. Me animó a entrar en la policía y después me utilizó durante años: «Escóndeme esto. Di que a tal hora estábamos bebiendo en este bar. Haz la vista gorda, Noriko.» Y yo lo hacía. Lo hice todo por él... Y mientras tanto mi carrera profesional iba progresando. Menuda mentira. Qué desperdicio de vida.

Hubo otro silencio largo, hasta que Sakai apagó el cigarrillo.

Iwata, no sé si está solo o si todavía forma parte de los Hijos. Pero debes saber que ese hombre no parará hasta estar muerto. Si te cruzas en su camino, no intentes arrestarlo. Mátalo. Créeme: es lo único que puedes hacer.

Sakai exhaló. Una mariposa al viento.

Oye, Iwata, si consigues alejarte de todo esto, hazme un favor: dedícate a otra cosa. Tú vales más que esto. Sal de la Metropolitana. ¿Te acuerdas de que dije que no tenías nada que ofrecer? Fue una gilipollez: eres un buen hombre. No eres tan feo y tampoco hablas demasiado. Conoce a alguien. A alguien que merezca la pena. Ten un crío... Y recuerda algo más, Iwata. Por mí. Algo que yo no he podido poner en práctica. ¿Sabes todo ese rollo de «a tomar por culo el mundo»? No sirve para nada. Sobre todo en tu caso.

Se le escapó una risa suave y después se sorbió la nariz.

Bueno, ya vale. Ya he acabado. En la cinta está la dirección de mi abuelo. Ahí es adonde hay que enviar mis cenizas. Tiene gracia, pero no estoy

asustada. Al menos de momento. Ay, sí; una cosa más, Iwata. Después de esto, no pienses más en mí, ¿de acuerdo? No quiero lirios ni mierdas de ésas. Cuídate, amigo mío. No te metas en líos.

Iwata miró por la ventana y lloró. Cuando acabó, se secó las mejillas con el puño y besó la mariposa de Sakai. Por primera vez desde no sabía cuándo, cerró los ojos con la mente en calma.

Había pasado el tiempo. Estaba oscuro. Delante de la ventana había una silueta de pie, y por el cristal serpenteaban fríos regueros plateados.

—¿Quién es?

Iwata tenía la voz débil.

Shindo salió de la oscuridad y se sentó en la silla del rincón.

—Tienes cara de estar terminal, hijo.

—Estoy bien, gracias por el interés. ¿Qué tal?

—Cansado. La división está a medio gas, como podrás imaginarte... Esta mañana he hablado con el ministro de Justicia.

—¿Con el puto Satsuki Eda?

Shindo sonrió.

—A pesar de todo, está muy contento. Ha cancelado los recortes presupuestarios. Al parecer ya no somos un problema.

—¿Y qué somos?

—Una plataforma. —Se rió.

—Haces bien tu trabajo, Shindo. Si saben lo que les conviene, serás el jefe de la Primera División.

Shindo miró por la ventana y las gotas del cristal le sombrearon la cara. Parecían más grandes de lo que lo eran en la realidad.

—¿Te has enterado de que han encontrado la cueva de las maravillas de Akashi? Resulta que estaba viviendo en un contenedor marítimo, en el puerto de Shibaura.

—Imagino que habrá cosas interesantes.

—Pues para empezar, había robado pruebas materiales. Pero también tenía porquería incriminatoria. A montones. Gente de la yakuza, Fujimura, Moroto y los demás. La mujer nueva, Murata, está encantada.

Iwata asintió.

—He visto las noticias. ¿Qué hay de Akashi?

—Bueno, el juez dirá que está demente. De eso no me cabe duda. Pero el cabrón era muy meticuloso. Yamada ha estado investigando y es obvio que

Akashi llevaba años planeándolo todo. Extorsionaba a cualquiera que tuviese bolsillos para financiar su pequeña cruzada. Al parecer tenía a todo tipo de personas trabajando para él: desde lo más alto hasta lo más bajo. Incluso en Hong Kong. Y también había usurpado identidades, claro.

—Ikuo Uno —dijo Iwata.

—Y otro: Idane. Podría ser la «I» del calendario de Kaneshiro. La gracia es que la mayoría de estas identidades concuerdan con desaparecidos.

Iwata estuvo a punto de echarse a reír.

—Qué hijo de puta...

—Creó una situación en la que no podía perder: matar a Mina Fong no servía sólo para distraer a todo el país, sino que también le daba la oportunidad a Fujimura de desviar fondos. Así Akashi siempre lo tenía en el bolsillo.

—A Fujimura y al resto.

A Shindo le cambió la expresión.

—Iwata, por si acaso se te ha pasado por la cabeza, yo no...

—No se me ha pasado por la cabeza.

Se quedaron callados un buen rato; no estaban acostumbrados a hablar de cosas que no fueran asesinatos.

La lluvia golpeaba con suavidad el cristal de la ventana.

—Todo este tiempo... —empezó Shindo—. Eso es lo que me fastidia: en todo este tiempo no me había dado cuenta de nada.

Ambos contemplaron la lluvia como si pudiera lavar la mugre del mundo.

Shindo apartó la mirada y la fijó en el suelo.

—Sakai. ¿Quién era?

Iwata se encogió de hombros.

—Alguien que huía del pasado.

—¿Ella lo sabía?

—¿Ves esa cinta que hay en la mesa? Escúchala. Ahí está todo lo que necesitas saber.

El hombre exhaló un suspiro, tembloroso.

—¿Crees que sabía lo que le esperaba?

—Creo que estaba preparada. Al final, se defendió.

Shindo negó con la cabeza.

—La conocía desde que ella tenía veintidós años. Nunca se abría a nadie. Me refiero a la verdadera Sakai. —Se sonrojó—. Una vez le pregunté si, ya

sabes, si ella y yo... Pero me dijo que amaba a otra persona. Cuando pienso en cómo lo miraba a él, en la admiración de sus ojos, no sé... Y él no le hacía ni caso, Iwata. Ni siquiera la miraba. Joder, hace años que conozco a Akashi y...

—Se ha terminado, Shindo. No te obsesiones con fantasmas. Eso es lo único que puedo decirte.

Se quedaron en silencio en la oscuridad cálida de la habitación de hospital, pensando en las cosas hechas y en las perdidas. Iwata sentía algo más que agotamiento.

Shindo se fijó la acuarela de un bosque que colgaba en la pared y señaló el ciervo que había en primer plano con la cabeza erguida, contemplando el horizonte con aire noble.

—Cuando era pequeño, mi padre me llevó a cazar ciervos. Nos escondimos en un bosque durante horas y horas, hasta que al final apareció uno. Mi padre le disparó, pero el animal salió corriendo como si la bala le hubiera pasado volando por el lado. Me eché a llorar y le grité «¡Has fallado! ¡Has fallado!», pero mi padre negó con la cabeza y señaló las manchas de sangre en la tierra. Seguimos el rastro de sangre durante no sé cuánto tiempo, atravesando un campo tras otro. Hasta ese día no tenía ni idea de cuánto podía sangrar un animal. Al final lo encontramos muerto, y mi padre me explicó: «Cuando un ciervo oye un disparo, sale como un rayo. El último mensaje del cerebro es: “corre”. Y el cuerpo obedece aunque ya esté muerto.»

Shindo se miró un momento las manos amarillentas de dedos nudosos.

—De vez en cuando aún me acuerdo del ciervo. Siempre acabo pensando que a lo mejor nosotros no seamos tan distintos. Las personas. Atravesamos corriendo campo tras campo a pesar de estar muertos. Nos es imposible cambiar.

Shindo se levantó avergonzado por sus cavilaciones.

—Bueno... —dijo, y se rió—, será mejor que te deje descansar, chico.

Abrió la puerta, pero Iwata lo llamó.

—Oye, Shindo, ¿me haces un favor? El chaval de Setagaya, Hatanaka: le debo una. Pide que sea ayudante de inspector a tiempo completo. Hazlo por mí. Se esforzará mucho.

—De acuerdo.

—Otra cosa: sé que Yamada está sustituyéndome. Quiero que se quede con el puesto de forma permanente. Los dos deben estar en la Primera División.

—Hecho, pero ¿y tú? ¿Cuándo vuelves?

—No vuelvo. Renuncio.

Shindo infló las mejillas y se rascó la cabeza.

—¿Adónde piensas ir?

—Todavía no lo sé.

—No es asunto mío, pero lo es. Lo entiendes, ¿verdad?

Iwata se rió e hizo una mueca.

El hombre salió al pasillo y se detuvo para decir algo por encima del hombro.

—¿Quieres que te cuente algo gracioso? El día antes de que empezases, Fujimura vino a mi despacho y me dijo que íbamos a contratar a un mindundi para sustituir a Akashi. Uno que tiene unos pocos años de experiencia en un lugar perdido. Me quejé, claro. Había diez hombres mejores compitiendo por el puesto, pero Fujimura me decía que quería a un paleta al que pagar poco por no pensar. Ahora que él ya no está, las cosas van a cambiar. Incluyéndome a mí.

—Tenía razón en una cosa —contestó Iwata con voz ronca—: el salario da asco.

Shindo se rió.

Después se le borró la sonrisa. Era la hora de la despedida.

—Chico, no voy a darte las gracias por hacer tu trabajo.

—Confiaste en mí, y eso vale más.

Shindo dio unas palmaditas en el marco de la puerta y se marchó.

En el ascensor, se preguntó si deberían haberse estrechado la mano.

LA NUEVA VÍA

La Corte Suprema de Justicia de Tokio era un cuadro de Dalí en piedra blanca. Sus extrañas siluetas arrojaban sombras largas aquella hermosa mañana de primavera. En el Tribunal número uno, Kosuke Iwata se sentó ante tres jueces: Uno, Dos y Tres. Sus togas de color negro azulado y el pañuelo del cuello de un blanco perfecto. A su espalda, unos cuadros enormes representaban escenas de la historia antigua y a los dioses. Encima de los jueces había una inscripción dorada con el emblema imperial del crisantemo: «En nombre del emperador.»

En las filas de asientos que había detrás de Iwata se habían sentado varios cargos de la Agencia Nacional de Policía, del Departamento de Policía Metropolitana de Tokio y de la judicatura tokiota, todos con expresión preocupada y el móvil preparado: estrategia en evolución y posturas oficiales todavía por adoptar.

Los tres jueces eran de edades y sexos distintos, aunque todos tenían la misma expresión y la misma expectación en la mirada, como si los hubieran tallado del mismo panel de madera de haya.

Iwata carraspeó y se acercó al micrófono.

—Correcto, señoría. Era un caso como el de la navaja de Occam.

—¿Sería tan amable de aclarar eso, inspector Iwata?

—Es sencillo: desde el inicio, la figura de Hideo Akashi era sospechosa. Estaba al mando de todos los casos que tuvieron alguna relevancia en éste: el acosador de Mina Fong, Ikuo Uno, los asesinatos de Takara Matsuu y el consiguiente caso de persona desaparecida. Pero no encajaba. Hasta la farsa del ascensor...

La juez número tres levantó la mano.

—Se refiere a la grabación de circuito cerrado del edificio donde vivía Mina Fong.

—Correcto, señoría. Me di cuenta de que Akashi había sido la última persona en verla con vida. Pero él había fallecido antes de que el asesinato de Mina Fong tuviera lugar, así que ¿cómo podía estar relacionado con su muerte? La respuesta era que, sencillamente, Akashi no estaba muerto. Akashi mató a Mina la primera vez que fue a su apartamento. El teatrillo del ascensor confundía los tiempos y le proporcionaba una coartada irrefutable, aunque de todas maneras jamás habrían sospechado de él. También significaba que podía esconderse a plena luz del día: al fin y al cabo, ¿quién iba a regresar de incógnito al escenario de un crimen después de haber asesinado a la víctima? En cualquier caso, ¿quién podía sospechar del gran Hideo Akashi?

Los tres jueces se lanzaron miradas furtivas. Detrás de Iwata, la sala prorrumpió en murmullos.

El juez número dos, el más mayor de los tres, carraspeó.

—¿Fue en ese momento cuando centró la investigación en el inspector Akashi?

—Correcto, señoría. Más tarde averiguamos que le habían pedido a un hombre llamado Ryoza Suzuki, un sintecho de Tokio y ex compañero del inspector Akashi, que identificara el cadáver. Un cadáver sin rostro que tenía el tamaño adecuado para ser Akashi, pero al que le habían afeitado la cabeza hacía poco y tenía un par de dedos rotos para poder ponerle el anillo del inspector. Creo que el cadáver era el de Takara Matsuu, un asesino de niños que nadie iba a echar de menos.

El juez número uno tosió y se quitó las gafas.

—Inspector, parece que a lo largo de toda esta... situación usted no expresó sus inquietudes a sus superiores ni solicitó ninguna clase de ayuda. ¿Admite que tal vez ése no fuera el modo más sensato de proceder?

—Señoría, si me lo permite, ésa era la única forma de proceder. Sabía que el asesino estaba compinchado con alguien de la Policía Metropolitana. Su trabajo era demasiado perfecto, siempre iba un paso por delante. Y no me sorprende, teniendo en cuenta la porquería que Akashi sabía de los demás.

El número dos levantó la mano.

—Inspector, está refiriéndose al objeto de investigaciones que continúan abiertas, así que le pido que evite el tono informal.

Iwata esbozó una fina sonrisa.

—Discúlpeme, señoría. Lo que quería decir es que, dados los niveles de

corrupción o supuesta corrupción de la Primera División, yo carecía de una opción segura a la que recurrir. Al mantener todo eso en secreto también me aseguraba de que mi... improvisación con Yoshi Tachibana funcionase.

Uno chasqueó la lengua.

—Es interesante que lo exprese así, inspector. Ahora que ha pasado el tiempo, ¿se da cuenta del daño que podría haber causado con su artimaña? No sólo el perjuicio económico para la Policía Metropolitana, sino también para la confianza del público en la institución. Si le soy sincero, no veo de qué modo la «improvisación», tal como usted la llama alegremente, no se ha incluido todavía en la investigación de la fiscal Murata.

Iwata hizo una reverencia.

—Discúlpeme, señoría. Acepto toda la responsabilidad de mis actos. A ese fin, la semana pasada presenté al superintendente Shindo mi renuncia al puesto.

Los jueces se miraron.

—Eso no aparece en el sumario.

Shindo evitó el contacto visual desde las hileras de asientos.

—Creo que el superintendente esperaba que me quedase. No obstante, mi decisión es firme.

La juez número tres asintió.

—De acuerdo, inspector. Prosigamos. ¿Cuándo estuvo seguro de que Akashi era el culpable?

—La confirmación me la dio la grabación de circuito cerrado del puente del Arcoíris. Akashi y Matsuu estuvieron allí dos días antes del supuesto suicidio del inspector. Creo que en ese momento mató a Matsuu, le afeitó la cabeza y le provocó las graves lesiones faciales, post mórtem. Eso significaba que Akashi contaba con un periodo de dos días para llevar a cabo su plan. Cuando estuvo listo, se cambió la ropa con el cadáver, se lo ató al cuerpo y saltó.

Uno intercedió.

—Inspector, entendemos que Hideo Akashi tuviera las facultades mentales alteradas, pero también se trata de un hombre que, según usted y según las pruebas de las que disponemos, es capaz de una planificación muy meticulosa. Un hombre capaz de eludir a las autoridades durante largos periodos de tiempo, ya sea con ayuda de alguien del departamento o sin ella. ¿Cómo explica usted esa contradicción? ¿Es un estratega meticuloso y, no

obstante, también un individuo tan trastornado como para arriesgar su vida saltando desde más de cien metros de altura?

Iwata buscó entre la documentación que tenía delante.

—¿Me permite que le lea un fragmento del informe psiquiátrico de la doctora Hayashi, señorita?

Uno asintió.

—«El sujeto presenta señales claras de trastorno de identidad disociativo, cuya principal identidad es el chamán. Es probable que la adoptase de forma permanente después de saltar del puente, dejando así de ser Hideo Akashi. El sujeto se ve como la encarnación de la destrucción del “viejo mundo”, y entiende que su razón de ser es allanar el camino para “una nueva realidad”. Sin embargo, el sujeto se niega a comentar al detalle su visión del nuevo mundo y, cuando se lo presiona, se cierra en banda. Se reconoce como devoto y representante criminal de la secta conocida como los Hijos del Sol Negro. Se ve como un monje guerrero, un ferviente apóstol asesino preparado para cometer cualquier acto en pos de la palabra de su gurú: Takashi Anzai. El sujeto admite mantener una relación muy cercana con dicho hombre, una dinámica paternofilial y de líder y seguidor. Aunque el sujeto a menudo hace una mezcla perfecta de realidad y fantasía, debo recomendar con encarecimiento que se investigue la posible resurrección de dicha secta criminal. En mi opinión, la creencia del Akashi en la Nueva Vía debería considerarse plausible. Si creemos lo que él dice, el Sol Negro ha de despuntar.

»Utilizado como firma en cada uno de sus escenarios del crimen, la trascendencia del sol negro se manifiesta en el fin de lo viejo y el albor de lo nuevo. A pesar del cuadro psicológico del sujeto y por muy sofisticado que éste sea, no cabe duda de que Hideo Akashi es un individuo metódico y muy peligroso. Tras muchas horas de entrevistas, soy de la opinión de que no deberíamos dudar en absoluto de que el sujeto asesinará de nuevo si es liberado. Estoy convencida de que, una vez que haya completado su cruzada, su cuadro psicológico cuenta con la flexibilidad suficiente para permitirle trasladar sus intereses y su fervor a otra creencia. A mi modo de ver, Hideo Akashi es uno de los criminales más peligrosos y complejos de la historia de Japón. Mi recomendación profesional es que permanezca encarcelado en un hospital psiquiátrico penitenciario de máxima seguridad de manera indefinida.»

Iwata dejó las hojas y continuó.

—Respondiendo a su pregunta original, señoría, hay claros antecedentes de personas que han sobrevivido a caídas desde grandes alturas sin protección. Personalmente, creo que Akashi era del todo consciente de que arriesgaba la vida. Pero también sabía que haciendo eso, tendría libertad absoluta para llevar a cabo su plan. Si hacemos caso del análisis de la doctora Hayashi, es posible que él lo considerase como alguna clase de prueba. Un bautismo de fuego, quizá. Es posible que para Akashi salir a nado de la bahía fuese la confirmación de que su obra era divina.

Uno deslizó un dedo por encima de un documento.

—¿Y qué me dice de la ayudante de inspector Sakai? O Midori Anzai, si prefieren usar su nombre real.

Iwata cerró los ojos e imaginó a Sakai de pequeña, aterrorizada, sujetando la mano de su madre con fuerza al subir al funicular. Imaginó a Keiko blandiendo el cuchillo ante los demás pasajeros sin apartar la mirada de Akashi: «Aléjate de mí.» Y después a Akashi saliendo de la cabina con la niña.

«Ahora yo cuidaré de ti.»

Iwata suspiró.

—La ayudante de inspector Sakai era una investigadora de gran talento y dedicación. Sin ella, Akashi continuaría en libertad y es posible que la cantidad de víctimas fuese mucho mayor. Siento un agradecimiento muy profundo hacia el superintendente Shindo porque ha solicitado que la asciendan al rango de inspectora y le rindan los más altos honores póstumos.

El juez dos resopló y miró a Shindo.

Shindo le devolvió la mirada con el pecho henchido.

—La Corte Suprema no tiene competencia en materias subjetivas como la gratificación.

—Era una pregunta abierta, señoría.

—De acuerdo, deje que lo exprese con mayor claridad: ¿cree que Noriko Sakai es inocente de cualquier tipo de vínculo con el escándalo Fujimura?

Iwata le clavó la mirada y guardó silencio durante tanto tiempo que la sala empezó a incomodarse.

—Señoría, si entendemos inocente como «libre de daño moral», estoy del todo convencido de que Noriko Sakai es inocente. En mi modesta experiencia en el cuerpo de la policía, no he servido con nadie más honorable que ella.

La juez número tres alzó la mano. Ya había oído suficiente. Revolvió los papeles y comprobó la hora en el reloj de la pared antes de lanzar una mirada al número dos. Dos negó con la cabeza. Uno negó con la cabeza.

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien, inspector Iwata, puede usted retirarse.

Con las manos en los bolsillos, Iwata recorrió el pasillo; sus pisadas resonaban en el suelo de esteatita. Pasó por delante de esculturas de mármol de jueces y fiscales de otras épocas mientras imaginaba a Sakai bebiendo chocolate caliente antes de echar un vistazo a la documentación del caso.

«Estamos buscando a un gigante.»

La vio informando por teléfono: «Sospechoso detenido, caso cerrado.» Evocó la sonrisa eléctrica con que ella habría celebrado el logro, su sonrisa verdadera, la que mantenía oculta y que, una vez vista, nadie olvidaba.

Iwata suspiró y cerró los ojos a la luz cálida del sol. Entonces oyó pasos, unos tacones. Se volvió y vio a una mujer alta de mediana edad y traje color malva que se dirigía hacia él. Llevaba pendientes de oro y una sonrisa amplia.

—¡Iwata!

Cuando lo alcanzó, se hicieron una reverencia mutua, la de Iwata más inclinada que la de ella.

—¿Sabe quién soy? —preguntó ella.

—Nuestra nueva fiscal general.

—No me merezco el puesto. Lo acompaño afuera, inspector.

—Tarde o temprano la gente tendrá que dejar de llamarme así.

Murata se rió con calidez. No se había molestado en esconder las patas de gallo con maquillaje y llevaba el pelo recogido en una cola sencilla. Resultaba al mismo tiempo muy agradable y aterradora.

—Iwata, el trabajo que ha hecho en este caso es muy importante. Quería darle las gracias por su valentía y su determinación. Gracias a usted, Tokio es una ciudad mejor.

—Señora...

Murata lo hizo callar poniéndole la mano en el hombro.

—No, no acepto su humildad. No en un día como hoy. Quiero que sepa que cuenta con mi gratitud.

—Gracias.

Ella sonrió y continuaron caminando por el pasillo.

—Tengo entendido que Shindo ha aceptado su renuncia al puesto.

—Así es.

—Y también que es usted un hombre intratable.

—Eso es lo que dicen algunos.

Habían llegado a la salida y Murata le dio su tarjeta.

—Bueno, Iwata, ya sabe que yo quiero gente buena en la ciudad. Usted podría serle útil a Tokio.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Tokio se las arreglará. —Iwata bajó unos escalones—. Al final siempre lo consigue.

—Buena suerte, inspector.

—A usted también.

Fuera lo esperaba Yoji Yamada vestido con una camisa de lino de un color vivo y gafas de sol, apoyado en el Isuzu negro. Dobló el periódico, pero el titular quedó a la vista: **CONNIVENCIA, CORRUPCIÓN Y POLICÍAS ASESINOS**, escrito en negrita y mayúsculas.

—Veo que no te han esposado, y hoy en día eso es raro siendo un policía de Tokio.

—Yo seré el que se marcha, pero tú tienes pinta de irte de crucero.

La sonrisa de Yamada se esfumó.

—Oye, Iwata, he estado indagando. ¿Has oído hablar de Theta?

—Siempre salen en los artículos de opinión. «¿Secta o nueva religión?» y cosas así.

—Más bien lo primero. ¿Te acuerdas de Akira Anzai?

—Sí, el hijo mayor de Takashi Anzai.

—Correcto. Pues he consultado la base de datos del Registro Mercantil y es oficial: es el nuevo líder de Theta. De cara a la galería es una organización pacífica, todo muy kumbayá. Incluso han creado un fondo para las víctimas del terremoto. Pero estoy preocupado, Iwata. Si miras sus declaraciones de renta verás que están creciendo. Y tú has visto la misma foto que vi yo en el complejo.

—¿Y qué?

—Pues que deberíamos empezar a vigilarlos. Necesitamos una orden judicial, pero creo que podemos conseguirla. Has dicho que Akashi había mencionado de forma específica una «nueva vía», y los Hijos del Sol Negro creían en eso, en un nuevo amanecer, una nueva forma de vida. ¿Qué pasa si todo esto está relacionado?

Iwata subió al coche y bajó la ventanilla.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto, Yamada?

—¿Qué pasa si Akashi era más que un loco, si no era sólo un lobo solitario? ¿Qué pasa si es cierto que estaba allanando el camino para lo que quiera que sea Theta bajo esa imagen que quieren dar? ¿Y si Akashi fingía estar más loco de lo que estaba?

—Créeme: estaba como una cabra.

—Mira, eso yo también lo sé, pero dime una cosa: ¿no te da la sensación de que con estos asesinatos estaba rematando flecos? ¿No crees que está separando el pasado del futuro? ¿Qué pasa si Akashi quería formar parte de este nuevo mundo y estaba eliminando a todos los que conocían su pasado? ¿Y si...?

Iwata le dio la tarjeta de Murata.

—Yo me largo, Yoji. —Le dio una palmadita en el brazo—. Ahora Tokio te tiene a ti.

LA LUZ AZUL DE YOKOHAMA

Poco después del amanecer, Iwata se puso a empaquetar sus cosas. Tardó menos de quince minutos en meter todas sus pertenencias en el coche. Cerró el maletero y miró la ventana de su apartamento por última vez. Motoyoyogicho no había llegado a ser como un hogar para él, así que al arrancar el motor sintió lo mismo que si se alejase de cualquier hotel de negocios: nada.

Condujo hacia Shibuya por calles tranquilas pero vacilantes. Tokio estaba reconstruyéndose, como siempre hacía. A través del techo solar absorbió las noticias de la pantalla led gigante que había sobre unos grandes almacenes.

Una joven actriz famosa había anunciado su compromiso con el miembro de una banda emergente de pop. Un conocido humorista se había disculpado por las irregularidades en el pago de impuestos. Japón tenía un nuevo número uno en las listas de éxitos. La emisión terminó con el eslogan de una compañía de seguros:

ASÍ DEBERÍA SER JAPÓN

En la entrada sur de la estación de Shibuya se habían congregado los primeros vendedores ambulantes, fumando y tomando café juntos entre risas.

Iwata continuó hasta Meguro escuchando la radio.

Seis meses después de la instalación de iluminación led de color azul de diseño exclusivo en los andenes de docenas de las estaciones de la línea Yamanote, la clase política y los ejecutivos de la empresa de ferrocarriles han anunciado el éxito del proyecto a pesar de que 2011 va camino de sobrepasar con creces los treinta mil suicidios. Estas cifras no sorprenden al señor Hiroshi Namba, director de un grupo benéfico dedicado a la prevención de suicidios.

Se oyó una voz masculina y suave:

La situación es muy seria. Espero que las luces estén sirviendo de algo, pero es como poner una tirita en una herida de bala: los suicidios en las líneas de ferrocarriles suponen entre el cuatro y el seis por ciento del total anual. Aunque agradecemos todas las medidas positivas, lo que de verdad necesitamos es un apoyo constante y continuado. En la calle, en las casas y en el trabajo. Hay gente que a menudo se ve con problemas de diversa índole. El desempleo genera deudas, la deuda produce depresión y la depresión lleva a consolidar comportamientos suicidas. No hay solución fácil, pero es evidente que la sociedad en su totalidad precisa mucho más apoyo, no sólo luces azules.

El programa cortó al locutor.

Hace ya cuatro años que el Gobierno publicó un libro blanco de la prevención de suicidios y dispuso doce mil cuatrocientos millones de yenes en programas preventivos. Se espera obtener resultados positivos en 2017, pero cuando ya ha transcurrido la mitad del tiempo para alcanzar la fecha límite, Japón parece estar aún muy lejos de su objetivo. En cuanto a las luces azules, parece que de momento seguirán en servicio. Sumiko Shimosaka, informando desde...

Iwata apagó la radio.

Aparcado fuera del almacén de Matsumoto, fue llenando el coche de cajas. Al acabar, regresó al local diminuto de comida rápida y pidió un plato de gyozas de gamba y verduras.

—Ha vuelto. —El anciano sonrió—. Un hombre que cumple su palabra.

Mientras masticaba, Iwata contempló el discurrir de la vida por la calle principal. Era imposible adivinar que apenas unos meses antes Tokio había recibido una auténtica paliza. Al final de la calle, una hilera frágil de cerezos empezaba a florecer con timidez.

Justo antes de la hora de comer, Iwata pagó las facturas atrasadas de Cleo en el Instituto Nakamura y abonó por adelantado las del resto del año. Entonces preguntó si podía hacer una donación. Sorprendida, la enfermera accedió. Cuando Iwata la llevó hasta el montón de cajas de cartón que había apiladas junto al coche, se volvió hacia él.

—Creo que no lo entiendo.

—Mi esposa tenía una tienda de discos en California. Quiero donar toda esta música al instituto; me gustaría que ella pudiera escuchar sus discos de vez en cuando.

La enfermera sonrió vacilante.

—Claro que sí.

Iwata rellenó el formulario y tomó prestada una de las mejores sillas de ruedas. Encontró a Cleo en el jardín, en el mismo lugar de siempre, y la sentó con mucho cuidado para no lastimar sus débiles músculos. Conseguir acomodarla en el coche fue una tarea difícil, pero Iwata lo logró echando el asiento hacia atrás y sujetándole la cabeza con una almohada doblada.

El trayecto hasta Chōshi fue largo y lento, pues tuvieron que parar varias veces para que Cleo vomitase. Llegaron poco antes del atardecer. Aunque los desperfectos del terremoto eran evidentes, mientras atravesaban la ciudad Iwata pensó en lo poco que había cambiado desde que ellos habían vivido allí. Continuaba siendo una ciudad simple y pequeña construida gracias a la producción de soja y a la pesca. Conduciendo a lo largo del río Tone, reflexionó sobre el pasado. Como se había formado en el extranjero, en aquel momento sólo en Chōshi habían estado dispuestos a darle trabajo de policía. Cleo se mudó allí unos meses después. Al principio hacía bromas sobre el lugar, del que no esperaba que fuese más que un telón de fondo para su nueva vida. Pero entonces vio la costa. Miró el faro y sonrió.

«Estamos en casa.»

Ahora Cleo tenía los ojos cerrados. Con esa luz, tal vez los había cerrado un momento, cansada después de un viaje largo. Y entonces Iwata cayó en que a pesar de que el recuerdo de su sonrisa se mantenía vivo, no lograba recuperar el sonido de su voz. Se acordaba de su timbre, de su color, del deje a medio camino entre el entusiasmo y la picardía. Pero llevaba mucho tiempo sin oírla, sin ni una sola palabra suya. Era inevitable ir perdiéndola con el tiempo. Quizá fuese la única manera.

El faro de Inubōsaki apareció a lo lejos atravesando la franja naranja del atardecer.

Iwata detuvo el coche a la sombra de la torre y se volvió hacia Cleo. La ausencia de movimiento la despertó. Él desplegó la silla, sacó a su mujer del vehículo y la sentó, y cuando maniobró para ponerla de cara al faro, ella empezó a removerse en el asiento y a gemir muy alto. Iwata no hizo caso y la llevó hasta un banco cercano. El océano suspiró.

Estaban rodeados de una luz perfecta que existía tan sólo por la mañana temprano o cuando se ponía el sol. Cuando más dorada y ansiosa estaba y estiraba las sombras al máximo; cuando era tan bella que parecía imposible

que fuese a regresar.

Iwata le besó la mejilla, y Cleo parpadeó. Antes tenía su propio aroma, pero ahora olía a limón de toallita húmeda. Se acercó a ella de frente, pero no percibió ninguna expresión. Añoraba su cara de concentración. Aunque sólo estuviera leyendo el periódico, Cleo tenía un aspecto majestuoso. Cuando se ponía rímel, formaba una o con los labios. Cómo le gustaría besárselos.

—Bueno —dijo Iwata—. Ya está bien.

Se acercó al borde del acantilado y lanzó las flores. Contó hasta tres y se obligó a mirar las rocas del fondo.

Y por fin las vio.

No eran más que rocas.

Regresó junto a su esposa, se arrodilló delante de ella y le tomó las manos.

—Cleo, necesito hablar contigo. Tengo un sueño sobre una caída. Caéis tú y la niña. Y no puedo seguir soñando eso. No puedo.

Inclinó la cabeza.

—Todavía te quiero mucho. Todavía quiero mucho a Nina. Siempre os querré. Más que a la vida. Pero tengo que empezar de nuevo, ¿entiendes? Si no, me quedaré atrapado aquí. Por eso espero que puedas perdonarme. Por esto. Y por todo lo demás. Lo siento mucho, de verdad.

Cleo cerró los ojos. Parecía cansada. Iwata se sentó en el suelo, apoyó la espalda en sus piernas y admiró la puesta de sol.

El faro los contemplaba desde arriba.

Un amanecer frío en algún lugar al oeste de Miyama. La luz azul asomaba sin prisa por el horizonte montañoso.

Iwata detuvo el coche. No sabía qué hora era, pero daba igual; para entonces ya se había acostumbrado al agotamiento. La carretera se convertía en un campo de hierba que descendía hacia un valle profundo.

Las lomas se extendían a su alrededor como pirámides verdes. Con esa luz, el río que atravesaba el valle parecía de plata.

Salió del coche con una bolsa en la mano. Bajó en dirección al río y siguió su curso hasta llegar a un bosquecillo que conocía. Fue esquivando ramas hasta salir al campo que estaba buscando, aunque éste había cambiado. No había una verja alta ni tapia ni iglesia. Se dio cuenta de que el orfanato Sakuza ya no existía: sólo quedaban parte de los cimientos, escondidos entre la maleza. Las campánulas crecían entre los vestigios de ladrillos. Sakuza había desaparecido, como tantas otras cosas.

Atravesó el campo y se adentró en el denso bosque buscando un sonido. El sonido de sus sueños. El sol penetraba el follaje. Los pájaros cantaban. Oyó el zumbido suave de un insecto. Continuó bordeando el risco, siguiendo el lomo pedregoso de memoria. La forma de las rocas, el olor intenso de las hojas, el sonido del agua: todo evocaba imágenes del pasado, ecos de la niñez. Iwata no era capaz de definirlos. No podía asirlos con firmeza, pero no había duda de que estaban allí.

Y entonces dio con la roca. El recuerdo de Kei subiéndose a ella para predicar imitando a Uesugi permanecía vívido. Vio el árbol en el que él se había recostado entre risas tantos años antes. Cerró los ojos y recordó las palabras.

—No tengamos miedo del oso —musitó.

Trató de recordar cómo eran las cosas antes del orfanato, pero sólo conservaba retazos. Su madre poniéndose perfume. El momento en que lo dejó solo en la estación. La primera vez que viajó en el metro de Tokio. Ésa era una imagen potente, buena. Le encantaba la vieja línea Yamanote que se elevaba por encima de la ciudad y cuyas vías pasaban por delante de algunas ventanas de dormitorios. Las calles se volvían un escenario borroso pero claro, con la melancolía de un niño. Recordó pasar a toda velocidad por delante de aquella vida que no conocía, la vida que él no había vivido. Pero Tokio nunca fue su hogar. Ni entonces ni ahora. Miró a su alrededor en el bosque. Si algún lugar había sido su hogar, era ése.

El risco se había estrechado tanto que tuvo que aferrarse a las ramas para no despeñarse. El sol troquelaba círculos blancos en la alfombra marrón y dorada del suelo. Y entonces lo oyó. El sonido del remolino. Olas rompiendo con un murmullo por debajo.

Glu.

Glu.

Glu.

Iwata lo siguió y notó el descenso de temperatura. El extremo del risco era muy estrecho, lo justo para que cupiera él. Llegó al final, a una cornisa desamparada y triste. Tomó aire y miró hacia abajo.

El centro del remolino le guiñó el ojo mientras los círculos resplandecían.

Abrió la bolsa y sacó el álbum «Blue Light Yokohama», un regalo de Kei de hacía tantos años. Pasó el dedo por los adhesivos descoloridos de la portada.

25 DE DICIEMBRE DE 1968. UN CLÁSICO DE TODOS
LOS TIEMPOS. NÚMERO 1 EN VENTAS

Primero arrojó la funda y la hermosa sonrisa de Ayumi Ishida surcó el aire dibujando una espiral.

Y desapareció.

Partió el vinilo estrellándolo contra su rodilla y también lo lanzó. Los fragmentos negros centellearon un instante y siguieron el camino de la portada.

—Yo también te quiero —dijo Iwata en voz baja.

Y se marchó.

El remolino continuó dando vueltas.

Y más vueltas.

Sonriéndole.

PABELLONES DEL SOL

Kosuke Iwata estaba sentado en la terraza que había frente al viejo alcanforero de la Universidad de Kioto. Hacía una tarde soleada y lánguida. Mientras bebía té helado, escuchaba fragmentos de conversaciones. Los primeros estudiantes habían regresado después de las largas vacaciones de verano y se veían *frisbees* volando sobre la hierba. El equipo de salto a la comba estaba practicando al aire libre. En el hormigón caliente había un círculo de estudiantes que jugaban a cartas. Un joven le ponía crema solar en los hombros a su novia. El equipo editorial del periódico de la universidad estaba enfrascado en una discusión sobre la primera plana: la pesadilla de Fukushima, los estudiantes que tras el tsunami continuaban desaparecidos y una joven japonesa que había caído en las cataratas del Niágara. Iwata tenía ganas de hablar con alguien y, siguiendo un impulso, marcó el número del profesor Igarashi.

—¿Sí?

—Profesor, soy yo.

—Vaya, inspector. Creo que debo darle la enhorabuena.

—Gracias. ¿Está usted en Kioto?

—No, las clases no comienzan hasta la semana que viene. ¿Por qué lo pregunta? No será por otro asesinato con un factor azteca, ¿verdad?

Iwata sonrió.

—No, pero hay una cosa que quería preguntarle. Algo que no me quito de la cabeza desde hace tiempo. Cuando nos conocimos y nos estrechamos la mano, usted me dejó una marca negra...

—¿Ah, sí?

—Profesor, el asesino dejaba marcas de hollín en los escenarios del crimen.

Igarashi se rió.

—¿Por eso sospechaba de mí?

—Se me pasó por la cabeza.

—Bueno, supongo que le pagan por eso. —Más que molestarle, el asunto parecía divertirlo—. Sufro de indigestión, inspector. Si se acuerda, se lo conté en mi despacho. Me temo que la realidad no tiene demasiado interés: el médico me receta comprimidos de carbón activado.

—Carbón activado.

Iwata sonrió con arrepentimiento.

—Otro misterio resuelto, ¿no?

—Una vez alguien me dijo que cuando oigo ruido de cascos por la ventana, soy de los que piensan en cebras antes que en caballos.

—Quizá por eso se le da bien su trabajo.

—No volveré a molestarlo más, profesor. Se lo prometo.

—No se preocupe por eso. Llámeme si surge cualquier otra cosa, por favor.

—Sí, casi se me olvida: quería preguntarle algo. ¿Qué significa *ma'taali'teeni'*?

—Creo que es lengua maya yucateca. Es una disculpa.

—¿Y qué me dice de *hach k'as, eek'*?

—Algo así como «inmundicia, asquerosa inmundicia».

Iwata asintió.

—Muchas gracias por la ayuda. Cuídese, Yohei.

—Kosuke.

Iwata colgó y a lo lejos sonó un timbre. Los estudiantes recogieron las mochilas, pagaron la cuenta y se despidieron.

«Hasta luego.»

«Hasta mañana.»

«Nos vemos otro día.»

En la penumbra de un pasillo estrecho, Iwata se detuvo ante la puerta en cuyo letrero decía PSICOLOGÍA FORENSE / SEMIÓTICA.

Dentro sonaba una música tranquila que nunca había escuchado. Llamó con timidez.

—¡Adelante! —gritó una mujer.

Iwata abrió la puerta y Emi Hayashi alzó la mirada de sus notas.

—Hola otra vez —la saludó.

—Hola —contestó ella.

Entre ambos, silencio y el calor de los rayos del sol.

—¿Buscas a David? —preguntó Hayashi.

Iwata negó con la cabeza.

—Vaya. —Se sonrojó un poco y miró los papeles que tenía delante—. ¿Vamos a dar un paseo?

—Me encantaría.

Iwata y Hayashi recorrían sin prisa el Paseo del Filósofo compartiendo una bolsa de pipas de girasol. Los turistas tomaban fotografías del hermoso río que discurría junto al camino, bajo las copas de los árboles inclinados. Hayashi enfatizaba sus palabras con gestos entusiastas.

—Akashi tenía una misión especial: infiltrarse en lo más profundo de los Hijos del Sol Negro. Y, en efecto, fue subiendo escalafones hasta convertirse en el soldado más leal de Takashi Anzai. Pero estaba tan involucrado que acabó transformándose en uno de ellos. Empezó a creer en los mitos del fin del mundo. La cuestión es que la secta comenzaba a tener problemas: ya les habían retirado la categoría legal de entidad religiosa y estaban al borde de la quiebra. Anzai le había asignado la tarea de encontrar a Keiko y a cualquiera que pudiera decantarse por testificar para la fiscalía.

—¿Y ahora?

—No ha abandonado la misión. Está convencido de que Anzai se alzaré de nuevo y tiene fe absoluta en que el dios Tezcatlipoca destruirá el mundo si no se satisface la deuda de sangre.

Iwata se detuvo junto a una máquina expendedora y compró dos latas de café helado.

—¿Cómo consigue vivir así? ¿Cómo puede habitar el presente y una mitología antigua al mismo tiempo?

En lugar de encogerse de hombros, Hayashi curvó hacia abajo las comisuras de los labios.

—La mitología siempre ha servido a la gente para explicar lo inexplicable.

—¿Llegaremos a averiguar qué provocó su ruptura con la realidad?

—Es difícil determinarlo, pero lleva mucho tiempo tomando LSD. Como droga no es fácil que cause dependencia, pero no cabe duda de que Akashi sufre un trastorno perceptivo persistente por el uso de alucinógenos. Por decirlo de algún modo, es un viaje que no termina. La información sobrecarga el córtex cerebral, el pasado y el presente confluyen, los objetos resplandecen, aparecen o desaparecen. Es posible que Akashi viva

interpretando la realidad; o sea, que él carece del mundo exterior inalterable que tú y yo damos por sentado. Debe de ser aterrador.

—«Realidad para sobrevivir, fantasía para vivir» —musitó Iwata para sí mismo.

Un perro ladraba a lo lejos. Imaginó el rostro de Akashi pegado al de él y sintió un desgarró en las entrañas. Pero el recuerdo no le provocó desagrado, sólo ganas de acariciarse las cicatrices.

Rodearon a un grupo de turistas de la tercera edad que se habían aglomerado alrededor de una hilera de cerezos muy fotogénica. Hayashi estrujó la lata y se la guardó en el bolsillo.

—Emi, quería darte las gracias. Tu informe fue determinante en los tribunales.

—Me alegro de que no te metiesen en la cárcel —contestó con una sonrisa. Continuaron caminando en silencio.

—¿Te importa si te pregunto una cosa personal? —Lo miró—. Cuando lo arrestaste, ¿qué sentiste?

—Pues... la verdad es que no lo sé. Recuerdo estar en la habitación del hospital llorando sin motivo. Fue muy extraño.

—Yo no creo que sea tan raro, sin ánimo de molestar.

El riachuelo borbotaba. Tres gatos hacían equilibrios en las raíces al aire de la orilla, intentando pescar carpas. Iwata y Hayashi se detuvieron un momento a observarlos.

—¿Kosuke?

Emi estaba probando el sonido del nombre de pila.

—Dime.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. —Se encogió de hombros—. Bueno, no lo sé.

—¿Qué sentimientos te provoca Hideo Akashi?

Los gatos abandonaron la pesca, espantados por los observadores.

—Poca cosa. Una conexión extraña. Aunque quizá no sea más que lástima.

—Los que están al borde del precipicio casi nunca juzgan a los caídos.

—¿Es algún viejo proverbio?

—No, acabo de inventármelo.

—¿Quieres decir que hace falta un tarado para atrapar a otro?

Ella le lanzó una pipa.

—Tú no estás tarado.

Se detuvieron para no interferir en la foto de un turista y se sonrieron. Iwata pensó en fotografías y recordó cuando él las hacía. Tomar instantáneas significaba vivir; significaba continuar, que las cosas tenían la suficiente relevancia como para dejar constancia de ellas.

—¿Se te ha ocurrido que quizá sea tu trabajo lo que es de locos? — preguntó Hayashi.

A Iwata le sobrevino una especie de risa.

—Da igual, lo he dejado.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Otra cosa.

—Lo celebro.

Llegaron al final del camino, donde empezaba una vieja cuesta adoquinada que conducía a la ciudad. Kioto se extendía bajo una sombra oscura y una luz sonrosada.

—Las luces de la ciudad... —murmuró Iwata.

—¿Perdona?

—Nada, es una canción que no me quito de la cabeza.

Una anciana barría las hojas del umbral de su casa. Vivía junto a un viejo puente de piedra que estaba cubierto de una capa espesa de musgo. Las ramas más bajas dormitaban sobre la corriente del río y sus hojas salpicaban el agua de color verde abeto.

Vieron a niños encendiendo petardos para celebrar el Obon, el día budista que honra a los muertos. El olor de la pólvora flotaba hasta ellos como si fuera una nube de perfume. Los padres colgaban farolillos en las casas para guiar a los espíritus de sus antepasados hasta ellas. Se limpiaban las tumbas y las familias se reunían para hacer ofrendas de comida. Al final del día se enviaban los farolillos y sus llamas río abajo, hacia el lago Biwa. Y en las montañas que rodeaban la ciudad se encendían enormes hogueras. Después de eso, los muertos regresaban a su mundo y los vivos continuaban viviendo.

—Emi, ¿te acuerdas de cuando nos conocimos?

—Sí.

—Me ofreciste café y yo rehusé.

—Fue muy grosero por tu parte.

—¿Me dejas que te invite ahora?

Ella sonrió.

—Eso ya lo has hecho.

—Pues te invito a cenar.

Emi Hayashi consultó el reloj de Mickey Mouse. Se levantó el viento y los cerezos sangraron hojas sobre el Paseo del Filósofo. El sol de poniente estaba en su momento de mayor avidez, cuando el horizonte estaba más hambriento de su luz. Iwata cerró los ojos un instante e imaginó a Kei ofreciéndole media naranja.

«Nuestra gloria flota entre la tierra y el cielo como unas nubes que nos recuerdan a los pabellones del sol.»

Iwata alzó la mirada.

La luz del horizonte se había extinguido casi por completo.

El sol continuó ardiendo en silencio en un inmenso vacío; se moría despacio y solo.

NOTA DEL AUTOR

LA HISTORIA DE LA HISTORIA DE LA LUZ AZUL DE YOKOHAMA

El germen de mi fascinación por Japón es fácil de determinar: *Oliver y Benji*, una serie de anime sobre un prodigio del fútbol que vivía a la sombra del monte Fuji. Para un soñador de seis años que residía en el extrarradio de Madrid, el capitán Tsubasa era el doctor Doolittle, Robinson Crusoe y el Capitán Nemo, todos en uno. Aparte de las fabulosas escenas que tenían lugar en el césped del campo, cada uno de los episodios exploraba sus distintas amistades, las rivalidades más amargas, y una relación con sus padres que no siempre era fácil (su madre era un ama de casa preocupada, y el padre, un bigotudo capitán de barco de carácter jovial). Pero lo que más me gustaba de su mundo era la puesta en escena. Cortes de pelo raros. Pescado crudo. Trenes futuristas. Edificios de ángulos perfectos. Personajes que se avergonzaban en las situaciones más triviales. Hasta su extraño alfabeto parecía un código secreto. Y por mucho que la serie estuviera doblada al español, no me engañaban: yo sabía que el mundo de *Oliver y Benji* existía a un millón de kilómetros del mío. Y eso es precisamente lo que lo convertía en algo tan maravilloso: cada episodio era una ventana abierta a otra dimensión en la que las personas se movían como nosotros y tenían el mismo aspecto, pero estaban en un lugar del todo distinto.

Como era de esperar, quise averiguar más cosas. Me dirigí a la biblioteca y pregunté por Japón. La bibliotecaria me trajo un libro sobre edificios altos y puentes enormes, y, como era de esperar, pronto llegué a la fotografía a doble página del puente del Arcoíris iluminado por la noche.

«¿Ves esos colores? —preguntó ella, y señaló la página con el dedo—. Usan energía solar. De día el puente almacena la energía y por la noche se enciende.»

Y quedé cautivado. Mientras contemplaba aquellas páginas mágicas, me juré que algún día cruzaría ese mismo puente.

Poco después, mis padres se divorciaron y me mudé con mi madre a Londres. Recuerdo la sensación extraña en las pantorrillas de llevar pantalones largos. Lo distintos que eran los dibujos animados. La cola del paro y las latas de Spaghetti Hoops. La Gran Bretaña de John Major hacía una regresión a lo básico.

Cumplidos los veintipico, seguía en Londres y la casualidad había hecho que acabase en una revista de viajes. Tras años de escribir artículos sobre destinos tan remotos como Cardiff o la población de Temple Cloud, me dieron el primer proyecto grande: Japón. Aun sin dar crédito a mi suerte, leí una montaña de libros y planeé el artículo de forma meticulosa, aunque no llegó a ver la luz del día porque la revista quebró mientras yo estaba de viaje. No obstante, cumplí la promesa que me había hecho de niño. Una noche fría, contemplé el resplandor de la ciudad a cincuenta metros de altura, desde la pasarela peatonal del puente del Arcoíris. A mis pies, la bahía estaba llena de barcos donde se celebraban fiestas, y por todas partes se alzaban rascacielos, todos coronados con luces rojas para las aeronaves que volaban bajo. Como auténticos faros. Desde allí oía el estruendo de los camiones que pasaban por el puente y es posible que los conductores pensasen que iba a saltar. Me sorprendió notar que se me llenaban los ojos de lágrimas, perezosas y desconocidas. El paisaje se convirtió en hexágonos borrosos y movedizos de plata y de oro, y culpé al frío. Pero es que había conseguido cruzar el puente. Mi puente. La promesa que se había hecho mi yo de seis años.

En esa ocasión me di cuenta de que Japón, o al menos la idea que yo tenía del país, para mí siempre había representado una escapada. Y el puente siempre había sido la expresión física del «de aquí allí». Por fin había llegado «allí».

El inicio de *La luz azul de Yokohama* también es fácil de identificar. En 2010, durante ese primer viaje a Japón, leí un artículo sobre el asesinato de la familia Miyazawa. El caso tenía ya diez años y continuaba sin resolver. Recuerdo la fotografía familiar: sentados en unos escalones de piedra, puede que durante alguna excursión. El padre, Mikio, llevaba un polo de color azul marino y mocasines, y posaba dos dedos de su mano en el hombro de su hijo, sentado un par de escalones más abajo. Era el único indicio visual de afecto. Yasuko, la madre, aunque esbozaba media sonrisa, tenía una postura más rígida. Llevaba una blusa de color beis, una trenza en el pelo y las manos en el regazo. No sé por qué, pensé que parecía una maestra. Una de las buenas

que, al mismo tiempo, no aguanta tonterías. Niina, guapa, de rostro sonrosado y zapatillas deportivas con velcro, imitaba la pose de su madre. Rei, que estaba sentado con las piernas separadas, jugaba con los dedos de las manos y miraba a la cámara boquiabierto. Llevaba un par de náuticos parecidos a los mocasines de su padre. Ninguno sonreía abiertamente ni delataba nada. Estuve contemplándolos un buen rato y me pregunté: ¿quién asesinaría a una familia entera con un cuchillo de sushi y una almohada para después salir por la puerta de la casa a plena luz del día?

Recorté la fotografía y la guardé en el libro que estaba leyendo entonces, aunque no he sido capaz de recuperarla.

Unos años más tarde, regresé a Japón para celebrar mi trigésimo cumpleaños. Era el 16 de abril de 2014 y me alojaba en un hotel de negocios anticuado, a la orilla del río Ōta. En la habitación, donde había un cartel de PROHIBIDO FUMAR, no era capaz de conciliar el sueño. Puse el canal de televenta y hojeé el periódico del día anterior. Y entonces me topé con un artículo de *Japan Today* titulado «Los crímenes de Setagaya, sin resolver quince años después».

Me quedé sin aliento: tenía delante la misma fotografía que había visto años antes. Los Miyazawa sentados en una escalera y rodeados de vegetación. Puede ser que yo quiera recordarlo así, pero sentí que me llamaban: «Aquí estamos otra vez.»

Pasé una noche de actividad febril, investigando un caso que para entonces ya tenía más de catorce años: el 30 de diciembre de 2000, un hombre había entrado por la fuerza en el hogar de los Miyazawa, había asesinado a toda la familia y después había utilizado el ordenador, se había comido su helado y había permanecido en la casa once horas. Se marchó al día siguiente, a plena luz del día. No había móvil aparente, aunque el asesino había dejado muchas pistas: ropa nueva, una riñonera, un sombrero, granos de arena del desierto de Mojave y pigmento fluorescente en polvo de colores rojo y violeta. En el bolsillo de la sudadera había restos de excrementos de pájaro y hojas de zelkova japonesa. También había dejado su propia sangre en el escenario del crimen y el análisis de ADN reveló que su madre era de origen europeo, tal vez de un país mediterráneo. Por las heces que dejó en el retrete, averiguaron que podía ser vegetariano. También abandonó allí el arma homicida: un cuchillo de *sashimi* que había comprado el mismo día por 3.500 yenes (unos 28 euros). En un pañuelo dejó restos de loción para después del afeitado de

una marca francesa.

En la habitación de hotel donde me encontraba se acercaba la hora del amanecer. Miré de nuevo los rostros de los miembros de la familia. El canal de televenta seguía puesto y justo en ese momento anunciaban una oferta limitada para un set de cedés. Se oía música de fondo. Ayumi Ishida cantaba *Blue Light Yokohama* con una sonrisa triste en la cara. Me fijé en las letras que se deslizaban sobreimpresas por la parte inferior de la pantalla a medida que avanzaba la canción.

Las luces de la ciudad son muy bonitas. Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor. Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito. Oigo pasos que se acercan, dame otro beso tierno. El aroma de tu tabaco favorito. Yokohama, la luz azul de Yokohama. Éste siempre será nuestro mundo.

Y en ese momento me di cuenta. Aunque ya sabía que el asesino continuaba suelto, de pronto fui consciente de esa certeza. Más de catorce años después de cometer aquella atrocidad, el caso permanecía sin resolver. No había conclusión. La persona responsable vivía —y a día de hoy vive— en libertad. Alguien. Un viajero. Una persona que lleva ropa juvenil y de moda. Que tiene contacto con aves y le gustan las espinacas. Y la loción de afeitado francesa. Una persona que aquella noche del 30 de diciembre del año 2000 caminaba por las calles de Setagaya con un cuchillo de sushi en una riñonera que había comprado y cuyo único fin era asesinar a una familia entera.

Me acosté siendo incapaz de quitarme a aquel hombre sin rostro de la cabeza.

Al día siguiente me desperté pensando en aquel caso. Me subí al Shinkansen con destino Kioto sin dejar de repasar la ingente cantidad de datos que tenía en la cabeza. Sentado en el cómodo asiento del tren climatizado, leí las notas que había tomado la noche anterior y, mientras miraba la imagen de acuarela que era el paisaje de Chûgoku a medida que lo atravesábamos a toda velocidad, recordé la letra de *Blue Light Yokohama* y escribí lo siguiente:

Asesinato de los cuatro miembros de una familia. ¿Una novela titulada *La luz azul de Yokohama*?

Supe que tenía que escribir una novela en la que apareciese el asesinato de una familia. Era necesario. No quería escribir sobre esa familia en particular,

porque eso sería de mal gusto, pero el destino abominable que les había tocado vivir me tenía atrapado. Tal vez suene grosero, pero había demasiadas incógnitas inquietantes como para dejarlo pasar. Demasiado misterio que explorar. En última instancia, quería escribir sobre el anonimato. El martirio de no tener un rostro visible. A pesar de que no me había planteado en serio el asunto de escribir ficción policíaca, siempre me había gustado la idea del detective japonés. De vez en cuando escribía escenas, pero éstas siempre acababan sonando a un matrimonio fallido entre Rick Deckard y Philip Marlowe. No lograba decidir quién era el detective, de manera que por defecto construía un tipo duro.

Creo que una frase inocua del artículo de *Japan Today* permitió el cambio:

Hasta la fecha, han participado en el caso 246.000 agentes. Hoy en día, aún hay unos cuarenta trabajando en la investigación.

Acto seguido había una imagen de varios agentes de policía vestidos de negro, formando con ademán respetuoso ante la casa de los Miyazawa, inclinados en una reverencia colectiva en el aniversario de los asesinatos. De donde yo vengo, los policías no piden perdón. Los imaginé esperando junto al teléfono, catorce años después de los asesinatos. Repartiendo octavillas en las estaciones de trenes. Compartiendo teorías una y otra vez. Presentando sus respetos todos los 30 de diciembre. Entonces pensé que mi detective debía ser uno de ellos. No sería el típico chistoso y tampoco un tipo duro. Estaría solo, sumido en la pena, luchando por los muertos. Me di cuenta de que *La luz azul de Yokohama* sería una novela policíaca, pero sólo a primera vista. En el fondo, quería escribir sobre la gente que sufre. Los que han perdido algo. Y así nació el inspector Kosuke Iwata.

Nicolás Obregón
Londres, junio de 2016

AGRADECIMIENTOS

Siempre estaré agradecido a mis padres, Gisèle y Álvaro. A mi madre, por ser la que me ofreció un amor infinito y es el ejemplo del valor necesario para combatir las dificultades. Incluso cuando no teníamos nada, ella encontró el modo de enriquecer mi vida. A mi padre, por ser el que me enseñó a defender el igualitarismo y porque sus sabios consejos siempre son acertados. Incluyo a Jack Canavan en esa palabra, «padres», y brindo porque sus canciones no dejen de oírse. Gracias a Lela y a Meme y a la memoria de sus maridos; todos ellos superaron las tribulaciones con la mayor de las elegancias y crearon la familia política a la que tanto quiero. A la hermosa Camille, que creyó en mí, es mi primera lectora y mi *bro*. No puedo dejar de dar las gracias al maravilloso equipo de Curtis: Melissa Pimentel, Richard Pike y, por supuesto, a mi increíble paladín Gordon Wise, el aliado más divertido e inteligente con el que puede contar un escritor. Tengo la suerte de haber podido trabajar con el gran equipo de Penguin, Eve Hall, Jillian Taylor y Maxine Hitchcock, un amor de editora y auténtica genio. A mis amigos, que me han ayudado a salir del aprieto, Kielan Thompson, Houman Barekat y Alexis Hercules, todos ellos reyes poetas. A Kim la valiente, 感谢您的建议. A Benjamin Wood y sus inestimables consejos. A toda la camarilla de Birkbeck, adondequiera que os lleve la vida, siempre nos quedará Kingsley. A mi camarada Chris Simpson, cuando todos conozcan tus historias, podré decirte: «Te lo dije.» Y a mi profesora de lengua inglesa, la señorita Kenney, que me enseñó la magia de las palabras.

Por último, me gustaría mencionar a cuatro personas que jamás deberían caer en el olvido: Mikio, Yasuko, Niina y Rei Miyazawa. Que descansen en paz y que el hombre que les arrebató la vida conozca el peso de la justicia.

La luz azul de Yokohama

Nicolás Obregón

ISBN edición en papel: 978-84-16237-38-8

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-74-6

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Blue Light Yokohama*

Traducción del inglés: Maia Figueroa Evans

Ilustración de la cubierta: recep-bg / Getty Images

Copyright © Nicolás Obregón, 2016

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

www.salamandra.info